

ENTRE
LA
HISTORIA
Y LA
NOVELA

SIDI,
de ARTURO PÉREZ-REVERTE

María Martínez



ENTRE LA HISTORIA Y LA NOVELA

SIDI,
de ARTURO PÉREZ-REVERTE

María Martínez



Primera edición: 2021

© Copyright María Martínez Martínez

© Copyright de esta edición BRAINUS ediciones

Depósito Legal: CS 877-2021

ISBN: 978-84-124727-6-9

Impreso por Castellón Digital S.L.

Calle Caballeros, 13 - 12003 Castellón

www.llardigital.com

Impreso en España – Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ENTRE LA HISTORIA Y LA NOVELA

SIDI,
de ARTURO PÉREZ-REVERTE

María Martínez

Prólogo de María Jesús Viguera Molins



Colección

MMM

Tercer Milenio

Crítica y Ensayos

*A los muertos incontables de la
pandemia, que se llevó su vida y su historia.*

*“Desde que el primer día que pude oír y
hablar,
mi madre me entretenía
con los cuentos que sabía de Ruy Díaz
de Vivar”*

(Zorrilla, La leyenda del Cid)

*“Cíclope, ¿me preguntas mi célebre
nombre? Te lo voy a decir, mas dame tú el don
de hospitalidad como me has prometido. Nadie
es mi nombre, y Nadie me llaman mi madre y
mi padre y todos mis compañeros”*

(Homero, Odisea)

Abreviaturas (siglas)

CC: *Carmen Campidoctoris*

CMC: *Cantar de Mio Cid*

DRAE: *Diccionario Real Academia Española*

HR: *Historia Roderici*

PR: Pérez-Reverte

RAE: *Real Academia Española*

ÍNDICE

PRÓLOGO	15
INTRODUCCIÓN.....	19
I - LA EDAD MEDIA DIVULGADA.....	23
Porqués de la elección de Sidi	40
Siguiendo el rastro de las “Espanñas” de Sidi.....	49
Fuentes histórico-literarias medievales para el estudio del Cid	73
Resucitando al Cid.....	87
¿Quién fue Rodrigo Díaz (1043-1099)?	96
II - El SIDI REVERTIANO.....	119
El nombre de Sidi, reflejo de su personalidad.....	121
Género y estructura de Sidi	149
El estilo narrativo de Sidi.....	173
La creatividad historicista de Sidi.....	189
Los lenguajes en Sidi.....	192
III - CONTENIDO TEMÁTICO DE SIDI.....	199
La guerra sidiana.....	200
Memoria bélica.....	214
Ideología guerrera.....	218
Los hombres de Sidi y los personajes sidianos.....	223
Indumentaria sidiana.....	241
El paisaje sidiano	250
Leyendas cidianas	257
Y tantos otros temas colaterales	261

IV - A LA GRUPO DE SIDI: DEL HÉORE NACIONAL AL HOMBRE REVERTIANO.....	265
Consideraciones al galope de Sidi.....	271
ANEXOS.....	281
ANEXOS TROTEROS DE SIDI.....	283
Fuentes y bibliografía seleccionadas.....	284
Lo que dicen las palabras sidianas	293
Las identidades sidianas.....	303
Los nombres de lugar en Sidi.....	305
Al tuntún en internet: un careo aleatorio de críticas de Sidi y la concepción revertiana	307

Agradecimientos

En la línea de agradecimientos, mi primer acreedor es Pérez-Reverte por este relato de frontera tan inspirador. Gratitud también para la reclutada hueste de alumnos que, aunque interesados en *Sidi*, no pudieron realizar el Seminario propuesto acerca de la historia y la novela histórica, abortado por la pandemia. Ésta y otra tropa dicente, minoría cualificada, permiten que continúe mi trabajo docente con motivación e ilusión: alumnado “anónimo” con el que sigo aprendiendo, día a día, al lado de historiadores y novelistas. Mención afectuosa para: Gloria Lora, amiga medievalista, por tanto compartido; Fernando Criado, hombre sabio y altruista, un regalo inesperado; M^a Jesús Viguera, prestigiosa arabista, por sus palabras. Y siempre agradecida a mi familia, la razón de ser y estar.

PRÓLOGO

María Jesús Viguera Molins
Real Academia de la Historia

Historia y literatura, interesante reunión cultivada durante siglos, desde relatos épicos y leyendas a novelas históricas, que recorre etapas destacadas con los romances y relatos moriscos del Renacimiento, las oleadas románticas e historicistas decimonónicas, y un auge notable desde finales del siglo XX. La Literatura es considerada género de ficción y la Historia debe ser verdad, por tanto sus relaciones suelen zanjarse con un juicio de credibilidad aplicado en exclusiva a la documentación estricta que las fuentes proporcionan. Pero la cuestión no es tan simple, y a plantearla con experiencia y profundidad viene este libro que la historiadora María Martínez me encarga prologar, porque conoce mi atención a la novelística histórica, y cita “Los Banu Qasi novelados”, donde insistí en que a los lectores gusta conocer los acontecimientos enteros, con todos los aspectos rellenos, más allá de lo datos que las fuentes históricas documentan.

En este marco se sitúa este nuevo libro de María Martínez, ENTRE LA HISTORIA Y LA NOVELA: *SIDI, DE PÉREZ-REVERTE*, con objetivos renovados, pues, al analizar esta destacada novela, abre y marca sólidas vías de definición tanto de lo histórico como de lo novelado, y señala espacios de comprensión y posibilidades de colaboración entre la historia y la novela, que nos demuestran cómo podemos considerar y disfrutar de un género mixto tan polémico como famoso. Entre más consideraciones al respecto, la autora, que bien detecta el éxito logrado por las novelas históricas entre los lectores, manifiesta su juiciosa consideración de que son “una herramienta al servicio de la divulgación histórica”, y vence en este libro las superables discrepancias: “entre historiadores académicos-novelistas de historia”, al probar que las buenas

escrituras no entran en confrontación, como ocurre con el “neomedievalismo o ‘re-creacionismo’ literario de divulgación histórica de alta calidad”, que ahora ejemplifica con *Sidi* de Arturo Pérez Reverte.

No rehúye María Martínez afrontar un personaje de enorme categoría, que ha ocupado y ocupa dilatadas áreas en la casi incesante producción histórica (“reimpulso historiográfico”, como señala María Martínez), y en lo legendario: Rodrigo Díaz de Vivar, Mío Cid o *Sidi* (“mi señor”), que campea victorioso en sus plurivalentes representaciones textuales (incluso en fuentes árabes) y artísticas, entre ellas las cinematográficas, que recorre lo político y heroico, lo identitario y popular, cuyo éxito prueban la casi veintena de novelas históricas que desde los años ’80 se han publicado sobre el memorable héroe, con el gran reclamo de nombrarle en la enseña de sus títulos, hasta ser suficiente con llamarle *Sidi*, presente además en novelas sobre otros personajes de su época, que no faltan, entre ellos Doña Jimena, sobre la cual dan cuenta varias novelas, como la escrita por María Teresa León: *Doña Jimena Díaz de Vivar, gran señora de todos los deberes*, reeditada por lo menos en 1960, 1968, 1993, 1999, 2004, 2008. Como su esposo, convertida en arquetipo desde varias posiciones y propuestas, al ritmo de los cambios.

Júzguese el reto de considerar todo esto, en cantidad, altura y variedad, alrededor del Cid, y enseguida veremos el rigor analítico de una experta medievalista como María Martínez, que en este libro comprueba sus propios fundamentos y recursos, pues las investigaciones que jalonan su extensa producción historiográfica sitúan a esta historiadora como experta en cuestiones que ahora aplica en las siguientes páginas, incluso nos revelan algunos porqués de esta valiosa prospección comparativa entre la documentación académica y las creaciones noveladas: ya en las nombres (y por tanto en los contenidos) de sus publicaciones aparecen términos como identidad,

paisaje, organización socioeconómica, vida cotidiana, instituciones, funciones femeninas, trabajo, indumentaria, fiestas, alimentación, el agua... son cuestiones que ella domina, y que en ocasiones le han llevado a comenzar alguno de sus títulos señalando “La vida representada”, y “La teatrocracia del Poder”, entrando de forma novedosa en las profundidades de las fuentes y en sus estrategias representativas. De este modo recorre la trascendencia de la Historia.

INTRODUCCIÓN

“El hombre (...) es el animal que cuenta historias. Vaya a donde vaya, no quiere dejar tras de sí una estela caótica, o un espacio vacío, sino boyas y rastros tranquilizadores en forma de historias. Tiene que seguir contando historias, tiene que seguir inventándolas. Mientras haya una historia, todo va bien”

(Swift, *El país del agua*).

“Te concedo lo que deseas; yo haré a todos latinos, con una sola lengua y a esta raza, que surgirá de la mezcla de las dos sangres, la verás avanzar, gracias a su piedad, por encima de todas las naciones y ningún otro pueblo te tributará honores tan grandes”

(Virgilio, *La Eneida*)

“Sólo soy un hombre de frontera”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

El cometido de este ensayo titulado *Entre la historia y la novela* se gestó tras la publicación de *Sidi*¹ de Arturo Pérez-Reverte en septiembre de 2019. Tras la lectura del *Sidi* revertiano, se proyectó la realización de un Seminario al respecto en la Universidad de Murcia a fin de estudiar y comparar la figura histórica del Cid con la del Sidi literario de PR. Objetivo didáctico que, a la grupa del Cid/Sidi, pretende posar la mirada histórica de este relato literario, ejemplo de novela histórica. No pudo ser, por la pandemia. Y si bien ésta persiste, también la espina pendiente que se ha intentado extraer con estas páginas que, finalmente, publica Brainus Ediciones. La selección de esta cualificada obra, *Sidi*, para materia docente y de estudio en sí misma, forma parte de la ola

¹ En cursiva cuando se refiera a la novela, sin cursiva cuando remita al personaje, Ruy Díaz, que en este texto se nombrará, indistintamente, Rodrigo, Ruy, Cid o Sidi.

del nuevo medievalismo que propaga hacia un amplísimo número de lectores la Edad Media, época aún “rarita”, mitificada y desconocida en general, divulgada por novelistas más que medievalistas. En el fallido Seminario se hubiese querido, también, plantear unas posibles preguntas al escritor: dudas de contenido, reflexiones históricas y literarias, recursos (o “trucos”) utilizados para la construcción del relato, fuentes y bibliografía para documentarse acerca del personaje y la época peninsular del siglo XI. El conocimiento del medio geográfico de la novela era, igualmente, una opción derivada del Seminario: un viaje por la ruta histórico-literaria del Sidi revertiano con el que aspirar el aroma de algunos paisajes medievales, unos aún casi fosilizados y otros semiderruidos. La generosidad de PR con su público (más de 20 millones de lectores en todo el mundo), además de la “obligada” firma de ejemplares de la novela, se manifiesta, de manera pionera y desde hace tiempo, en una nueva forma de conectar con el público interesado en su literatura. Hombre de su tiempo, PR se comunica en tiempo real, en “directo”, a través de la red social *Twitter*. Comunicación que ha permitido al autor responder, de forma personal y durante la fecha y horas establecidas, dudas o cualquier comentario referentes a la obra que aquí se trata. La selección de preguntas y respuestas realizadas tuiteando a lo largo de diez años se ha compilado en formato de libro electrónico: *La cueva del cíclope. Tuiteos sobre literatura en el bar de Lola* (2020), donde se recopilan más de 45.000 mensajes tuiteados desde ese lugar de encuentros virtuales revertianos. Algunas de las preguntas posibles al escritor quedaron en parte resueltas en las entrevistas concedidas por el autor tras la campaña de edición. No obstante, hubiese sido deseable hacerle las siguientes:

¿Cómo se le ocurrió este relato de frontera?

¿Por qué la elección de Ruy Díaz?

¿Cómo concibió la personalidad de Sidi?

- Como un líder. La novela es una concepción acerca de cómo se construye un liderazgo.

¿Cuánto tiempo le llevó la construcción de Sidi?

- El autor ha respondido que la novela la escribió en año y medio, pero en gestarla toda una vida.

Sidi fue surgiendo progresivamente a partir del modelo preconcebido, pero ¿hubo modificaciones de guion?

¿Deja posibilidades a la improvisación mientras relata, con la aparición de algún personaje, hecho o escenario no planteado o concebido inicialmente?

¿Por qué no hay apenas referencias cronológicas en la novela?

¿Ha resultado más dificultoso reconstruir la guerra medieval que otras guerras posteriores que también relata?

- Negativo: las guerras las lleva impresas el escritor en su retina.

¿La religión está más acendrada en los guerreros musulmanes que en los cristianos?

¿Hay un providencialismo menos rotundo en *Sidi*?

Al *Sidi*, cuando finaliza el relato, aún le quedan unos 13 años de vida, que aprovechará para ser señor de Valencia, hasta su muerte en 1099. ¿Por qué no concibió la vida de todo el personaje?

- Porque al novelista le interesaba la faz militar del mercenario.

¿Puede haber una segunda parte de *Sidi*?

- Por boca del propio autor se sabe ya que no, aunque quedaría materia para una colección como la de *Alatriste*: la de *Sidi* conquistador de Levante, la de *Sidi* principesco, gobernante en Valencia, con su familia, expectante ante el dominio almorávide, madurando y acercándose a la muerte.

¿En qué se inspira para elegir y crear el tema de una novela? ¿Busca o encuentra de forma casual?

- Se sabe que era uno de sus muchos personajes fascinantes desde que comenzó la lectura de *La leyenda del Cid* de Zorrilla, siendo un niño.

¿Ha sido más trabajoso que otras veces narrar esta obra?

¿Le ha cansado o desanimado en algún momento, en algún suceso, tema, capítulo, secuencia... porque se haya “atascado” en ello?

¿Qué ha sido más difícil de plasmar: el medio geográfico, la psicología, el lenguaje, la estrategia y técnica de la guerra, la indumentaria de los personajes?

Raxida ¿está inspirada en alguna mujer concreta de su vida amistosa, profesional o afectiva?

¿Teme que la facción radical del islam no entienda su ironía humorística religiosa y pueda cometer alguna acción indeseada?

Razones sobran para indagar en esta obra, cuya calidad literario-histórica es indiscutible, como prueban los más de 300.000 volúmenes vendidos a fecha de principios de 2021, la obtención del premio de la crítica y del público y la última edición de bolsillo a principios de dicho año. El ensayo que se presenta sólo pretende escrutar, si cabe, la comprensión histórico-literaria de *Sidi*, aunque quizás no sea necesario: gozar de la novela ya lo es todo.

I - LA EDAD MEDIA DIVULGADA

“El pasado es un país extraño”

(David Lowenthal)

“En su niñez, cuando en Vivar jugaba con espada de madera soñando con gestas heroicas, cabalgadas gloriosas y batallas contra moros narradas por juglares junto al fuego de invierno, Ruy Díaz creyó siempre que la vida de campaña era un continuo guerrear, una ronquera de apellidar a Santiago, una sucesión de lances sin sosiego”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

La Edad Media se mantiene renacida, fundamentalmente, desde que, durante el siglo XX, los estudios de la ciencia histórica fueron aquilatando la imagen deformada transmitida por el humanismo (Petrarca, siglo XIV) y el renacimiento italianos (Leonardo Bruni y Lorenzo Valla, siglo XV). A partir de entonces, se fueron vertiendo unos juicios negativos, prejuiciosos y oscurantistas de este largo periodo de mil años: se consideró denigrante que esta “bárbara” Edad sustituyera al civilizado Imperio romano y, además, se interpusiera como un lastre desdeñable entre la Antigüedad clásica y el moderno Renacimiento cultural que, por supuesto, volvía sus ojos ensalzadores a la Historia Antigua. La supremacía de lo clásico *versus* lo medieval: unos tiempos medios muy longevos, adjetivados peyorativa e igualitariamente de oscuros, góticos y decadentes, de cultura grotesca y arte corrupto. No obstante, como confirma Monsalvo (2020: 25):

“(La) Castilla del siglo XV, aunque admiró la Antigüedad, no denostó la tradición goda ni se dejó seducir por el latín clasicista, que desmitificaba la propia lengua castellana... Luego, el Siglo de Oro castellano no corrigió drásticamente estas interpretaciones patrióticas del pasado y tampoco se avergonzó de la Edad Media propia”.

Salvedades aparte, los prejuicios y tópicos fueron mantenidos por la Ilustración francesa, que menospreció y vilipendió esa larga Edad Media, cuyos mitos de analfabetismo, feudalismo, opresión religiosa, irracionalidad, superstición, oscurecieron y arrinconaron aún más el conocimiento ponderado de este periodo que, como todos, tuvo claroscuros y una cultura histórico-literaria de gran trascendencia.

El siglo XIX fue el de la Historia, cuando ésta se profesionaliza y reúne una serie de postulados epistemológicos científicos abanderados por Ranke y la filosofía positivista alemana, que mantuvieron la función “objetiva” y empírica en la recuperación del pasado (¡Viva el dato!), el foco en las grandes personalidades y el estudio diacrónico hacia el progreso, que desmintió brutalmente la realidad de las dos guerras mundiales. Sin embargo, en dicha centuria se erigió también una nueva cosmovisión del Medievo que se abría paso de la mano del Romanticismo al rescate de valores estéticos, culturales y morales de un pasado medieval que, empero, era denostado coetáneamente por liberales y socialistas en mor del progreso y la modernidad. Mientras que ese espíritu romántico decimonónico, ahormado de nacionalismo, utilizó la Edad Media para hacer bandera patriótica de las naciones europeas –gestadas durante el Medievo en Europa y, en concreto, en España–, nuevas corrientes culturales (Modernismo, Realismo, etc.) decimonónicas mantuvieron en auge el gusto por “lo medieval” en la pintura, el teatro o la literatura en general, la música, la historia y la filología, traspasándolo, adaptado, a los nuevos referentes culturales del siglo XX. Fue también en el siglo XIX cuando la concepción histórica positivista, procedente del idealismo filosófico alemán, se bifurca de la tradición literaria hasta entonces mantenida y se abre la etapa de la modernidad y científicidad en el quehacer histórico. Etapa que duró hasta la época de los sesenta del siglo XX, cuando se produjo la crisis de la modernidad para dar paso a ese amplio cajón de sastre clasificado filosóficamente de posmodernismo,

que irrumpió con fuerza en el pensamiento, la cultura, la literatura, la sociedad y en cualquier disciplina o materia.

Es así que, desde mediados del siglo XIX y a lo largo del XX, prosiguió el interesado fomento de una época medieval adaptada, negativa o positivamente, a las ideologías y realidades políticas contemporáneas (Monsalvo 2020: 20-32). Una falsa o veraz Edad Media en contraste y en evolución con la creatividad renovadora de las nuevas formas de hacer historia, de escuelas, paradigmas y giros (económico, social, estructural, cultural, narrativo) desarrollados por consagrados historiadores y sus representantes medievalistas. En esa renovación sucesiva se articula la divulgación de lo medieval a través de los medios de comunicación de masas, y que actualmente se mantiene fortalecida. La Edad Media fue un extenso periodo histórico que trasvasó un gran legado cultural aún hoy presente, sin que se tenga a menudo conciencia y conocimiento del mismo. Legado del que forman parte las ideas del Estado moderno; el parlamentarismo; el uso del nombre y el apellido que reconoce a la persona; la familia nuclear; la Universidad; las lenguas romances convertidas en idiomas (castellano, catalán, gallego, francés, portugués, italiano); el calendario eclesiástico que pauta comportamientos; fiestas profanas y religiosas; cofradías solidarias y devociones que cohesionan a grupos y colectivos; el uso del tenedor, las gafas y la pólvora; los orígenes de la burguesía y el capitalismo; el nacimiento de la banca y las corporaciones laborales; las técnicas mercantiles y financieras; las agujas góticas de las catedrales; la preparación a la muerte; el paisaje artístico y multitud de restos materiales entre los que la sociedad se mueve sin saberlo o reconocerlos. Y a destacar de aquella herencia cultural la invención de la imprenta a mediados del siglo XV, que fue el gran avance hacia la lenta alfabetización de la sociedad. Un invento comparable, salvando las distancias, a internet y la digitalización de documentos.

El conocimiento de la Edad Media fuera del marco académico universitario, docente e investigador, llega al gran público a través de lo que se califica aquí de “la otra historia”, con gran influencia en la denominada “cultura de masas”. Su divulgación, bien en soporte escrito (histórico-literario), ilustrado (cómic), audiovisual (cine, películas de animación y videojuegos) y musical se ha incrementado en el siglo XXI. La historia científica, académica o de investigación, tiene unos canales de difusión restringidos a especialistas, aunque sobre la misma se realizan también buenas obras de divulgación histórica, de transferencia del conocimiento, según concepto al uso, en formato libro o revista, en papel o digital, con los que se difunde y amplía el conocimiento medieval a un público medio interesado, aficionado, que no necesariamente especializado, pero que gusta de la historia. Una Edad Media bien divulgada desde el conocimiento académico, con tintes reales; otras veces, inventada, ficticia, tergiversada o con brotes espurios que, en cualquier soporte de expresión, se ha popularizado merced a la conexión social con los rápidos, eficaces y diversos instrumentos comunicativos de la tecnología de la información. En consecuencia y en cierta medida, ésta es la percepción medieval que tiene la sociedad: la que se lee en la literatura², se ve en el cine³, se distrae con el cómic, se juega con el videojuego. Estos dos últimos ofrecen una imagen fantástica y desvirtuada del Medievo, y sin embargo el aspecto lúdico atrae mucho a jóvenes y no tan jóvenes. El interés por la Edad Media en la literatura y el cine contemporáneos se incorpora en los estudios historiográficos,

² De hecho, algunas novelas histórico-medievales han sido adaptadas al cine con resultados desiguales. Valga como buen ejemplo la novela *El nombre de la rosa* de Umberto Eco (1980), cuya película, dirigida por Jean-Jacques Annaud, se estrenó en 1986 con el mismo título.

³ Ha sido el cine el medio socialmente más atractivo para divulgar contenidos históricos medievales, cuya relación de géneros, títulos y contenidos puede verse en Barrio (2005: 241-268). En el siglo XXI sirvan de ejemplo *El reino de los cielos* (Ridley Scott, 2005) y la serie televisiva española *Isabel*.

como resume Monsalvo (2020: 38-48). Sin desdeñarlos, se considera que hay que motivar al alumnado universitario para que emprenda la lectura de textos históricos y literarios creados en la época, sin adaptación moderna. En la docencia universitaria se seleccionan fragmentos de textos *ad hoc* fundamentales, crónicas y obras literarias para el conocimiento de la política, la sociedad, la mentalidad y la vida cotidiana del periodo medieval correspondiente. Por el contrario, la Edad Media divulgada y en parte distorsionada por algunos de estos medios de información de masas tiene como objetivo anteponer el entretenimiento al mero aprendizaje histórico, lo cual no excluye que la buena divulgación histórica permita obtener un conocimiento fiable a través de una “nueva cultura medieval”, también necesaria y que alcance a un espectro social más amplio.

Esta “otra historia” divulgada, sin que resulte peyorativa la calificación, es transferida en función de una imagen o visión generalizada que no alcanza, con frecuencia, a penetrar en el espíritu crítico del Medievo. Tampoco los sesudos, fragmentados y dispersos estudios e investigaciones académicos posibilitan más que el acceso al conocimiento de un aspecto, a veces mínimo, de un tema, época, reinado o personaje, porque el entendimiento científico de la Edad Media global es inabarcable y mantiene debates polémicos, visiones y formas contradictorias. Pero, sobre todo, su conexión con la sociedad civil es muy limitada. De cualquier manera, si todo contribuye a la iluminación de la historia en general, no se pretenda conocer la cansina “verdad histórica”; si acaso, aspirar a una aproximación fiable de lo histórico. La Historia no es dogma de fe, siempre está inacabada, en constante construcción y reconstrucción. Debe ser rigurosa, pero es necesariamente subjetiva porque, científica o divulgada (que no vulgarizada), quienes la construyen y revisan desde su presente no pueden sustraerse del todo a las condiciones del tiempo en que viven. Pero, ojo: deben evitarse los prejuicios. Hay que

atreverse a saber, como dijo Kant, “*Sapere aude*”, y también a equivocarse, o no, desde la libertad del atrevimiento.

La divulgación de la historia medieval “desde fuera” es positiva porque contribuye a valorar y comprender ese tiempo del pasado tanto tiempo proscrito y desconocido. En cualquiera de los géneros y medios utilizados para la difusión social de la Edad Media, o su representación, resulta valioso considerarlos como nexo de atracción, motivación, reflexión, debate, incluso investigación *per se*. Es un material docente “extrauniversitario” que, por experiencia, resulta atrayente al alumnado, con el subrayado de que esas ventajas didácticas que lo hacen atractivo y ameno han de ir acompañadas de un aprendizaje y conocimiento académico que haga más reflexivo, crítico y comprensivo el tema de estudio. En este sentido, se puede dar mayor o menor valoración y fiabilidad a la información extraída de “la otra historia medieval”, pero siempre cotejándola, complementariamente, con la explicación en el aula del tema correspondiente. En ningún caso, el estudio académico debe sustituirse por una Edad Media popularizada en los medios de masas, aunque ésta sirva como didáctico complemento.

Dentro de la literatura, es el género de novela histórica (iniciada y encumbrada en el siglo XIX por Walter Scott, 1771-1832) o historia novelada, la triunfadora en el siglo XX: baste citar a J.R.R. Tolkien (*El señor de los anillos*), J. Steinberck (*Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros*), M. Droun (*Los reyes malditos*) o G.R.R. Martin (*Canción de hielo y fuego*, popularizada en la exitosa serie *Juego de Tronos*). Épica, fantasía, Medievo imaginario, personajes medievales, ambientación gótica, irrealidad, fábula y mixtificación que han mantenido y consolidado la fascinación por la novelística de tema medieval desde el último tercio del siglo XX hasta los tiempos actuales, con autores muy conocidos (Peter Berling, Bernard Cornwell, Umberto Eco, Ken Follett, Noah Gordon, Marilyn K. Hume, Pamela Kaufman, Amin Maalouf, Hors Stern...), algunas de cuyas obras se han convertido en *bestsellers*. Entre los novelistas

españoles contemporáneos que han recurrido a la Edad Media con técnicas y recursos literarios y meta-literarios diversos destacan, entre otros, Matilde Asensi, Carlos Aurensanz, Felix de Azúa, José Calvo Poyato, José Luis Corral, Paloma Díaz-Más, Antonio Gala, Juan Eslava Galán, Eva García Sáenz de Urturi, Ángeles Irisari, Emilio Lara, Basilio Losada, Eduardo Martínez Rico, Ana María Matute, Lourdes Ortiz, Antonio Pérez Henares, José Enrique Ruiz Doménec, Isabel San Sebastián, Jesús Sánchez Adalid, Margarita Torres y, el autor elegido, Arturo Pérez-Reverte. La libertad narrativa de los novelistas se impone y cada lector hace su propio juicio de valor, si bien hay consenso en admitir el elocuente poder de la palabra revertiana.

La importancia de la novela histórica (¿desde y hasta cuándo puede considerarse histórica una novela?), tan dados los críticos literarios a clasificar los géneros, no radica en el qué, en la materia que narran, sino en cómo se narran los hechos o los personajes históricos. A los juglares de la literatura histórica (que es prácticamente toda) hay que elegirlos por su narrativa, que no necesariamente es del gusto de todo el público, aunque hay coincidencias mayoritarias si se valora el volumen de ventas. La función de divulgación literaria del pasado medieval, como conocimiento que se dirige a un mayor número de personas, es loable, sin duda y sobre todo, porque se canaliza a través del autor que emite su obra para ser comprendida en un contexto cultural concreto. Recientemente, Emilio Lara ha publicado un artículo “Ficción histórica y emociones” (*XL Semanal*, 16 de enero de 2021), que se suscribe plenamente y que en esta oportunidad se ajusta a la obra literaria de PR y a la que ahora se comenta como novela histórica representativa contemporánea, *Sidi*: belleza, humor, tensión dramática y emociones intensas se aúnan en esta “otra historia” narrada literariamente. La diferencia entre una novela histórica y una obra historiográfica estriba potencialmente en la emoción que suscita y se deriva de la primera, siempre que tenga suficiente

calidad. La emoción es necesaria para el aprendizaje en cualquier aspecto de la vida, para aprehender a través de la lectura y la enseñanza. Según decía Lara en el artículo citado, “la ficción histórica es toda narración visual o escrita en la que el autor tiene la deliberada intención de recrear una época pasada, de reconstruir unos ambientes y unas mentalidades específicos donde encuadrar el argumento, la historia que pretende contar”. El historiador profesional también hace ficción cuando de los silencios de las fuentes extrae hipótesis, tesis y conclusiones que no puede demostrar pero que son de sentido común y se consensuan como posibles y creíbles. Es probablemente la falta de emoción del académico (trufada del necesario aparato crítico y erudito) que se dirige a un público minoritario lo que impide trascender y atraer al estudiante general, salvo para aquéllos que seguirán la especialidad y el *cursus honorum*. Es obvia la ventaja emocional que tiene la buena novela histórica como herramienta de aprendizaje adecuada a los periodos y temas explicados en el aula. Por definición, cualquier novela es histórica desde el momento en que narra un hecho pasado y cualquier suceso es historiable. Y además, porque el autor se sitúa en un momento de su propia historia, en su presente, que es una herencia histórica. El presente es también otro “país extraño” que necesita de los referentes del pasado para entenderlo y entenderse. El novelista, al igual que el historiador, está obligado a “pensar históricamente” cuando elabora su narración, a colarse en la mentalidad de la época y meterse en la piel de los personajes, a recrear ajustadamente espacios pretéritos a fin de evitar anacronismos y otorgar credibilidad a lo narrado. La novela histórica se ha convertido en el género literario más leído desde finales del siglo pasado y, como tal, es una herramienta al servicio de la divulgación histórica, siempre que se valide y no trate de reescribir novelando la historia desde los paradigmas mentales del presente, sino al contrario.

El literato no tiene que ser historiador pero, obviamente, no puede hacer novela histórica sin el conocimiento del pasado

que narra (sean personajes reales o ficticios, escenas inventadas, fabulación de sucesos) para crear una narración fiable y creíble. Y en esto se asemeja al historiador, aunque las técnicas narrativas de éste sean más limitadas. La ficción se crea o se inventa para repensar o transformar la realidad histórica con los moldes literarios concebidos, y aunque no se ajuste a la verdad canónica debe dar la apariencia de historicidad, como la mujer de César... Como PR ha tuiteado: “Escribir una novela no es un acto moral. Un novelista no está obligado a nada más que a contar bien una buena historia” (Zenda Semanal: “50 tuiteos sobre literatura”, en *Twitter*, 19 de marzo de 2021). Tampoco en la creación histórica existe la verdad mayúscula en términos absolutos, sino ciertas aproximaciones verídicas y constatables por hechos objetivos que se interpretan (subjektivismo metodológico y conceptual) desde una adecuada base de cuño científico. Hay diferencias y lugares comunes entre historiador y escritor de novelas históricas que pueden resultar compatibles: cada cual tiene una función propia y pueden complementarse. Excepcionalmente, hay medievalistas como José Luis Corral o Margarita Torres Quiñones de León que transforman su saber académico en relato literario. A la inversa es más nutrida la nómina de novelistas que se inspiran en el Medievo, lo que no capacita siempre a igual calidad. Hay distinción entre los profesionales de cualquier gremio. No se olvide que al cronista, que era el historiador profesional en la Edad Media, se le exigía demostrar una buena narrativa literaria. Quizá sea éste el déficit achacable al historiador profesional porque, aun sin exigírsele prosa literaria, la calidad de la escritura debiera ser uno de sus objetivos, como reivindica Ruiz Doménec en *El reto del historiador*.

PR sin ser historiador titulado es un reconocido divulgador de la historia (*verbigracia*: *Una Historia de España*), mientras que Juan Eslava Galán, profesional de la historia y gran divulgador histórico, se manifestó como literato con *En busca del unicornio*, “el molde narrativo que crea el canon del

género”, en frase certera de otro historiador y literato, Emilio Lara. Éste distingue bien entre novela histórica, recreación histórica e historia novelada, y realmente la que interesa es la primera, la dotada de “chispa creativa”, porque:

“La novela histórica, por el contrario, prioriza la voz narrativa, la estructura y el argumento, construye personajes interesantes enfrentados a un conflicto, evoca ambientes, nos transmite el espíritu de una época, genera una sólida sensación de verosimilitud y nos hace vivir de manera apasionada una historia por medio del manejo de unas emociones. Dichos novelistas se documentan con profusión antes de teclear el primer párrafo, pero son seguidores de la teoría del iceberg que formuló Hemingway: en una novela sólo debe emerger la punta de la información: la mayor parte no se ve pero se intuye, sumergida” (Lara 2021).

Mientras que, se añade aquí, en otras ocasiones, los historiadores abordan el iceberg y olvidan su punta o, simplemente, se enredan en la punta y no miran al fondo. Hay otros ejemplos de reconocidos creadores de novela histórica, pero se comparte con Lara que Eslava y Pérez-Reverte son dos de los grandes referentes de la nueva novelística histórica o historia literaria española que, desde una mirada hacia atrás, han sabido conectar con los gustos y exigencias del lector actual. Emocionan, ésa es la clave de su narrativa. Porque si, según G.C. Swift, “La historia nos enseña a evitar las ilusiones e invenciones; deja a un lado los ensueños, los cuentos, las panaceas, los milagros y los delirios; a ser realistas”, la literatura, por el contrario, sí permite sobrevolar la historia y cumplir con nuestras ensoñaciones, dar una vuelta de tuerca al pasado y envolverlo con emoción para disfrutar de su lectura. El lector actual parece reivindicar personajes y novelas históricos emocionantes, y *Sidi* es una buena representación.

Desde la Segunda Guerra Mundial los giros dados a la narrativa, tanto histórica como literaria, encauzaron unas nuevas y nuevas formas simplificadas bajo el sonoro eco posmodernista del mayo francés del 68. Los nuevos renacimientos modernizantes y posmodernistas, poshistóricos y posindustriales se redirigieron hacia la crítica de la historia del pensamiento, y en el ámbito histórico giraron hacia la antropología, la microhistoria y la cultura popular. Y en este giro se podría encuadrar *Sidi*, que relata con intensidad microscópica parte de la vida de un personaje popular que, sin amputar la tradición historiográfica y literaria precedentes, cauteriza las cicatrices ideológicas del más reciente pasado. PR va más allá del molde canónico posmoderno: deconstruye y construye al personaje a través de su memoria —las fuentes histórico-literarias y la gran experiencia personal de un intelectual que forjan la creatividad revertiana— y lo dota de una memoria propia que lo arma antropológica y lingüísticamente. El novelista introduce con imaginación racional y contenida una vida y vivencia literarias de ficción que se califica de neorrealismo revertiano.

Se aprovechan las impresiones resultantes de *Sidi* para relacionarlas con algunas consideraciones de actualidad. Por ejemplo, si se aplica y valida el concepto posverdad a “todo vale” en el mundo político, periodístico, internauta (*fake news*), existe en correspondencia la poshistoria que se falsea y altera con fines ideológicos. El conocimiento de la historia destierra la ingenua idea, muy acendrada, de que cualquier tiempo pasado fue mejor o de que el futuro será más prometedor que el presente al quedar asegurado por la progresión consecutiva de mejoras en cualquier ámbito. Las conquistas sociales no son eternas ni el progreso material, cuando lo hubiere, va ligado necesariamente al progreso de la ética ciudadana. Las nuevas concepciones de la historia surgidas desde finales del siglo XIX (Positivismo y Materialismo marxista) influyeron en la forma de narrarla. Durante el siglo XX, como sintetiza Aurell (2008),

la ciencia histórica experimentó cambios sustanciales que configuran la historia de la Historia o la historiografía y formas de concebir y contar el pasado, e influidos por otras ciencias sociales: Sociología, “New Economic History”, Antropología, Lingüística, etc. Fue en la década de los años setenta y ochenta de la centuria pasada cuando, después de la crisis de la modernidad ideológica (mayo del 68) y de la Guerra Fría, se evidenció un potente y transgresor giro narrativo en la historia y literatura, adecuado a los postulados filosóficos posmodernos. En el giro narrativo posmoderno fue decisiva la influencia de los filósofos como Habermas (*Teoría de la acción comunicativa*), que valoró más la importancia de lo subjetivo y la experiencia de los individuos, o de Lyotard (*La condición postmoderna*), que rechazó las teorías deterministas y universalistas de la historia, y Derrida (*De la gramatología*), que eliminó la verdad de la razón y decodificó el significado del lenguaje escrito, sujeto a interpretaciones y reinterpretaciones del narrador y del lector. Un agudo relativismo y eclecticismo nihilista, junto a la preponderancia de la forma más que el contenido, caracterizaron una nueva narrativa histórica y literaria posmodernista, no exenta de ciertos prejuicios peyorativos y de algunos riesgos y peligros. Toda vez que Nietzsche mató a Dios, Heidegger y Cioran enterraron la Filosofía y Fukuyama finiquitó la Historia, entre esas costuras se recosió el legado posmoderno. En la larga era posmoderna y referida a la narración histórica, importa no lo que acaeció (*res gestae*), sino lo que se sabe de lo acaecido (*rerum gestarum*). Cualquier asunto humano, del pasado, del presente o del futuro, es historiable porque “La postmodernidad, además de muchas otras cosas, es asimismo un espacio cultural en el que diferentes sujetos comparten diferentes objetos mediante diferentes discursos” (Almagro 2011: 11). Consiguientemente, la función de la historia se relativiza en historias, en el sentido de que la imaginación del historiador suple los silencios de las

fuentes y los escribe con absoluta libertad para situar su relato posmoderno entre la historia y la literatura.

El posmodernismo trasvasó la “gran historia” (de rango totalitario y universalista) a las pequeñas historias que se crean. No son absoluto, en ningún caso ni todas ellas, grandes o pequeñas verdades históricas, sino construcciones narrativas artificiales, retóricas adaptadas y reinterpretadas sin distinción entre la fuente primaria (la huella escrita del pasado) y la fuente secundaria (el relato creado por el historiador o literato). Los textos, resultados de ambas narrativas, devienen en copias originales creadas a partir de una copia de un original histórico inexistente que se engloba bajo el concepto de “intertextualidad”, o textos relacionados tanto desde la perspectiva del creador como del lector. La historia posmoderna es, así concebida, una simulación metahistórica, equiparable a la novela histórica: una construcción cultural artificiosa del pasado que se narra. En definición de 2001 de la RAE, la posmodernidad es “un movimiento artístico y cultural de fines del siglo XX, caracterizado por su oposición al racionalismo y por su culto predominante de las formas, el individualismo y la falta de compromiso social”, que amplía Franchisema de Lezama para la novela española actual (2020: 73-84). Desde este enfoque neo-historicista cultural y posmoderno, el historiador se reconvierte en novelista historicista y el novelista en historiador historicista, ambos en narradores de hechos (necesariamente subjetivos) que usan formas diferentes de crear y recrear la historia o la literatura histórica, ambas fundidas y sin distinguirse entre el hecho y la fábula, entre la realidad fenomenológica y la ficción: es lo que se ha denominado meta-ficción historiográfica. Se admite la incapacidad e imposibilidad de demostrar la verdad histórica, que la historia o las historias, con mayúscula o minúscula, son lugares resbaladizos y de incertidumbres. No obstante, se aboga en esta reflexión por el estudio historiográfico y crítico de las fuentes legadas y recreadas, a fin

de construir relatos históricos y de historia novelada o de literatura histórica más sólidos que otros, mejor organizados y más comprensibles, narrados con mejores aproximaciones que permiten delimitar el hecho de su fabulación (Aguilar 2011: 226-275).

Estas concepciones sobre las nuevas formas narrativas de la historia infieren una concepción divulgativa en los medios de masas (película, documental, serie, videojuego, canciones) y de acercamiento a un mayor público en el que converge la historia de divulgación y la novela histórica. La historia, pese a estas benéficas influencias, no es, ni pretende o debe ser, literatura, pero se asume que la narrativa histórica de alta divulgación interesa a un amplio sector de la sociedad. La disciplina histórica (en su fragmentariedad temporal y temática) tiene una función educativa en los planes de estudio académicos y los historiadores se especializan y micro-especializan, investigan transversalmente y transmiten sus conocimientos a espacios místicos, olvidando, sin que sea incompatible, que el discurso histórico debe conectar con la sociedad a través de medios eficaces y desde fuera de los circuitos académicos internos y especializados. El historiador ha de aprender el oficio, como detalla Moradiellos, y ha de reciclarse actualizado con nuevas orientaciones conceptuales y metodológicas y nuevos soportes y técnicas, porque la materia de su trabajo se ha transformado con las influencias historiográficas y técnicas recibidas desde los años 90. Adaptación, integración, especialidad e interdisciplinariedad ¿posibilitan superar la “historia en migajas”?, como titulara Dosse, o ¿conocer más y mejor las migajas para llegar a la molla? Los equipos de investigadores amplían las fuentes de estudio y contribuyen a un conocimiento más poliédrico y completo de cualquier tema. En la década final del siglo pasado se revalorizó la incorporación de la “historia oral” como fuente para el estudio de la historia medieval a través de literatura “oral” más representativa de ese periodo: los cantares de gesta y romances populares de diversa temática.

Y también, desde esa fecha, se prestó más atención a la vida cotidiana y la vida privada de personajes históricos, a la adecuación de la forma narrativa a las normas imperantes y el manejo de las TIC (Técnicas de comunicación informática y telemática), entre otras.

PR representa el modelo de una nueva narrativa literaria de mimbres históricos, de “microhistoria”, cuyo giro narrativo reaparece en *Sidi* sumándose a la prolífica y variada obra del escritor. Sus libros son analizados por expertos y especialistas internacionales dentro y fuera de los marcos académicos y universitarios, en congresos monográficos, investigaciones y estudios sobre su extensa producción literaria. Influido por Eco y su *Nombre de la Rosa*, como el propio autor expresa a J. Fernández Díaz en una reciente entrevista en 2021, PR dio, en la España de los noventa, una vuelta de tuerca a la narrativa posmoderna con un nuevo giro hacia el relato “tradicional”, hacia una novela que contuviera “historias contadas y para ser contadas”. Su canon ha creado una escuela revertiana que ocupa su lugar en la joven narrativa del siglo XXI. La narrativa sidiana es la representación de un personaje histórico-literario que se proyecta a todos los ámbitos de su realidad vivencial y desde ésta hacia el protagonista, sobre el que se encajan todas las piezas y estrategias narrativas. Una estética literaria que marca el amplio, diverso y emocionante repertorio de PR, que sigue evolucionando con su sello de identidad.

Como se ha apuntado, tanto la producción literaria como la histórica están influenciadas por los giros que en cada disciplina se han ido estableciendo desde las últimas décadas del siglo XX. Y en esos giros resultan de interés los canales de divulgación de la historia y la literatura, actualmente en muy diversos soportes y con muy distintas concepciones y desiguales tratamientos. Algunos de los escritores consagrados de la literatura contemporánea que rompieron en su día con los modelos establecidos –Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, Eco, Pérez-Reverte– se documentaron y documentan

hasta el mínimo detalle para crear una narración literaria a partir de esa materia prima básica que es la información histórica. En la novela se hace ficción de forma creíble, se recrea literariamente el pasado y se construye una nueva realidad en la pieza literaria. Con *Sidi* el escritor se alza prestigioso a la cumbre del neomedievalismo literario, el modelo de una innovadora novela histórica que, ahora basada en un personaje del Medievo español, combina fundamento historiográfico y narración literaria. En *Sidi* destaca la perspectiva de la antropología cultural, que otorga más valor a los sentimientos, a los vínculos emocionales, al revival biográfico-literario coral que interrelaciona al hombre Rodrigo con las vivencias compartidas con sus hombres. Se elabora un protagonismo colectivo que pergeña la verdadera personalidad literaria del personaje bajo moderados paradigmas posmodernistas que articulan el individuo en sus circunstancias. Al comprenderse *Sidi* no se plantea ya *a posteriori* qué hay siquiera de verdad en el relato, porque *a priori* se acepta que en literatura no hay verdad, sino una buena o no calidad literaria. Es por ello que *Sidi* ha obtenido, una vez más, entusiasta aceptación del público y masiva atracción al mundo sidiano de Ruy Díaz. En general, toda la producción novelística neo-medieval mantiene actualmente una gran difusión exponencial gracias a las campañas publicitarias en diversos medios de comunicación públicos y privados (Tv, radio, prensa, internet, “boca a boca”, etc.). Se excluye del género novela histórica la simple historia ficción, fantasiosa y apócrifa, que se crea con el pretexto de elegir cualquier personaje, tema o suceso históricos, pero carente de un mínimo rigor, porque inserta burdos anacronismos y adapta la narración al “presentismo” contemporáneo, al lenguaje y la mentalidad actuales, a veces con fines más ideológicos que culturales, como forma de un mal entendido revisionismo carente de toda credibilidad. Todo lo contrario a la obra que se comenta, pues la ficción del escritor Pérez-Reverte está bien amparada sobre

la historicidad veraz de un personaje reinventado y reescrito que engloba su actividad bélica y el mundo de la frontera del siglo XI. La calidad literaria de *Sidi* se superpone al gran conocimiento de la historiografía académica de PR, cuya honestidad al respecto y el respeto por las obras de los historiadores lo manifiesta en algunas de sus novelas adjuntando la bibliografía de la que se ha servido para documentar sus novelas o sus “historias”: magistral *Línea de Fuego*, donde relaciona una copiosa bibliografía acerca de la Guerra Civil española.

El tradicional divorcio entre historiadores académicos-novelistas de historia queda cada vez más lejano, como se pretende mostrar en estas líneas y en los recursos docentes de literatura histórica utilizados en las aulas, junto a documentales y películas, si bien de manera muy puntual. Y fuera de ellas, con visitas “in situ” a cercanos museos, yacimientos y archivos que encierran los misterios de la cultura que dejaron, consciente e inconscientemente, nuestros antepasados. Es cierto que no toda historia ni novela histórica valen, y también que la obra deja de ser responsabilidad del autor y pasa a serlo de quien la elige de compañera. Como se ha indicado, la buena novela histórica, según valoración objetiva de la crítica además del gusto personal, puede y debe ser utilizada como recurso docente para que, aprehendidos los conocimientos fundamentales del periodo histórico, en este caso medieval, pueda completarse de forma más atrayente y con mayor juicio crítico, y poder depurar críticamente la realidad histórica de la ficción literaria. Al respecto resulta certero PR con *Sidi*, “un relato de frontera” que se acomoda perfectamente como material práctico docente universitario, que se adapta bien al contenido de algunas asignaturas del Grado de Historia y que justifican el estudio del personaje en paralelismo con la novela.

Porqués de la elección de *Sidi*

“El destino. ¡Mi destino! ¡Es curiosa la vida...ese misterioso arreglo de lógica implacable con propósitos fútiles! Los más que se puede esperar es cierto conocimiento de uno mismo...que llega demasiado tarde”
(Conrad, *El corazón de las tinieblas*)

“Sin embargo, pronto aprendió que batallar era mucho más, o un casi todo, de rutina y fatiga, de marchas interminables, de calor, frío, tedio, sed y hambre, y también de apretar los dientes aguardando momentos que no sucedían nunca o porque, cuando al fin llegaban, transcurrían fugaces y brutales, sin tiempo para retener detalles, sin otro pensamiento que no fuera golpear, defenderse y recordar la única regla: si luchas bien, vivirás; si no, te matarán”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

El referido neo-medievalismo o “re-creacionismo” literario de divulgación histórica de alta calidad se ejemplifica en este estudio con la obra *Sidi*, acogida internacionalmente. Desde la década de los noventa, el reimpulso historiográfico dado al Cid literario se evidencia con las nuevas ediciones, traducciones y estudios críticos del *Cantar de Mio Cid* (Montaner 1993), la *Historia latina de Rodrigo Díaz* (Ruiz Asensio y Ruiz Albi 1999), el *Carmen Campidoctoris* (Montaner y Escobar 2001), y los del Cid histórico de Fletcher (1989), por poner algunos de los ejemplos más significativos: y a partir de ellos, los numerosos estudios históricos y literarios concretos que jalonan este milenio hasta hoy. Desde entonces, la vigencia de Rodrigo Díaz es ininterrumpida en las dos últimas décadas: por ejemplo, *El Cid. La historia del hombre tras el héroe* de José Luis Corral (2007), *Mi Cid* de José Enrique Ruiz Doménech (2007),

Microcantar del Mío Cid (2012), *El Cid Campeador. Simplemente Rodrigo* de Carlos del Solo (2018) o la exposición “Dos españoles en la historia: el Cid y Ramón Menéndez Pidal”, organizada por la Biblioteca Nacional y la Fundación Ramón Menéndez Pidal, donde se pudo ver en 2019 el manuscrito único del *Cantar del mio Cid* (se reproduce en imagen); además de la musicalización que de este personaje se hace en el *heavy metal*, o en la serie *El Cid*, producida por Amazon. Y en ese apogeo historiográfico y literario continuo se encuadra el *Sidi* de PR (2019), figura épica más conocida como “el Cid”, cuyos hechos fueron escritos un siglo después de su muerte, pero cuya fama parece reconocida en el tiempo que le tocó vivir. La tradición literaria cidiana se popularizó en lo que se conoce como romances, leyendas, invenciones de autor que forman parte del acervo histórico cultural y que tienen su interés para el historiador y el literato, aunque debe subrayarse, a la vista de los estudios de literatura comparada, que los anónimos autores que escribieron el CMC, el CC o la HR, fueron personas cultas bien conocedoras de la literatura clásica. PR recoge en *Sidi* esa cultura cidiana escrita junto a populares leyendas vertidas oralmente o/y por escrito, pues ambas forman parte de la transmisión histórico-literaria del personaje: de cómo a lo largo de la historia se ha ido relatando su figura con hechos reales, deformados e inventados. PR como novelista está en su derecho y deber de inventar lo que considere oportuno para crear su obra, con la que gesta una nueva leyenda literaria, un *bestseller* en el sentido más loable. Reinventa la pluma revertiana la figura humanizada del Cid en su cotidianidad, sin enjuiciar, magnificar, denostar o manipular ideológicamente la figura, buscando la complicidad de los lectores, como en el *Cantar*. Y en consecuencia, tampoco el escritor fantasea anacrónicamente ni idealiza al personaje. Eso sí, legítimamente crea algún lugar imaginario o traslada de tiempo una batalla, recrea necesariamente los hechos histórico-legendarios con buena ficción literaria: licencias que son

recursos perfectamente justificados en literatura y que enaltecen la obra, que es lo realmente valioso a fin de cuentas. Al novelista no se le exige absoluto rigor histórico sino calidad validada por la credibilidad de lo que novela. Escritores de prestigio, como el elegido, leyeron y narraron grandes obras por la atracción de las leyendas atribuidas a hechos o personajes históricos, y a través de la leyenda se incurre en la historia. Y como el novelista ha dicho (se cita de memoria): “podría vivir sin escribir pero no sin leer: estaría muerto”.

El tratamiento histórico de *Sidi* es bastante objetivo en el sentido de que no hace juicios morales, lo que no excluye que se desprenda una ética sidiana propia, tras la depuración de las fuentes y las lecturas historiográficas del autor. PR contempla y hace contemplar cómo pudo ser Ruy Díaz: su condición humana durante unos años concretos de su vida como profesional de la guerra. El novelista ha pensado en Ruy/Sidi y tratado de imaginarlo poniéndose en la piel de un hombre de guerra medieval, porque la guerra (aunque no sea medieval) está, como resulta de sobra conocido, o estuvo, muy presente en la vida de PR durante sus 21 años de reportero (1973-1994): entre otras, presenció la guerra de las Malvinas, la del Golfo, la de Bosnia y el golpe de estado en Túnez. Y las guerras, con distinto formato y específico motivo, todas se parecen: el ansia de poder las desencadena, la demostración de superioridad, la conservación de lo que se considera un derecho o deber, a veces más personal que colectivo. Se aplican a la elección de la obra analizada las palabras de Houellebecq (2015) en su obra *Sumisión*:

“...Pero sólo la literatura puede proporcionar esa sensación de contacto con otra mente humana... Sólo la literatura permite entrar en contacto con el espíritu de un muerto, de manera más directa, más completa y más profunda que lo haría la conversación con un amigo... a un destinatario desconocido”, (lo que da mayor libertad al autor)... “Un autor es un ser humano. Lo esencial es que escriba y que esté,

efectivamente, presente en sus libros”... “Un libro que nos gusta es ante todo un libro del que nos gusta su autor”.

Y es por el autor y el personaje medieval que trata, más que por el género de novela histórica, que se ha puesto interés en esta obra acerca de la figura del Cid. Ya interés cinematográficamente⁴ y, una vez más, literariamente, como reflejo de una época medieval aún poco conocida y todavía pretendidamente oscura para el gran público, que PR contribuye a esclarecer, desmitificar y suscitar interés a través de este personaje. Antes, la generación de los sesenta (a la que pertenezco) tuvo noticias del Cid en la enciclopedia Álvarez, ilustrada con el héroe, y con la imagen heroica del imberbe, blanco y rubio Rodrigo, representado por Charlton Heston en la película *El Cid*, dirigida por Anthony Mann (1961), película rodada en España y que algunos adictos del régimen compararon con Franco. Porque lo que importaba era el mensaje nacionalista y católico y el espectáculo cinematográfico, no el rigor histórico. Por ello, la cinta se centró en el romance de Jimena (Sofía Loren) y Rodrigo (Charlton Heston), y en el Cid más cristiano gobernando en Valencia, pero omitiendo su anterior servicio bajo el soberano andalusí de Zaragoza. Además, se consolidaba la imagen negativa de Alfonso VI y de su hermana doña Urraca. El Cid simbolizaba un nuevo Mesías. Una valiosa película “representativa de una época y de un modo de concebir el espectáculo cinematográfico” (García Marsilla y Ortiz Villeta 2017: 87-90).

⁴ En un ciclo de “Cine Histórico” (Universidad de Murcia, 2009) comenté la película *El Cid* de Anthony Mann (1961). Se ha estrenado en 2020 la serie *El Cid*, producida por Zebra de la mano de Amazon Prime Video, con el eslogan “la historia de época más ambiciosa jamás narrada en España”, cuya crítica cinematográfica ha sido muy desfavorable.

En septiembre de 2019 apareció *Sidi*, la versión literaria de un personaje histórico creado por el intelectual PR⁵. Y con tan sólo tres meses de diferencia se publicó *El Cid, Historia y mito de un señor de la guerra*, una monografía histórica de Porrinas⁶, que versa sobre el mismo personaje. Ambas obras, coetáneamente pero con intencionalidad bien distinta, resucitaron, de nuevo, a Sidi/El Cid para el gran público y los medievalistas. Sendas visiones, tan diferentes, son valiosas aun con disímiles objetivos y lectores, y en ellas se contrasta la forma de hacer literatura e historia. La primera, destinada al público general que quiere pasar un buen rato literario, mientras que la segunda está dispuesta para especialistas o/y aficionados a la historia, que lo son muchos también a la novela histórica. Este género tiene a favor un papel de mayor divulgación social frente a la historia académica, circundada por los muros universitarios, que con *Sidi* se intentó romper al programar un Seminario para mayo de 2020, con el entusiasmo, nada frecuente, del colectivo docente, pero que resultó fallido por la pandemia de COVID. El objetivo era conocer y dar a conocer e ilustrar con imágenes⁷ una personalidad histórica “mal conocida” por su mitificación, y que PR ajusta literariamente, la humaniza con la visión personal y creíble que hace del personaje, y establecer un paralelismo, con convergencias y divergencias, entre novela e historia. Pues a través de *Sidi* se comprende también cómo era la vida en aquella lejana y cidiana época de las tierras musulmanas y cristianas de los finales del siglo XI, planteando, desde una visión poliédrica, algunos de los muchos temas (política y guerra, sociedad y paisaje, lenguas y vocabulario,

5 Otras novelas anteriores acerca del personaje, en este milenio, fueron la de José Luis Corral (2007) *El Cid* y Eduardo Martínez Rico (2019) *Cid Campeador*.

6 PORRINAS GONZÁLEZ, David: *El Cid, Historia y mito de un señor de la guerra* (1ª edición diciembre 2019), 404 pp.

7 Las ilustraciones de este libro proceden del mercado libre de Google, especialmente de wikipedia y wikimedia commons.

religiosidad y mentalidades) que tan bien refleja la novela. Fracasado el proyecto, se retomó en solitario la apuesta que ha abocado a su publicación por si sirviera, fuera del ámbito académico, a comprender los entresijos históricos de la novela.

Sidi permite indagar históricamente en la figura del personaje y su tiempo. Con la novela se ha ido hacia atrás para situarla en las inspiradoras fuentes medievales que acercan a la figura del Cid. Los estudios de Montaner, entre otros, fueron algunas de las musas del escritor, pero el gusto por ese personaje se remonta a su infancia con el romántico Zorrilla. La inspiración y la fascinación por un personaje determinado no son más que la primera e imprescindible toma de contacto a través de la documentación. PR se eleva sobre las fuentes, actualiza, como hombre del siglo XXI, la personalidad que crea. No es un relato épico ni un canto himnico del Cid, sino que PR, como buen hermeneuta y literato, usa e interpreta las fuentes histórico-literarias (más o menos tardías a los hechos narrados) para desarrollar su personal y original versión literaria, con un tercio de rigor histórico y el restante de buen acomodo literario. Y desde este puente literario sidiano se establece el paso al mundo medieval cidiano, objetivo de este ensayo que expresa la novedad en estas lides. Se pretende divulgar el contenido histórico-literario de *Sidi*, desarbolado, en lo posible, del abundante pero necesario aparato academicista, obligado en un estricto trabajo de investigación e inabarcable en el fin propuesto. Aunque el oficio manda y se seleccionan, inevitablemente, algunas referencias historiográficas del personaje y de su tiempo y unos anexos de vocabulario, onomástica y toponimia contenidos en la novela, a fin de facilitar la búsqueda de información a quienes estén interesados en profundizar en ella desde cualquier perspectiva.

En las páginas de PR se cabalga y descabalga para recuperar una parte lejana de nuestra historia a través de un personaje que fue legendario en vida: Ruy Díaz, rebautizado *Sidi*, señor en romance andalusí, profesional respetado,

admirado y temido, jefe militar con autoridad y legitimidad moral reconocidas por sus hombres y por los gobernantes musulmanes y cristianos. Se trata, como se subtitula la novela, de un relato de frontera protagonizado por Ruy Díaz, donde se condensa la dura vida de un mercenario junto a sus hombres en aquellas “España’s” enfrentadas entre bandas mixtas de musulmanes y cristianos que luchaban entre sí, por encima de las diferencias religiosas. *Sidi* puede ser utilizada por el alumnado universitario como un ameno complemento didáctico para acercarse a la vida de esos mundos medievales del siglo XI, amén de a la personalidad y modo de vida del aventurero burgalés: el prototipo del frontero. En consecuencia, esta obra literaria se considera una fuente secundaria, documentada en fuentes primarias medievales y en la ficción literaria de su autor. Y construye –desde el riguroso conocimiento histórico de la época– una nueva visión del Campeador con una historia transversal contada desde el prisma propio que lo distingue en la producción novelística contemporánea. De nuevo se aplican a *Sidi* las palabras de Lara: “la síntesis de lo que representa la mejor la ficción histórica: la aleación entre imaginación, memoria y realidad. El pasado dentro del presente” (Lara 2021). La novela de forma atractiva se acerca al mundo medieval y lo acerca muy bien sin recurrir al academicismo de las aulas, convirtiéndose en una fuente cultural contemporánea a analizar. Y como tal, *Sidi*, se considera una fuente historiográfico-literaria que el medievalista debe conocer y sumar a otras. Como el cine histórico o cualquier otro género, la novela completa no sólo la visión historiográfica (fuentes primarias y bibliografía), sino cómo se ha transmitido también esa visión a través de “otra historia” o formas de hacer historia novelada. *Sidi* ya ha pasado al dominio público con más de 300.000 ejemplares vendidos en un año y ha sido elegido “Libro del año” por la crítica y los lectores, con lo que forma parte del acervo cultural de este bien entrado nuevo siglo. El escritor, buen narrador y contador de

historias, al margen del género literario que frecuente, se reconvierte en un experto y ameno cronista contemporáneo del Medievo.

El armazón histórico de *Sidi* es sólido y cohesionado, equilibrado, envolvente, atrayente. Con gran precisión, acción y detalle explica PR algunas de las lides caracterizadoras y diferenciadas en la guerra medieval, como fueron la cabalgada y la batalla en campo abierto. Hace comprender “en vivo y en directo” cómo se planificaba y ejecutaba una lucha campal entre enemigos, siquiera momentáneos y según conveniencia de la circunstancia. En ellas se detiene el tiempo bélico y se fijan hechos que sucedieron en espacios geopolíticos reales. Selectivos acontecimientos que enredan el Al-Ándalus de taifas con las jerárquicas relaciones militares cristianas (de feudo-vasallaje) y tributarias (parias) del siglo XI.

Sin referencias cronológicas, la novela sirve de acicate para situar temporalmente los hechos que se narran y descubrir su base de historicidad. Resulta destacable cómo unos simples datos informativos (batalla cuál, reyes tales, etc.) que los docentes despachan en unos minutos, se pueden fijar en este relato literario de frontera para comprender toda una época: desde cómo pudo ser una cabalgada, una batalla, un enfrentamiento entre fuerzas medievales unidas y desunidas por la guerra que trastocó, sobre todo en las zonas de frontera donde se llevó a cabo, el discurrir de una sociedad siempre amenazada, insegura y receptora de los *fechos y fazañas* de los hombres que la hicieron. La historia política del Medievo hispano es muy compleja por la evolución cultural y política, tan diversa y plural. Desde las bases romano-visigodas con que se iniciaba en la península la transición al Medievo, la conquista islámica de 711, tras la batalla de Guadalete y la inmediata conquista del reino visigodo de Toledo por Tariq y Muza, dio un cambio histórico en Hispania con la implantación del dominio islámico que finalizó con la entrega de Boabdil de la Granada nazarí en 1492. Aun gravosa para gran parte del profesorado y alumnado, la

historia política es “el esqueleto de la historia”, acertada frase de Valdeón en “En defensa de la Historia”. PR rellena con sabrosa carne humana de Sidi una parte de esa historia medieval, con hombres reales o figurados que lo fueron y lo parecen, con cualesquier de los anónimos que pudieron ser y estar allí, con todo un universo social que transpira en la novela. El autor deja “pistas”: sus personajes recuerdan sucesos históricos que se convierten en “enigmas” para el lector, viven en su tiempo hechos reales, sobre los que aquí se indagan, cuales detectives holmesianos de la historia de Sidi. *Sidi* podría ser un largo romance prosificado contemporáneo que destila la materia cidiana, los personajes y el paisaje, con la musicalidad de una técnica narrativa que logra hacer guiños de complicidad al lector expectante, como en el Medievo el público-espectador escuchó a los juglares cantar, recitar y teatralizar los romances. Según explicó Rico (1988: 13) en el *Romancero* por él seleccionado, “el romancero comenzó por ser únicamente un conjunto de fragmentos desgajados de las gestas y acabó por atraer a su ámbito de raíz épica todas o casi todas las demás posibilidades de canción narrativa”. Sin embargo, esta teoría tradicional fue refutada por Armistead (1996: 13-26).

Sígase el rastro del relato con “los ojos de la guerra” sidiano-revertianos. Desentráñese el mundo sidiano con el mero criterio de una medievalista no experta en literatura. Convendría, antes, encuadrar al personaje en el contexto histórico donde se sitúa ese mundo novelado en *Sidi*.

Siguiendo el rastro de las “Espanas” de *Sidi*

“Esto es particularmente verdad en España. Sus habitantes sienten envidia por el sabio que entre ellos surge y alcanza maestría en su arte; tienen en poco lo mucho que pueda hacer, rebajan sus aciertos y se ensañan, en cambio, con sus caídas y tropiezos, sobre todo mientras vive, y con doble animosidad que en otro cualquier país... Aunque sea hombre señalado y campeón de su ciencia, caso de no tener con el poder público relaciones que le permitan salir indemne de los peligros y de las desgracias. Si se le ocurre escribir un libro, lo calumniarán, difamarán, contradirán y vejearán... a no ser que se marche o huya o que recorra su camino sin detenerse y de un solo golpe”

(Ibn Bassam, *Dajira*)

“Maté a tu padre cara a cara, no como villano. Hombre te quité, pero hombre te di”

(Pérez Reverte, *Sidi*)

La gran expansión territorial del mundo cristiano peninsular sobre al-Ándalus se inauguró en el siglo XI y continuó *in crescendo* hasta el siglo XIII. Este proceso de ofensiva cristiana rompió el equilibrio entre los poderes cristianos y andalusíes. La lucha, aunque fundamentada en la ideología papal de signo religioso desde finales del siglo XI, no fue, ni lo fue posteriormente de forma unívoca ni exclusiva, una guerra entre cristianos y musulmanes en la península, tal como planteó el concepto “Reconquista” que se creó en el siglo XIX y mantuvo la historiografía más tradicional hasta no hace mucho tiempo. La religión, aun conformando una seña cultural de las identidades en ambas civilizaciones, cristiana e islámica, se considera una abstracción instrumentalizada para legitimar lo que realmente importaba: conquistar y ampliar el

territorio, sin que ello implicara en absoluto la expulsión, sino el dominio y sumisión de los conquistados. La ruptura del equilibrio entre el ámbito peninsular cristiano y andalusí se radicalizó con la irrupción de los ultra ortodoxos almorávides frente a los reinos de taifas y los soberanos cristianos. La novela se incardina en el siglo XI, cuando se inició ese proceso de configuración y articulación territorial de los reinos que, sometidos a importantes transformaciones, culminó en el siglo XV. Al decir de Ladero (2014: 25):

“La España en la que vivimos hoy se hizo en aquellos siglos en su territorio, en sus regiones –sólo Granada y Canarias son algo más recientes–, en su forma geo-histórica. Ningún otro periodo de la historia española tiene tanta importancia en estos aspectos... que componen la realidad histórica originaria de la España actual”.

Españas medievales, si se permite en plural, o en singular, España, así denominada dentro y fuera de su territorio, si bien con realidades compartidas, diferenciadas y contrastadas en un siglo político muy dividido y enfrentado, que es representado por Rodrigo Díaz, presente en la realidad histórica de la segunda mitad del siglo XI (como recoge cualquier manual universitario) y, por derivación, en los muchos temas de la época que la novela refleja. Novela viva, concisa, emocionante, si bien no siempre fácil de entender en profundidad por un lector sin conocimiento de la Edad Media hispánica. Es buena ocasión para que, a través de las “pistas” históricas que envuelven el relato revertiano, aflore parte de una época y una figura que ha sido proclive al mito, al apasionamiento desmedido y a la utilización ideológica. Se aúnan así el interés en la obra de Pérez-Reverte y en la creación literaria de uno de los personajes más y mal conocidos de una historia en común. Al vincular literatura e historia se deslindan ahora las funciones y se perfilan los respectivos límites. Sirva como muestra de reconocimiento al autor, el rescate histórico-literario de este personaje que estrena atractiva armadura.

Españas de *Sidi* fragmentadas en dos grandes bloques territoriales: el cristiano, configurado y singularizado por los reinos de Navarra, León y Castilla, los condados orientales del Pirineo (“catalanes”) y el reino de Aragón; y el andalusí, resquebrajado en torno a la treintena de reinos de taifas (*tawa'if*/*taifas* en plural) independientes, con orígenes étnicos (árabes, bereberes, eslavos) y titulaciones (*hayib*, *malik*) diferentes, enfrentados entre sí para expandirse unos a costa de los otros. La conquista de territorios conllevó su colonización y organización, además de la ampliación de la frontera política-militar, no obstante provisional hasta haber conseguido la repoblación y militarización del espacio y situarse alejada de los nuevos topos conquistadores. De la protección cristiana a los soberanos musulmanes de los estados de taifas, que recurrieron al pago de ejércitos mercenarios cristianos para sus pretensiones expansivas contra otros reyes de taifas o para hacer frente al avance norteño cristiano antes de ser engullidos por los almorávides, se dio paso a una guerra de conquista a partir de la capitulación de Toledo en 1085. El avance cristiano peninsular se articula paralelamente en el proceso general del occidente europeo, comenzando su plenitud o madurez.

El Reinado de Fernando I (1035-1065)

This map illustrates the territorial expansion of the Kingdom of Castile during the reign of Fernando I (1035-1065). The map shows the following regions and territories:

- Castile (Castilla):** The central core of the kingdom, including León, Burgos, and Palencia.
- Navarre (Navarra):** Located to the north, including Pamplona and Tudela.
- Galicia:** Located to the west, including Santiago de Compostela and Ourense.
- Portugal:** Located to the southwest, including Coimbra and Oporto.
- Badajoz:** A key fortress on the southwestern border.
- Sevilla:** A major city in the south, under the control of the Almoravids.
- Granada:** A key fortress in the south, under the control of the Almoravids.
- Valencia:** A key fortress in the east, under the control of the Almoravids.
- Catalonia:** Located to the northeast, including Barcelona and Tarragona.
- Mar Cantábrico:** The northern coast of the Iberian Peninsula.
- Mar Mediterráneo:** The eastern coast of the Iberian Peninsula.

The map also shows the following military campaigns and events:

- Frontiera entre cristianos y musulmanes hacia el año 1070:** The frontier between Christians and Muslims in the year 1070.
- campañas castaño-leonesas (Fernando I y Sancho II):** Castilian-Leonese campaigns led by Fernando I and Sancho II.
- batallas de Tamarón, 1037:** The Battle of Tamarón in 1037.
- Fernando I, rey de León:** Fernando I, King of León.
- campañas zamoranas (Ramiro y Sancho I):** Zamorana campaigns led by Ramiro and Sancho I.
- campañas navarras (Sancho Garces IV):** Navarrese campaigns led by Sancho Garces IV.
- el Reino de Sevilla tras la disolución del Califato (1030-1065):** The Kingdom of Seville after the dissolution of the Caliphate (1030-1065).
- conquistas de los reyes sevillanos Al-Mutadil y Al-Mutamir:** Conquests of the Seville kings Al-Mutadil and Al-Mutamir.

The map includes a scale bar (0 to 250 km) and a compass rose.

La península ibérica en el reinado de Fernando I.

Presenta PR su relato en el inicio de ese contexto histórico con unos espacios político-territoriales cuarteados en taifas musulmanas y reinos y condados cristianos separados y contactados simultáneamente por las fronteras de unas y otros: una península que encerraba mundos enemistados y aliados, cambiantes en función de los intereses de poder en cada coyuntura. Territorios cristianos y musulmanes comunicados pero tan diferentes, con confluencias e intercambios irreversibles que han dejado un rico patrimonio material e inmaterial: monumental, artístico, literario, lingüístico, documental, arqueológico, musical, etnográfico, indumentario, gastronómico... Un contexto hispano, el del siglo XI, de gran contraste cultural, resumido en boca de un poeta andalusí: “Mientras los cristianos se habían puesto las cotas de malla de hierro, los andalusíes vestían túnicas de seda o tenían las armas en sus tiendas y casas” (Manzano Moreno 2010: 291). La vida muelle, cortesana y culta de las élites gobernantes de los taifas frente a la actitud bélica de los cristianos que tutelaron y

protegeron a los reyes andalusíes en un complejo y fluctuante mosaico político. Véase un resumen conducente a *Sidi*:

El territorio peninsular cristiano se configuró en el siglo XI en una serie de núcleos políticos fragmentados: reinos de León y Castilla, reinos de Aragón y Pamplona y condados orientales, mal llamados “catalanes” porque el topónimo no apareció hasta el siglo XII. O “¿Por qué hubo tantos reinos en la península ibérica a lo largo de la Edad Media”, en frase de Manzano (2010: 261); o ¿Por qué no hubo una España cristiana unida y sí fragmentada en espacios políticos diferenciados? Al margen de interpretaciones nacionalistas políticamente interesadas –como la ruptura de la unidad política y territorial del reino visigodo por la conquista árabe de 711 o las plenas reivindicaciones autonómicas contemporáneas– la respuesta, quizás sea, porque en esos espacios políticos no se pretendió la unidad territorial, sino que se consolidaron dinastías estables dentro de un mismo linaje con el fin de afianzar su posición y expandirse territorialmente, pero sin que ello supusiese la configuración de “comunidad nacional alguna” (Manzano 2010: 263). Y también se considera que en los complejos avatares políticos y territoriales de los distintos espacios cristianos no primaron las concepciones feudales y patrimonialistas de los titulares del poder monárquico –con que se explican tradicionalmente unificaciones coyunturales y fragmentaciones territoriales, que dieron lugar a conflictos bélicos por el reparto del poder, ejemplificado en el testamento de Fernando I– sino que “la división de los reinos es compatible con un flujo de relaciones que iba más allá de la simple relación política entre iguales para apuntar a una especie de soberanía compartida de los familiares en el conjunto de la herencia familiar” (Mínguez 2000: 26) . Y en al-Ándalus, nombre dado al cambiante territorio islámico en la península ibérica, la fragmentación territorial eclosionó en 1031, desaparecido el califato omeya, e inició la política expansiva de los reinos de taifas a costa de sus correligionarios. Espacios

políticos diferenciados que se conformaron a partir de un determinado núcleo territorial mediante dinastías estables y hereditarias en torno a los diferentes linajes, real y condal en el ámbito cristiano, y andalusíes, *dawla* o linaje familiar, en el fluctuante territorio de los reinos de taifas. La praxis política demuestra que quienes representaron el poder dentro de sus territorios lucharon por la hegemonía sobre otros, fuese cristiano o musulmán. Y los títulos ostentados, conde, rey, emperador, respondieron, aunque no siempre, a la jerarquía político-territorial que definió los espacios de poder y dominio (Manzano 2010: 263). Alianzas matrimoniales y vasallaje político feudal fueron claves en la consolidación y expansión territorial de unos reinos frente a otros y frente a las taifas andalusíes para reforzar su poder, en un juego político en que el factor ideológico y diferenciador de la religión quedó eclipsado por las redes políticas que se tejieron entre los distintos poderes cristianos y musulmanes.

Un territorio cristiano fragmentado en distintas formaciones políticas y en similar paralelismo con la desmembración que se produjo tras la desaparición del califato omeya cordobés en 1031 y la consecuente emergencia disgregadora de las primeras taifas andalusíes. No obstante las especificidades propias, ambos bloques estuvieron respectivamente conectados: el cristiano peninsular con la Europa latino-germánica gracias al desarrollo del Camino de Santiago, y el andalusí con el califato de Oriente, donde se instalaron los turcos selyúcidas, aunque los vínculos entre el Occidente y el Oriente islámicos estuvieron ya debilitados durante el periodo de taifas. Fue en el siglo XI cuando el ámbito cristiano peninsular se vinculó con el europeo occidental, frente a un al-Ándalus que, constreñido entre el islam y la cristiandad, se erigió en el eslabón cultural entre Oriente y Occidente, como titulara Menéndez Pidal. En el plano político, se fortalecieron los núcleos cristianos frente a la división de al-Ándalus, troceado en 1031 en más de una

veintena de micro estados o reinos de taifas debilitados política y militarmente y enfrentados entre ellos. Pese a todo, mantuvieron la estructura administrativa del califato omeya cordobés que los precedió, si bien en el arte economizaron recursos, como puede observarse en el palacio de la Aljafería, que se comentará más adelante.



En al-Ándalus, las taifas se formaron con la independencia de caudillos amiríes descendientes de Almanzor, dinastas árabes y jefes bereberes de antiguo o nuevo arraigo peninsular, y eslavos. En la frontera o marca superior del territorio andalusí, el líder de un linaje árabe, Sulayman ibn Hud (1038-1046) fue el primer soberano de la dinastía hudí en Zaragoza y constituyó un poderoso reino autónomo que abarcó la mayor parte del valle del Ebro (Zaragoza y Lérida en el este, Huesca en el norte y Tudela y Calatayud al oeste). La de Zaragoza se erigió en una de las taifas más extensas e importantes, junto a las de Sevilla y Toledo. Sus hijos fueron gobernadores en las ciudades-fortaleza de la taifa zaragozana y se enfrentaron a la muerte del padre. Fue Ahmad ibn Sulayman al-Muqtadir (1049-1081) quien, pagando parias, venció a sus

hermanos y les tomó Calatayud, Huesca y Tudela en 1051 y Lérida en 1066, donde derrotó a otro de sus hermanos, aliado con el conde Ramón Berenguer I. Finalmente, al-Muqtadir se adueñó de Tortosa en 1060-1062 y Denia en 1076/77. Voces musulmanas de guerra tronaban en al-Ándalus.

Los gobernantes de las taifas, sabedores de su débil legitimidad política y del rechazo social, acusado por la presión cristiana, se renombraron con pomposos sobrenombres, pero se deben matizar los tópicos de ineptitud y de vividores que se acuñaron al respecto (Manzano 2010: 280 y 281). Se destaca la taifa de Zaragoza, una de las más extensas, por ser uno de los escenarios donde se sitúa la segunda parte de la novela. Gobernada por la familia de los Banu Hud, apoyada por Alfonso VI y el Cid en vida de al-Muqtadir (1046-1081), este soberano contrató a Rodrigo como mercenario hacia finales de su reinado.



*Patio del Palacio de la Aljafería,
que se construyó sobre el denominado Palacio de la Alegría*

Los hudíes fueron descendientes del linaje árabe de *Yudam*, arraigado en al-Ándalus desde el tiempo de la conquista islámica y sustituyeron a los tuyibíes al frente de la taifa de

Zaragoza a principios del siglo XI. Esta taifa comprendió los distritos de Calatayud, Daroca, Huesca, Barbastro, Lérida y Tudela, se amplió con Tortosa (1060-61) y Denia (1076) (Viguera 1994: 75 y 77) y se fragmentó por herencia al ser repartida por Muqtadir entre sus dos hijos: el primogénito al Mu'taman, identificado por el *laqab* o sobrenombre “El de Confianza (en Dios)”, y al-Mundir con el de “Columna del Estado”. Hermanos y gobernadores conjuntos desde 1063 por delegación de su padre, tras su muerte se enfrentaron con la mutua pretensión de reunificar la taifa bajo sus respectivos mandos. Se estableció así, en el antiguo territorio musulmán de la taifa de Zaragoza, una frontera natural interna, separada por el río Cinca, afluente de la margen derecha del Ebro, que pasaba por Monzón, castillo en el límite de los dos territorios de los taifas. El de la de Zaragoza, gobernada por al-Mu'taman, se enseñoreó sobre la capital, más Huesca, Tudela y Calatayud. La extensa soberanía de al-Mundir en Lérida tuvo además la plaza de Monzón, colindante con el territorio zaragozano, más los territorios de las taifas mediterráneas de Tortosa y Denia. Zaragoza, denominada la “ciudad blanca” y con unos 25.000 habitantes, fue tradicionalmente la capital de la marca superior desde la época emiral omeya (756-929). Bajo el mecenazgo de al-Muqtadir, conocido, según escribió Ibn Sa'ib, por “*agitar copas de vino y arrancar cabezas*”, Zaragoza se convirtió en una medina cosmopolita y centro de saberes interculturales (Catlos 2019: 261), donde su hijo y también mecenas, al-Mu'tamán (Yusuf b. Ahmd al-Mu'taman, 1081-1085), contó con el apoyo militar de la hueste mercenaria comandada por Rodrigo Díaz, que, tras veinte años (desde la batalla de Graus), regresó a la capital del reino musulmán. La extensión territorial y el esplendor cultural de la taifa aún puede verse en el palacio de la Aljafería (1065-1080) –el único palacio de época de las taifas conservado– construido por al-Muqtadir, el padre de los ahora hermanos enemigos, y en la gran biblioteca que acrecentó su hijo

al-Mu'taman. Y aunque el arte de los reinos de taifas empobreció los materiales utilizados al sustituir la piedra por ladrillo y argamasa de tierra caliza, el alabastro por yeso, revestimientos de ataurique y columnas de madera en vez de mármol, no impidió la creación de un arte propio, original y hedonista, utilizado para consolidar el poder de las dinastías. El paradigma es el citado palacio de la Aljafería, que en su aspecto externo evoca una fortaleza (*qasr*) o *ribat* (rábida o monasterio fortificado) y, en su interior, en la zona central, se encuentra el espacio propiamente residencial con amplio patio, pórticos, salas y albercas rectangulares, complejas arquerías, yeserías de atauriques policromadas con relieves dorados y mezcladas con decoración floral que “produce el efecto de un sofisticado escenario teatral adecuado para todo tipo de ceremonias palatinas” (Pavón Maldonado 1994: 678).

Arte de los reinos de taifas que, desde la tradición califal omeya, se enriqueció con un preciosismo formal (combinación de líneas curvas y rectas, fusión de geometría y vegetación que difundió el motivo de la palmeta, sobre las que resaltó la escritura cúfica) y rompió con el clasicismo heredado (Calvo 2011: 69 y 75). Acorde con el ambiente de lujo y mecenazgo de la taifa zaragozana hudí, se refleja en la novela la bella composición estética de ese palacio donde entra Sidi.





Arcos lobulados de la galería del Palacio de la Aljafería, cuyo nombre toma del rey de la taifa Abu Ya'far al Muqtadir, de donde deriva al-Ya'fariyya (Aljafería)

No fue la ofensiva aragonesa aliada del considerado belicoso al-Mundir, como se ha mantenido tradicionalmente, sino, al parecer, los pioneros ataques de al-Mu'taman sobre el territorio leridano de su hermano lo que originaron el conflicto entre ellos, y la consiguiente contratación del Cid. El gobernador de la taifa de Zaragoza, además, reforzó su posición en al-Ándalus al casar en 1085 a uno de sus hijos con una hija de Abu Bakr, soberano de la taifa de Valencia. Poco después de la partida del Cid de Zaragoza, donde estuvo cuatro años al servicio de al Mu'taman, éste murió en otoño de 1085. Ese enfrentamiento de los hermanos hudíes lo aprovechó el rey aragonés Sancho Ramírez para ampliar fronteras a costa de la taifa de Zaragoza y retener algunas de sus poblaciones, con la complacencia del leridano Mundir. En esta situación, el zaragozano al-Mu'taman contrató al ejército mercenario comandado por el Cid, donde se desarrolla parte de la novela *Sidi*, que finaliza poco antes de la muerte de Yusuf al-Mu'taman en 1085. Tras ello, su hijo al-Musta'in II heredó la taifa zaragozana en una coyuntura crítica: Alfonso VI conquistó, ese año, Toledo y también asedió Zaragoza, aunque

tuvo que levantar el cerco para ocuparse del nuevo enemigo: los almorávides que unidos a los ejércitos de las taifas del sur se allegaron a batallar en Zalaca/Sagrajas en 1086, donde el emir almorávide Yusuf ben Tasufin derrotó al poderoso Alfonso VI. La taifa de Valencia tuvo muchos pretendientes, los soberanos musulmanes de Lérida y Zaragoza, el conde de Barcelona y el Cid, que la tomó en 1094 y mantuvo en su poder hasta que los almorávides entraron en la ciudad de Valencia en 1102, poco después de la muerte del Campeador. Mientras, los aragoneses avanzaron por Monzón (1089), Balaguer (1091), Almenar (1093), Huesca y Barbastro (entre 1096 y 1110) y el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV conquistó Lérida en 1149. La conquista de Valencia fue una “barrera cidiana” que impidió a los almorávides penetrar y conquistar las pequeñas taifas de Alpuente, Albarracín o las ricas del Valle del Ebro (amenazadas por Aragón y el condado de Barcelona). Finalmente, la taifa de Zaragoza pasó al poder almorávide en 1110 (Viguera 1994: 78).

Sidi transcurre durante ese corto periodo de tiempo entre 1080 y 1086, y se deja abierta y en suspense el resto de la etapa cidiana, tan diferente históricamente a la parte novelada. La vida de Rodrigo Díaz más reconocida se ha vinculado, sobre todo, con la taifa de Valencia, justo cuando PR finaliza su novela. La taifa valenciana mantiene, pese a su propia historia puntual, las características de estos reinos musulmanes. Fue gobernada inicialmente por esclavos y se expandió a costa de la de Almería, que finalmente perdió en 1042. Tras la muerte inesperada de Abu Bakr b. Abd. Al Azid en 1085, los valencianos, cansados de la lucha por la taifa entre los dos hijos del soberano y ante el temor a una ofensiva de Alfonso VI, derrocaron a Utman, el nuevo soberano, que se había impuesto sobre su hermano. Los valencianos ofrecieron el trono a al-Qadir, rey de la taifa de Toledo, quien a su vez cedió la taifa toledana a Alfonso VI porque el monarca castellano le facilitó el gobierno de la taifa de Valencia, donde se asentó en

1086. La taifa valenciana fue codiciada por los gobernantes de las taifas fronterizas, caso de Mundir, el soberano de Lérida, que intentó tomar la ciudad de Valencia con la ayuda militar de “catalanes”, pero al-Qadir pagó el apoyo militar del Cid para impedirlo. Fue entonces cuando los valencianos, hastiados de la situación de pagar parias, mantener y presenciar huestes cristianas en su territorio, se levantaron contra al-Qadir, a quien asesinaron, y llamaron a los almorávides. El sucesor de la taifa, el cadí Yafar Ibn Yahhaf (1092-1094), reconoció al emir almorávide, aunque él siguió gobernando en la ciudad con gran pompa. El Cid, con la excusa de vengar la muerte de su protegido al-Qadir, cercó Valencia en 1092. Los valencianos se dividieron entre quienes prefirieron pagar parias al Cid a cambio de paz; quienes optaron por enfrentarse a éste y no pagarlas, quienes aceptaron el apoyo almorávide y quienes apoyaron al soberano de la taifa, que quiso las dos cosas: pagar un poco al Cid y subordinarse a los almorávides para seguir gobernando.

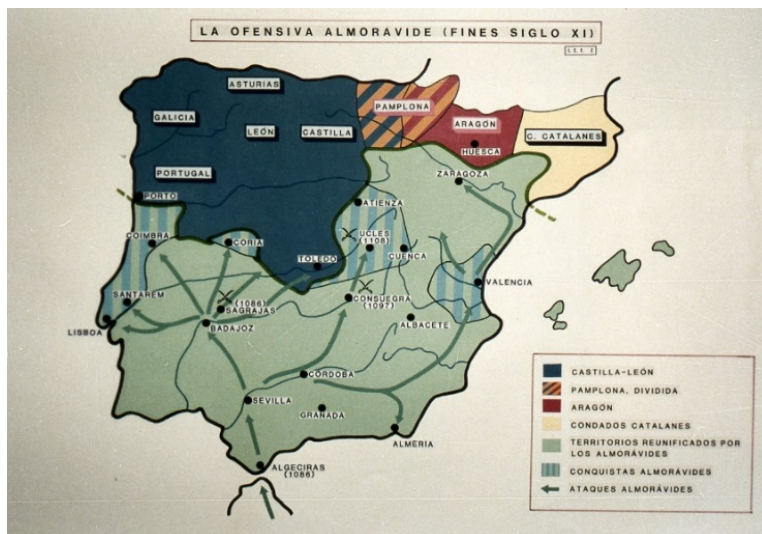
“Y ese año la codicia de una categoría de cristianos creció sobre la Península. García asedió Almería, Al-Fant (¿el Infante?) Lorca, Alvar Fáñez sitió Murcia, el Campeador, Játiva” (Ibn al-Kardabus 2008: 121).

El Cid cercó duramente Valencia durante casi dos años, pero el hambre vulneró la resistencia pues, al decir del historiador al-Kardabus (2008: 123), la necesidad era tal que una rata se compraba por un dinar. El Cid entró en Valencia en junio de 1094 y el principado cidiano duró hasta 1102, cuando se evacuó la ciudad y entraron los almorávides con el sonido estruendoso e impactante de sus tambores. Las fuentes árabes describen a los reyes de taifas como crueles, lujuriosos, vengativos, borrachines y con complejas y fluctuantes relaciones entre ellos. Gobernadores que emularon la organización califal cordobesa, tuvieron un poder absoluto,

aunque no se intitularon califas sino reyes o chambelanes, y se aureolaron con sobrenombres honoríficos califales referidos a Alá y a su dinastía (*dawla*): así se legitimaron sobre el territorio gobernado. La insuficiente fuerza militar del ejército de los reyes musulmanes les obligó a pagar el costoso apoyo de milicias mercenarias cristianas para sustanciar los conflictos, lo que consecuentemente facilitó la presión e intervencionismo de reyes y condes cristianos. Los núcleos cristianos aprovecharon la inestable política de los ricos soberanos musulmanes (que acuñaron moneda propia y mantuvieron relaciones diplomáticas y pactos de paz o tregua) para explotarlos mediante las parias: símbolo de la hegemonía cristiana en una “economía de guerra” y de la sangría fiscal con que los taifas presionaron a su pueblo o *amma*.

En la situación de división territorial de al-Ándalus tras el fin del califato omeya se enmarca la ofensiva cristiana. Las taifas andalusíes prefirieron para defenderse de ella el pago de parias o tributos anuales que, en moneda de oro y plata, recibieron reyes y condes, lo que significó la sumisión política musulmana al protectorado y vasallaje cristianos. Algunos gobernantes andalusíes, cansados del pago anual de las parias, prefirieron, en boca del rey y poeta de la taifa de Sevilla, al Mutamid, “mejor ser camelleros con los almorávides que porquerizos con los cristianos”. Los mercenarios o profesionales de la guerra a caballo se integraron, temporalmente, bien en las mesnadas regias, bien en las huestes nobiliarias o bien en los propios ejércitos de los gobernantes de taifas para defender los intereses político-territoriales de quien les pagara, cristiano o musulmán. Indicios del desarrollo económico del siglo XI fue la mayor utilización del hierro en el armamento y del incremento de la caballería pesada (monturas enjaezadas, jinetes pertrechados con yelmo, escudo, loriga, estribos y espuelas) frente a la infantería que combatió a pie. Y de ese progreso técnico armamentístico, los mercenarios de la guerra fueron un buen ejemplo. Pronto vieron los soberanos de las taifas que los almorávides no habían

venido como libertadores, sino como dominadores para extender su imperio norteafricano sobre al-Ándalus y reunificar bajo su riguroso régimen religioso el territorio dividido en taifas. Un clima de guerra que revela PR: “Al-Ándalus vivía en el filo de una espada” (Pérez-Reverte, *Sidi*, p.145).



Los almorávides constituyeron una confederación de tribus bereberes procedentes de Mauritania y formaron un imperio centrado en Marruecos, aunque desde 1090 fueron integrando las taifas bajo su dominio, que cayeron cual efecto dominó, incluida la de Valencia en 1102, donde se mantuvo el Cid como señor independiente hasta su muerte en 1099. Las taifas se han comparado con las repúblicas independientes italianas, pero con turbante. Los almorávides permanecieron en al-Ándalus durante unos sesenta años.



*La Jura de Santa Gadea. Óleo de Marcos Giráldez Acosta (1830-1896).
Palacio del Senado (Madrid)*

Por su parte, la consolidación de la soberanía monárquica sobre Castilla, León y Galicia conseguida por Fernando I (rey de Castilla desde 1035 y de León desde 1037) se deshizo tras su muerte en 1065 con el reparto del territorio entre sus hijos Sancho (Castilla), Alfonso (León) y García (Galicia). El resultado de la distribución territorial fueron guerras fratricidas que, finalmente tras siete años de lucha, auparon a Alfonso VI (1072-1109) con el poder unitario sobre los territorios legados en lotes por su padre: León, Castilla y Galicia. Antes de ser reconocido como rey de Castilla se sitúa la legendaria jura de Santa Gadea en Burgos, ¿impulsada por Rodrigo Díaz?, que unos dieron por cierta y otros no. Es falsa: la leyenda o romance del suceso de Santa Gadea no lo registra el CMC, y además resulta improbable admitir que el Cid, un noble vasallo de Sancho II, pudo exigir al rey de León, Alfonso VI, el juramento de inocencia en la muerte de su hermano para acceder al trono de Castilla.

La expansión cristiana avanzó territorialmente frente a las taifas desde que Alfonso VI tomó la capital de Toledo en 1085, una de las ciudades andalusíes más importantes, símbolo de la unidad territorial conseguida por el antiguo reino

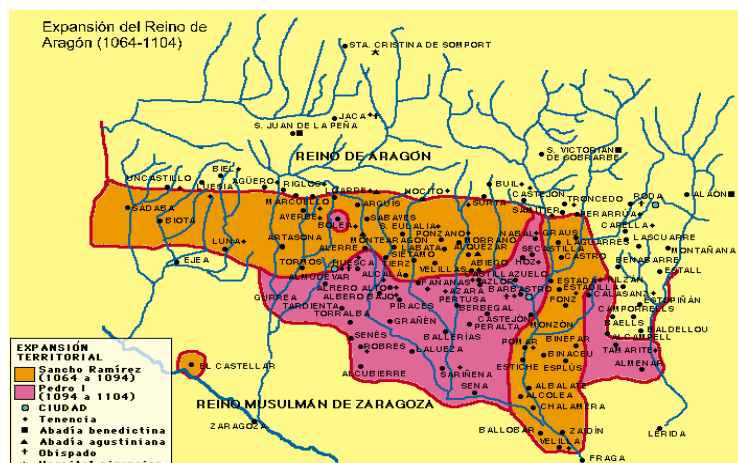


Alfonso VI, miniatura del Tumbo A de la Biblioteca de la Catedral de Santiago

visigodo, eliminado tras la expansión islámica de la península en 711. Obtener la antigua capital visigoda significó el avance de la frontera hasta el valle del Tajo y el cerrojo a la comunicación directa en al-Ándalus entre los valles del Guadalquivir y del Ebro, donde se asentaron algunos de los más importantes soberanos de taifas, y marcaron los ríos Henares-Jalón, Guadarrama y Jarama en el centro. La conquista de Toledo tuvo gran resonancia en Europa y un gran impacto psicológico en los soberanos andalusíes. Tras el éxito de

Toledo, el rey situó su hueste en los alrededores de Zaragoza, donde el Cid, al servicio del Mu'tamán, se encontró en una situación comprometida, que se resolvió con la retirada de Alfonso VI, contra quien Rodrigo no pudo combatir porque, técnicamente, seguía siendo su señor (Catlos 2019: 264). El miedo de los gobernantes de las taifas a ser conquistados por el que parecía un avance imparable del monarca castellano-leonés se tradujo en una llamada de auxilio de los soberanos de Sevilla, Badajoz y Granada a los almorávides, quienes en 1086

contrarrestaron la toma de Toledo del año anterior al infligir en Sagrajas (o Zalaca, al norte de Badajoz) una sonada derrota al monarca intitulado, exageradamente, “*imperator totius Hispaniae*”. Victoria almorávide sobre Alfonso VI que no impidió la adscripción irreversible de Toledo a la cristiandad.



En el siglo XI, otro reino cristiano se fortaleció: el antiguo condado de Aragón amplió su territorio con los condados de Sobrarbe y Ribagorza y la obtención del reino de Navarra reunidos en la figura de Sancho I Ramírez (1063-1094), quien se intituló rey de Aragón en 1065, tras la muerte de su padre Ramiro I, y de Pamplona en 1076. Mientras que, en 1063, Ramiro I se enfrentó en Graus (Huesca) a los condes de Urgel y Barcelona, que compitieron con el aragonés por anexionarse el territorio ribagorzano. El nuevo monarca, Sancho Ramírez, continuó la ampliación de su reino e intensificó las campañas contra la taifa de Zaragoza, apoyado por Sancho II de Castilla y el Cid, mientras que el rey aragonés auxilió militarmente al soberano de la taifa de Lérida. La división de la taifa de Zaragoza en dos bloques territoriales, centrados en Zaragoza y Lérida, favoreció las intenciones de rey de Aragón, cuyo objetivo fue la ciudad fronteriza islámica



*Sancho Ramírez, rey de Aragón (¿1064?-1094)
y de Navarra (1076-1094)*

Llobregat, lograda la independencia de los carolingios, consolidó su poder bajo la hegemonía feudal del condado de Barcelona, que, como los demás núcleos cristianos peninsulares, instauró el régimen de parias para sangrar económicamente a las taifas del Valle del Ebro. El conde de Barcelona Ramón Berenguer I (1035-1076) mantuvo una política de no agresión con sus convecinos musulmanes, pero también el condado se aupó en la cúspide feudal con la ampliación territorial a costa de los andalusíes. La Casa condal de Barcelona entre los siglos XI y XII reforzó su hegemonía al someter a vasallaje a los condados de su entorno, como Besalú, Rosellón, Cerdaña, Ausona, Gerona o Vich, comprar algunos otros, como el de Carcasona y Razés, y repoblar las zonas de interior, el condado de Urgel y campo de Tarragona. A la muerte de Ramón Berenguer cogobernaron sus dos hijos, al parecer gemelos, el primogénito Ramón Berenguer II (1076-1082) y Berenguer Ramón II (1076-1092), quienes intervinieron en los enfrentamientos entre los reyes de taifas

de Huesca, que contó con unos 3.000 habitantes y una rica área agraria. El reino de Aragón participó del cobro de parias de algunas taifas y con el metal resultante se acuñó en la capital, Jaca, la primera moneda de oro aragonesa (mancuso).

Por su parte, la configuración política de los condados orientales, entre los Pirineos y el río



*Berenguer Ramón II
el Fratricida*



*Ramón Berenguer II Cabeza de Estopa,
asesinado por su hermano
Berenguer Ramón II*

La situación que se ha expuesto representa el desequilibrio entre unas “España” caracterizadas por el fortalecimiento cristiano y la debilidad político-militar musulmana, en contraste ésta con la superioridad cultural mantenida por los reinos de taifas a través del legado heredado de los Omeya cordobeses. En la novela, se recrea el escenario del palacio de la Aljafería, donde el Cid dialoga con Mu’taman, hijo de Abu Ya’far al Muqtadir, el constructor del palacio que perpetuó su nombre (*al-Ya’farīyya*, Aljafería). Los soberanos de taifas promovieron el desarrollo urbano, el lujo y el cosmopolitismo de sus cortes palaciegas, el mecenazgo artístico y cultural de poetas, intelectuales y literatos que usaron la poesía como propaganda del poder. Un refinamiento estético —muy contrastado con el mundo cultural cristiano— que se representa en el arte de la caligrafía ejercido por mujeres copistas, la poesía culta de Ibn Hazm (*El collar de la paloma o tratado sobre el amor y los amantes*), literatas sabias, como Wallada, y filósofos judíos, como Salomón Ibn Gabirol, acogido en la corte hudí. Vida fastuosa y relajación de la ortodoxia malikí que propició que la mayoría social y los ulemas y alfaquíes —guardianes de la fe islámica— aceptaran de grado a los almorávides.



Rodrigo Díaz y Berenguer Ramón II, conde de Barcelona

En resumen: la frontera cristiano-musulmana conforma el gran escenario del siglo XI ibérico, dividido entre núcleos políticos numerosos y diversos y homogeneizados por dos civilizaciones en contacto, permeables y en contraste: de un lado, la larga veintena de reinos de taifas, desgajados y reducidos a poco más de una decena por la absorción territorial de unas taifas sobre otras; y, de otro, los reinos de Castilla y León y Aragón y Navarra (ambos bloques unidos circunstancialmente) más los condados orientales unificados (“Cataluña Vieja”) y subordinados a la soberanía feudal del conde de Barcelona. Cada condado tuvo su propia historia e intereses particulares pero convergentes en las fronteras del poder andalusí. La frontera del siglo XI separó y comunicó simultáneamente dos civilizaciones antitéticas en permanente contacto, confluentes en las zonas fronterizas, siempre elásticas e imprecisas, donde se intercalaron franjas territoriales vacías (*tugur*, sing. *tagr*) “en tierra de nadie”. Un enfrentamiento que lo fue más por la consolidación del poder y la expansión territorial, aunque impulsado a partir de finales del siglo XI por las ideologías religiosas. En la centuria que inauguró el segundo milenio cristiano y desde la hegemonía de los poderes

peninsulares frente a los más debilitados andalusíes, la frontera permaneció estable (hasta el hito de Toledo de 1085) por el pago de las parias que trasvasaron de sur a norte el oro musulmán. Un contexto histórico, el del relato sidiano, que converge en el juego de poderes políticos mixtos y alineados en varios bandos donde combatieron cristianos y musulmanes. Unas fronteras internas mal delimitadas, confusas y cambiantes que, aun ideológicamente enemigas y con conciencia de la alteridad, fueron permeables a las transferencias culturales de al-Ándalus hacia una cristiandad occidental que comenzó a despegar de su retraso. Inmerso y participando en esa rica y compleja red político-cultural se encuentra el protagonismo de Rodrigo Díaz (1043-1090).

Fuentes histórico-literarias medievales para el estudio del Cid

“Has de saber que la historia es una ciencia sublime por su objetivo, útil por sus aplicaciones y noble por el conocimiento que nos proporciona acerca de las condiciones en que vivieron los pueblos que nos han precedido, sobre los profetas que los guiaron y los gobernantes que dirigieron sus asuntos de Estado. Su provecho alcanza a quien se dedica a trabajos que afectan a la comunidad, ya sean civiles o religiosos. En la historia encontrará ejemplos que le servirán, aunque desde luego quien quiera dedicarse a tal labor habrá de apoyarse en cimientos de diverso carácter y conocimientos muy variados”

(Ibn Jaldún, *Al-Muqaddima*)

“(FD) Muchas veces me dijiste a lo largo de estos años que querías quedarte en tu biblioteca. Y leer solo libros de historia. Y que la Historia para vos era un analgésico para soportar el mundo.

(PR) Busco felicidad leyendo y escribiendo. Ése es el único secreto.

(PR, a propósito de Línea de Fuego) Yo siempre recuerdo que es una novela, y un novelista tiene libertad incluso para cambiar la historia”

(Entrevista de Jorge Fernández Díaz al escritor y amigo:
Arturo Pérez-Reverte y la guerra, 2021)

Las fuentes de muy diverso género, tipología y soporte son la materia de la que está hecha la historia y la literatura histórica. En palabras de PR: “conviene arrimarse a todas las fuentes posibles, no para ser equidistantes, sino para ser ecuanímenes, documentarse y debatir” (“Patente de corso”, *XL El Semanal*, 25 de junio de 2017). Efectivamente, el historiador se debe a las fuentes, pero diferencia entre las históricas y las literarias,

que son necesariamente complementarias. Al interpretarlas, aunando sentido común e imaginación razonada, se suplen los silencios de las mismas en el relato histórico o/y literario. Actualmente, el concepto de fuente es muy amplio y flexible: cualquier información que proporcione un texto escrito, un resto material, una tradición, una actividad del pasado proyectada en el presente, un pensamiento, un sentimiento y un largo etcétera es susceptible de utilizarse como fuente. El hermenauta interroga sus fuentes para dar respuestas aproximadas de lo que pudo ser y elaborar un relato creíble y veraz. El historiador o/y literato introduce o arranca posibilidades distintas, da respuestas abiertas a matices y consideraciones y las envuelve de aparato crítico, permitiendo a otros, después, perfilar o replicar su análisis o visión. La historiografía académica es una puerta al conocimiento, se piensa y repiensa sobre lo estudiado y publicado, ya fueren fuentes primarias, coetáneas a los hechos, o secundarias, alejadas de los mismos. La clave del éxito de la novela histórica, en palabras de Viguera (2014: 419), radica en que:

“La Historia describe y analiza el pasado sobre fuentes textuales, documentales y materiales, tantas veces incompletas y contradictorias, y el historiador profesional, para ello formado, resalta lo que a través de ellas no llega a conocer, planteando teorías interpretativas; pero en la novela todo son certezas, y por tanto el lector puede ‘simpatizar’ clara y totalmente con sus contenidos, y tomar partido a base de argumentos sin lagunas”.

El nexo del historiador y el novelista es que ambos convergen, con distintas metodologías y técnicas narrativas, en el uso previo de las fuentes: el primero, para ajustarlas a la realidad lo más posible, y el segundo, para sobre ellas hacer una versión “ficcionalada”, que en el caso de *Sidi* es igualmente válida para la conocer la historia y la literatura. Sin embargo, mientras

que el novelista se eleva sobre las fuentes, el historiador, aunque se despegue de ellas, queda constreñido porque no puede mezclar ficción en su relato. El novelista engendra una narración literaria donde la forma es esencial, mientras que el historiador, que no es novelista ni elabora un relato literario, debe atender también a la forma, a expresar su discurso sobre una inteligible composición narrativa sin pretensiones literarias, pero sí fijada como un reto más. La complejidad histórico-literaria de *Sidi* y la poliédrica visión historiográfica resultante permite lanzar al aire docente: ¿quién fue Rodrigo Díaz, el Cid? Y abrir hilo: ¿un héroe, un oportunista, un profesional mercenario, un ambicioso sin escrúpulos? Las fuentes escudarán las respuestas que se encaraman a los hombros de algunos gigantes sabios, parafraseando a Bernardo de Chartres.

Lo cierto es que tanto las fuentes cristianas, latinas y castellanas, como las árabes musulmanas (Fletcher 1989: 219-241) han dejado testimonios de las acciones y la personalidad inoxidable de Rodrigo Díaz. Pero la historia forma y deforma, y los prejuicios a veces se imponen o se trasladan los deseos del presente a la realidad histórica. Las fuentes literarias medievales son muestras de los hechos del Cid y dan la posibilidad de obtener algunas respuestas para acceder a su personalidad y vida. Se verán algunas de las fundamentales, con la advertencia de Montaner de que las fuentes literarias “no constituyen un relato fiel de los hechos históricos sino una visión literaria de los mismos, a veces alterados o fingidos para satisfacer los fines poéticos del relato” (CMC 1998: 3). Y en este sentido la novela *Sidi* se suma como una moderna fuente cidiana/sidiana.

Gesta Roderici Campidocti o Historia Roderici (HR): biografía latina en prosa fundamental para acceder al Cid más histórico o siquiera más comedido y menos fantástico, aunque sí heroico. Crónica de autor desconocido, es la más cercana a los hechos narrados, lo que la sitúa cronológicamente en la primera fuente escrita acerca de Rodrigo el Campeador. Se admite la propuesta cronológica de Montaner (2011a: 190-

191) que la redacción de la HR no pudo ser anterior a 1190. Existen varias traducciones que hacen más asequible esta Crónica, aunque se destaca y se sigue en este estudio la edición bilingüe y la traducción de Ruiz Asensio y Ruiz Albi en 1999. Tras una breve información acerca del linaje de Rodrigo y de su formación, primeras hazañas y su boda con Jimena, el cronista arranca, como el CMC, con el primer destierro de Rodrigo, se detiene en su estancia en Zaragoza y la posterior reconciliación con Alfonso VI. A partir de aquí, el narrador es más prolijo en la información, incluso inserta textos supuestamente originales, como los cuatro juramentos por los que el Cid se declara inocente de la traición imputada por Alfonso VI por no haber acudido a auxiliar Aledo, o las cartas de desafío que intercambian el Cid y el conde de Barcelona Berenguer Ramón antes de enfrentarse en Tévar en junio de 1090, hasta la conquista de Valencia (1094), su muerte, la evacuación de la ciudad por Jimena (1102) y el traslado del cadáver al monasterio de Cardeña (HR 1999: 101-146). Montaner considera que los documentos insertados en la HR son falsos, manipulados o inventados a partir de alguna información sobre la vida de Rodrigo. La HR es obra singular, porque ni siquiera los monarcas tuvieron crónicas particulares hasta más tarde, excepción de la *Historia Compostelana*, que es una biografía del arzobispo Diego Gelmírez. La HR fusiona tardíamente fuentes históricas, orales y escritas, cidianas o no, combinadas para ofrecer una narración lo más completa y verosímil posible sobre la carrera militar de su protagonista, pues, al contrario que el CC y el CMC, lo que se quiso destacar son sus victorias personales y su capacidad para combatir a los almorávides en un contexto posterior, donde el nuevo poder de los almohades hacia mediados del siglo XII posibilitó exponer con esta obra el modelo de militar a admirar e imitar (Montaner 2011a: 160 y 191). No obstante esta sólida propuesta, Porrinas (2019: 361-365) considera que la HR pudo tener distintos autores y otros matices posibles.

Esta obra anónima latina, de la que se conservan en realidad dos manuscritos en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (HR 1999: 38), se redactó a lo largo del siglo XII y, aunque hay diferencias de datación entre los estudiosos, es más probable que se escribiera durante la segunda mitad, hacia finales, de la centuria. En la HR se insertan citas bíblicas, indicio de la formación clerical del autor, que favorecen las acciones de su biografiado, si bien el tono de la composición es bastante neutral, lo que no excluye su admiración por Rodrigo. Es una crónica desigual de su biografía militar, pues incide menos en los años de juventud y en la etapa final del personaje, y apenas aborda el tema de la sepultura de Rodrigo. La HR, aunque no está dividida en partes ni capítulos, reseña las diversas etapas y hechos de la vida del Campeador: la castellana, entre 1063-1079, es decir hasta su matrimonio, con escasa información; el primer destierro durante los años 1080-1084, que pasa en Zaragoza (los años en que se centra la novela revertiana), la vuelta del Cid a Castilla (1084-1089); los años de la conquista del Levante (1089-1094) que acumulan gran riqueza informativa, la laguna de 1095-1096 y los últimos años hasta su muerte (1097-1099), para finalizar brevemente con la evacuación de Valencia por la viuda Jimena. Lo importante para el narrador fueron los hechos militares del Cid, pues obvia, por ejemplo, el matrimonio de sus hijas o la muerte de su hijo Diego. Como el autor anónimo reconoce en el preámbulo, lo que le importa del personaje son sus batallas, sus actividades militares:

“Porque los acontecimientos que acaecen, por la gran volubilidad del paso de los años, si no se consignan en el espejo de la escritura, sin duda caen en el olvido, por ello decidimos que se tengan y guarden por la luz de este relato la prosapia de Rodrigo Díaz, varón nobilísimo y guerrero, y las guerras que por él virilmente fueron realizadas” (HR 1999: 103).

La veracidad de la Crónica latina es una de sus características destacadas, un relato “caliente, de primera mano”, podría decirse a modo coloquial. Un estilo que sin tener grandes pretensiones ni ornamentos estilísticos, empero, no resta enjundia a su narrativa vivaz, directa, sobria y sencilla.

Carmen Campidoctoris (CC) o *Poema Latino del Campeador*: es la considerada composición lírica más antigua ¿elaborada a finales del siglo XI? De autoría también anónima, se asocia a un monje de Ripoll que celebró los primeros éxitos del Cid “Campidoctor”, así denominado por primera vez en las fuentes. Sin embargo, Montaner y Escobar (2001: 121-135) consideran que no se redactó aproximadamente hasta 1190 y en el posible contexto cultural del monasterio de Santa María de Nájera. En el CC se representa al Campeador idealizado y heroico, descrito con su panoplia militar (caballo, loriga, escudo) y con mejor porte que los héroes homéricos Paris o Héctor. El CC y la HR muestran una afinidad y lugares comunes. El poema latino es una especie de resumen que se inspira en la HR, que es, como se ha comentado, una biografía latina fundamental para conocer la historia de Rodrigo a partir de su primer destierro en 1080 o 1081. El CC también se centra en la dimensión bélica del protagonista y se escribió, como mínimo, después de 1102, fecha de la evacuación de Valencia y de la inhumación de Rodrigo en San Pedro de Cardena. El único manuscrito que se conserva es del siglo XIV y está en la Real Academia de la Historia. En algunos de los versos del CC se inspiran los preparativos del combate sidiano-revertiano en la tercera parte de la novela.

*“Desde entonces de España en todas partes
es su nombre por célebre tenido,
entre todos los reyes, tan miedosos
cual pagadores*

*Además entablo un tercer combate,
el cual Dios permitióle que venciera;
a unos poniendo en fuga, a otros prendiendo,
somete el castro.*

*Pues el marqués, de Barcelona conde,
a quien tributo dan los madianistas,
y a una con él Alfagib leridano
junto a su bueste,*

*de Zaragoza asedian el castillo
al que aún Almenar llaman los moros;
les ruega el victorioso le permitan
avituallarlo.*

*Pues ceder ante el ruego no podían,
ni para traspasar permiso daban,
manda de pronto que los suyos se armen
presto, no tarden*

*Siendo el primero en revestir loriga
—bombre alguno la vio mejor que aquélla—
Y ronfea ceñir, de oro labrada
por diestra mano,*

*toma una lanza de admirable hechura,
tallada en fresno de elevado bosque,
a la que hizo pulir con fuerte hieiro,
recta de punta.*

*Ase el escudo con el brazo izquierdo,
que una figura de oro llena entero;
fiero dragón había en él pintado,
resplandeciente.*

*Cubrió su testa con fulgente yelmo,
el cual con tiras decoró de plata
el armero; a su obra ajusto en torno
cercos de electro.*

*Sube al caballo de ultramar trajó
cierto bárbaro, el cual trocó tan sólo
por mil dinares; más que el viento corre,
que el ciervo salta.*

*De tales armas y caballo ornado
—ni París ni Héctor a éste superiores
en la guerra de Troya jamás fueron,
ni lo es hoy nadie—*

entonces ruega (...)
(Carmen Campidoctoris)

Cantar de Mio Cid (CMC), también denominado por Menéndez Pidal *Poema de Mio Cid*, es un digno ejemplo de tema épico o cantar de gesta castellano, basado en la vida madura de Rodrigo Díaz, apellidado en el poema como “el de Vivar”. El CMC se conserva en un único códice del siglo XIV en la Biblioteca Nacional de Madrid (vid. ed. de Montaner 1998: 76-80). El Cantar del manuscrito está incompleto, pues le falta, además de dos páginas intermedias, la inicial, que no registraría más de cincuenta versos. Ésta, Montaner la sustituye con la prosificación realizada en la *Crónica de Castilla* para comprender cómo consiguió Rodrigo la hueste que le acompañó en su destierro:

“Cuenta la estoria que envió el Cid por todos sus amigos e sus parientes e sus vasallos, e mostróles en cómo le mandava el rey salir de la tierra fasta nueve días. E díxoles: —Amigos, quiero saber de vós cuáles queredes ir conmigo.

E los que comigo fuerdes, de Dios ayades buen grado, e los que acá fincáredes, quiero me ir vuestro pagado.— Entonce fabló don Álvar Fáñez, su primo cormano: —Conbusco iremos, todos, Cid, por yermos e por poblados, e nunca vos falleceremos en cuanto seamos vivos e sanos; conbusco despenderemos las mulas e los caballos, e los averes e los paños; siempre vos serviremos commo leales amigos e vasallos.— Entonce otorgaron todos lo que dixo Álvar Fáñez e mucho les agradesció mio Cid quanto allí fue razonado. E desque el Cid tomó el aver, movió con sus amigos de Bivar e mando que se fuesen camino de Burgos. E quanto el Cid vio los sus palacios deseredados e sin gente, e las perchas sin açores e los portales sin estrados...” (CMC 1998: 101-102).

La composición del CMC se estructura en tres partes, donde se distribuyen los 3730 versos (Boix 2012a): la primera, el destierro del Cid (en el CMC se funden en uno los dos destierros, 1998: XXVI) hasta el verso 1084; la segunda, las bodas de las hijas del Cid con los infantes de Carrión, y la tercera, la afrenta en Corpes a las hijas del Cid y el Cid clamando justicia en las Cortes de Toledo. En el análisis ideológico del Cantar (Lacarra 1980), el valor de la honra en sus múltiples variantes vertebral todo el poema, como se desprende en muchos de sus versos: en la actitud del Cid desterrado y deshonorado por la ira regia, en el reparto del botín a los vasallos, en el matrimonio, la reparación de injurias mediante el “riepto” o en la justicia pública del monarca para juzgar el ultraje sufrido por sus hijas. Los hechos que narra la primera parte del CMC suceden tras el destierro del Cid, en 1081, lo que no significa que sean fieles a la realidad, sino que recogen una visión literaria, alterada o ficticia, libre y adaptada al objetivo del poeta. El Cantar se centra en dos asuntos argumentales: el destierro del Cid por Alfonso VI y las

batallas que acomete desde entonces, y la afrenta en Corpes a las hijas de Rodrigo. Este último hecho no aparece en la novela revertiana, que narra sólo la vertiente bélica de Sidi y, como en el *Cantar*, sus hazañas van ascendiendo desde su acampada a las afueras de Burgos, tras su primer destierro. Históricos hechos de armas a los que fueron sumando otros inventados, procedentes de la transmisión oral. La estructura del *Cantar*, como la del relato revertiano, está bien trabada, con unidad interna, con descripciones detalladas de las batallas, la indumentaria y el itinerario geográfico. El eje de la gesta es el heroísmo guerrero, no sobrenatural, como sí lo es el de CC, y en ningún caso se transmite el pronto coetáneo ideal de Cruzada europeo ni la naturaleza milagrosa del personaje. Un conocido relato legendario narraba que san Pedro se apareció al Cid para decirle que su muerte estaba cerca, pero que ganaría después de muerto al rey musulmán de Túnez. Y éste llegó a Valencia, donde el Cid, embalsamado su cadáver y sobre su caballo, venció al musulmán. Tras este hecho “milagroso”, el Cid fue sepultado en Cardeña.



Códice del “Cantar de Mio Cid” (Biblioteca Nacional de España)

La autoría, lugares, composición y cronología diversa del CMC han sido objeto de controversia desde la edición de

Menéndez Pidal, quien propuso que se escribió en Medinaceli o San Esteban de Gormaz hacia principios del s. XII, completándose su versificación hacia 1140 por otro autor.

Otros estudiosos retrasaron esta fecha hacia finales de la centuria y principios de la siguiente, manejando diversos criterios lingüísticos, históricos, jurídicos, materiales y sociales. Montaner, analiza las propuestas debatidas por los especialistas y se decanta por la fecha más tardía del Cantar (CMC 1998: 3-8). De cualquier manera, lo esencial es que en él se funden el plano histórico, los datos biográficos del Cid, con el literario-estético: porque la historicidad de CMC es un recurso conscientemente versificado y aplicado a una nueva épica que enfatiza la poética musical de la historia para atraer con su voz cantada y acompañada de un instrumento musical al oyente y hacerlo partícipe de ella. El anonimato del CMC es indudable, pero corresponde a un personaje culto, a un profesional de gran habilidad poética. Y “si hay un poema épico que canta el triunfo del esfuerzo personal, ése es, sin la menor duda, el Cantar de Mio Cid” (CMC 1998: 3). Una obra comparable a otros cantares de gesta europeos: *el Beowulf* anglosajón, la *Chanson de Roland* francesa y el *Cantar de los Nibelungos* germánico.

La personalidad del Cid en el Cantar es la medida, las virtudes de equilibrio, templanza y resignación. Un caballero activo que acepta la adversidad con optimismo y esperanza. Mesurado se comporta en sus relaciones con los andalusíes o ante la batalla. Acción y contención, dinamismo, fuerza, prudencia, sagacidad, astucia, lealtad hacia su señor y su tierra se registran en el CMC. Rodrigo procura el bienestar de sus hombres, tiene capacidad de caudillaje, es valiente y solidario, cortés y galante, preocupado por su esposa e hijas. Una variedad de registros que acercan lo humano del personaje sin mermar su talla heroica. A veces, el Cid también tuvo raptos de cólera o desagrado, y casi siempre se muestra abiertamente irónico, burlón y con gran sentido del humor: un hombre aguerrido y próximo a la experiencia cotidiana, desposeído de

armadura folklórica. Ni Rodrigo el del Cantar ni Ruy el de *Sidi* muestran a un guerrero de proezas fabulosas e imposibles sino de acciones esforzadas y posibles. De personalidad compleja, se aleja también revertidamente del partidismo maniqueo de buenos y malos, cristianos o moros. El Cid es digno de imitar (CMC 1998: 14-20) porque es un profesional de la guerra. Y así lo idea PR, convirtiéndolo en el *boom* literario que obtuvo hace casi nueve siglos este personaje real y legendario.

*“Aun era de dia, non era puesto el sol,
mandó ver sus yentes mio Cid el Campeador.
sin las peonadas y hombres valientes que son,
notó trezientas lanças, que todas tienen pendones.
(...)
—¡Ya Cid, en buen ora cinxiestes espada!
Vós con ciento de aquesta nuestra compañía,
pues que a Castejón sacaremos celada
(.....)*

*A Saragoça sus nuevas llegavan,
non plaze a los moros, firmemiente les pesava.
Alli sovo mio Cid conplidas quinze semanas.
Quando vio el caboso que se tardava Minaya,
con todas sus yentes fizo una trasnochada;
dexó el poyo, todo lo desenperava,
allende Teruel don Rodrigo passava,
en el pinar de Tévar don Roy Díaz posava,
todas esas tierras todas las preava,
a Saragoça metuda l’á en paria.
(...)”*

(Cantar de Mio Cid)

Las fuentes islámicas aportan alguna información que no se encuentra en las fuentes cristianas. Registran una visión negativa del personaje, a quien califican de tirano, codicioso,

cruel, inmundo, “perro”, que es, con el cerdo, un animal impuro en el islam. A pesar de ello lo admiran y reconocen su valentía, arrojo, impasibilidad, imperturbabilidad y prodigios en el campo de batalla. Entre sus defectos subrayan el paganismo supersticioso del personaje, porque *Ludriq al-Kambiyatur* (Rodrigo el Campeador) se aconseja por los augurios del vuelo de las aves. De los textos árabes que hablan del Campeador como azote de musulmanes, algunos son coetáneos o cercanos al Cid, mientras que otros son posteriores y reproducen la imagen más negativa del personaje, porque se basan en las fuentes de otros autores coetáneos. Los especialistas han estudiado las fuentes árabes que informan acerca del Cid, y en concreto Viguera (2000: 55-92) recopila y contextualiza los fragmentos antológicos de 20 autores que desde el siglo XII al XVIII referencian al Campeador en sus correspondientes obras. Y en éstas se subraya su condición de enemigo de Alá, de personaje maldito por tirano, cruel y justiciero para hacerse con Valencia. Un ejemplo de ese comportamiento odioso aparece bien detallado por Ibn Idari (s. XIV) en la quema del cadí (juez) de Valencia (Viguera 2000: 69). Antes, Ibn al-Kardabus narró la “decomposición social y moral del islam peninsular” durante ese periodo de finales del siglo XI:

“...se unieron al Campeador y a otros (jefes cristianos), musulmanes malvados, viles, perversos y corrompidos, y muchas gentes que actuaban a la manera de obrar de ellos. Se les dio en llamar «los redondos» (hampones o merodeadores). Muchos de ellos apostataron del islam... hasta el punto que llegaron a vender al musulmán prisionero por un pan, por un vaso de vino o por una libra de pescado, y a quien no se rescataba le cortaban la lengua, le sacaban los ojos o le soltaban perros de presa que los destroζaban. Un grupo de ellos, que se había unido a Alvar Fáñez, maldígale Dios, así como a ellos, cortaba los miembros viriles a los hombres y las partes pudendas a las

mujeres. Eran los criados y servidores (de Alvar Fáñez), que habiendo sido seducidos grandemente (en lo concerniente a sus creencias), fueron perdiendo enteramente su fe” (Ibn al-Kardabus 2008: 124-125).

Hay toda una cadena de transmisión textual de estas fuentes latinas, romances y árabes que se repite en textos posteriores. Los relatos basados en las fuentes literarias adecúan los datos históricos a los fines literarios, y sobre ellos los especialistas los someten a crítica y desenredan con matices, comparaciones, deducciones, suposiciones e interpretaciones diversas la influencia de unos sobre otros. En suma, la mayoría de las fuentes medievales mencionadas son tardías y no siempre, del todo o por igual, fiables: cada una de ellas transmite, en positivo y en negativo —especialmente así cuando se trata de las árabes— una imagen determinada del Cid. Las fuentes son también literatura, y desde el punto de vista estrictamente histórico no encierran la verdad o toda la verdad, pero sí parte de lo que la verdad “subjetivada” pudo ser. Textos que contienen invención, autoría y autorías desconocidas o/y probables, manipuladas por diversas manos, que quitaron y pusieron a conveniencia. La complejidad de la composición de una obra anónima se acomete con riesgo y se han de evitar demasiadas conjeturas.

Complementarias a los textos narrativos histórico-literarios, resultan fundamentales las fuentes iconográficas medievales que ilustran la época, los personajes y temas que ocupan *Sidi*, especialmente las formas de hacer la guerra y la indumentaria militar. Y con algunas de ellas se ha pretendido ilustrar este ensayo sidiano.

Resucitando al Cid

*“Mi patria, cuando en la lid
de existencia tal sucumba,
me hará justicia en la tumba
Vuelvo á los tiempos del Cid”*

(Zorrilla, *La leyenda del Cid*)

*“Tan sugerente combinación de palabras no dejó de
surtir efecto. Ambos eran susceptibles a la influencia de
la sugestión verbal. El secretario dejó escapar un suspiro
y murmuró:*

— Si, pero ¿cómo se las arregla uno solo?”

(Conrad, *Victoria*)

*“Personalmente, me causa más satisfacción comprender
a los hombres que condenarlos”*

(Zweig, *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*)

*“Y Sidi, es eso, un tratado sobre la lealtad y el
liderazgo, que a la vez es un western”*

(Pérez-Reverte entrevistado por

Jorge Fernández Díaz,

Arturo-Pérez Reverte y la guerra, 2021)

Ya en vida había comenzado la leyenda del Cid, y se creó un ser histórico-legendario. Hasta que se descubrió el CMC, se había difundido otro Cantar de finales del siglo XIV, mucho más fantasioso y fantástico, *Las Mocedades del Cid*, sobre el que se remodeló, exaltada, su figura épica. No obstante, desde el Medievo, cada autor, época y mentalidad han interpretado al personaje a su manera: buen padre, heroico militar, respetado y admirado, valiente y temido, desafiante y retador, según conveniencia. Sin duda, su vida tuvo los ingredientes para ensalzarlo como un personaje épico por sus victorias en el

campo de batalla. Autores cristianos y musulmanes coetáneos destacaron su invencibilidad, valentía y arrojo. El CC versificó sus gestas. Ibn Bassam lo calificó de “prodigio de su Dios”. La *Crónica Najerense* (último tercio s. XII) inventó hechos y lo presentó como modelo de *miles christi*. Hacia finales del siglo XII o principios del siguiente, según consenso de los estudiosos más recientes, se escribió el CMC, obra cumbre de la literatura medieval, inmersa largo tiempo en el debate de la oralidad y escritura del poema. La crítica actual rechaza la teoría de Menéndez Pidal que admitió una composición escrita de las versiones cantadas por juglares, pues se trata, por el contrario, de un poema escrito y culto, compuesto para ser recitado e interpretado musicalmente, según hipótesis de la cantilación o salmodia de la épica por influencia del canto gregoriano (cit. por Funes 2007: 328-329).

En el CMC se incluyen ficciones: las espadas Colada y Tizona, el caballo Babieca o los nombres de las hijas del Cid, Elvira y Sol, que recoge, modificadas, la novela revertiana. El Cantar, aunque deforme la realidad, narra con verismo las formas de hacer la guerra. Tiene sabor popular, fantasía y dramatismo, erudición religiosa e histórica vinculados a los intelectuales de la corte de Alfonso VIII (el vencedor de las Navas frente a los almohades) que humanizaron al héroe. La vida de Ruy Díaz es la historia de un ejemplar jefe militar, es un “cantar de aventuras” (Boix), “un canto de frontera” (Montaner), “un relato de frontera” (Pérez Reverte), un “señor de la guerra” (Porrinas) y un “señor de Valencia” (Boix). La misma figura en versiones diferentes y necesarias.

Entre los siglos XII y XIII se construyeron los argumentos y ficciones del Cid legendario. La popularizada leyenda de Cardena atribuyó una victoria al cadáver del Cid que, montado a caballo, apareció triunfante contra los musulmanes, y así se integró en la “Historia de España” de Alfonso X, remarcando la valentía y lealtad del Cid. Poco después, Juan Gil de Zamora, preceptor de Sancho IV,

insertó una leyenda nueva: la del Cid atento a la mujer parturienta de su cocinero, por quien esperó a levantar el campamento militar (Porrinas 2019: 308-309). Transcurrido el tiempo, en el XIV, hacia 1360, se compusieron las *Mocedades de Rodrigo* (narra las hazañas de juventud del Cid) y se desplazó la novela hacia la épica, pues la obra arranca en prosa y luego se desarrolla en verso. Este es un tardío cantar de gesta que convierte al personaje histórico en un héroe de leyenda. Las Mocedades, inacabadas, presentan al Cid arrogante, orgulloso, soberbio, insultante, fanfarrón, rebelde, prepotente, con inigualables cualidades guerreras, y que tras matar al imaginado conde don Gómez, padre de Jimena, el rey lo obliga a contraer matrimonio con la huérfana Jimena. Si bien, antes de desposarla, debe ganar cinco batallas contra distintos adversarios. Este hecho lo introduce PR, a su manera, en la novela (p. 79). La personalidad dibujada en las Mocedades fue la que se difundió y popularizó al Cid en el *Romancero* a finales del Medievo y la Edad Moderna, y de la que se hizo eco también Menéndez Pidal. En el siglo XV, El Cid se transformó en el prototipo de caballero, dechado de virtudes en las crónicas nobiliarias, como la de don Pero Niño, conde de Buelma, escrita por su alférez Díaz de Games, que incluyó al Cid entre las históricas figuras militares de Alejandro Magno, Julio César, Carlomagno, Fernán González y Fernando III. Esta crónica, que exaltó al capitán Rodrigo Ponce de León en la conquista de Granada, lo registra como un segundo Cid en atención al arrojo bélico, lealtad a la monarquía y paladín contra el islam. El Cid épico se reconvirtió a finales del Medievo en uno cortesano, espejo de caballeros: leal con el rey, magnánimo con los enemigos que derrotó (sobre todo si fueron cristianos), valiente, invencible, caballero cristiano. La invención de la imprenta permitió que en la Edad Moderna se imprimieran y difundieran sus múltiples personalidades. En 1498 se editó la *Suma de las cosas maravillosas que fizo en su vida el buen caballero Cid Ruy Díaz*, conocida como “Crónica popular del Cid”,

muy reeditada a lo largo del siglo XVI (Porrinas 2019: 315). Posiblemente vinculada con la anterior, se publicó en 1512, en Burgos, la *Cronica del famoso cauallero Cid Ray Diez Campeador*, conservada en la Biblioteca Nacional y conocida como *Crónica Particular del Cid*, muy del gusto popular, como la anterior, pero mucho más extensa y de mayor valor: una auténtica enciclopedia cidiana. En este tipo de crónicas “populares” se refundieron todos los materiales históricos y ficticios de las obras medievales, introduciéndose en el imaginario colectivo, popular, aristocrático y monárquico (Porrinas 2019: 317). Admirador del Cid, Felipe II intentó canonizarlo y encargó a su embajador en Roma, don Diego Hurtado de Mendoza, un memorial con los documentos que probarían las apariciones de santos al Cid, sus donaciones piadosas y los milagros atribuidos. Al parecer, el memorial se perdió “y nos quedamos en Castilla sin san Rodrigo”. En cualquier caso, las proezas “espirituales” del Cid no fueron originales, pues se repitieron en la crónística para aureolar a los personajes (Gárate 1955: 754-760).

La gran fama alcanzada por el Cid se divulgó en los romances populares más tardíos (ss. XIV-XVI), convirtiéndolo en un mito: en uno de los mitos históricos de los que se apropió el régimen franquista para sustentar su ideario nacional-católico. El Cid, junto a otras figuras medievales, fue objeto de exaltación: Viriato, Pelayo o los Reyes Católicos. Aureolados de romántica caballerescas y épica legendaria decimonónicas, la dictadura franquista puso estos personajes “patrióticos” a su servicio, modelos de una historia guerra-civilista, que había enfrentado a los nacionales –identificados con los cristianos, los buenos del Medievo– con los republicanos –los rojos y masones equiparados a los malos musulmanes, usurpadores de la nación gótica y de la fe católica–. Aquéllos fueron algunas de las personalidades que, de forma maniquea, se catapultaron como héroes de una historia “unitaria y brillante” de España. Y fue así, glorificados y contaminados por el nacionalcatolicismo, como se conocieron y asimilaron durante varias generaciones en los

libros de Historia de aquella remota época franquista, acrítica, que modeló a su conveniencia la vida y obra de sus personajes. Nada que por otra parte no siga ocurriendo hoy “democráticamente” con determinados personajes históricos o periodos de la historia que manosean políticos y escritores a su servicio.



*Un Cid imberbe: Charlton Heston, dirigido por
A. Mann en El Cid*

El Campeador, desde su propio tiempo medieval, ya fue un mito, que será manipulado y referido a conveniencia en el siglo XX, por el franquismo sobre todo (Peña Pérez 2010: 155-157), pero también por los intelectuales republicanos y de izquierdas. Antonio Machado escribió:

“Alguien ha señalado, con certero tino, que el Poema del Cid es la lucha entre una democracia naciente y una aristocracia declinante. Yo diría, mejor, entre la hombría castellana y el señoritismo leonés de aquella centuria”.

Ésa sea, quizá, la justificación por la que la reinstauración democrática en 1978 recluyó al Cid en el olvido: apartado como un personaje apestado por las ideologías contrarias de la guerra civil española. Desde la muerte (o incluso antes) del Cid se comenzó la construcción del personaje legendario por sus

hazañas bélicas, por su valor guerrero cantado por juglares y consagrado en la épica del Cantar, romanceado y conocido por todos, juzgado y deformado por casi todos. Un Cid caballero teatralizado, un Cid patriótico y cruzado franquista, un Cid paradigma del exiliado para los intelectuales del 27, un Cid imberbe cinematográfico, un Cid ilustrado en



Juglares del Beato de Silos (1109), personajes que representan la difusión de la épica histórica-legendaria durante el Medievo

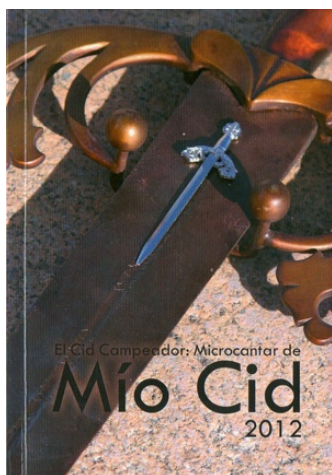
Mio Cid en referencia al personaje, la más elaborada del género, e inspirada en el Cantar (Boix 2015: 311; Amaranta Saguar ([http://parnaseo.uv.es/Aula Medieval/aMes/StorycaWeb](http://parnaseo.uv.es/Aula%20Medieval/aMes/StorycaWeb)); la referida serie *El Cid* de Amazon Prime y la inauguración en Toledo, en la primera semana de abril de 2021, del espectáculo que la Compañía francesa *Puy Du Fou* desarrolló en un ciclo temático que comenzó con “El último Cantar” bajo un castillo de atrezo donde se escenificaron las peripecias cidianas. Todo ello es prueba de la inspiración artística que produce el patrimonio medieval y cómo se revisan sus personajes. Personajes, como el de Rodrigo Díaz, que forman parte del patrimonio cultural, material e inmaterial, de un pasado histórico que se reivindica desde el presente para revalorizarlo y difundirlo.

cómics, videojuegos, series de televisión y dibujos de animación y también musicalizado. Al respecto, la serie televisiva *Ruy, el pequeño Cid* en dibujos animados; el cómic *El Cid* de Antonio Hernández Palacios; libros infantiles del *Cid Campeador*, donde el pato Donald relata la épica de Rodrigo; *El Cid, la leyenda*, película de animación premiada en los Goya de 2003; cantado por la banda de *heavy metal* *Dark Moor*, que grabó la canción

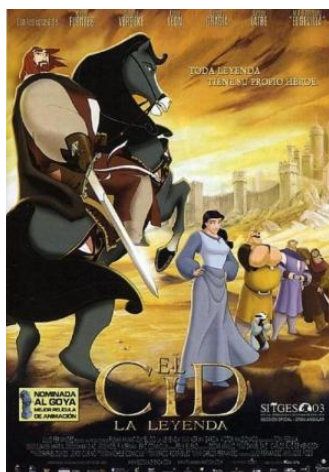
Un Cid tan diferente y de tantas generaciones que formó y forma parte del imaginario colectivo, popular, de masas, resurgido y aquilatado con la novela *Sidi* de PR. El gusto revertiano por la épica, sin exageraciones ni maniqueísmos, se consagra en *Línea de Fuego* con una visión literario-histórica que se centra en el frente bélico, en primera línea de la guerra civil española, donde combatieron personas de toda condición y circunstancia. En *Sidi*, otro relato de guerra que antecede a esa reflexiva novela, también combaten las personas y se ponderan los personajes. La imagen de Rodrigo superhéroe fue la que se impuso a lo largo de los siglos e internacionalizó A. Mann en 1961, asesorado por la visión de Ramón Menéndez Pidal, recogida en su monumental obra *La España del Cid*, publicada en 1929, y que la novela de PR contrarresta con su visión al difundirse a gran escala.



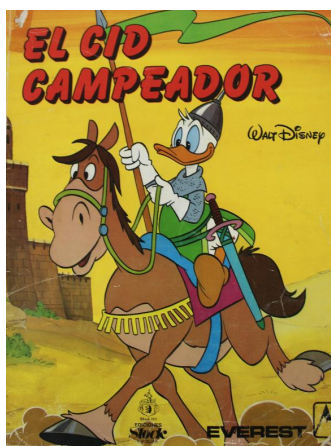
Videojuego del Cid



*Portada de la edición de 125
microrrelatos acerca del CMC*



Película de animación



Cómic El Cid Campeador



Película El Cid

Por otra parte, han sido centenares los estudios históricos y filológico-literarios especializados sobre la figura del Cid, especialmente desde mediados del siglo XX, que necesitarían de por sí un análisis historiográfico, como el realizado por Funes (2007: 313-335), porque la relación bibliográfica es amplísima e inagotable (referencias en Porrinas 2019: 375-396). En Anexos de este ensayo sidiano se incluye un botón de muestra de algunos de los autores y obras seleccionados más relevantes. Discúlpense las muchas omisiones involuntarias por desconocidas o por demasiado específicas que contiene la inabarcable historiografía medieval histórica y literaria. Lo que importa es que el personaje continúa vigente y actualizado en la investigación desde finales del siglo pasado e igualmente popularizado a través de diversos medios. PR, en la nueva ola cidiana, lo ha revitalizado literariamente, desposeído de la coraza del mito, para las viejas y nuevas generaciones.

La resurrección del Cid ha sido periódica y poliédrica, según el prisma, histórico, literario, teatral, musical, etc., del desenterrador de turno. De ahí que Rodrigo Díaz sea uno y múltiple, un sujeto histórico colectivo, de muchas personalidades, para que cada cual elija. Y se ha elegido la novela revertiana porque presenta un Sidi literario, históricamente posible, ajustado, astuto, humano y creíble en una etapa de su vida anterior a la afamada conquista de Valencia en 1094. Y a partir de entonces, los caminos bélicos cidianos “dejan paso a los salones y pasillos de alcázar valenciano..., las batallas campales se reemplazan por las judiciales” (Boix 2007: 189). Un cambio vital que separa al mercenario de la guerra del príncipe de un territorio gobernado brevemente por él, donde murió en 1099.

¿Quién fue Rodrigo Díaz (1043-1099)?

“Así, no quedaba entre moros ni entre cristianos tierra alguna donde el Cid campase con su mesnada”

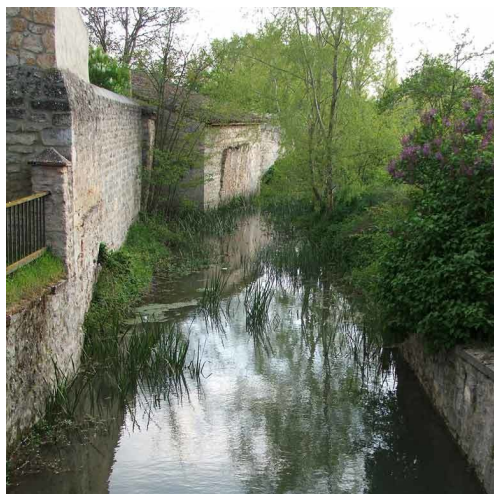
(Menéndez Pidal, *La España del Cid*)

“La conducta de un guerrero se forja en lo que se espera de él; por eso hay que apelar a lo que lleva dentro”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

Pocos datos fiables existen de la biografía de Rodrigo Díaz, presuntamente nacido en Vivar, una aldea burgalesa a siete km al norte de Burgos, que formó parte de su patrimonio.

Tampoco, siquiera, se sabe con precisión el año de su nacimiento, aunque se fijó como máximo hacia mediados del siglo XI. Tradicionalmente se le otorgó su origen de infanzón



Vivar (Burgos)

(así lo recoge PR del CMC), del solar castellano de Vivar. Hijo de Diego Laínez, descendiente del arraigado linaje condal leonés de los Flaínez o Laínez, de cuya rama castellana

probablemente descendía Rodrigo, como detalla la HR. Un miembro de familia nobiliaria, aunque la nobleza, grupo privilegiado

jurídicamente, tenía sus estadios delimitados por el abolengo (nobleza de linaje) y la función (nobleza de servicio y armas). Es admitido, pese al origen diferenciado que las fuentes le

otorgan, que el Cid fue un magnate que perteneció a la alta nobleza (así lo subrayan el CC y la HR), un vasallo integrado en la mesnada del rey Sancho II y dotado con importante patrimonio territorial, como se desprende de la carta de arras que, aunque no valora la dote, sí registra parte de las propiedades y bienes dispersos con que Rodrigo benefició a Jimena al contraer matrimonio (Fletcher 1989: 127-128). Otro dato que avala la capacidad económica del Cid, subrayada por Lacarra (1980: 16), es que pudo partir al destierro con un ejército privado de unos 2.000 hombres que aumentó a 3.600 vasallos en su corte de Valencia, cantidad que sólo podía tener o reunir un personaje de la aristocracia nobiliaria.

Pero volviendo a su origen, la madre del Cid fue hija de Rodrigo Álvarez, un militar al servicio de Fernando I y en cuya corte se crió el nieto del mismo nombre —cuando en la adolescencia quedó huérfano de padre— junto al futuro rey Sancho II de Castilla.

*“Cabalga Diego Laínez
Al buen rey besar la mano,
Consigo se los llevaba,
Los trescientos hijosdalgo;
Entre ellos iba Rodrigo,
El soberbio castellano.
(...)
Aquí viene entre esta gente quien mató al conde Lozano”*
(Romance del Cid Ruy Díaz)⁸

⁸ Según la leyenda, Rodrigo, con su padre y hermanos, devastó las tierras de Gormaz pertenecientes al conde don Gómez Lozano, padre de la que, más tarde, fue su esposa, Jimena. La acción se llevó a cabo en represalia por el robo de ganado perpetrado por el dichoso conde. El romance cantó el encuentro de Rodrigo y el rey.

En su juventud había sido investido caballero, pues el concepto de “nobleza” se identificó con la caballería, lo que significa que “la profesión de las armas, era tenida por la única actividad «noble» de la vida, al propio tiempo que la guerra a caballo era considerada la única forma noble de combatir” (Valdeavellano 1973: 317). El Cid participó con éxito junto al infante Sancho (futuro Sancho II de Castilla) en la batalla de Graus (Huesca) en 1063. A ambos los envió el rey Fernando I en apoyo del gobernante al-Muqtadir de la taifa de Zaragoza, para ayudar a éste a recuperar esa plaza frente al rey aragonés Ramiro I, que murió en esa batalla. Este hecho lo introduce PR cuando Raxida, hija ficticia del soberano musulmán, le comenta al *nezrāni* Sidi que recordaba haber oído hablar de él desde entonces. Un hecho bélico memorable al que Rodrigo sumó otras hazañas que le valieron el apodo de “*Campiductor*”, el batallador o maestro del campo de guerra, campeador en romance, cuando tenía unos veinte y pocos años. Memorable fue el duelo contra el caballero navarro Jimeno Garcés o la victoria contra un musulmán en Medinaceli que registra la HR (1999: 105). Hechos bélicos destacables que recuerda Sidi en la novela (véase apartado “Memoria bélica”). Ruy recibió formación en equitación y armas, lectura y escritura y algo de leyes y letras. Su firma, que se reproduce en imagen, se conservó en un diploma de 1098 otorgado por Rodrigo y su esposa a la Catedral de Valencia: “*Ego Ruderico simul coniuge mea afirmo ocquod superius scriptum*” (Martin 2010: en línea).

Al lado de Sancho II, el Cid guerreó en Zaragoza, Coímbra o Zamora, donde el monarca murió. Fiel vasallo del rey, aunque no fue su alférez (sí lo es en la HR y en el relato revertiano, pp. 60-61 y 75), demostró sobradamente su capacidad militar, y de lo que tampoco se dudó fue de la mutua amistad y afecto entre Sancho y Rodrigo: “*El rey Sancho de tal manera amaba a Rodrigo Díaz con gran dilección y fuerte amor que lo elevó al primer lugar de todo el ejército*” (HR 1999: 104), aunque actualmente se rechaza que obtuviera el cargo de “armiger” o

alférez. Con el amigo y rey de Castilla y formando parte de su ejército, participó en dos batallas campales en las que se enfrentaron los hermanos Sancho II de Castilla y Alfonso VI de León para dirimir las pretensiones sucesorias del primogénito, éste en desacuerdo con el reparto territorial establecido testamentariamente por su padre Fernando I. Tanto en Llantada (1068, Palencia) como en Golpejera (1072, Palencia), la victoria fue para Sancho con la ayuda de su afamado amigo Rodrigo. Tras ella, Sancho II se convirtió en rey de Castilla y de León, mientras que Alfonso VI, tras ser apresado por su hermano y liberado a ruegos de su hermana, se refugió en la taifa de Toledo: intermediación que le recompensó con el señorío de Zamora. Reunió, pues, el primogénito Sancho los territorios de su padre Fernando I, pero por poco tiempo: en 1072, en el asedio de Zamora, Sancho II murió asesinado, según los relatos cronísticos (*Crónica Najerense* y *Primera Crónica General*) por Bellido Dolfos, un personaje legendario, cuya existencia no está atestiguada, que traicionó al monarca por encargo de Urraca y Alfonso. Perfidia, codicia y concupiscencia fueron algunos de los motivos esgrimidos en las crónicas para argumentar la “traición de Bellido Dolfos”, que lo asesinó mientras el rey defecaba, según la crónica alfonsí. También que “el traidor” sentía atracción por Urraca, y ésta por su hermano Alfonso (Mínguez 2000: 46-48). Zorrilla presenta a una Urraca enamorada de Rodrigo. Sin embargo, a pesar de estos hechos legendarios (recogidos en el romance popular del *Cid y el cerco de Zamora*, Biblioteca virtual Miguel de Cervantes) todo apunta a que “Alfonso se aprovechó de la muerte de Sancho, pero eso no le hace culpable de ella” (Fletcher 1989: 123). Descartada la leyenda de la traición —que no está contemplada en las fuentes primarias de la HR ni del CMC, sino en el *Romancero* popular— hubo por parte del nuevo monarca una actitud de conciliación hacia los vasallos de su hermano, como prueban las acciones encomendadas al Cid, quien se comportó, de nuevo, como leal

vasallo de la monarquía (Fletcher: 125). La sucesión de Sancho II recayó en Alfonso VI, a quien los castellanos reconocieron como rey. Y Rodrigo pasó a su servicio como legado fraterno.

*“Allá en Castilla la Vieja,
Un rincón se me olvidaba;
Zamora había por nombre,
Zamora la bien cercada:
De una parte la cerca el Duero,
de otra peña tajada;
del otro la morería,
¡una cosa muy preciada
(...)
Zamora ya está cercada:
de un cabo la cerca el rey,
del otro el Cid la cercaba;
(...)”*

(Romance de las quejas de doña Urraca)⁹

“¡Rey don Sancho, rey don Sancho!

*¡No digas que no te avisó,
Que de dentro de Zamora
un alevoso ha salido;
Llámase Vellido Dolfos,
hijo de Dolfos Vellido
(...)”*

⁹ Fernando I, según la tradición, dejó a su hija Urraca el señorío sobre Zamora, del que se intentó apropiarse su hermano Sancho II, hecho actualmente rebatido. Sí es realidad que el rey asedió Zamora, pero Urraca resistió y a su hermano le costó la vida.

Gritos dan en el real:
- ¡A don Sancho han malberido!
Muerto le ha Vellido Dolfos,
gran traición ha cometido.
(...)
- ¡Tiempo era, Doña Urraca,
de cumplir lo prometido!”

*(Romance de la muerte del rey don Sancho)*¹⁰



El Cid

¹⁰ Durante el legendario cerco de Zamora, el vasallo de Urraca, Bellido Dolfos, planeó la traición para asesinar a Sancho II que asedió la villa. El traidor fingió romper el pacto con los zamoranos encastillados y salió de la villa para dirigirse al campamento donde estaba Sancho II con los castellanos. Y lo mató alevosamente.

Las fuentes reconocen la aptitud militar (de “*varón guerreador, fortísimo y campeador*” lo tilda la HR), que, desde joven, había probado Rodrigo y que, pronto, le valió su sobrenombre de “Campeador”.

Muerto Sancho II, Alfonso VI (1072-1109) quedó como único soberano de León y Castilla, aunque su figura fue ensombrecida por este legendario hecho luctuoso transmitido por la épica popular. No obstante, la realidad demuestra que Rodrigo fue bien acogido como vasallo por Alfonso VI: “*Después de la muerte de su señor el rey Sancho, que lo crio y tanto amó, el rey Alfonso lo recibió con honores por su vasallo y lo tuvo a su lado con gran amor y distinción*” (HR 1999: 105). Por tanto, el juramento de Santa Gadea en 1072 es una ficción literaria (defendida por Menéndez Pidal) y su historicidad se desecha actualmente. Desde luego, Rodrigo no pudo obligar a un rey a jurar, ni por su posición personal ni como representante de la nobleza leonesa. En cualquier caso, el acto de la jura no se puede vincular a su destierro, ocurrido casi diez años después.

*“En Santa Gadea de Burgos,
do juran los hijosdalgo,
le toman la jura a Alfonso
por la muerte de su hermano.
Se la tomaba el buen Cid,
ese buen Cid castellano,
sobre un cerrojo de hierro
y una ballesta de palo
y con unos evangelios
y un crucifijo en la mano
...
Jura entonces el buen rey,
que en tal nunca se había hallado;
después, habla contra el Cid,
malamente y enojado:
...*

*Vete de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,
y no vengas más a ellas
desde este día en un año.*

...
*Tú me destierras por uno,
yo me destierro por cuatro.*

...
*Mas no le faltó al buen Cid
adonde asentar su campo”.*

*(Romance de la Jura de Santa Gadea y
destierro del Cid)¹¹*

Linaje, riqueza y reconocimiento militar concurren en la figura del Cid, y, en 1074, Alfonso VI le concertó un buen matrimonio con su ¿sobrina o prima? Jimena, también perteneciente a la alta nobleza por ser hija del conde de Oviedo, Diego Fernández: “*Le dio por esposa a su sobrina doña Jimena, hija de Diego, conde de Oviedo, de la cual engendró hijos e hijas*” (HR 1999: 105). Más elevada alcurnia la de Jimena, pues emparentaba con Alfonso V de León. La leyenda juglaresca, contenida en las *Mocedades del Cid*, fabula acerca de la boda entre Rodrigo y Jimena, impuesta por el rey tras la ofensa del ficticio conde Gómez, padre de Jimena, al padre de Rodrigo, y la consecuente muerte del primero a manos del Cid, pues vence en el desafío. Como PR refiere en la novela (78-79), y recogido en el *Romancero*, doña Jimena solicita del rey casar con el Cid, pese a ser éste el “asesino” de su padre. De todas formas, el desposorio fue favorable a Rodrigo y, también, para Alfonso VI, pues, con ese enlace, se aseguró la lealtad del antiguo vasallo de su hermano. En palabras de Fletcher (1989: 129):

¹¹ Romance muy difundido en la prosificación de algunas crónicas del siglo XIII, como la *Primera Crónica General* de Alfonso X. Aunque el hecho del juramento no está documentado como histórico, sí tiene un valor literario independiente y es por sí mismo valioso.

“Se había mostrado dispuesto a servir al rey y éste a aceptar sus servicios. Era miembro destacado de la corte. Su conocimiento de la ley se respetaba. Había contraído un matrimonio ventajoso. Bien relacionado, afortunado y rico, podía mirar hacia el futuro con confianza”. En la novela revertiana, Jimena hace pagar con armas de mujer el suceso romanceado a Rodrigo, demorando la consumación del acto conyugal (p. 79).

*“Si no es Jimena Gómez,
hija del conde Lozano,
que, puesta delante el rey,
desta manera ha hablado:*

*- Con mancilla vivo, rey,
con ella vive mi madre;
cada día que amanece
veo quien mató a mi padre,
caballero en un caballo
(...)*

*El rey, de que esto oyera,
comenzara de hablar:
¡Oh, válgame Dios del cielo!
¡Quisiérame Dios aconsejar!*

*Si yo prendo y mato al Cid
mis cortes se volverán,
y si no hago justicia
mi alma lo pagará.*

*- Téntelas tus cortes, rey,
no te las revuelva nadie,
al Cid que mató a mi padre
dámelo tú por igual,
que quien tanto mal me hizo
sé que algún bien me hará”
(...)*

*(Romance de las quejas de
Jimena Gómez)¹²*

Con Jimena tuvo a sus hijos: Diego, María y Cristina, cuyos nombres se transforman por el de Sol y Elvira en el CMC. Entre 1074 y 1079 Rodrigo acompañó al rey Alfonso VI. Es en ese último año cuando el Cid cobró las parias a los taifas de Toledo, Sevilla y Córdoba. El CC se refiere a la

¹² Romance que recoge el dolor de Jimena por la muerte de su padre a manos de Rodrigo, y el cambio de actitud al aceptarlo por marido para evitar la previsible venganza familiar de sus hermanos.

victoria del Cid en Cabra (Córdoba) al frente de un ejército de cristianos y musulmanes contra los andalusíes granadinos de Abd Allah, enemistado con el taifa sevillano. Suceso éste que también se rememora en la novela. Junto al ejército del taifa de Granada guerreó García Ordóñez, vasallo alfonsí que cobraba las parias al granadino. Enfrentados en bandos opuestos, Rodrigo venció a García Ordóñez y lo hizo prisionero. El sevillano, agradecido por la victoria, le dio las parias y valiosos regalos a Rodrigo. En el CMC, la enemistad entre García y Rodrigo se significa en que éste le tiró de la barba: le tocó la masculinidad. La HR expresa cómo algunos envidiosos del éxito del Campeador lo acusaron ante Alfonso VI de “falsas acusaciones”, tal que haberse quedado con regalos concedidos por el taifa sevillano:

“Cuando el rey Alfonso y los magnates de la curia real oyeron esta cabalgada de Rodrigo, lo recibieron duramente y con molestia, y, por esta causa, los que lo reprochaban y los miembros de la curia envidiosos dijeron a una al rey: «Señor rey. La celsitud vuestra sepa sin duda que Rodrigo hizo esto por esa causa, a saber, para que todos nosotros, que estamos viviendo y depredando en tierra de moros, muramos y seamos muertos aquí por los sarracenos». Conmovido y airado el rey por la malévola y falsa insinuación, desterró a Rodrigo del reino injustamente y de mala forma” (HR 1999: 107).

No es verdad, porque el destierro se produjo dos años después; pero sí que la fama de Rodrigo desde el suceso de Cabra, donde se enfrentó y apresó a García Ordóñez en 1079, fue imparable y suscitó recelo entre algunos magnates. La HR narra que el Cid, en 1081, estuvo enfermo en Castilla y que, mientras Alfonso VI estaba en Toledo, los musulmanes atacaron el castro de Gormaz (el posible topónimo imaginario del *Agorbe*

revertiano) y se llevaron gran botín. Rodrigo reaccionó, movilizó a sus hombres y devastó tierras de la taifa toledana:

“Vuelto Rodrigo a Castilla con la mencionada honra, el rey Alfonso al poco marchó con su ejército a una región musulmana que le era rebelde a fin de combatirla, ampliar su reino y pacificarlo. Durante este tiempo Rodrigo permaneció enfermo en Castilla. Entretanto los sarracenos vinieron e irrumpieron en un castro que se llama Gormaz, donde consiguieron (no) poco botín. Como hubiera oído esto, Rodrigo, conmovido por una profunda ira y tristeza, dijo: «Perseguiré a estos ladronzuelos y quizás los capture». Así pues, reunido su ejército y todos sus soldados bien provistos de sus armas, entró en el reino de Toledo saqueando y devastando la tierra de los musulmanes, (cautivó) entre hombres y mujeres a siete mil, les quito a la fuerza, virilmente, todo el ajuar y las riquezas y se los llevó a su tierra” (HR 1999: 106).

Mientras que en el CMC esta acción la realiza el Cid, ya desterrado, en la HR esa cabalgada fue la verdadera causa del destierro, al margen de la influencia sobre el rey de algunos magnates envidiosos, que recalca la narración, entre los que se encuentra posiblemente el humillado García Ordóñez. El rey destierra al Cid por esta acción contraofensiva, y aunque aún se arguye que Rodrigo la emprende sin autorización de Alfonso VI y por obtener botín y enriquecerse, el motivo principal fue que la aceifa cidiana perjudicaba las relaciones establecidas entre Alfonso VI y al-Qadir de Toledo. Y con el destierro del Cid, el monarca impone un castigo ejemplar ante los ojos de su protegido el soberano de la taifa toledana, tal como explica detalladamente Fletcher (1989:137-139). En la novela revertiana, como en el Cantar, esta cabalgada la emprende Rodrigo por cuenta propia, ya desterrado y contratado por los

burgueses de una ficticia población (*Agorbe*) que había sufrido los embates musulmanes y cautivado a gentes del lugar.

Como consecuencia de la cabalgada cidiana —que puso en riesgo la amistad entre el rey castellano y el musulmán toledano— se justificó el destierro con el argumento de que el Cid había faltado a la *fidelitas* debida a su rey, cuando lo que resultó fue una medida ejemplarizante ante los ojos de al-Qadir, máxime si se tiene en cuenta que, cuando se produjo la ofensiva del Cid, Alfonso estaba en Toledo bajo la hospitalidad de su amigo el soberano de la taifa toledana. Y Alfonso utilizó el recurso político establecido en el mundo feudal, la *ira regia*, para *desnaturalizarlo* y desterrarlo. Se rompió el pacto de vasallaje al incurrir el Cid en la ira regia. Y Rodrigo, liberado, pudo entrar al servicio militar de otros gobernantes, incluso si éstos eran enemigos de su anterior señor. Si bien en la novela se subraya, pese a la injusta decisión, la fidelidad sidiana al rey castellano, su señor natural (“Pero él sigue siendo mi rey”, p. 82; “Si me ha desterrado es porque está en su derecho. Es mi señor natural”, p. 122) por encima de cualquier otro que pagara sus servicios de mercenario, como Mutamán de Zaragoza (“Nunca guerrearé contra Alfonso VI... Es mi señor natural”, p. 147). Así era la vida en ese mundo feudal y el destierro la oportunidad para vivir de la guerra como jefe independiente de un grupo de mercenarios al servicio del gobernante que lo aceptara. La aureola militar del Rodrigo desterrado fue ininterrumpida en las tierras de frontera donde se dirimieron las luchas entre los poderosos. Montaner sustituye una parte de los perdidos versos iniciales del CMC con la prosificación de la *Crónica de Castilla* que expresa cómo salió Rodrigo al destierro acompañado por “los suyos”:

“Cuenta la historia que el Cid envió por todos sus amigos, parientes y vasallos, y les comunicó cómo le mandaba el rey salir de su tierra en un plazo de nueve días. Y les dijo: —Amigos, quiero saber cuáles de vosotros queréis ir

conmigo. Y a los que vengáis conmigo Dios os vea con agrado, y de los que os quedéis aquí quiero irme con vuestro agrado.— Entonces habló don Alvar Fáñez, su primo hermano: —Iremos todos con vos, Cid, por yermos y por poblados, nunca os fallaremos mientras estemos vivos y sanos; con vos gastaremos las mulas y los caballos, el dinero y el vestuario; siempre os serviremos como leales amigos y vasallos.— Entonces corroboraron todos lo que dijo Alvar Fáñez y el Cid les agradeció mucho cuanto allí se hubo hablado.

Y en cuanto el Cid cogió sus cosas, salió de Vivar con sus amigos y mandó que se fuesen camino de Burgos. Y cuando el Cid vio sus palacios desolados y sin gente, y las perchas sin azores y los portales sin bancos...”¹³.

El primer destierro del Cid (1081-1086), tras la aplicación de la ira regia, comenzó en el verano de 1081 y duró seis años. En su primera expatriación y hasta 1086, el Cid entró al servicio del taifa de Zaragoza al-Mu'tamán, conecedor de la destreza militar del castellano:

“Saliedo del reino de Castilla y dejando a sus hombres sumidos en la aflicción, Rodrigo fue a Barcelona. Luego fue a Zaragoza, en la que reinaba entonces Al-Muqtadir, que al poco murió en esa ciudad, dividiéndose el reino entre sus hijos, a saber, Al-Mu'tamin y Al-Hayib. El primero reinó en Zaragoza, y el segundo, en Denia. Al-Mu'tamin apreciaba mucho a Rodrigo y lo exaltó y puso en lugar principal sobre todo su reino y toda la tierra, usando de su consejo en todos los asuntos” (HR 1999: 107).

¹³ Pasaje adaptado al castellano actual de la *Crónica de Castilla* en la que Rodrigo se prepara para el destierro y obtiene la fidelidad de sus hombres. Este texto de la *Crónica* lo adapta Montaner para sustituirlo por los versos iniciales perdidos del CMC (1998: 101), poema que el autor actualiza al castellano moderno en la edición en línea del *Camino del Cid*.

Perdonado por el rey, cayó Rodrigo de nuevo en desgracia en 1088 por el suceso del “sitio de Aledo”, y no consta que esta vez hubiera perdón o reconciliación entre el rey y el noble.

En ese marco temporal se desarrollan los seis años de la vida novelada de Sidi. Se trata de “la etapa más trascendental y de formación de toda su vida” (Porrinas 2019: 80). Antes de pasar al servicio del rey de Zaragoza, El Cid ofreció, fallidamente, sus servicios militares a los condes de Barcelona Ramón Berenguer II, “Cabeza de Estopa”, y a su hermano Berenguer Ramón II. La experiencia militar de Rodrigo, comenzada en su mocedad, hacia los quince años, se confirmó, después de ese rechazo, contra el conde Berenguer Ramón II en dos batallas: Almenar (1082) y Tévar (1090)¹⁴, ambas refundidas por PR en la primera.

Como se ha indicado, a la muerte del *malik* (rey) zaragozano, la extensa taifa se dividió entre sus hijos: Zaragoza para al-Mu’tamin y Lérida y Tortosa para al-Mundir. Los hermanos se enfrentaron y Rodrigo fue encargado por el taifa zaragozano de recuperar los territorios orientales, mientras tanto el taifa leridano se alió con Sancho Ramírez de Aragón y con Berenguer Ramón II de Barcelona. Monzón, a 16 km al sur de Barbastro, en el extremo norte de la taifa de Zaragoza, enclavado en medio de las dos taifas y en cercanía con el reino de Aragón, fue una plaza disputada y amenazada por ambos hermanos. El Cid, en nombre del zaragozano, acudió a protegerla, mientras los leridanos y sus aliados cristianos sitiaron la fortaleza de Almenar. Rodrigo y el soberano de Zaragoza se reunieron en el castillo de Tamarite, desde donde salió el ejército cidiano mixto, cristiano y musulmán, para defender a los sitiados. En las proximidades del castillo

¹⁴ En Tévar actuó como señor independiente de la zona valenciana. El conde murió el mismo año que su enemigo el Cid (1099). No obstante, una de las dos hijas del Cid, María, casó con Ramón Berenguer III, hijo de Ramón Berenguer II, el conde asesinado.

de Almenar, en el verano de 1082, se enfrentaron en una victoriosa campaña campal, como narra la HR, menciona el CC (2001: 63-67) y describe literaria y virtualmente PR en la tercera parte de su novela con el título “La batalla”. Rodrigo salió victorioso en la defensa del soberano de Zaragoza contra sus enemigos: el conde de Barcelona, Berenguer Ramón II, vencido en 1082, y el rey de Aragón, Sancho Ramírez, derrotado en 1084.

Resumiendo: en las malas relaciones de Rodrigo con Alfonso VI no tuvo nada que ver la fabulada sospecha de que el monarca participó en la muerte de su hermano Sancho II, ni tampoco la difamación del conde castellano García Ordóñez que le acusó ante el monarca de quedarse con dinero de la taifa de Toledo y de recibir regalos del taifa sevillano, como se argumenta en el CMC. La ira regia que causó el primer destierro fue porque Rodrigo Díaz realizó una impropia cabalgada por tierras toledanas mientras Alfonso VI pactaba *in situ* la cesión de Toledo con al-Qadir. La causa del segundo destierro fue porque Rodrigo no acudió o no llegó a tiempo para auxiliar en 1088 a Alfonso VI en el asedio de Aledo por los almorávides. Es en el primer exilio como vasallo “desnaturalizado” cuando arranca la novela revertiana. El Cid, acompañado al destierro por los “suyos” –personajes históricos y literarios que registra el Cantar– pasó, entre 1081-1086 al servicio del soberano hudí de Zaragoza: el culto y reputado matemático al-Mu’taman. Éste contrató los servicios militares de Rodrigo para combatir a su hermano, el soberano de Lérida y Tortosa, y al conde de Barcelona que lo apoyó.

Rodrigo Díaz, convertido en mercenario, obtuvo de la guerra pingües beneficios y gran prestigio. A partir de 1086 abandonó al soberano de la taifa de Zaragoza –cuando PR finaliza su novela– para ir hacia Levante. Otra victoria en la trayectoria del Cid se situó en Morella (al norte de Castellón) en 1084 (Montaner y Boix 2006), sobre los leridanos-aragoneses, acrecentando con ella su prestigio tras la derrota del rey de

Aragón, Sancho Ramírez. Es posible que entonces, como narra PR, fuese Rodrigo apodado *Sidi* por los guerreros musulmanes zaragozanos integrados en su hueste, más numerosa, presumiblemente, que el elemento cristiano que conformó el núcleo y la élite de aquel ejército mixto de mercenarios. Un buen elegido título para la novela, que subraya así el mestizaje cultural de la España medieval, porque el nombre “Sidi”, “mi señor” (del árabe clásico *sayyid*, *sayyidi*) “es medio árabe, medio romance castellano”, en el sentido de permeabilidad cultural, pues lo usaron los mercenarios musulmanes sevillanos tras la victoria de Cabra, según una tradición, o los zaragozanos o/y valencianos según opinión de los especialistas. Pero también los mozárabes (cristianos arabizados bajo dominio musulmán) de la taifa de Valencia, utilizaron ese prestigioso título de *Sayyid* —que se aplicó asimismo a los reyes de taifas— a cargos de autoridad y jefatura desempeñados por cristianos (Montaner y Escobar 2001: 28-29). En cualquier caso, Rodrigo pudo “aunar los conocimientos bélicos de la tradición cristiana, en la que él mismo se había formado, y aquellos de raigambre islámica que conocían sus soldados zaragozanos” (Porrinas 2019: 95). El Cid, aunque no participó en la batalla de Sagradas de 1086, donde los almorávides derrotaron a Alfonso VI, sí obtuvo después dos resonantes victorias contra ellos en campo abierto: Cuarte (Valencia 1094) y Bairén (Gandía, 1098) (Montaner y Boix 2006). Reconciliado con Alfonso VI en 1087, tras la derrota de éste frente a los almorávides, el rey lo puso a su servicio enviándolo como delegado para proteger al rey valenciano al-Qadir, desplazado desde Toledo. En este caso puntual de necesidad militar por parte de Alfonso VI, el Cid se situó en una ventajosa posición y recibió en 1087 compensaciones territoriales en Castilla a cambio de su fuerza militar:

“Pasados estos acontecimientos, volvió Rodrigo a Castilla, a su patria, donde lo recibió el rey Alfonso con todos los honores y con rostro sonriente. Inmediatamente le dio el

castillo de Dueñas con sus pobladores, el castillo de Gormaz, Ibia, Campos, Eguña, Briviesca y Langa, que está en la Extremadura, con todos sus alfores y habitantes” (HR 1999: 113).

Pero, además, y esto es lo destacable, según señala la HR, Alfonso VI y el Cid pactaron en 1088 que todas las tierras conquistadas a los musulmanes pertenecerían al segundo. Un privilegio que literalmente fue inusual, como lo fueron las circunstancias de la invasión almorávide (Fletcher 1989: 161), pues implícitamente se reconoció la plena propiedad señorial (donación) –y no la simple tenencia que fue la fórmula usual– de las futuras conquistas:

“Además le dio para su reino tal donación y concesión, escrita y confirmada con el sello: que toda tierra o castillo que personalmente pudiese adquirir Rodrigo de los moros en tierra de moros que fuese suyo en adelante con derecho de heredad y no sólo de él, sino de sus hijos, hijas y descendientes” (HR 1999: 113).

Esta donación significaba admitir, tácitamente, la superior soberanía del monarca a quien quedó subordinado Rodrigo en las relaciones políticas feudales.

Mientras, Alvar Fáñez marchó en 1088 con la hueste real a contener a los almorávides en Aledo (Murcia), tomado dos años antes por García Jiménez, vasallo de Alfonso VI, que, solitario, resistió heroicamente en aquel castillo murciano rodeado de enemigos almorávides. Fue ese año y por tal hecho, cuando al Cid lo reclamó Alfonso VI para auxiliar la roca murciana. Y aunque al parecer se puso en marcha, no pudo comparecer a tiempo para prestarle ayuda militar. La tardanza e incomparecencia de Rodrigo en Aledo motivó, recuérdese, que el monarca, “vehemente airado”, lo desterrase –injustamente y por segunda vez debido a “las falsas

acusaciones de sus enemigos”— sin atender las justificaciones de su vasallo (HR 1999: 117). En consecuencia, el Cid se convirtió, tras su segundo destierro en 1089, en su propio y único “señor de la guerra”. Y como no se pudo defender de las acusaciones vertidas que propiciaron su segundo destierro, ideó hacerse con la taifa de Valencia para asentarse sobre ella como un príncipe independiente, pasando así, como describe el Cantar, de “señor de la guerra” a “señor feudal” tras la conquista de la capital (Boix 2007: 185-192). Y en frase sidiana referida a Valencia: “Ésa es la perla que ambicionamos todos” (p. 149). El principado cidiano fue un tapón territorial que impidió la expansión del conde de Barcelona Berenguer Ramón II. En el intento de Rodrigo por consolidar su posición en tierras castellanenses, que pertenecían al rey de la taifa leridana (al-Múndir), éste reclamó la ayuda del monarca aragonés Sancho Ramírez, sufridor de la fuerza cidiana, y del conde de Barcelona Berenguer Ramón II (recuérdese que lo derrotó el Cid en Almenar, 1082). El enfrentamiento de las tropas aliadas, leridanas, aragonesas y catalanas, se produjo en (Pinar de) Tévar (Castellón) en el verano de 1090, donde cada uno dirimió, además, cuestiones personales pendientes. La HR (1999: 122-126) narra que el conde de Barcelona y Rodrigo se cruzaron cartas antes del enfrentamiento, mientras que en la novela, al refundir la batalla de Almenar y Tévar, se transforma en diálogo después de la derrota de Berenguer Ramón.

La motivación inculcada por el Cid a sus hombres, la propagación de falsos rumores que confundían al enemigo y la cohesión y jefatura de su ejército fueron decisivas en la victoria cidiana de Tévar, pese a su inferior número de combatientes y quizá a su peor equipamiento militar. En esa batalla el Cid fue herido y descabalgado, aunque PR traslada el suceso a la de Almenar, ocurrida ocho años antes (p. 208), ya que su novela finaliza con la victoria en tierra leridana. Una batalla real y novelada que realizaron con gran coraje los hombres de Sidi, mientras que los enemigos huyeron despavoridos, cobardemente.

Asegurada la frontera norte, el Cid conquistó tierras levantinas y reinó en Valencia como un príncipe sin tener sangre de reyes: un segundo Rodrigo, homónimo de aquel rey visigodo derrotado por los musulmanes en Guadalete en 711. Un hecho catastrófico en la visión de un anónimo monje que, poco después, a mediados del siglo VIII, lamentó, en la denominada *Crónica mozarabe*, “la pérdida de España” que, según él consideró, supuso la invasión y conquista pactada musulmana.

Rodrigo es, antes de su establecimiento sobre la taifa de Valencia, el arquetipo de caballero profesional de la guerra que luchó por la supervivencia y el botín más que por la fama, que ya le precedía, reconocida con el sobrenombre de Cid/ Sidi, (Campeador y Señor), apelativo de admiración, respeto, afecto y reconocimiento a la jefatura militar que ostentó. Los mercenarios, capitaneados por él, formaron una especie de *confraternitas* militar. Ruy Díaz, el Cid Campeador (el señor que lucha en el campo de batalla), Sidi (“el señor”), se convirtió, consecuencia de sus victorias militares, en una figura épico-literaria contenida, como se ha comentado, en la *Historia Roderici* (HR), el *Carmen Campidoctoris* (CC) y el *Cantar de Mio Cid* (CMC). Ruy Díaz entró en la épica y se convirtió en el caballero mercenario novelado por PR. Establecido en Levante, el Cid se comportó desde entonces como príncipe de Valencia, en posición de igualdad con los reyes y condes cristianos, con tratos y tácticas con los soberanos de taifas a quienes cobró parias. Entró en la taifa valenciana con idea de quedarse, como consiguió. Aunque, previamente, el soberano musulmán, al-Qadir, lo llamó para que lo defendiera frente a una situación interna inestable y dividida políticamente. Y Alfonso VI, al parecer celoso del poder de Rodrigo, asedió Valencia. Finalmente, al-Qadir, el soberano de la taifa valenciana, fue asesinado y, Rodrigo, su protector mercenario, asaltó Valencia en 1094 y se afincó en ella como señor independiente, intitulándose “*princeps Valentiae*” (Fletcher 1989: 175-198; Boix 2007: 185-192). Y como príncipe residió en el alcázar de

la ciudad, acuñó moneda a su nombre, convirtió la mezquita mayor en catedral y respetó las propiedades, religión y costumbres de los musulmanes, salvo las de los rebeldes.

El Cid no se reconcilió con Alfonso VI, aunque la tensión entre ellos disminuyó, y actuó como lo que fue, un príncipe soberano que concertó el matrimonio de sus hijas con grandes: Cristina con el infante Ramiro de Navarra y María con el conde Ramón Berenguer III de Barcelona. El señorío de Valencia estuvo cinco años en manos del Cid, pues éste murió en julio de 1099: *“Tras su muerte, su mujer, digna de compasión, permaneció en Valencia con gran acompañamiento de jinetes y peones”* (HR 1999: 145). Unos años después de su muerte, su viuda, Jimena, solicitó en 1102 ayuda al monarca, quien, por petición familiar, acudió a socorrer la ciudad, asediada por los almorávides al toque de tambores de guerra. Según relata Ibn al-Kardabus, el emir almorávide cruzó el Estrecho con un poderoso ejército para sitiar Valencia, y la asedió durante siete meses, hasta que el rey castellano comprendió que no podía defenderla, la evacuó y la incendió. La HR indica que Jimena (a la que sólo se menciona una vez por su nombre en la narración), *su esposa, viuda de tal y tan grande hombre*:

“...como se viese apremiada de tanta aflicción y no encontrase remedio consolador a su desgracia...” pidió ayuda al rey Alfonso VI, que: *“llegó a marchas forzadas a Valencia con su ejército. La desdichada esposa de Rodrigo, besándole los pies, lo recibió con el mayor gozo y le suplicó que la socorriera a ella y a todos los cristianos que estaban con ella. Pero el rey, no viendo a nadie entre los suyos que fuera capaz de mantener la ciudad y defenderla de los moros, porque le parecía que estaba muy lejos de su reino, se llevó consigo a Castilla a la mujer de Rodrigo con el cuerpo de su marido, y a todos los cristianos que allí estaban con sus riquezas y bienes. Salidos de la ciudad, el rey mandó que la ciudad fuera incendiada, y llegó con todos ellos a Toledo. Los moros,*

que habían huido ante la llegada del rey y habían levantado el cerco, entraron en la ciudad quemada tras la salida del rey, la habitaron y nunca más la perdieron” (HR 1999: 145).

Así, abandonada e incendiada, fue tomada Valencia por los almorávides (Ibn al-Kardabus 2008: 131), y se mantuvo bajo diversos poderes islámicos hasta la conquista aragonesa de Jaime I en 1236.



Sepulcros de Rodrigo y Jimena (Monasterio de Cardena, Burgos)

La muerte de Rodrigo, por causas naturales, se produjo en Valencia el 10 julio de 1099 a una edad de aproximadamente de 50 años, dos años después de la de su único hijo varón, Diego, muerto en el campo de batalla de Consuegra. La HR, a modo de epitafio, dice:

“Mientras estuvo en este mundo, siempre obtuvo noble triunfo de los adversarios que contra él pugnaron y nunca vencido por nadie. Murió Rodrigo en Valencia en la era 1137 (año 1099) en el mes de julio” (HR: 1999: 145).

Montaner (2005: 193-203) explica que el heroico y hagiográfico epitafio, inscrito en primera persona en la tumba del Cid por algún clérigo del monasterio de San Pedro de Cardena, es de finales del siglo XIII o principios del XIV y recoge el último eco de los cantares de gesta:

*“Cid Ruy Díez só, que yago aquí encerrado
e vencí al rey Bucar con treinta e seis reyes de paganos.
Estos treinta e seis reyes, los veinte e dos murieron en el campo;
vencílos sobre Valencia desque yo muerto encima de mi caballo.
Con esta son setenta e dos batallas que yo vencí en el campo.
Gané a Colada e a Tizona: por ende Dios sea loado.
Amén”.*

El Cid es resucitado y reinventado permanentemente desde su propio tiempo con un sudario diferente. Pero lo que no se pone en duda fue su capacidad guerrera, su vertiente militar, que le hizo luchar contra “propios” (reyes y condes cristianos) y “extraños” (musulmanes andalusíes y almorávides). Sidi es un hombre de su tiempo, de un tiempo de guerra, no sólo en la península ibérica, equiparable a ciertos reyes normandos, jefes portugueses o almogávares catalanes y aragoneses bien preparados para las lides:

“Rodrigo era simplemente uno más de toda una clase de buscadores de fortuna cristianos y musulmanes que procedían

de las Españas cristiana y musulmana, el norte de África y Europa. Entre sus semejantes figuran el sobrino del Cid, Álvar Fáñez, el conde francés Ebles de Roucy, los normandos Roger Burdet y Robert Crispin, y el andalusí Sayf al-Dawla Ibn Hud. A lo largo de los siglos XI y XII, estos hombres se movieron entre las arenas religiosas y políticas del al-Ándalus pos-califal, decididos a explotar para su beneficio propio el vacío de poder en la Península. Es posible que en su imaginario tuvieran siempre presentes la comunidad religiosa y la noción de guerra santa, pero estas rara vez determinaron sus ideas” (Catlos 2019: 268).

Y así es percibido el Sidi revertiano: un mercenario castellano con solar en Vivar que apenas si vivió en Castilla, excepción de su infancia y juventud, de la que poco se sabe.

Las palabras literarias de *Sidi* cautivan, son poderosas y directas también como fuente de conocimiento de la historia. Véase cómo PR, con un lenguaje coloquial y entendible, divertido y atractivo explicó y resumió al Cid, “Un héroe del siglo XI” en *Una Historia de España* (vid. Anexo).

II - El *SIDI* REVERTIANO

“Desconocer qué es lo que ha ocurrido antes de nuestro nacimiento es ser siempre un niño. ¿Qué es, en efecto, la vida de un hombre, si no se une a la vida de sus antepasados, mediante el recuerdo de los hechos antiguos?”

(Cicerón, *El orador*)

*“Apenas esto escucharon
los moros de su adalid,
de bruces se prosternaron
ante Rodrigo, y gritaron
muchas veces: ¡ia, sid!
El rey, que no la entendía,
preguntaba en rededor
qué era aquella algarabía;
y el buen Ruy le respondía:
«Señor, me llaman señor.”*

(Zorilla, *La leyenda del Cid*)

“Pero mi nombre es el único patrimonio que tengo”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

Pese a las resurrecciones del Cid desde el Medievo, el empacho franquista y los prejuicios de la España democrática reinstaurada en 1978 enterraron su figura durante unas décadas. Sin embargo, literariamente, ha sido PR quien lo ha resucitado para el gran público internacional (aunque antes aparecieron otras obras literarias acerca del personaje, como, por ejemplo, las de Corral y Martínez Rico), apostando valientemente por este protagonista de nuestra historia, desquitándolo así del marchamo franquista y apartándolo de las banderas ideológicas que imperan actualmente. En puertas del otoño de 2019 reapareció Sidi de entre los muertos con un

sudario diferente y original. Un Ruy Díaz rehecho a su fama y medida histórico-literaria, creado con la mano imbatible de PR, a imagen y semejanza del autor, de su narrativa “identitaria”. Es en la obra de cualquier literato, donde, asoma, el “yo” racional e irracional del autor –según criterio de Javier Cercas en la entrevista de M.J. Solano en julio de 2021– y que podría refrendarse en PR a través de *Sidi* porque, además, en el tema de cualquier guerra, emerge lo peor (irracionalidad) y lo mejor (racionalidad) del ser humano.

Con *Sidi* puede hacerse, se ha intentado en este ensayo, una aproximación a la centuria con que arranca la plenitud del Occidente medieval a través de un hombre histórico que representa todo un mundo de contrastes. El personaje, Ruy Díaz, que la documentada y lúcida mente de PR nos dona, se impone de manera ágil y precisa a lo largo de una mesnada de palabras y hablas en movimiento. Bien organizadas con cuatro cargas de amena y activa escritura literaria, compone y transforma a Sidi en una figura atrayente y atractiva, de real y creíble personalidad y figura. Comprendida y despojada de mimbres gloriosos ideologizados queda lista para consumir por un público mayoritariamente ajeno a los entresijos históricos-literarios, historiográficos y academicistas. Crea PR en *Sidi*, en esta novela histórica, como el autor la define, a un hombre de carne y hueso, un antihéroe, un prototipo narrativo veraz, con sus contradicciones y flaquezas, con virtudes y cualidades, como cualquier mortal. Se considera ésta la gran aportación que hace *Sidi*: resucitar para acercar un personaje –mitad hombre/mitad héroe, mercenario y caballero, aventurero y hombre de honor– con los sentimientos, emociones y vivencias que caracterizan su personalidad. La nueva personalidad que le da y reconstruye su creador PR. Y en certera definición del recordado periodista David Gistau, Sidi “no es el mito estatuario del hagiógrafo sino el *ronin* errante del periodista de guerra”.

El nombre de *Sidi*, reflejo de su personalidad

“El título de Cid, de sidi, «señor», se lo dieron sus propios súbditos árabes”

(Eslava Galán,
Historia de España contada para escépticos)

“Sidi Sidi, clamaban... Te llaman señor, Ruy. ¿Los oyes?... Te llaman señor”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

PR elige bien el apodo arabizado *Sidi* para Ruy (Rodrigo, Ludriq) Díaz como título de su novela, y hasta casi el final de la primera parte (p. 115) el autor no desvela el misterioso título de su obra, que corresponde al sobrenombre de Ruy Díaz. Respetuosa y digna identificación con la que es aclamado como *Sidi*, Señor, por los musulmanes que ha apresado tras la cabalgada realizada contra ellos y a quienes perdona la vida. Admirados por la valentía de Rodrigo, le muestran respeto por su benevolencia ante el castigo y le otorgan espontáneamente el distintivo tratamiento de reconocimiento, admiración y sumisión: *Sidi*. Esta clave narrativa es el símbolo de la nueva imagen sidiana creada por el novelista. En principio, el lector no tiene porqué saber su significado, aunque se revelará después de más de cien páginas para resaltar la profesionalidad militar del personaje. Ya se ha indicado el significado de *Sidi*: un prestigioso título de respeto con que se reconoce el liderazgo militar, posiblemente originario de las tribus preislámicas que lo atribuían a sus jefes, adoptado también en el mundo islámico andalusí. Sin embargo, las fuentes latinas ni árabes atribuyen este título a Rodrigo, apodado en ambas Campeador (*Alqanbiyatur*, *al-Kambiyatur*), debido, como señalan Montaner y Escobar (2001: 28), a que los musulmanes rechazaban atribuir a un cristiano un título que se aplicaba a los descendientes del profeta Mahoma, aunque aclaran, como ya

se ha expuesto, que los mozárabes (cristianos arabizados) lo aplicaron al arzobispo de Valencia. El novelista también traduce en boca del rey de la taifa zaragozana el apodo, pues es conocedor, Mutamán, del reconocimiento de “señor” que le han otorgado sus soldados a Ruy por su valía militar: “Te llaman Sidi, tengo entendido”, y lo amplía con el sobrenombre de *Sidi Qambitur* (p. 148), aunque finalmente lo llama simplemente por su nombre de pila, *Ludriq*, Rodrigo en romance andalusí, indicio de confianza, no exenta de cierta ironía en el relato. El soberano de Zaragoza traduce al romance andalusí el título árabe de “Señor” y el castellano de “Campeador” para exaltar la consideración bélica del mercenario que le defiende. Cualificado reconocimiento con el que el novelista contrapone los alias peyorativos que registran las fuentes árabes (“Rodrigo el Maldito”, “el Perro Enemigo”), conocidos por Mutamán y Ruy. Motes negativos que no ocultan, por otra parte, la admiración que tuvieron los musulmanes que combatieron al lado o frente a la figura cidiana, recogida en fuentes árabes y en la trama sidiana. En ésta, son los propios soldados musulmanes zaragozanos, que forman parte del ejército de Ruy, quienes también le otorgan ese reconocimiento de señor en más de una ocasión (pp. 115 y 301), admirados por la dignidad y pericia militar de Ruy: hecho que posiblemente sucediera, según se indicó. También el carácter bilingüe de algunos vasallos sidianos y el mimetismo lingüístico derivado, se apunta en el relato cuando Galín Barbués contesta: “Sin novedad, Sidi” (p. 132). El CC apoda a Rodrigo Campeador, equivalente a “señor del campo” (de batalla). *Campidoctor* es una latinización culta y erudita (quizá sería más adecuado *campidoctus*) que utilizan los autores del CC e HR, en vez de *campeator* en romance o campeador, que significa experto en batallas campales, una especie de caudillo militar. Montaner y Escobar aluden a que es un viejo tecnicismo de la milicia romana (instructor o comandante de una cohorte). También se intitula al Cid como *princeps* (título

principesco, máxima dignidad después de rey) de forma panegírica o en un sentido honorífico (CC 2001: 26-30). Mientras que *Sidi*, refiere, excepcionalmente y por demostrada capacidad guerrera, al líder de una hueste mercenaria en la que se integra una milicia musulmana. Con ese apelativo se titula la novela y se sustituye al otrora Campeador. Recientemente, Peterson (2021: 213) contradice esta versión tradicional, incluso cree que nunca recibió ese apelativo, y resume que:

“... el epíteto de Mio Cid, más asociado con el exiliado guerrero castellano Rodrigo Díaz y que tradicionalmente se cree que le fue otorgado por hablantes de árabe, es de hecho una fórmula autóctona castellana estrechamente relacionada con fórmulas híbridas equivalentes como Mi Anaya y Mi Echa... Al enmarcar el uso de Mio Cid dentro de esta tradición onomástica más amplia, emergen una geografía y una cronología más sólidas y éstas, a su vez, indican un uso relativamente extendido de tales términos en la Castilla de finales del siglo XI y principios del XII, inicialmente en círculos aristocráticos, antes de que se transformaran los epítetos en nombres personales”.

No obstante, *Sidi* es, en la novela, reconocido por los musulmanes como un valeroso y aguerrido castellano personificado en Rodrigo Díaz. PR se refiere a Rodrigo abreviadamente con el hipocorístico Ruy, como es nombrado en el verso 15 del Cantar: “*Mio Cid Ruy Díaz por Burgos entró*” (CMC 1998: 104) con el que muestra, así, cercanía, familiaridad y cariño al personaje. En el relato novelado Ruy usa tres caballos: dos con nombres ficticios, Cenceño y Persevante, y hacia el final monta a Babieca, cuya presencia en el CMC se encuentra a partir de la segunda parte del Poema, posiblemente como un trofeo de guerra conseguido por el Cid en la lid, ficticia, que mantuvo con el rey de Sevilla (CMC 1998: 176 y 200). Y es, quizás por ello, que el novelista –a quien sólo le interesó la primera parte del Cantar– no otorga gran relieve a Babieca. En el poema, este renombrado caballo cobra

protagonismo cuando el Cid ya ha emprendido la campaña de Levante, mientras que en la novela, Sidi lo utiliza para conseguir la victoria de Almenar (pp. 209, 298, 300), antes de anunciar su proyecto levantino al final del relato. El caballo forma parte del caballero, a quien por él debe su nombre, y forja la fisonomía del ser de guerrero que es Cidi/Sidi. PR cabalga y guerrea en *Sidi*. Y en ese recorrido novelado, se cabalga seguro sobre su grupa, al trote y al galope que marca su narrativa. Cabalgando por las páginas de *Sidi*, PR da a conocer al personaje histórico-literario, y también sobre nueva cabalgadura sidiana se amplía la mentalidad guerrera y el mundo de esa remota época medieval en la que se adentra con el sonido metálico de armas y cascos de caballo. Al descabargar de la novela se queda la sensación de aprendizaje y disfrute, de querer saber más del protagonista, de su pasado y de su futuro, de la vida y del mundo que lo encabalgó hacia la muerte.

La personalidad revertiana de *Sidi*

*“Si por descanso o deleites la buena fama perdemos,
al acabar nuestra vida deshonrados quedaremos”*

(Don Juan Manuel, *El conde Lucanor*)

*“Quedó, en fin, sólo la guerra, que era su verdadera
vida”*

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

PR gesta su personaje inspirándose en algunas de las fuentes comentadas, de modo especial en la HR porque resalta los triunfos del señor del campo de batalla, que es el retrato sidiano; y también en el CMC que, mucho más detallado, contextualiza su figura con gran realismo. Un hombre nobilísimo y guerrero que gana guerras virilmente, resume esa crónica latina donde se escriben sus hazañas con el fin de conservarlas para la posteridad, para que perdure la memoria bélica de Rodrigo. Pero no solamente es esto. PR cubre al personaje de una psicología matizada que aplica en cada secuencia y circunstancia de la narrativa. Un Sidi realista, de barba bellida, que es capaz de luchar sin desmayo y vencer a su oponente, aun cuando éste tenga más posibilidades de victoria por contar con un ejército más numeroso. Un personaje afortunado por los astros y la providencia, con *auza* o *baraka* (Montaner 2007b) que va, diligente y alegre, al encuentro de la suerte.

Es su personalidad reflexiva y combativa, corajuda y decidida, sobria y animosa, dura y justa, valiente y viril, protectora y solidaria, inflexible y temida, impertérrita ante el peligro y su destreza militar de gran señor de la guerra, la que le permite salir victorioso y humillar en la batalla a sus enemigos, que son apresados o huyen de miedo ante su imparable fortaleza y ardor guerrero. Cabalgada, asedio o batalla campal nada se resiste a la fuerza valerosa sidiana. En el Cantar se le dibuja, además, como un hombre íntegro,

adornado de generosidad, religiosidad, buena fortuna, cortesía, medida, discreción, astucia..., cualidades que también tiene el Ruy revertiano. Pero éste destila más matices, porque tiene una personalidad más poliédrica. Sidi es un guerrero humanizado que tiene momentos de tristeza, ira, temor, miedo, desprecio, preocupación por el honor, por el pasado, el presente y el futuro. PR refleja una imagen sidiana de clemencia y comprensión, sin la crueldad y brutalidad que las fuentes árabes refieren para el Cid de la conquista de Valencia. En el Sidi revertiano no hay venganza cruel y sanguinaria por placer, sino la dureza pragmática del oficio y la aplicación de las costumbres de la guerra. Una psicología sidiana que infunde respeto a los suyos y a los adversarios sin necesidad de mostrar el lado oscuro, cruel, brutal, bárbaro y primitivo, personalizado por uno de sus hombres, Diego Ordóñez, a quien Sidi contiene sus impulsos sanguinarios. Las venganzas sidianas son refinadas, como la que le inflige al conde de Barcelona, a quien apresa y humilla astutamente sin despeinarse. Con los vencidos y prisioneros se muestra benevolente, aunque permite cobrarse las piezas de guerra con las “cabezas cortadas” –aunque fue más factible y usual cortar orejas o nariz– de los musulmanes, así como no tener piedad con los feroces morabíes, ascetas versados en la ley coránica y el derecho malikí que vivían comunitariamente en rábidas o fortalezas estratégicamente situadas en las fronteras, practicaban la *yihad* y eran muy violentos: y, por tanto, muy diferentes al conjunto de los musulmanes andalusíes. En las obras medievales castellanas (Rodríguez García 2008: 349-395), el descabezamiento o decapitación se hace sobre personas vivas (en batalla o como pena capital, ésta preferida por los nobles, más digna que el ahorcamiento) o sobre cadáveres tras la cabalgada o batalla. Los fueros de la frontera castellana legislan el pago por la entrega de cabezas musulmanas tras una cabalgada, cuyos portadores las cuelgan en los arzones, aunque se paga más por los enemigos vivos. Además, está el problema de la

conservación (en sal) de la cabeza para transportarla. Los romances fronterizos tardíos refieren a la decapitación del cadáver de un jefe musulmán o cristiano, o de un renegado, como símbolo de victoria o medida ejemplarizante. Si bien, cortar cabezas fue más común en el mundo islámico que en el castellano-leonés, como tampoco fue frecuente la decapitación con un golpe de espada. En este sentido, los tajos del cuello que en las batallas protagonizan héroes épicos, como el Cid, fueron excepcionales por la mejor protección de la cabeza del caballero. Según el CMC, Rodrigo no es partidario de cortar las cabezas a los que quedan vivos tras la conquista de una población, pues son más útiles sirviéndose de ellos y de sus bienes. En la novela se distingue bien a estos temibles grupos armados de morabíes (*al-murabitun* u hombres del ribat) que recuerdan, por su radical ortodoxia, a los almorávides norteafricanos que llegaron a la península en 1086. No hay saña en el comportamiento del Sidi revertiano, pero hay tarifas que se aplican al cuerpo de quien se salte las normas: horca, amputación de manos, etc. En sus relaciones con sus superiores, Sidi sabe estar a la altura, con sus adversarios y enemigos, igualmente. Aunque la venganza se sirve en plato frío y reprime su ira esperando la ocasión.

PR es un cronista moderno, un juglar que narra musicalmente y difunde su narrativa *orbi et orbe*, que retoma, a su distintiva manera, un personaje de la materia épica medieval con los mimbres literarios del siglo XXI, pues la crónica o relato en prosa fue el género característico medieval que la narrativa revertiana ostenta, de nuevo, con este retorno a “lo biográfico”. El escritor, un juglar de batallas, continúa el legado literario y construye su propio *Sidi*, imaginado desde los documentos histórico-literarios más antiguos que relatan y recogen la biografía cidiana: los cantares, los romances populares, la literatura más cercana al personaje y las leyendas difundidas acerca del hombre convertido en vida en un mito, en una leyenda viva. El resultado: un arquetipo militar de la

frontera con su particular especificidad, nacida de la imaginación revertiana y de su narrativa inconfundible. PR utiliza lo que quiere de las fuentes primarias (HR, CC, CMC) y, como en ellas, mezcla y selecciona la realidad histórica y algunos hechos legendarios que modifica a su estilo: la jura de Santa Gadea, la leyenda de la niña de Covarrubias, la leyenda del engaño a los judíos. Su *Sidi* renace y se superpone a las fuentes histórico-literarias del Medievo, sometidas a la minuciosa crítica de los especialistas referidos. PR, novelista-historiador e historiador-novelista, escritor e intelectual de una España azarosa, se ha documentado profusamente en las fuentes y en la historiografía moderna acerca del personaje, la geopolítica y geo-poética de la época. Un navegante del pasado y del presente que avisa con su faro literario.

Héroe del Cantar, PR presenta y prosifica *Sidi* como lo que pudo ser: un hombre valiente, un guerrero de la frontera construido con la imaginación literaria y conocimiento histórico de un buen escritor. Desde la percepción obtenida de las diferentes fuentes medievales, algunas tardías y todas ni coincidentes ni cien por cien fiables, se novela y rearma sidianamente al personaje. El objetivo de las fuentes comentadas fue primordialmente literario, como ha sido el del novelista. La novela parte de los años del primer destierro de Ruy: unos pocos pero esenciales años que la curiosidad lectora indaga a través de los garbancitos con que se siembra el relato. Lo significativo es que se comprende su vida, concentrada en la actividad militar del personaje rodeado de sus hombres, en un mundo contrastado culturalmente, violento, con relaciones políticas complejas, con actores políticos reales que existieron al lado y en contra del protagonista, según las móviles circunstancias. El Sidi revertiano es un *homo sapiens* (pensante y que recuerda), un *homo faber* (que trabaja en la guerra) y un *homo loquens* (que habla y dialoga). “Quizá su mejor personaje”, según señaló Juan Gómez Jurado, el personaje de una novela “escueta,

vibrante y redonda como el mejor western de John Ford”. Un “western” antes del western en otra frontera y de otro tiempo.

La novela comienza hacia 1080-1081, cuando Rodrigo es desterrado por vez primera por Alfonso VI, tras haber estado a su servicio recaudando parias en Toledo: “*que a uno que dizien mio Cid Ruy Díaz de Bivar airólo el rey Alfonso, de tierra echado lo ha*” (El CMC funde en uno los dos destierros del Cid. CMC 1998: 139). Y para sobrevivir ha de ganarse la vida con su oficio de mercenario autónomo. Reúne con él a un grupo de hombres para realizar cabalgadas en la frontera o en réplica a las razias musulmanas emprendidas y protagonizadas en la novela por morabíes crueles y primitivos, que recuerdan a los almorávides que llegaron en 1086 a la Península, fuera del tiempo narrativo. Ruy, “apátrida”, oferta su actividad militar y busca quien le contrate con su tropa, alguna muy experimentada y otra con soldados aún por hacer o a medio hacer. Ajustándose el novelista a la parte histórica, presenta a Sidi al servicio del rey de la taifa de Zaragoza, Mutamán, conocedor de su experiencia en la guerra y lo contrata para luchar contra su hermano el soberano de la taifa de Lérida, aliado con el monarca de Aragón y el conde de Barcelona, a quienes derrotó en las batallas de Almenar (1082) y Tévar (1090), resumidas ambas por PR en la primera.

Solo una parte de la vida de Rodrigo Díaz es la que explica literariamente PR, la de un *Sidi* maduro de unos 34-35 años, en la que probablemente fue su época más libre y feliz. Se descubre, como toda novela, que tiene algo de autobiográfico, cierto paralelismo vital entre creador y personaje. La experiencia “bélica” del autor se plasma en su obra, porque, como es sabido, hacia la edad de su personaje, PR fue reportero de guerra, aventurero profesional que antepuso el oficio a la cómoda vida familiar. La narración finaliza con la inflexión de la vida del Ruy que, sin desvelarse, se encamina hacia la conquista de Levante y final toma de Valencia, cuando se convirtió en un príncipe territorial, en el señor de un territorio resistente al poder almorávide. Etapa ausente en el relato que mostraría una cara

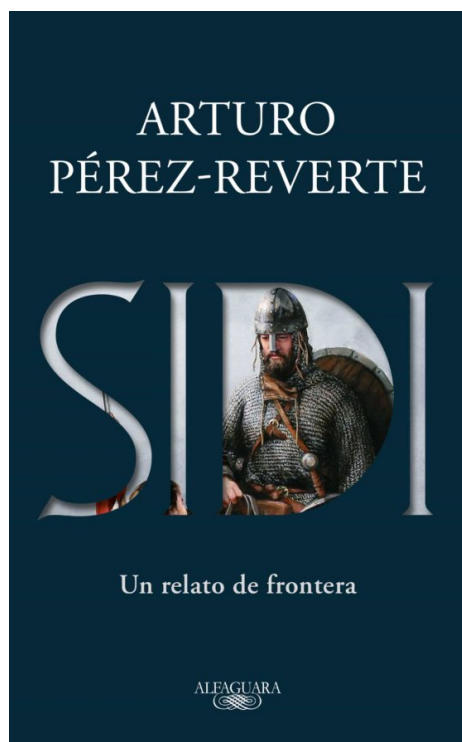
bien distinta de Rodrigo, casi regio, codicioso, ambicioso, autónomo y cruel. Imagen plasmada en las fuentes árabes que muestran la visión de un temido enemigo. Una cara que al escritor no le ha interesado.

La personalidad construida por PR para Sidi forma parte de una realidad obtenida de las fuentes medievales comentadas, que la prosificación literaria revertiana eclipsa con originalidad actualizada. *Sidi* presenta, y va desgranando, a un hombre leal a Mutamán, pero, primero y ante todo, a Alfonso VI; aguerrido y fuerte en su oficio; honrado y honesto en su comportamiento personal y de líder de una hueste; introvertido en sus sentimientos; racional aun con ciertas supersticiones propias de su mundo; irritable ante la injusticia; impasible ante el contrario; instintivo en la acción bélica; comedido en sus emociones; paciente a la espera de acontecimientos; valeroso en la lid; belicoso ante el enemigo; natural y seguro en sus actuaciones; sencillo en su vida militar; respetuoso con sus superiores; burlón con sus hombres; airado ante el comportamiento altivo del conde de Barcelona; frío en la toma de decisiones estratégicas para la batalla; irónico en su lenguaje; melancólico por la ausencia de sus hijas y esposa; prudente ante el peligro de la guerra; galante en el trato con Raxida; brillante en la estrategia militar; viril como guerrero; con gran sentido del honor, que lleva a gala en su ganada reputación, y del humor que caracteriza siempre sus diálogos, por trascendentes que sean los asuntos que trate. Siempre es solidario con sus hombres, a quienes protege y orienta, y se muestra justo en la aplicación de los códigos morales de la guerra, cuya disciplina es expeditiva y sumarásima en campaña. Sobrio en palabras, su gestualidad muestra desprecio y animosidad con los contrarios. Se mantiene tenaz ante la adversidad y confía en su buena suerte y en la Providencia. Es coherente en su comportamiento y reservado en sus pensamientos. Cauteloso ante su señor musulmán; diestro con la espada; desesperado y dubitativo ante el desarrollo de

acontecimientos militares; furioso por la inhumanidad de los morabíes; modesto ante los triunfos, pero orgulloso cuando los recuerda; fiel a sus afectos (Minaya, Jimena, sus hijas); reflexivo ante la actuación guerrera y disciplinado para acometer la batalla, si bien “resiliente” y optimista: “El modo más seguro de perder una batalla, pensaba, era creerla perdida” (p. 326). Cansado tras el esfuerzo bélico, es también clemente y generoso con los prisioneros. Destila nostalgia de sus recuerdos juveniles; astucia para la venganza; precaución ante la disposición del contrario; diplomacia para negociar antes que ser derrotado en el campo de batalla (p. 271). Libre e independiente, tras conseguir la victoria, no acepta el ofrecimiento de Mutamán de seguir como mercenario para ampliar la taifa de Zaragoza con las tierras de Levante (p. 351). Estoico, acepta las consecuencias de su oficio; vulnerable, como mortal que es, tiene miedo antes de la batalla y, de carne y hueso, es herido en la lid (p. 254), al igual que en el *Cantar* (1998: 208). Tolerante con los distintos, siempre que no sean enemigos; posibilista y moderado piensa en los pros y contras antes del combate, y se resigna, aun confiando en su buena suerte, sin fatalismo, aunque mantiene siempre un optimismo vitalista que lo hace dinámico ante la adversidad. Honesto, contenido y luchador, fuerte y capaz, prudente y reflexivo, irónico y socarrón, entretenido y trepidante, sagaz y astuto, leal y osado, valiente y solidario, cortés y galante, buen padre y marido, fiel amigo, religioso y supersticioso, estoico y escéptico, paciente e irritable, con muestras de cólera o desagrado se acompañan las acciones de este líder militar. Actitudes que, reflejo de su compleja personalidad, se refrendan con hechos en el relato. Se podrán algunos otros ejemplos explicativos de los rasgos personales del hombre y del guerrero que muestran la identidad de Sidi y de cómo es sabedor de la mente y el corazón de sus adversarios y conmlitones, su sentido del deber y de la amistad (amigo leal de Minaya), de la exclusión de privilegios pese a ser

el jefe de la milicia y seguro del lugar que le corresponde ante los suyos y los “otros” (rey, conde, alcaide, jefe de hueste), vengativo sin crueldad, admirador de la cultura y la belleza, seducido por el atrevimiento femenino, preocupado de su familia, sexualmente contenido, comprometido con su oficio en la lid. Buena gente, se diría, pero, ante todo, un guerrero de honor que, insaciable y con dotes de mando, intimida al enemigo. Matices psicológicos y cualidades personales combinados con comportamientos contundentes y multitud de sentimientos de amistad, protección, lealtad, odio, celos, envidia y tantos otros que afloran junto a y en los personajes que lo rodean, tan bien perfilados en la novela. Simples gestos, parcas palabras y puntuales actos alejan la obra de ser una biografía novelada, porque encierra la cosmogonía de mundo cidiano-sidiano medieval y contemporáneo. Sidi tiene vínculos jerárquicos, personales y emocionales con sus hombres, aliados de un fuerte compañerismo a pesar de las diferencias de edad y condición vital. Hombres sidianos que admiran y acatan la autoridad incontestable del jefe de una mesnada mercenaria medieval. El personaje tiene a su alcance los objetos de la cultura material y lingüística de la época. Responde con justeza y sentimiento —que apenas deja aflorar ante los demás— a las vivencias que se narran. Un relato psicológico emocionante entretejido con hierros diversos y acicates humanos que ahondan sobre el esqueleto bien armado del personaje. Un esqueleto donde se suelen quedar los historiadores al aunar e interpretar los fríos datos extraídos de la información documental y que embalsama la literatura revertiana. Las emociones, colectivas o personales, no son fáciles de captar en las historias académicas o en los testimonios arqueológicos y restos de la cultura material, más racionales y razonados, mientras que en el caso de este novelista bien documentado los aprehende y coloca literariamente en cada renglón de cada página de las 369 (1ª ed.) de su obra, excluidas las dos páginas de agradecimientos.

Es la lectura emocional la que resulta más interesante, abiertamente expresada con justeza de palabras y explícita



a través de los trazos sensoriales que el propio autor crea para caracterizar la identidad de su personaje y pensarlo históricamente. PR puede sentirlo al ponerse en la piel, el corazón y cabeza de Rodrigo y trasladarse con él a su tiempo de frontera. El escritor, autodefinido como contador de historias, arma la visión literaria con la historia anímica que habita al militar Ruy Díaz. Un léxico emocional que dota de gran carga afectiva a los

personajes con sentimientos humanos básicos y comunes: alegría, burla, nostalgia, ira, preocupación, desprecio, desconfianza, temor, venganza, valor, aceptación, aventura, admiración y superación. Sus acciones implican estados emocionales activos, prototipos que, a través de gestos potentes y escuetas palabras, precisan la emoción debida ante cada situación establecida en el relato. No hay necesidad de que se verbalicen demasiado ni se desarrollen con circunloquios las escenas, sino que brevemente se resuelven contundentes con algún gesto significativo o rotundo adjetivo y frase breve que concentran el significado emotivo de la acción. Equilibrado desarrollo narrativo que suple el lenguaje ilustrado y emocional

del creador que cree y siente la historia de su personaje, como si se fundiera en él para engendrarlo y luego liberarlo de su cordón umbilical para el lector, porque el Cid ya “no le pertenece” al ser de dominio público y éste se lo apropia y valora. La inaudible voz de su progenitor toma en tercera persona la voz directa, libre y humorística del propio Ruy Díaz. Voz siempre irónica, socarrona, incrédula o amarga en los labios de Sidi. Un personaje que alcanza al lector de manera sentida, verista y emotiva. Se comprende a ese Sidi remodelado y revivificado, libre y empático, aquilatado y ponderado. *Sidi* concentra la acción de unos seis años de la vida de Ruy en cuatro escenas efectistas que ahorman a un hombre de su tiempo, de materia y con espíritu, precedido por su fama belicosa y triunfadora y al que la historia reservó un lugar privilegiado entre los grandes, aunque otros le consideraran un vil mercenario, codicioso aventurero de la guerra, egoísta y cruel o simplemente un bandido sin patria que humillaba a cristianos y musulmanes. Y a pesar de ello, la imagen resultante del valiente Ludriq que se contiene en las fuentes árabes no oculta su arrojo y valor incólumes. El temor que su presencia inspira es la de un hombre fuerte ahornado de acero: un arquetipo de militar de la frontera, luchador y vencedor. Sidi representa la alteridad, el enemigo en el espejo musulmán. Alguna historiografía lo tachó de filo-musulmán, porque admiraba, por comparación, la superior cultura andalusí. Pero el personaje revertiano es consecuente con su credo y las prácticas asimiladas: ora cada mañana y cada noche y, antes de entrar en lid, besa el crucifijo y reza el padrenuestro (p. 297). La tolerancia y el respeto hacia creyentes de otra fe, en este caso la islámica, le permite además unirse a ella en mor del mismo objetivo, la victoria en la batalla contra el enemigo común. Y para demostrar su respeto y obtener la confianza de Yaqub, jefe de la hueste zaragozana, invocan juntos a Alá y su Profeta, porque, a fin de cuentas, qué más da el nombre de la Providencia: “Rezamos al mismo Dios, que es uno solo” (p. 190). El respeto al diferente lo impone Sidi a sus hombres cuando, al llegar a

Zaragoza, advierte que cualquier indisciplina e inadecuado comportamiento tendría sus correspondientes consecuencias: latigazos, corte de la lengua (por insultos), amputación de manos más horca (por asesinato) y desollamiento (por la violación a una mujer) (p. 159). Si bien cristiano, Sidi no mide a sus hombres por la fe a la que pertenezcan, sino por las cualidades que se esperan de un profesional de la guerra. Porque los hombres se igualan por el valor no por el credo: “De religión distinta, pero hijos de la misma espada y la misma tierra” (p. 350). Un personaje que, al contrario que reflejan las fuentes árabes, se le consagra en las cristianas como espejo de caballeros y guerrero incansable e invicto: un leal y fiel vasallo de un señor soberano ingrato. Visiones enconadas que arriman el ascua a cada bandera ideológica.

El Sidi revertiano que nace de la pluma del literato pudo ser todo lo que otros quisieron que fuera, pero PR conforma su propio Sidi con la esencia histórica de un personaje y con él forja un nuevo modelo adaptado a este milenio. Con *Sidi* se disfruta y aprehende un mundo lejano encerrado en la aventura de una guerra que conjuga tradición histórica con innovación literaria: una particular novela de caballería del siglo XXI. El *Sidi* revertiano se inspira parcialmente en el perfil histórico-literario de la HR y del CMC (CMC 1998 16-19), y tampoco lo presenta como un héroe épico sobrenatural, divino o santo que realiza proezas o acciones imposibles y providenciales, sino como un ejemplar militar a tener en cuenta. Un modelo de guerrero humanizado revertianamente: fiel a su palabra, no se deja comprar por el enemigo Mundir; siente miedo ante la incertidumbre de la batalla, piensa en la muerte y la posible viudedad y orfandad de su esposa e hijas. Y vulnerable como mortal que se sabe, es herido en la guerra revertiana por la saeta de una ballesta (p. 318). Teme morir, le angustia la incertidumbre y siente la inquietud antes de la batalla, que libra su subconsciente en forma de pesadilla nocturna (p. 295).

Desde una óptica integradora de historia y literatura se extraen los fenómenos sensitivos y las experiencias sensoriales y emocionales que con enorme plasticidad se registran en *Sidi*. Vivir el mundo sidiano de la guerra a través de los cinco sentidos: vista, oído, gusto, olfato y tacto que materializan la conducta, la acción y los códigos éticos y comportamientos sociales establecidos. El mundo sidiano contiene usos militares, políticos, sociales, lingüísticos, indumentarios y religiosos, traducidos en expresiones verbales y gestuales humanizadas que ilustran realmente una parte del pasado histórico del protagonista y de sus hombres. Son estados anímicos y emociones sensoriales los que otorgan una identidad a Ruy Díaz y a la novela un nombre propio en la historia de la literatura contemporánea. Es la condición humana, recordando a H. Arendt, resultante de la corporeidad narrativa y del reconocimiento desprejuiciado del otro lo que se proyecta en el Sidi literario hecho hombre. Sidi conoce y comprende al hombre, al contrario, y ese conocimiento humano le permite ser tolerante, como le dirá Mutamán, y adaptarse con facilidad a las circunstancias que le toquen: “Puedes mirar el mundo como un cristiano o un musulmán” (p. 354).

El Sidi que arranca el relato revertiano está en plena madurez y muy experimentado en la guerra: “Picados de viruela en la piel curtida” (p. 20), una enfermedad mortífera que los españoles trasladaron al nuevo mundo americano. Reitértese que es el tiempo de su primer destierro, entre finales de 1080-principios de 1081, y Rodrigo está apesadumbrado por su obligada salida de Castilla: “Apenas hemos hablado desde que salimos de Burgos” (p. 20), le dice su hombre de confianza Alvar Fáñez, un pariente a quien Ruy llamaba “Minaya” (mi hermano). El Sidi revertiano muestra su orgullo y soberbia ante la injusticia del destierro: “me desterraréis por un año yo me destierro por dos” (p. 56), que el escritor ajusta a la realidad histórica, pues el CMC no precisa la duración y el romance popular lo amplía a cuatro años. Pese a la injusticia sufrida,

la lealtad revertiana de Ruy a Alfonso VI es incólume y la expresa reiteradamente: “Nunca guerrearé contra Alfonso VI.... Es mi señor natural” (pp. 147 y 263). El destierro lo obliga a luchar por su cuenta como mercenario, pero su código moral le impide hacerlo contra el monarca ni sus aliados, aunque la costumbre feudal lo permitiera. Ruy, desterrado, busca señor a quien servir militarmente y se dirige al conde de Barcelona a ofrecerle “una hueste sin señor” (p. 121), referida a la milicia mercenaria que había congregado bajo su jefatura. La conciencia de lealtad interiorizada hacia Alfonso, su señor natural y del territorio castellano donde había nacido, le impide servir al conde: “no contra mi rey” (p. 125), que pone así a prueba su fidelidad. Si Ruy combatiese contra el rey castellano se consideraría a sí mismo desleal, traidor a su patria y mancillaría su ganada reputación: “Mi nombre es el único patrimonio que tengo” (p. 123). Humillado y despreciado por el altanero barcelonés, se aleja el noble castellano contenido y templado, pero aguardando paciente el momento de la venganza. Y se la cobrará en el campo de batalla...

Un Sidi caracterizado por uno de sus rasgos físicos: la barba. Sin embargo, su rostro PR no lo muestra, quizá para que el lector se lo ponga o se fije en el atractivo hombre que pinta Dalmau-Ferrer. Más allá de la moda del momento de hombres barbados, como ahora los jóvenes, la barba entonces era el símbolo de la correspondencia existente entre la cualidad material y el significado que representa: la virilidad, la honra y el honor, la sabiduría, el respeto, el conocimiento y la experiencia. En el CMC Rodrigo decide no recortarse la barba hasta su reconciliación con Alfonso VI. No obstante, también se interpreta la longitud de la barba en correspondiente medida del crecimiento de su honra (CID 2001: 14). A Sidi le siguen unos hombres dispuestos a ganarse la vida en la guerra y forman un reducido y atractivo grupo, de contrastada psicología, que admira al jefe (p. 57), sobre todo los más jóvenes, quienes lo consideran una leyenda viva y se sienten

orgullosos de unirse a él (p. 85). Entre ellos se forja un fuerte vínculo de solidaridad que implica la defensa mutua, ejemplarizada en un líder protector sin más privilegio que dirigir la hueste y ser consciente de la función que tiene en ella cada uno de sus hombres. Sabedor de que la unión es necesaria para el triunfo. Son los hombres de un líder militar responsable y justo que reparte como corresponde el botín de guerra (p. 84). Sus hombres lo respetan y no cuestionan sus decisiones. Ruy las medita y comparte con su hombre de confianza o con su señor musulmán. Pero quien paga, manda.

ego ru de m co

Firma latina de Rodrigo Díaz en 1094

El descreimiento irónico que expresa Sidi ante la idea providencialista de la victoria es otra caracterización del personaje: “Siempre se le puede echar una mano a Dios” (p. 77). Cierta incredulidad y frustración ante los designios divinos salpican el relato sidiano: como cuando contesta al fraile Millán que acompaña su hueste que el Dios cristiano no distingue e iguala con la muerte a cristianos y musulmanes, o cuando comenta que la Providencia solía ayudar a quien mayor ejército reuniera (pp. 42 y 259). La aplicación de la razón al dogma religioso y las consecuentes dudas y atisbos de agnosticismo, las expresa Ruy con locuaz ironía irreverente que, por el contrario, no se corresponden con la práctica de una interiorizada conducta cristiana y el respeto al teocentrismo que rige el mundo medieval: lleva crucifijo al cuello (p. 58), reza el padrenuestro y el avemaría, se santigua antes de la batalla, se prepara para morir cristianamente o triunfar (p. 85) y no reparte los objetos litúrgicos como botín (p. 92). La duda racional, sidiana, ante los designios divinos también aflora en momentos concretos.



La despedida, del pintor de batallas Augusto Ferrer-Dalmau (Barcelona, 1964). Pintura histórica realizada expresamente para ilustrar la portada de Sidi

Siempre irónico, Sidi hace gala de un humor inteligente y socarrón (como lo perfila el autor de *Cantar*), valiente y esforzado sin denuedo, solitario y parco en palabras, pero elocuente con la distinguida espada que orna su reconocido currículum militar. El lema sidiano es ser odiado pero temido, como lleva inscrito en su escudo: “*Oderint dum metuant*” (p. 308). Rodrigo es un afortunado triunfador en la guerra por su pericia en la estrategia y su prevención en la táctica militar. Ayudado siempre por su discreción y moderación, controla sus repentinos impulsos y pasiones efímeras. Cuida su imagen de líder invulnerable ante sus hombres y refrena su conducta ante quienes sirve. El Sidi revertiano no es en absoluto un amoral,

sino un profesional que sigue las reglas de su oficio como jefe militar y obra en consecuencia y consciente de ello en cada circunstancia: el honor es su divisa. Un Sidi compasivo que permite que el moro enemigo beba agua antes de ordenar que le corten la cabeza (p. 70); benevolente con los musulmanes apresados, a quienes perdona la vida (p. 114) y, éstos, agradecidos y admirados, lo aclaman *Sidi* (p. 115): clave que sostiene la novela, como se ha insistido.

Ruy, antes de guerrear o cuando baja del caballo, asoma el recuerdo nostálgico, preocupado y tierno de padre y marido amoroso, cuya esposa e hijas quedaron bien albergadas en el monasterio burgalés de San Pedro de Cardena, como detalla el CMC (1991: 118-120). Como hombre, le asalta el deseo voluptuoso del rotundo y blanco cuerpo de Jimena. Añora su belleza serena y fría: “Los ojos grandes, almendrados, grises como la lluvia de las montañas de Asturias” (p. 131), pues Jimena era hija del conde de Oviedo. La dura vida militar hace que añore puntualmente el refugio cálido del hogar. Buen esposo al uso, reprime virilmente sus expresiones de afecto. Sin salirse del guion acostumbrado, dicta una carta protocolaria a Jimena de manos de fray Millán, capellán, secretario y cartógrafo de la milicia sidiana. Este personaje cuya onomástica refiere al monasterio de San Millán de la Cogolla (La Rioja) –fundado por el santo Millán en el siglo VI– y también a un anónimo monje de ese centro a quien se le atribuyó la autoría de alguna de las fuentes cidianas, es en la novela testigo y presumible escritor de la vida revertiana de Rodrigo, por lo que tiene cierto paralelismo con el anónimo clérigo mozárabe que pudo ser el autor, o el informador del anónimo autor de la HR (1999: 30). También el nombre del *fráter* se considera un homenaje al centro donde se escribieron las conocidas como “glosas emilianenses” que se consideraron las primeras palabras conservadas en romance castellano, aunque, en 2010, la RAE reconoció que el primer testimonio al respecto fue el conservado en el cartulario de Valpuesta

(Burgos). Tampoco Rodrigo se muestra sentimental cuando despacha cartas a su esposa y al rey por si muriera en la batalla de Almenar, sino que se expresa con cortesía formal, como se espera públicamente de un viril guerrero. Sí se manifiesta insolente y desafiante ante el enemigo, sabedor de su fuerza militar. A Sidi le adorna cierta preparación cultural en una época cristiana aplastantemente iletrada: “sabía un poco de retórica, algo de latín, historia y cuentas” (p. 81). Educado y cortés reconoce con humildad sus deficiencias culturales frente al instruido soberano de la taifa zaragozana, Mutamán (p. 154) –admirador de “al Tortos” (p. 145)¹⁵– y ante su ficticia hermana, la sabia y atractiva Raxida. Algunas fuentes apuntan a que Rodrigo no sabía escribir, tan solo firmar.

En su soledad, Ruy evoca el origen de su vida matrimonial cuando, tras cometer el legendario asesinato del conde que habría sido su suegro, Jimena le acepta como esposo: “Hombre te quité, pero hombre te di” (pp. 78-79). Y como hombre es vulnerable y sucumbe a las veleidades amorosas de la seductora y culta viuda Raxida revertiana, hermana de Mutamán. Raxida, “la belleza mestiza, madura y serena” (p.161), bien pudo ser el modelo de señora de la taifa de Zaragoza, como el que representa la esposa de un visir y alcaide de Rueda, fiel a la dinastía hudí. Esta dama anónima fallecía el 19 de julio de 1105, cuya excepcional lápida funeraria se halló en noviembre de 2019 en Rueda de Talón (Zaragoza) (Barceló 2021: 5-19). Un punto romántico que trasciende la monolítica figura del militar, pero que no da acceso a la placentera alcoba de la liberal viuda. En la finca palatina de Raxida, como en la vida palaciega de la Aljafería (salón con columnas, arcos de herradura, yeserías policromadas, cojines de cuero, copas de vidrio) se describe la exquisita vida de lujo

¹⁵ Abu Bard o Abubéquer (1059-1127) fue un reputado filósofo, coetáneo del taifa de Zaragoza, que, como su *nisba* indica, nació en Tortosa. Su obra más conocida es *Lámpara de los Príncipes*, de contenido político-moral que servía de guía a los reyes andalusíes.

y la exuberancia artística tan en contraste con la ruda y bárbara vida de los cristianos peninsulares. Sensible escena de galantería que es un necesario respiro y halo de novedad, sensualidad y romanticismo de la vida revertiana de Ruy, seducido, tras un relajante masaje, por la inteligente y atractiva hudí (pp. 141, 151, 160-165, 209 y 214), mientras que en la película de A. Mann se infunde el amor por Jimena y se atisba la atracción de la mora (Sara Montiel) hacia el Cid. En el mundo de hombres que era la guerra es lógico que los personajes femeninos no tengan protagonismo. Empero, junto a la leyendaria y dispuesta “niña de Covarrubias”, PR introduce imaginariamente en un paréntesis narrativo-temático las vísperas del gozo entre un fornido y viril cristiano y una mujer de la élite hudí con ascendencia cristiana, relajada en sus costumbres, refinada y con una libertad de la que carecieron (y aún carecen por la tradición de la *sharía* o ley islámica) la inmensa mayoría de las mujeres musulmanas, recluidas en el gineceo o en las celosías de la morada, salvo la válvula de escape que tenían en el *hamman* o baño, la mezquita y el zoco. Ataviada como correspondía a la manera andalusí de sedosa elegancia, construye PR una impactante Raxida: sin el rostro velado, descubierto y trenzado el cabello negro, con fina túnica de seda ajustada por un ceñidor de perlas, aros en manos y pies y uñas pintadas de rojo con alheña. Pudiera sorprender que la fisionomía de la bella tenga ojos verdes y piel más clara que la de una “mora” (p. 151), pero es la consecuencia de la unión de madre cristiana y padre musulmán, tan frecuente entre la cúspide política que se cruzaba genéticamente con la élite cristiana o se podía permitir la poligamia y un harén combinado con mujeres de toda procedencia: en él las esclavas cristianas eran reconocidas por algunas virtudes específicas. El almotacén malagueño de finales del siglo XII, al-Saqati, las sopesaba y consideró que las *rumiyyas* (romías o cristianas) eran las más recomendables para el cuidado del dinero y la despesa (Chalmeta 1967-68). El personaje femenino sidiano es muy

acertado porque refleja el gran contraste cultural entre la sensualidad de Raxida, la amante cercana por unas horas, y la recatada belleza de Jimena, tan lejana y de tan distinta personalidad. Podría aplicarse a esta escena los versos del poeta cordobés del siglo XI que reflexionó tanto sobre el amor y los amantes:

*“Antes que la viese nunca la encontré para conocerla,
y el momento en que la vi fue nuestro último encuentro”*

(Ibn Hazm, *El collar de la paloma*)

La insuficiente formación intelectual de Sidi no le impiden, al contrario, admirar la riqueza cultural del mundo andalusí, que tan bien conoce y que la historiografía califica como lo que fue: un hombre cristiano, aun arabizado por el conocimiento y la vivencia en tierra mora, que participó de la confluencia de fronteras culturales permeables. Sidi entiende y habla algo de dialecto árabe o romance andalusí, conoce las costumbres religiosas, la historia, tradiciones y conductas musulmanas, tal como salpica el novelista en el relato. Sabe de Fátima, hija del profeta Mahoma; de Almanzor, el victorioso guerrero que reclutó milicia bereber para el califa cordobés omeya; de la poligamia; del tabú del cerdo; de contenidos coránicos; de la prohibición de consumo de vino que no se respetaba; de la unión sexual de esclavas cristianas con musulmanes; de la relajación moral de los soberanos de taifas; del desprecio compartido con los andalusíes hacia los morabíes y almorávides yihadistas, “mártires” que morían para saborear a las rubias y blancas huríes del paraíso: “las putas que les tiene reservadas Mahoma” (p. 83); “Está esa gente del norte de África... a medio civilizar, rigurosa e intolerante...” (p. 146-7). El conocimiento del “otro”, de una sociedad tan distinta a la cristiana, resultaba exótico y atrayente, incomprensible y apetecible, porque la religión islámica permitía tener hasta cuatro mujeres frente a la rígida monogamia cristiana.

Al respecto y con guasa masculina, respondía Minaya a la pregunta de Sidi acerca de lo que haría si fuera moro (p. 44). Aun tolerante con el mundo andalusí, el Sidi militar desconfía de sus contrarios, fuesen musulmanes o cristianos: el gobernante de la taifa de Lérida, el conde de Barcelona y el rey aragonés (p. 130). Pero más aún de la imprevisibilidad de los primeros.

Refleja la novela la cosmovisión de la literatura cidiana que reproduce la cultura del símbolo aceptada universalmente en la época y que conectaba el mundo natural con augurios y presagios, positivos o negativos. Ese realismo mágico, contenido en las fuentes literarias, y que es la manifestación pagana de los dioses o de la voluntad divina trastocada, lo inserta el novelista en *Sidi*, quien interpreta los augurios del vuelo de las aves, la agitación de las alas de un búho o la dirección determinada de un águila como signos de buen o mal presagio antes de la batalla (pp. 88, 310 y 314). En el CMC (1998: 104) así se contemplan los augurios de las aves: “*A la salida de Bivar ovieron la corneja diestra e entrando en Burgos oviénrola siniestra*”. A la derecha, significaba buen presagio, y malo, a la izquierda. La mente sidiana no fantasea con animales imposibles como los de los bestiarios medievales: se ciñe a la fauna real que observa a modo de oráculo.

En *Sidi* la visión épica medieval del héroe patriótico y nacionalista pidaliano (“sello de raza”) se diluye en la del hombre revertiano humanizado. ¿Son ambos compatibles? ¿Un héroe y un antihéroe? Del ideal y modelo heroico medieval de Menéndez Pidal, azote de musulmanes y cristianos, admirado por todos y también odiado por algunos a quienes derrotó, se contempla en el Sidi de PR a un característico conocedor y afamado profesional de la guerra, bien humanizado pese a la aureola legendaria que mantuvo ya en vida. De la traza de personaje, pronto fruto de la épica legendaria medieval, se pasa, por contraste en la novela, a ese mismo personaje actualizado con la nueva espada revertiana

de doble hoja: con cuarto y mitad de historia y la otra más acerada de recreación literaria. Ruy Díaz se fue configurando como un fascinante personaje histórico-literario/literario-histórico, reconstruido y versionado desde el Medievo por poetas y juglares, cronistas y prosistas, historiadores, literatos y dramaturgos, directores de cine y de series televisivas, músicos, creadores de cómics, videojuegos y espectáculos teatralizados. Y en este sentido todo valdría en el “pos-posmodernismo” del nuevo milenio para conocer al personaje y a sus creadores, a la visión que en distintas versiones, géneros y soportes se ha transmitido con diferentes resultados. Sin embargo, no todo vale para PR, quien presenta un personaje reencarnado, fruto de la historia y de su leyenda, recompuesto con el racionalismo literario revertiano que lo hace atrayente y atractivo, real y creíble, de carne y hueso, con sus contradicciones, aventurero y hombre de honor. El relato revertiano es una visión personal y personalizada que desmonta con una narración directa al héroe endiosado. Y lo muestra, junto a su ganada fama militar, con pies de barro, con miedos, deseos, inquietudes, incertidumbres, recuerdos, percepciones, reflexiones y flaquezas. Por ello y pese a ello, Sidi, Ruy Díaz, representa la personificación del paradigma del hombre de frontera, bien tamizado por la humana mirada revertiana. Una frontera trampolín hacia la gloria literaria de antaño y de actualidad.

El novelista revela intencionadamente la faceta militar más humanizada de un personaje excepcional, en el sentido de que tuvo la autoridad natural y moral que resultaba necesaria para convertirse en un líder, en un noble que hizo de la guerra su supervivencia, y cuya actividad militar en la frontera, en uno y otro lado, junto a cristianos y musulmanes, fue su razón de ser, la que forjó su forma de vida y su personalidad. Y no es sólo un trozo de vida novelada del protagonista principal lo que encierra *Sidi*, sino toda una pléyade de personajes “secundarios” junto a él, quienes permiten componer un cuadro-puzzle alrededor de un humanizado Ruy, “el Señor” por

excelencia. A través del conjunto de personajes, con nombres reales algunos, se humaniza todo el relato en un mosaico perfectamente encajado y descrito sobre una certera y ajustada visión de esas teselas españolas del siglo XI tan contrastadas que se han comentado. En ellas vivió su propia vida Rodrigo, acompañado y contextualizado en los parámetros histórico-culturales, en el sistema de valores imperante de entonces y con los añadidos tan fiables del novelista del siglo XXI. PR, mantiene en su obra una serie de características definitorias de su literatura, que analiza Franchisema de Lezama (2020: 85-104). En la novela *Sidi* se mantienen algunas de ellas, pero con un lenguaje más depurado y, si es posible, más expresivo que, igualmente revaloriza “la novela popular y la mixtura con la culta”, donde “están presentes valores perdidos, entrañables personajes que, ajenos al hoy, mantienen códigos aún a costa de la propia vida”, se incurre en “la búsqueda de otros tiempos donde los valores eran posibles”, frases (pp. 85 y 90) que la autora toma, en ocasiones, de boca del propio PR.

Más concretamente, la acción de esta novela se sitúa hacia las décadas finales del siglo XI, cuando la política tributaria de parias establecida entre taifas musulmanas y reyes y condes cristianos se sustituía, aun de forma parcial, por una política de conquista territorial. Por parte de Castilla, Alfonso VI tomó la taifa de Toledo en 1085, cuya corte conocía desde que se exilió a ella durante la guerra mantenida con su hermano Sancho II. En el nordeste peninsular, los condados del Pirineo oriental se habían sometido a la soberanía feudal del conde de Barcelona Ramón Berenguer I (1035-1076), y a su muerte, sus dos hijos, posiblemente gemelos, Ramón Berenguer II, “Cabeza de Estopa”, en alusión al color rojizo de su pelo, y Berenguer Ramón II “el Fratricida” gobernaron conjuntamente y cobraban parias de la taifa de Lérida. A Berenguer Ramón II –el “don Remont” en el CMC y la novela (Berenguer Remont, p. 120)–, se describe en el relato con cabello rubio y barba rojiza, “pelirrojo”, que más

bien parece corresponder a su hermano Ramón Berenguer II, apodado por ello “Cabeza de Estopa”, quizá una licencia del escritor como anticipo del recuerdo fisonómico del hermano a quien dio muerte, presuntamente, para quedarse en solitario como *princeps* del condado de Barcelona. En 1082, Ramón Berenguer gobernó en su territorio barcelonés mientras el hermano “follón” se enfrentó, ese verano, con Ruy Díaz en Almenar. En la novela, aquél ya ha muerto asesinado por el hermano cainita (pp. 356 y 362). Sin embargo, Ramón (el verdadero “Cabeza de Estopa”) murió asesinado pocos meses después, en diciembre de 1082. Antes de que Ruy y el conde se enfrentaran militarmente en Almenar, habían contactado para que, con el patrocinio sidiano, el condado de Barcelona pudiese expandirse territorialmente a costa de las taifas del Valle del Ebro. Sin resultado. Asesinado “Cabeza de Estopa” en 1082, Berenguer Ramón II “el Fratricida” permaneció gobernando en solitario. Tanto el CMC (1998: 158) como la novela mencionan como rival del Campeador a don Remón, en referencia a Ramón Berenguer II, a quien posiblemente se confunda con su hermano Berenguer Ramón II, dada la similitud inversa de onomástica que se sucedía en el condado. En cualquier caso, el Cantar califica al conde de Barcelona de “follón”, de falta de heroísmo y de vida acomodada. Y así lo retrata PR, con sarcasmo.

El rey aragonés Sancho Ramírez conquistó Barbastro en 1064, aunque el rey de la taifa de Zaragoza la volvió a conquistar. Esta taifa se dividió, recuérdese, en dos: una, con capital en Zaragoza, y otra, en Lérida, sobre la que gobernaron respectivamente los hermanos al-Mutamán y Mundir, tras la muerte de su padre al-Muqtadir, el gobernante de taifas más longevo. En este contexto histórico vivió el castellano Ruy Díaz. Un noble exiliado al destierro por Alfonso VI y que antes fue el amigo y hombre de confianza en el ejército de Sancho II. El nuevo soberano pudo reunir los reinos de Castilla y León, pero Ruy Díaz se convirtió, desde entonces y para sobrevivir,

en un mercenario, cuya fuerza bélica y la de los hombres que le acompañaron puso al servicio de reyes cristianos y musulmanes, como el rey de la taifa de Zaragoza. Finalmente, terminado el *auxilium* militar, y aunque esto ya no se relata en la novela, conquistó Valencia con su propio ejército en 1094 y allí actuó con un gran poder autónomo y principesco hasta su muerte en 1099. Su viuda, Jimena, mantuvo en su nombre la ciudad hasta la entrada en ella de los almorávides, como se ha contado.

Una segunda parte de la vida de Ruy Díaz, el que el buen hora nació y cuyo hado mantuvo, es más conocida y se aleja del Sidi revertiano, la del hombre de frontera que el novelista ha preferido contar.

Género y estructura de *Sidi*

“Y sin por ventura los moros ven que de la primera espolonada no pueden desorganizar ni espantar a los cristianos, después se alejan en tropes, de modo que si los cristianos quisieran hacer espolonada contra unos, los otros les atacarán por la espalda y por el flanco... Y sobre todas las cosas del mundo, los cristianos deben guardase de dejar a ninguno de los suyos andar con ellos en un trabajo que ellos hacen de torna fuy”

(Don Juan Manuel, *Libro de los Estados*)

“La guerra era aquello, se dijo Ruy Díaz de nuevo: nueve partes de paciencia y una de coraje. Y más temple era necesario para lo primero que para lo segundo. Más fatigas daba el hambre”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

Si hubiera que clasificar *Sidi* en un género literario sería una novela histórica, del subgénero relato de aventuras guerreras, de acción bélica, que plasma la dura vida de un grupo de profesionales de la guerra comandados por Ruy Díaz en las Españas de finales del siglo XI, en los años que comenzó su primer destierro hacia finales del 1080 o principios del 1081, a una edad madura para entonces, entre 34 o 35 años, según se dijo. No es la novela un canto épico ni himnico a las hazañas de frontera, sino la visión histórico-literaria de la vida real (lenguaje, armadura, espacio físico, mentalidad y creencias) de una mesnada formada por personajes bien perfilados, física y psicológicamente, en torno a Sidi. Hombres juntos que se mueven en un corto tiempo, tan sólo unos años del sexenio de los ochenta del siglo XI, en un espacio real, geográfico y cultural (castellano, aragonés y catalán actualmente, cristiano y musulmán entonces), perfectamente descrito y reconocible, que el novelista conoce, y visitaría posiblemente como

acostumbra, para enmarcarlo en el paisaje que recorren sus personajes. Desde otra perspectiva, podría clasificarse *Sidi* como una obra de “literatura antropológica” que concita la memoria histórico-literaria de un personaje épico que liga el pasado medieval con el presente del tercer milenio, y cuyo autor novela, crea y divulga como parte del acervo cultural medieval más universal.

El planteamiento estructural de *Sidi* se configura en orden lineal en cuatro partes individualizadas, con título propio, que concretan la acción espacio-temporal. Cuatro historias sucesivas, bien diferenciadas e interrelacionadas que conforman el concepto unitario y la materialidad del relato. La corporeidad narrativa y expresiva de las cuatro estampas bien diferenciadas que componen la novela, se decoran sin trampantojo y con referencias, pensamientos, recuerdos que incitan al lector a completar o conocer. El estilo sidiano da cabida a acciones pretéritas, sonidos, imágenes, lugares, paisajes, gestos simbólicos, breves textos, sugerencias, personajes históricos y literarios, hablas, rezos, escritos, cantos de mundos complejos, conectados y entrecruzados con un lenguaje híbrido, políglota, de voces medievales, de jarchas narrativas y personas en contraste y en contacto que PR resucita, descifra y ayuda a comprender. Por todo ello, por el estilo narrativo, se considera *Sidi* una novela “cultista” por su narrativa pero que, aun de cierto culto revertiano, agrega gran gusto popular por el personaje y lo adorna de un lenguaje de expresiones y vocablos arcaizantes, con palabras romanceadas castellanas, árabes, algunas catalanas y latines de la época. Un lenguaje que en principio puede resultar desconocido para parte de los lectores, aunque se comprende por la habilidad narrativa del novelista para traducir su significado. La aleación de la capacidad expresiva del autor y el realismo historicista de la novela dotan a ésta de autenticidad y originalidad en su género.

La comparativa de la novela con el CMC destila alguna convergencia, pese a la gran disimilitud conceptual: algunos temas del folclore tradicional cantados en el poema se transmutan en la prosa revertiana con matices originales, tal que el engaño a los judíos a quienes le intercambiaron un arca repleta de arena por un préstamo dinerario, o la injusta decisión del monarca Alfonso VI del destierro del Cid por los malos consejos de sus magnates, o la legendaria niña de Covarrubias. Significativa es la teatralización de hechos dramáticos o humorísticos mediante diálogos. Y el hieratismo del cantor del poema es comparable y contrastable con los jugosos y cortos diálogos revertianos y con la ausencia de la voz directa del narrador-novelista, que cuenta en tercera persona a través de los “yos” individuales de sus personajes que conforman una narración coral. *Sidi* es un texto aparentemente sencillo por su neorrealismo y la doble estructura diacrónica lineal con remembranzas de *flashback* que circula la acción pasada y presente del personaje. La organización del relato a través de la memoria sidiana retrocede en el tiempo y encaja el presente narrativo dando pasos hacia atrás para guiar al lector hacia adelante, a la vivencia de Ruy Díaz en cada escena. Una novela persuasiva porque conjuga la complejidad culta, poética y sensible de su composición, como la de los cantares de gesta, con el aderezo popular de lo narrado, como los romances, mediante técnicas literarias que dan plena y real presencia a una figura histórica que, en modo alguno, resulta anacrónica, sino trasladada a la contemporaneidad comprensiva lectora desde una mente medieval reencarnada en revertiana.

Las descripciones (precisas y cartografiadas) y los diálogos (breves, ágiles humorísticos y conmovedores) se alternan y dan amenidad y credibilidad a la narrativa expresionista de toda la novela, cuya esencia es el dramatismo de la guerra, contada directamente en varios tiempos y voces verbales. La contextualización de los personajes se incardina

en el ambiente de una época medieval que el autor indica con sobradas pistas, bien porque presupone que el lector sabe; bien porque, como los poetas de la época que cantaron al Cid, las fechas no importan; bien porque prefiere que el lector indague en la historia; bien porque el tiempo cronológico no es necesario al ser un artificio del historiador que el novelista sustituye con cualificada información histórico-literaria. Lo que realmente importa al literato es comprender una vida que, *mutatis mutandi*, podría extrapolarse a cualquier otro tiempo y frontera que enfrenta a la humanidad. La guerra es universal, un tema atemporal en la historia de la “evolución” humana. Cambia la causa, modifica el lenguaje, altera las formas, pero es intrínseca al hombre desde sus orígenes: el ejemplo bíblico de Caín y Abel es el paradigma cainita, presente en la condición humana.

Todo el relato de PR presenta una cohesionada unidad y se narra sin aportar apenas datos cronológicos y sin desvelar el orden sucesivo temporal de los acontecimientos, que era el orden natural clásico y medieval. El autor encabalgaba escenas y hechos interrelacionados en evolución diacrónica, para que se investigue, si se desea, en la historia y en las fuentes inspiradoras del relato. Al igual que el Cantar, el Carmen o la Historia de Rodrigo, la prosística poética de PR no necesita relatar con detalle todos los sucesos, sino que los incluye referencialmente de forma retrospectiva en la memoria del personaje para orientar al lector y colocarlo en la situación del presente novelado. Los poetas del CC y el CMC ni el prosista de la HR dieron una visión completa de los personajes, ni siquiera del Cid; tampoco se recrearon en el retrato moral o psicológico, sino que introdujeron elementos paraverbales que transmiten sugerencias implícitas. De igual manera, los pensamientos de los personajes revertianos no se expresan directamente sino a través de sus acciones y palabras dialogadas. La proporción del diálogo es mucho mayor que en otros textos narrativos de PR, en la línea literaria del CMC,

cuyos versos dialogados destacan de entre otros textos medievales españoles y franceses (CMC 1998: 65). El relato revertiano, mucho más extenso e intenso que la *Historia*, el *Carmen* y el *Cantar*, recoge esta influencia, pero la completa con la personalidad bien abocetada de personajes y de sus singulares acciones al más puro estilo del autor.

PR presenta su relato de frontera a través de una estructura interna bien compuesta y dividida en cuatro escenarios diferenciados (frente al CMC, que se compone de tres partes) y cohesionados por los protagonistas colectivos en torno al líder, al protagonista principal, Sidi. PR narra una trama con historicidad por estar inspirada en parte de las fuentes literarias del siglo XII, y construye una ficción verosímil en la que interactúan personaje y público, actor y receptor. *Sidi* no es, ni pretende, una lección de historia, sino de buena literatura historiada en imágenes de gran expresividad narrativa. El naturalismo que ofrece el creador de esta obra literaria es el médium que permite llevar al lector al pasado a golpe de palabras, imágenes y sonidos contundentes. El buen literato tiene mayor ventaja que el historiador, pues mientras que ambos conocen “a toro pasado” la vida y los hechos de los personajes para interpretarlos ajustados a las fuentes de donde emanan, el novelista se libera de las mismas y los trata a discreción: por encima, de igual a igual, subordinados. El novelista puede inventar y fingir, ignorar, seleccionar, caricaturizar, dramatizar y valorar a su antojo literario, algo vetado en la investigación histórica.

En la HR o primera biografía del Campeador, el desconocido autor sintetizó y justificó el relato bélico de las hazañas de Rodrigo:

“Todas las guerras que Rodrigo hizo con sus aliados y los triunfos que obtuvo y cuantas villas y aldeas depredó y destruyó con su fuerte brazo con espada y con todo género de armas parece que ha de ser muy largo narrarlas una a una

y tal vez aburría a los lectores. Pero con lo que pudo la pequeñez de nuestro saber, escribí las gestas de Rodrigo con estilo rudo pero con brevedad y fidelidad absoluta. Mientras estuvo en este mundo, siempre obtuvo noble triunfo de los adversarios que contra él pugnaron y nunca fue vencido por nadie” (HR 1999: 145).

Es lo que, con una narrativa de incomparable calidad dentro del género, pretende en su novela PR: seleccionar y concentrar estructurados algunos destacados hechos bélicos de Ruy Díaz, a través de los cuales se desenvuelve la dura vida en el destierro del líder y sus hombres.

Cuatro partes equilibradas, aproximadamente de igual número de páginas, desentrañan la personalidad de Sidi y la vida y vidas en las fronteras de aquellas dispares y complejas tierras peninsulares. El conjunto comprende una especie de “diario de guerra”, donde las palabras revertianas consuman los intensos seis años que aproximadamente duran las andanzas del personaje novelado, en correlación con las hazañas que durante el destierro del protagonista se recogen en la parte primera parte del CMC. Y como en éste, las hazañas que va desarrollando Sidi van *in crescendo* y con ellas su fama y honra militar. El final irresuelto y elusivo del relato queda al albur del lector.

La primera parte de la novela se titula ***La Cabalgada*** (pp. 11-117).

*“Otro día mañana piensan de cabalgar,
vinieron a la noche a Celfa posar,
por los de la frontera piensan de enviar;
non lo detienen, vienen de todas partes”*

(Cantar de Mio Cid)

“...Rodrigo, conmovido por una profunda ira y tristeza dio: «Perseguiré a estos ladronzuelos y quizás los capture». Así pues, reunido su ejército y todos sus soldados bien provistos de sus armas, entró en el reino de Toledo saqueando y devastando la tierra de los musulmanes, (cautivó) entre hombres y mujeres a siete mil, les quitó a la fuerza, virilmente, todo el ajuar y las riquezas y se los llevó a su tierra”

(Historia Roderici)

“Entre los anillos de acero que les ocultaban media cara, tras el protector nasal del casco, los rostros barbudos mostraban la tensión previa al combate: se opacaban sus ojos con un feroz vacío, distanciándose poco a poco de cuanto no fuese lo que aguardaba fuera de la rambla y el encinar: la cabalgada, el enemigo, la vida y la muerte”

(Pérez-Reverte, Sidi)

Presenta PR a Ruy Díaz experimentado en lides de guerra, con unos treinta y pocos años de edad, siguiendo el rastro a un grupo de yihadistas morabíes que había realizado una cruel aceifa en tierras de Castilla, históricamente la realizada sobre Gormaz (san Esteban de Gormaz, Soria). Los burgueses de Agorbe –lugar inventado, pero descrito como una población y sociedad castellanas de la época– contratan y pagan bien a la hueste sidiana para que venga el asalto.

La cabalgada es la acción de castigo que en la novela penetra en tierras de la taifa de Toledo hasta la Alcalá fortificada sobre el Henares, ya desterrado el Cid, aunque, como se adujo, uno de los motivos por los que Alfonso VI lo desterró fue porque al hacer la cabalgada por cuenta propia puso en peligro las relaciones amistosas entre el rey castellano y el de Toledo, además de quedarse con el botín.

El pago que reciben Ruy y sus decenas de hombres depende de las “cabezas de moros” que los cabalgadores presentaran, según esgrime el novelista inspirado en el CMC: *“los moros e las moras vender non los podremos, que los descabecemos nada non ganaremos”* (CMC 1998: 139), y modificado a su criterio. En realidad, en vez de cabezas se trataría, según se ha dicho, de orejas y narices cortadas, más fáciles de transportar, aunque menos vistosas. También, la decapitación aparece en el campo de batalla, cuando el feroz Diego Ordóñez le corta de un tajo la cabeza a un moro y la sujeta del cabello para alzarla y mostrarla, victorioso, a su enemigos el soberano leridano y el conde barcelonés (p. 285). La cabalgada es una de las acciones que mejor definió la forma de guerrear y vivir en la frontera. En la ideología feudal medieval hubo tres funciones: la de quienes rezan (*oratores*, estamento eclesiástico), la de quienes guerrear (*bellatores*, estamento nobiliario y caballeresco), ambas privilegiadas, y la de quienes trabajan (*laboratores*), trabajadores o mayoría social no privilegiada. En este ideario y en el siglo XI, se intercaló entre la élite privilegiada y la gran base popular un grupo intermedio, el de los burgueses, originariamente asentados al soslayo de unas villas y comunidades campesinas por las que transitaban comerciantes, artesanos y peregrinos a lo largo de las poblaciones y ciudades del Camino de Santiago en expansión. La cabalgada sidiana se desarrolla en la imprecisa línea fronteriza castellano-andalusí (ese gran espacio entre el Duero y el Sistema Central) y da cuenta de cómo estos hombres, que la surcan a uno y otro lado, hacen de la guerra su oficio y de la vida de frontera su razón de ser. En esta primera escena la naturaleza valiente de Ruy Díaz queda ratificada. Valor sidiano inmutable sea cual fuere el tipo de guerra.

La segunda parte, *La Ciudad* (pp. 117-214):

*“A Saragoça sus nuevas llegavan,
non plaçe a los moros, firmemiente les pesava.
Allí stovo mio Cid complidas quinzẽ semanas”
(Cantar de Mio Cid)¹⁶*

*“Se reunían en corros para mirar la orilla del río,
señalándose unos a otros los minaretes de las mezquitas.
Tan grande como Burgos, añadian. Tal vez aún más
hermosa. Zaragoza”*

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

Se centra PR en la taifa de Zaragoza, cuya espléndida capital gobernó el culto soberano Mutamán (Yusuf ben Ahmad al-Muta'man, 1081-1085), quien contrató generosamente



Palacio de la Aljafería (Zaragoza)

a Ruy Díaz y a su hueste para enfrentarse a su hermano Mundir (al-Múndir), gobernante de la taifa de Lérida. Antes de aliarse con el rey zaragozano, Ruy ofreció sus servicios militares

al conde de Barcelona, Berenguer Ramón II, quien los rechazó por no someterse aquél a la posibilidad de enfrentarse a su

¹⁶ Los versos refieren en realidad a las noticias que del Cid llegaban a Zaragoza desde El Poyo del Cid (Teruel), donde estuvo el Campeador 15 semanas, y no a la estancia previa de Rodrigo al servicio de Mutamán que refiere la novela, pero se han tomado como referencia para contextualizar la presencia del Cid en la ciudad en el tiempo del relato revertiano.

“señor natural”, el rey castellano-leonés Alfonso VI (1072-1109), que lo desterró, pero a quien *Sidi* mantuvo su lealtad natural. Una acción de honra, porque el honor era el valor seguro del caballero y encumbraba a quien lo merecía: si se mancillaba era persona marcada. Asunto capital el de honor acendrado en boca de Sidi, resumido certeramente en una reveladora frase: “Pero mi nombre es el único patrimonio que tengo” (p. 123), en respuesta al conde catalán. El astuto Mutamán, fascinado por la aureola belicosa y triunfadora de Sidi –a quien conoció en tiempos de su padre al Muqtadir– era consciente de que “sus ojos eran la guerra” (p. 127). Y lo necesitaba por y para eso.



Vista actual de Zaragoza

El soberano de Zaragoza, conocedor del destierro de Sidi y sabedor de su inactividad militar, consigue ponerlo a su servicio, aun aceptando la lealtad sidiana hacia Alfonso VI. Objetivo: derrotar a su hermano Mundir, apostado como soberano independiente en la taifa de Lérida. “Una enemistad cruel y violentísima” (HR 1999: 107) que levantó un muro fraticida entre dos territorios, antes unidos y ahora fragmentados por dos soberanos autónomos en pie de guerra: Zaragoza, Tudela, Huesca y Calatayud bajo Mutamán y Lérida, Tortosa y Denia bajo Mundir. Monzón fue el lugar

clave del enfrentamiento: una fortaleza situada en una frontera entre enemigos: el reino de Aragón bajo soberanía de Sancho Ramírez (rey de Aragón y de Pamplona entre 1076-1094), la taifa de Lérida (dominada por Al-Mundir b. Yusuf entre 1082-1090) y los condados del conde de Barcelona Berenguer Ramón II que, desde 1082 y hasta su muerte en 1097, gobernó en solitario, tras el asesinato de su hermano Ramón Berenguer “Cabeza de Estopa”. En la espléndida Zaragoza andalusí estuvo el Cid/Sidi durante su primer destierro (1080/81-1086).

La tercera parte, ***La Batalla*** (pp. 215-326):

*“Todos son adobados cuando mio Cid ovo fablado,
las armas avién presas e sedién sobre los cavallos;
vieron la cuesta yuso la fuerza de los francos.
al fondón de la cuesta, cerca es el llano,
mandólos ferir mio Cid, el que en buen hora nasco;
esto fazen los sos de voluntad e de grado,
los pendones e las lanás tan bien las van empleando,
a unos firiendo e a los otros derrocando.
Vencido á esta batalla el que en buen ora nasco,
al conde don Remont a presón le á tomado”.*
(*Cantar de Mio Cid*)

“Rodrigo, conmovido el espíritu, mandó que sus soldados se armaran y prepararan como hombres para la guerra. Se dirigió entonces con su ejército hasta un lugar en el que pudieron verse mutuamente los condes y Al-Hayib y Rodrigo Díaz. Hecha una gran arrancada, guerreando y dando gritos, chocaron las tropas de ambas partes y comenzaron el combate. Pero los mencionados condes, junto con Al-Hayib, dieron la espalda al poco y, vencidos y en desorden, huyeron delante de Rodrigo. La mayor parte de sus hombres fue muerta, pues pocos lograron escapar”.

(*Historia Roderici*)

“Se acometieron unos y otros con los dientes prietos, sin más sonidos que el repicar de la lluvia en los arneses, el entrechocar de las armas y el chapoteo de los caballos en el barro”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

Registra PR con minuciosidad cómo pudo ser la histórica batalla de Almenar en el verano de 1082, rememorada en las fuentes y mezclada por PR en la novela con la posterior y segunda batalla campal de Sidi en 1090, localizada en el Pinar de Tévar (a 14 km al norte de Morella, Castellón), donde se enfrentó, otra vez, al conde Berenguer Ramón II, el don Remont del CMC y de la novela. La batalla revertiana se inspira, según ha comentado el escritor, en la detallada narración cronística que Jiménez de Rada (*De Rebus Hispaniae*) realizó acerca de la batalla de Las Navas de Tolosa (1212; Jaén) y también en la coetánea de Hastings (1066, sureste de Inglaterra), con la que el duque Guillermo comenzó la conquista normanda de la Inglaterra anglosajona.



La mente literaria vuela sobre la histórica batalla de Almenar (Montaner 1998: 28-32). PR traza con gran realismo los avances del itinerario seguido desde Zaragoza hasta desembocar en el enfrentamiento con las tropas ilerdenses y condales en Almenar (Lérida), que no debe confundirse con Almenar (Almenara, al norte de Sagunto) que Rodrigo Díaz conquistó en 1097; ni tampoco con el castillo de Almenar de Soria donde se rodó la serie *El Cid*, producida por Amazon. Sidi recurre a un estratégico y peligroso itinerario que lo adentra en tierras del taifa de Lérida: tierras en vecindad de sus aliados aragoneses y catalanes.

El primer objetivo es el castillo de Monzón, cuyo alcaide musulmán se rendirá por capitulación sin resistencia alguna, impidiendo el asalto sidiano y reafirmando la posición de los montisonenses al taifa de Zaragoza. Las lealtades en la frontera eran muy volubles y los castillos fronterizos cambiaban de manos con frecuencia.



Castillo de Monzón (Huesca)

“Sancho, rey de Aragón y de Pamplona, y Berenguer, conde de Barcelona, protegían a Al-Hayib¹⁷ iban en su compañía. Con Al-Mu'tamin estaba Rodrigo Díaz, que le servía fielmente, y custodiaba y protegía su reino y su tierra, por cuya causa principalmente lo querían mal y tramaban contra él” (HR 1999: 107)

Pero un día antes, el rey navarro-aragonés Sancho Ramírez, que ha seguido los sidianos movimientos enemigos por la frontera leridana, se había puesto a la vista de Ruy, acampando en las cercanías de Monzón. Y Sidi, para disuadirlo y antes de dirigirse a tomar esa plaza, emprende una acción de castigo sobre el campamento del rey que obliga a retirarse a las huestes aragonesas y leridanas:

“Cuando el rey Sancho oyó que Rodrigo Díaz quería ir de Zaragoza a Monzón, juró y dijo que de ninguna manera se atreviera a hacerlo. Cuando Rodrigo supo del juramento del rey, conmovido en su interior, levantó sus tiendas con todo su ejército ante la vista de los enemigos, o sea, de todo el ejército de Al-Hayib. Al día siguiente entró en Monzón, estando presente el rey Sancho. El rey, sin embargo, no se atrevió a enfrentársele.” (HR 1999: 107)

Los sidianos consiguen batir en retirada a Sancho Ramírez y, asegurado Monzón, se desplazan hacia el este, adentrándose hacia Tamarite, a unos 24 km, mientras piden refuerzos a Mutamán: había que asegurar la frontera oriental frente a Lérida. En esta ruta, Sidi encuentra, aliviado, al ejército de Mutamán y, juntos, se encaminan hacia Tamarite. Y aquí departen la estrategia más conveniente a seguir: negociar la paz con el enemigo o presentarle batalla, algo muy incierto y

¹⁷ El soberano musulmán es referido por la HR con el título de “hayib”, equivalente a jefe del gobierno o primer ministro, título que junto al de emir o *malik* (rey) utilizaron los taifas, que no se intitularon nunca califas.

arriesgado por la superioridad militar de Mundir y sus aliados. La embajada sidiana, propuesta en pos de la compra de la paz, es rechazada por el violento taifa leridano y el rojizo conde, quien amenaza a Ruy con la Tizona: “Ella te rebañará el cuello, cuando estés vencido y prisionero” (p. 280). Muy seguros se encuentran de su fortaleza militar:

“Al-Mu’tamin mandaba a Rodrigo que luchara contra los enemigos que sitiaban el castillo de Almenar. Rodrigo le respondió: «Mejor es que tú le pagues el censo y dejen de atacar el castillo que ir a la batalla contra él, porque tiene a su lado una muchedumbre de hombres». Al-Mu’tamin accedió a su petición con gusto. Rodrigo envió a continuación a los mencionados condes y al Al-Hayib un mensajero, para que, recibido el censo debido, se alejaran del citado castillo. Pero no quisieron aceptar sus peticiones, ni dejaron de atacar el castillo. El mensajero, a su vuelta, narró a Rodrigo todo cuanto le habían respondido” (HR 1999: 108)



Castillo de Tamarite de Litera (Huesca)

El siguiente objetivo es asegurar el cercano castillo de Almenar para la taifa de Zaragoza, a tan sólo 20 km de Lérica.

“En el entretanto tuvieron una reunión Al-Mu’tamin y Rodrigo para restaurar y fortificar un castro antiguo que se llama Almenar, lo cual fue hecho inmediatamente. A continuación parece que la pugna entre Al-Mu’tamin y su hermano Al-Hayib surgió de nuevo, lo que condujo a la reanudación de la guerra” (HR 1999: 108).

Mientras se fortifica el enclave del Almenar leridano, Rodrigo se dirige a Escarpe a unos 62 km de Tamarite en busca de víveres:

“Rodrigo moraba entonces en el castillo que se llama Escarp, que está emplazado entre dos ríos, a saber, el Segre y el Cinca, castillo que anteriormente había conquistado virilmente, capturando a todos los que en él vivían. Estando allí alojado, envió un mensajero a Al-Mu’tamin para que le avisara de la tribulación del castro de Almenar y de su inminente conquista y para que le dijera que parecía que todos los que estaban en el sobredicho castillo estaban agotados, fatigados y casi en las últimas. ” (HR 1999: 108).



Castillo de Almenar (Lérica)



Restos de los muros y de la torre central

De nuevo Rodrigo, conmovido su espíritu, mando otros legados con cartas a Al-Mu'tamin para que socorriera el castillo que había construido. Al-Mu'tamin vino inmediatamente en busca de Rodrigo y lo encontró en el castillo de Tamarit” (HR 1999: 108).



Castell d'Escarp / Trinxeres Ricard Ballo 2009

Rechazada la paz por el bando leridano-barcelonés, sólo queda entonces batallar cuerpo a cuerpo, no sin antes enfrentarse, como se solía hacer a veces antes de la batalla, al desafío entre un líder del ejército aragonés y el voluntario sanguinario Diego Ordoñez que, victorioso, lo decapitó. Premonitorio desenlace.

Inquieto, Sidi, con la estrategia militar bien diseñada y pertrechado en su arnés, se ha preparado para la batalla y desciende por el abrupto paisaje hacia la llanura, seguido con gran disciplina por sus hombres, mientras el ejército del rey zaragozano queda a la espera de intervenir. Ardor guerrero, gritos de guerra, alaridos musulmanes, cargas y contra-cargas de la caballería y fragor en la batalla se suceden. El ejército sidiano, enardecido en el combate, consigue vencer contra todo pronóstico. Orden, unicidad y disciplina ahorman el espíritu combativo de una caballería e infantería bien organizada y estimulada. En Almenar, según relata también la HR (1999: 109), los enemigos fueron muy cobardes y salieron despavoridos, en desorden y vencidos por Rodrigo. Claro antagonismo entre el valor sidiano y la cobardía enemiga que se registra en otros muchos enfrentamientos de Ruy. Para *Sidi* “la guerra, que era su verdadera vida” (p. 237).

Han dado jaque a Mundir y los suyos y se consolida la frontera oriental de Zaragoza, hacia donde regresan victoriosos, aclamados y admirados por la proeza:

“Rodrigo Díaz, junto con Al-Mu’tamin, regresó a Zaragoza y allí fue recibido por los habitantes de la ciudad con sumo honor y máxima reverencia.

Al-Mu’tamin mientras vivió exaltó y sublimó a Rodrigo por encima de su hijo, de su reino y de toda su tierra, de tal forma que parecía que era el dominador de todo el reino; lo enriqueció mucho con innumerables regalos y muchas donaciones de oro y plata” (HR 1999: 109)



*Batalla de Las Navas. Palacio del Senado (Madrid).
Óleo de Van Halen*

En la novela se sugiere la oferta del taifa de Zaragoza registrada en la HR, que Ruy no acepta. Quiere su propio poder y gloria: y los tendrá.

La cuarta, ***La Espada*** (pp. 327-369)

“Rodrigo, el guerrero invencible, confiando con su alma entera en el Señor y en su clemencia, salió audaz y valerosamente con sus bien armados hombres contra éstos aterrándoles con voces de amenazas. Irrumpió en medio de ellos vociferando y entabló una gran batalla...”

(Historia Roderici)

*“Y ganó a Colada, que más vale de mill marcos de plata, y benció esta batalla, por o ondró su barba.
Prísolo al conde, pora su tienda lo levava
(...)”*

*Mio Cid Ruy Díaz, odredes lo que dixo:
—Comed, conde, d'este pan e bebed d'este vino;
si lo que digo fiziéredes saldredes de cativo,
si non, en todos vuestros días
no veredes cristianismo”*

(Cantar de Mio Cid)

*“Ni la victoria ni el éxito les acompañaban, era como la
noche tenebrosa y el mar oscuro. Ya los guerreros se habían
adobado de las bien guarnecidas cotas de mallas, ya se
habían ceñido las agudas espadas, ya se habían puesto los
cascos de hierro y avanzaban con recia valentía”*

(Ibn al-Kardabus, Historia de al-Andalus)

*“Ahí acaban de morir dos millares de hombres valientes
vuestros y míos. Tenían hijos, mujeres, padres que en este
momento los esperan y aún no saben que están muertos...
Moros o cristianos, todos merecen vuestro respeto”*

(Pérez-Reverte, Sidi)

PR relata con crudeza la batalla campal y los desastres de la guerra, los restos de la lucha encarnizada, la masacre abandonada tras el combate y la cobarde fuga de los enemigos. Fue en la batalla de Tévar en 1090¹⁸, (Montaner 1998: 45-54) cuando Rodrigo se enfrentó, de nuevo, al conde barcelonés y lo derrotó fácilmente. Se reitera que en la novela el suceso se adelanta unos años, a la batalla de Almenar (1082), cuando en ese enfrentamiento directo, el Cid, herido, cae del caballo y queda conmocionado tras el golpe: “La cabeza le dolía como si se la hubieran rellenado con pez negra y caliente” (p. 253). Exhausto y ensangrentado, porque ha recibido una herida en el hombro izquierdo, Sidi otea el paisaje

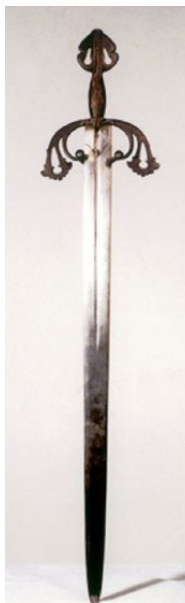
¹⁸ En Tévar (Castellón) Rodrigo inició su conquista del Levante, lo que implicaba enfrentarse tanto al taifa de Lérida como al de Valencia, tutelados respectivamente por el conde barcelonés Berenguer Ramón II y el rey castellano Alfonso VI. Lo que significaba que Rodrigo atentaba, directa o indirectamente, contra todos.

deshumanizado de la guerra sobre el que yacen unos dos mil muertos: cadáveres, cuerpos agonizantes de moros y cristianos, prisioneros, rostros sin orejas y el ruido y olor de la muerte: “zumbaban enjambres de moscas y olía como el tajo de un matarife, a vísceras, excrementos y sangre” (p. 337). La muerte era algo natural en el Medievo y estaba normalizada como algo congénito a la vida: el cristianismo preparaba para creer en otra vida mejor y eterna. Y eso podía consolar a la hora de morir. En las sociedades de “progreso y bienestar” se oculta y se teme la muerte: no se educa para morir sino para vivir de espaldas a un hecho irremediable.



*Batalla de las Navas. Palacio del Senado (Madrid).
Óleo de Van Halen*

Repasa Ruy mentalmente la acción táctica de la victoria para comprender la causa del triunfo que remata con el botín del aún joven conde de Barcelona, a quien hace prisionero. Sidi es paciente y respetuoso con el dignamente apresado, pero despierta su cólera contenida ante los desprecios del altanero barcelonés. Dialoga Sidi acerca del resultado de la batalla con el gozoso Mutamán, pues ambos eran “De religión distinta, pero hijos de la misma espada y la misma tierra” (p. 350). Se preparan diplomáticamente los documentos que aseguran la



*Tizona, la espada
conquistada por Sidi.
Museo de Burgos*

posesión de los castillos conquistados, que el conde y señor de su vasallo, Mundir, rechaza. Se celebra la victoria en Almenar con un banquete. Y aunque el vanidoso y humillado conde se niega a comer, Sidi insiste y lo logra, muestra también de su pragmática superioridad circunstancial. Este hecho de la negativa del conde a probar bocado, versado con comicidad en el CMC, se ha interpretado como una humillación al barcelonés, quien, deshonorado por la derrota infligida, rechaza la comida. Sin embargo, se opina que ofrecer alimentos a un prisionero es una muestra de agasajo en la tradición musulmana hacia alguien a quien se le va a respetar la vida. Cuando, finalmente, el conde acepta comer, este hecho significa que el “malcalzado” Cid se ha ganado su respeto y por ello lo libera (Boix 2017: 25-40). Ruy, se venga así de la humillación con que el conde lo

despidió cuando, al comienzo de su destierro, fue a ofrecerle sus servicios militares y despreció a él y a sus hombres llamándolos ¡“Malcalçats”! Ahora, algunos años después, Ruy veja a Berenguer Ramón (*don Remont*) y consigue que el conde lo respete. Y con orgullo y astucia prepara su venganza. La libertad del conde, que no se presta al astronómico pago del rescate en oro, la acepta a cambio de confirmar, humillado, que su espléndida espada Tizona, ya en poder de Sidi como trofeo de guerra, quede en sus manos pero con su consentimiento; es decir, Ruy lo humilla doblemente, pues no hay



*Reproducción de la
legendaria Colada,
espada literaria de
Ruy Díaz*

necesidad de obtener el arma que ya posee y que es el símbolo de la derrota militar del barcelonés. La historia de la espada Colada, cuya veracidad histórica no está comprobada, se la atribuye el novelista a la Tizona, conservada actualmente en el Museo de Burgos. En el CMC dichas espadas pertenecen a Rodrigo, aunque es una ficción literaria. En el Cantar se indica que la cara Colada, que valía más de 1.000 marcos, fue la espada que el conde barcelonés perdió en la batalla y obtuvo Rodrigo. Fueron convertidas en legendarias armas victoriosas de la cristiandad, y alguna que pudo ser se expone en el Museo de Burgos para conservar la histórica y legendaria tradición literaria cidiana. La Colada cidiana se transforma en la sidiana Tizona con empuñadura con cruz en ligero arco, hoja de dos filos y rebajada en la novela a 250 marcos de oro (p. 365). Calculen. Las dos espadas del CMC se las regalaría Rodrigo a sus ficticios y “encantadores” yernos los infantes de Carrión del poema. Satisfecho Sidi y en poder de la espada condal, piensa en el futuro inmediato que le espera en las tierras levantinas con sus hombres: “su verdadera familia” (p. 369). Con la misión cumplida al servicio del taifa de Zaragoza, Ruy Díaz se dirige hacia *Sharq al-Andalus*, el Oriente andalusí, a cumplir otra personal que le encumbraría al poder.

La HR destaca la conquista de Almenar, y su desconocido autor reseña que selecciona solo algunas de las victorias militares de Rodrigo:

“Las guerras y la fama de los combates que hizo Rodrigo con sus soldados y aliados no están todas escritas en este libro” (HR 1999: 113).

En el CMC apenas si unos versos despachan la toma de Valencia por el Cid, mientras que en el relato revertiano tan solo aparece reflejado, sin más, como futuro proyecto fijado en la mente sidiana. Y así, más que poner fin cerrado al relato, deja un final abierto en suspenso y en suspense al lector. Es acertada

la contención narrativa en fuentes literarias medievales, pues sería prolijo y cansino siquiera relacionar todos y cada uno de los muchos hechos bélicos que acompañaron la vida de Rodrigo Díaz. El autor de la HR lo razonaba cabalmente:

“Todas las guerras que Rodrigo hizo con sus aliados y los triunfos que obtuvo...parece que ha de ser muy largo narrarlas una a una y tal vez aburría a los lectores” (HR 1999: 145).

Para ese relato quedan los historiadores, para alargar el registro de hechos militares, las denostadas “batallitas” que salvaguardan prosaicamente la memoria bélica cotidiana. Traducir literariamente las mil y unas hazañas sidianas sería error por reiteración aburrida. Dejen que sean los historiadores quienes abrumen a unos cuantos lectores y estudiantes. La literatura debe abarcar un círculo lector con más diámetro. El exceso no es buen consejero y con el bordón de muestra revertiano es suficiente para comprender literariamente la grandeza militar del personaje.

El estilo narrativo de *Sidi*

“Y, de las diferentes lecturas que con frecuencia admiten las historias, elijo utilizar la más singular y memorable. Hay autores cuyo fin es decir lo que acontece. El mío, si supiera alcanzarlo, sería hablar de lo que puede acontecer”

(Montaigne, *Ensayos*)

*“Fue entonces cuando Ruy Díaz lo vio.
El Momento.
La leve, fugaz fracción de tiempo que decidía días y batallas”*

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

Comentaba en 2021 PR a su amigo el escritor argentino Jorge Fernández Díaz que después de haber hecho novelas complejas (*El tango de la Guardia Vieja*, 2012; *Hombres Buenos*, 2015), le empezó a atraer mucho más el formato corto, breve, seco... De esta forma publicaba en 2019 *Sidi*: “un relato más corto, más escueto, más económico en lo narrativo, pero vuelvo con la experiencia de los treinta años que llevo como novelista”.

Sidi es casi una novela dialogada con viveza y precisión que puede filmarse o representarse en teatro, con escenas y expresiones que cuentan en imágenes literarias un Medievo actualizado. En este sentido, se le ha considerado a PR “*el Spielberg de las letras hispánicas*” (Rizo 2021). Si se define al novelista como un juglar de frontera, su novela *Sidi* es un relato narrado por una mente juglaresca culta que expresa un caudal de registros lingüísticos, de cultismos y vulgarismos, de mestizaje lingüístico que capta el público en las voces de los personajes sidianos y en el contexto literario donde aparecen: un plus destacable de la novela, sin duda. Como si de un largo cantar-romance en prosa se tratara, PR prosifica a un conocido, siquiera por su apodo, personaje de la historia medieval.

Los cantares épicos de carácter culto y los romances populares medievales que poetizaron los hechos más afamados de protagonistas históricos tienen su influencia, referidos al Cid, en la configuración del personaje y en los hechos que se aluden en la novela. Su objetivo fue en ambos casos (cantar culto o romance popular) entretener y fijar valores con su artística “puesta en escena”, comparable a una actual “performance”, destinada a un público diverso: culto y aristocrático e iletrado. De entre los variados recursos expresivos utilizados fue fundamental el canto o recitación acompañado de música, con los que se informaban o evocaban noticias y hechos histórico-legendarios de muy variada temática, divulgados y transmitidos durante generaciones en diversos ambientes, elitistas y populares. Incluso, se señala que los romances anónimos eran cantados, muy probablemente, por mujeres (Armistead 1996: 13-26) y se recordaban de forma fácil por las gentes que, a su vez, los retransmitían, reelaboraban y mantenían su popularidad. Mucho se ha escrito acerca de la oralidad y escritura de los cantares de la épica medieval, pero en la actualidad se rechazan muchas aseveraciones tradicionales. Los investigadores descubren nuevos significados y matices que conforman los cantares: la declamación y canto o “cantilación”¹⁹, la puesta en escena con gestos, las voces y la entonación, la música y la expresión corporal se adecuaban al desarrollo del tema narrado en la escritura de los cantares. Se trata del concepto artístico que hoy se conoce como “performance” y que, aplicado a la épica con la voz del juglar, comunica lo escrito en el texto. Por consiguiente, no hay una completa separación entre lo oral y lo escrito en los cantares, sino que son aspectos complementarios e interrelacionados (Fernández Rodríguez-Escalona 2008-2010: 139, 143 y 161). Además del

¹⁹ El aspecto melódico de los cantares tiene paralelo en la liturgia cristiana y las prácticas religiosas islámicas y judaicas, pero también en la vida cotidiana mediante el pregón (Fernández Rodríguez-Escalona 2008-2010: 124).

entretenimiento, los cantares y romances tuvieron el objetivo de difundir los sucesos históricos y aderezar con invención los más relevantes: una especie de aprendizaje lúdico para guardar la memoria histórico-literaria y mantener en pie unos valores éticos. Los romances, denominados viejos (Romancero viejo), comprenderían los difundidos durante los siglos bajomedievales (ss. XIV y XV) hasta mediados del s. XVI, cuando desde entonces se los considera como romances nuevos (Romancero nuevo), con la diferencia de que éstos tuvieron un carácter popular frente a los primeros que fueron escritos por autores cultos. Los “viejos”, así concebidos, nacieron en Castilla, desde donde se difundieron: con ellos se elaboró una especie de memoria colectiva medieval, teniendo en cuenta que, quienes escucharon o leyeron la épica de los cantares, los interpretaron según el contexto cultural y social donde se establecieron. En este sentido utilitario diverso (expresión artística, musical, teatral, aprendizaje, moralidad, disfrute, alternancia/ruptura del trabajo cotidiano, difusión histórica y de virtudes, enseñanza lúdica, presencia ética), se ha comparado *Sidi* con un gran romance de frontera en prosa y a su autor con el juglar que narra con musicalidad su contenido, reelaborado con tal originalidad que recobra una vida independiente de las fuentes (escritas y orales) que lo han inspirado, y es, por ahora, el “último” eslabón de una cadena de autores que desde el Medioevo popularizaron la figura de Rodrigo/Cid y Ruy/Sidi.

Y como en los romances medievales, PR combina prosificados los dos tipos: el romance-cuento (memoria bélica sidiana) y el romance-escena o “fragmentos” que concentran unos determinados hechos a lo largo del argumento y que no tienen un desenlace concreto, sino un final abierto, en suspenso y en suspense. Era pues el público quien esperaba nueva ocasión juglaresca para averiguar lo que acontecería o, en el caso de los lectores de *Sidi*, continuar por su cuenta lo que le deparó en su vida histórica o/y literaria al personaje.

Para algunos es un misterio que se puede resolver de varias formas posibles: una de ellas es recurrir, como se ha hecho en este trabajo de ensayo, a la indagación histórica del protagonista, desde su nacimiento hasta su muerte, recabando la información que brindan las fuentes y la historiografía; otra, muy improbable, esperar una segunda parte literaria del relato sidiano que desentrañara el resto de la vida de Ruy Díaz.

Como el poeta del CMC o el prosista de HR, el narrador revertiano no precisa el tiempo histórico concretado en fechas, que es registro abrumador de historiadores y pesadilla de sufridos estudiantes. No importa en literatura, incluso se agradece. El estilo de *Sidi* es dinámico y vivo, impregnado de acción y poéticas descripciones o detalles sutiles que sitúan al lector perfectamente en el escenario. El ingenio narrativo del autor, aliado a su experiencia personal, se proyecta con la crítica irónica, el ingenio de la palabra, el estoico escepticismo del personaje, el estilo impresionista con que construye su relato sin necesidad de elaborar una narración extensa. Lo esencial en la novela es la construcción del personaje individualizado, arquetipo de la mentalidad bélica que remite a una “España” intercultural y fronteriza, convergente y confrontada, dividida en frentes y bandos variables, una sociedad heterogénea y multicultural, que se dice.

La gente medieval no tenía conciencia concreta del tiempo histórico (ucronía), ni la mayoría conocía con precisión la fecha de su nacimiento. Para el autor del Cantar, al decir de Montaner, el tiempo historiado es el del presente del autor y el del público al que se dirige, pues el texto se articula en el contexto del creador. No obstante, PR, desde su presente creativo traslada al lector al tiempo histórico del siglo XI, adaptado al contexto cultural y narrativo de un creador del siglo XXI. Y acierta, indudablemente, con añeja maestría. La sensibilidad narrativa revertiana eleva el interés de un gran público por épocas pretéritas que captan y aprenden, que conocen a través de la lectura otro *modus vivendi*, otras

lenguas, otras batallas, otras vidas tan lejanas. Aun sin poder reconocerse en ellas por las diferencias entre las formas de vivir, sí que el lector puede identificarse en los sentimientos y valores humanos que trascienden a los personajes históricos y literarios. Algunos lectores se deleitan como testigos que incurrir en la acción; otros, los menos, como ellos mismos expresan en Internet, se sienten decepcionados.

El relato revertiano mantiene y contiene acción, que se desarrolla en cuatro tiempos diacrónicos al compás de las cuatro partes temáticas en que se divide *Sidi*. Tiempo histórico que se concentra en el conjunto de la novela en los cinco o seis años de la actividad sidiana, sin que precise la fijación cronológica donde se desarrolla la escena sobre un tiempo de corta duración, lineal, diacrónico, suspendido y acelerado con la trama que se ha condensado en cada una de las partes. Tiempo literario, narrativo lineal y circular, que alterna el ritmo en función de lo narrado: más pausado o rápido, de trote y de galope, de ida y vuelta, que vinculan y cohesionan el conjunto de la narración, donde el pasado histórico se hace presente en la mente dialogada de Sidi. La narrativa se concentra y detiene en cada uno de los cuatro escenarios y los envuelve con tantos riquísimos detalles que permiten al lector involucrarse e intuir el paso real de un tiempo desaparecido e indeterminado, superpuesto al del lector pero reconocido por éste de forma directa, intuitiva y presencial a través de la acción de los personajes. Obviamente, en la novela prevalece la acción militar que cohesionan el conjunto, desarrollada en cuatro partes sucesivamente complementarias, todas sembradas de sentimientos muy diferentes y tan diversas en detalles y en breves y expresivos diálogos que hacen que un tema bélico resulte palpitante, ágil, dinámico, atractivo, ameno e inteligible. No es la guerra, que se palpa en toda su plasticidad, sino las emociones humanas del relato las que otorgan a *Sidi* universalidad literaria. El hiperrealismo y expresionismo narrativos de PR se humaniza también en el trágico tiempo de

la guerra sidiana, para trascender emocionalmente a la concreción de las coordenadas temporales y espaciales de una sociedad, grupo o individuo. Es una narración de la guerra en dos vertientes simultáneas, porque saca lo mejor y peor de cada personaje y se puede aplicar en cualquier tiempo y lugar a la condición humana: *Sidi* trasciende el propio relato.

El estilo sidiano no es moralista ni solemne, como el del CMC, pero sí, como éste, es humorístico, aun cuando se trate de escenas narrativas serias y dramáticas, lo que descarga la tensión bélica del mundo fronterizo. La alternancia con burbujas temáticas amorosas (el encuentro con Raxida) o acciones civiles (el engaño a los judíos, la compra de Babieca, la visita al prestamista judío, la comunicación con los personajes, etc.) relaja al lector del peso de la guerra. Y, paradójicamente, el autor consigue con esta mezcla de tragicomedia hacer un relato divertido y reflexivo a la vez. La voz narrativa se caracteriza con expresiones, dichos y hechos cargados de humor, ironía y comicidad que mitigan el fondo trágico de la guerra. El sonido del rabel del Cantar se hace eco en la musicalidad de la prosa sidiano-revertiana que rebota sobre la armadura de acero de un batallador innato, de un combatiente experto y luchador infatigable.

Igual que hicieran Ruiz Asensio, Ruiz Albi, Montaner y Escobar con la HR, el CC y el CMC desmenuzando la composición interna, los recursos retóricos, las técnicas narrativas, el estilo y el torrente léxico diverso que acumulan las fuentes histórico-literarias, *Sidi* es factible de un estudio igualmente pormenorizado en sus aspectos técnicos, que dejó para especialistas, aunque, con temor y desde aquí, se apuntarán algunas meras anotaciones básicas. PR adapta fórmulas y expresiones narrativas para hacer referencia a sucesos pasados, y sobre todo en el paralelismo entre la evolución del combate versificado y el de la novela, donde en la tercera y cuarta partes se desarrolla el proceso: los preparativos, ejecución y desenlace de la batalla. Al igual que la

voz poética del CMC aparece para dar un giro a la acción, también en la novela se emplea esta fórmula narrativa que separa, con el giro revertiano, las partes del relato sin fragmentarlo. PR deja asomar su gran bagaje lingüístico-literario (su asimilación de los clásicos y tantos ilustrados que forman el gran armario intelectual del escritor) con recursos retóricos y técnicas narrativas que marcan su estilo. La lectura (la oralidad) es la base de la escritura. Y también, como en algunos cantares y romances, recurre PR a diversas figuras retóricas, algunas muy adaptadas a la mentalidad medieval, como las metáforas “dar un lindo Santiago (p. 96), en referencia a la victoria providencial que otorgaba el apóstol Santiago, apodado “matamoros”; o el “cólico negro” (p. 202) en alusión a la enfermedad medieval por excelencia, la peste; “en sus ojos había suficiente noche para creerlo” para expresar el peligro en la oscuridad. Y comparaciones agudas: “blanco y desnudo como un gusano” (p. 331). O algún refrán popular: “no se pescan truchas a bragas enjutas” (p. 248).

Se completa el estilo revertiano con la consejera mano de Manuel Cifo González, catedrático de Lengua y Literatura, que ha ajustado los tecnicismos de la retórica narrativa sidiana y su comparativa cidiana, por lo que le estoy de corazón agradecida. En el CMC (circunscrito a la primera parte en la que se inspira parte del contenido revertiano) y en el relato sidiano existen coincidencias en numerosas figuras retóricas, de las que se seleccionan algunas de las más significativas. Entre las **figuras de dicción**, las que afectan a la expresión lingüística o forma de presentación de un texto, se encuentran:

Por adición:

Epíteto: “*mío Cid Ruy Díaz, el que en buen hora cinxo espada*” (CMC, v. 58); “El jefe de la hueste era batallador acuchillado” (PR, p. 259); “Ruy Díaz [...] era hidalgo de buena crianza” (PR, p. 278).

Pleonasmo: “De los sos ojos tan fuertemiente llorando...” (CMC, v. 1); “Le dolía la espalda desde el cuello hasta la rabadilla” (PR, p. 54); “Pues vámonos yendo, que hace frío” (PR, p. 58).

Polisíndeton: “Vio puertas abiertas e uços sin cañados / alcándaras vazías, sin pieles e sin mantos, / e sin falcones e sin adtores mudados” (CMC, vv. 3-5); “batallas en campo abierto y asedios de ciudades bajo el frío y la lluvia, emulándose uno a otro el infante y el infanzón” (PR, p. 60); “y bajo la cofia se le veía el cabello corto, húmedo, tan rubio como sus cejas y su escasa barba. Hombros anchos y manos fuertes. Ojos grises y claros” (PR, p. 167).

Por repetición:

Anáfora: “tanta adágar foradar e passar, / tanta loriga falsar e desmanchar/ tantos pendones blancos salir bermejos en sangre/ tantos buenos cavallos sin sos dueños andar” (CMC, vv. 727-730); “—Adiós, soldado. —Adiós, Sidi” (PR, p. 186); “no ya por el rey de Zaragoza, ni por el de Castilla, ni por su gente, ni por la propia reputación” (PR, p. 316).

Epífora: “bien lo veedes que yo no trayo nada, / e huebos me seríe pora toda mi compañía. / Ferlo be amidos, de grado non avrié nada” (CMC, vv. 82-84); “Qué animal, pensó Ruy Díaz. Qué brutísimo animal” (PR, p. 282); “duermes como todos, comes lo que todos, te arriesgas con todos” (PR, p. 353).

Repetición: “Martín Antolínez non lo detardava, / por Rachel e Vidas apriessa demandava. Pasó por Burgos, al castiello entrava, / por Rachel e Vidas apriessa demandava” (CMC, vv. 96-99. Este ejemplo concreto de repetición puede denominarse redición); “asedio de Zaragoza, asedio de Coímbra, asedio de Zamora” (PR, p. 38); “—No llamo Mahomé... No digas nombre santo. —Yo escupo en el nombre santo y me importa una mierda cómo te llames” (PR, p. 67).

Reduplicación: “si non, non nos daran dent nada” (CMC, v. 585); “Tunc, chas. Tunc, chas. Tunc, chas” (PR, p. 301. En este caso y en algunos otros más a lo largo de la novela,

la reduplicación va unida a la onomatopeya); “¡Retirada!... ¡Retirada!” (PR, p. 318).

Paralelismo: “E los que conmigo fuerdes, de Dios ayades buen grado, e los que acá fincáredes, quiero me ir vuestro pagado” (CMC, pp. 101-102); “Si flaqueo, muero; si retrocedo, muero; si no venzo, muero” (PR, p. 291); “Puedes ser temible con los enemigos, implacable con los indisciplinados, fraternal con los valientes y leales” (PR, p. 354). “*Minaya Álbar Fáñez, que Çorita mandó, / Martín Antolínez, el burgalés de pro, / Muño Gustioz, que so criado fue, / Martín Muñoz, el que mandó a Mont Mayor...*” (CMC, vv. 735-741); “Para el conde leonés, Cabra había sido una humillación imperdonable. Y para el rey Alfonso, un pretexto ideal para ajustar la vieja cuenta de Santa Gadea” (PR, p. 55); “El que envejecerá conmigo, cubierto de honrosas cicatrices, llevando mi señal en las batallas. El que beberá a mi lado en la mesa, recordando proezas mientras nos escuchan las damas” (PR, p. 61).

Quiasmo: “*Exiénlo ver mugieres e varones, / burgeses e burgesas por las finiestras son*” (CMC, vv. 16b-17); “un paternóster y un avemaría, por no descuidar ni a la Madre ni al Hijo” (PR, p. 22); “tanto pecado es el solitario en la propia carne como el acompañado de carne ajena” (PR, p. 159).

Por combinación:

Aliteración: “*si non, perderiemos los averes e las casas, / e demás los ojos de las caras*” (CMC, vv. 45-46); “la hueste se puso en marcha siguiéndole la huella con rumor de cascos de caballos, crujidos de cuero en las sillas de montar y sonido de acero al rozar las armas en las cotas de malla” (PR, p. 14).

Hipérbaton: “*Aun todos estos duelos en gozo se tomarán*” (CMC, v. 381). Y, como apenas veía venir las flechas y las piedras enemigas hasta que las tenía encima, gozaba fama de impávido” (PR, p. 47); “Al cabo, emitiendo un suspiro, Ruy Díaz se palmeó los muslos y se puso en pie” (PR, p. 71).

Por supresión:

Elipsis: “*Los moros llaman –¡Mafómar!– e los cristianos, –¡Santi Yagüe!–*” (CMC, v. 731); “Para el amor, lo mejor por temperamento es una bereber; para tener hijos, una andalusí, y para llevar bien la casa, una cristiana” (PR, p. 164); “Al día siguiente, Ruy Díaz fue a buscar otro caballo. Tenía dos, Cenceño y Perseverante, uno de marcha y otro de guerra” (PR, p. 205).

Retención: “*Vós con ciento de aquesta nuestra compañía, / pues que a Castejón sacaremos a celada...*” (CMC, vv. 440-441); “–Acabó en tablas, como el ajedrez [...] El campo no quedó para unos ni para otros. –Aun así... –insistió Minaya” (PR, p. 169); “Acabé aquí, como ellos... Aunque en mejor estado que algunos” (PR, p. 331).

Por analogía:

Polípote: “*Dixo mio Cid: –Comed, conde, algo, / ca si non comedes, non veredes cristianos; / e si vos comiéredes don yo sea pagado*” (CMC, vv. 1033-1034); “La verdad es que, vistos así, impresionan... O impresionamos. [...] Ojalá también los impresione a ellos” (PR, p. 135); “–Qué cosas tenéis, Sidi. –Sí... Qué cosas tengo. –Confiad en Ali Farach. –Pues claro que confío” (PR, p. 206-207).

Aun cuando los estudiosos de la retórica admiten una mayor dificultad a la hora de establecer una categorización de las llamadas **figuras de pensamiento**, que son aquellas con las que se trata de acrecentar la emoción y adornar el contenido del mensaje, se opta por una clasificación más tradicional. Y, de este modo, se señalan las siguientes coincidencias entre ambos textos:

Descriptivas:

Prosopografía: “*Andaba mio Cid sobre so buen cavallo, / la cofia fronzida, ¡Dios, cómo es bien bardado! / Almófar a cuestras, la espada en la mano*” (CMC, vv. 788-790); “Se adelantó el abad. Barba

lengua de hebras grises, ojos fatigados. Su cráneo calvo y tostado le ahorra la tonsura” (PR, p. 15); “buena alzada, pecho fuerte, cascotes de suela dura y profunda, que soporten piedras y guijarros” (PR, p. 206).

Etopeya: “*e vós, mugier ondrada, de mí seades servida*” (CMC, v. 284); “Era hombre poco imaginativo, lento en la reflexión y diligente en la ejecución. El perfecto subalterno de mesnada castellana” (PR, p. 44); “Jinetes que se persignaban antes de entrar en combate y vendían vida y muerte por un salario. Habituales de la frontera. No eran malos hombres, concluyó. Ni tampoco ajenos a la compasión. Sólo gente dura en un mundo duro” (PR, p. 70).

Retrato: “*Enclinó las manos la barba vellida, / a las sus fijas en braços las prendía, / llególas al corazón, ca mucho las quería; / llora de los ojos, tan fuertemiente sospira*” (CMC, vv. 274-277); “Diego Ordóñez —cráneo calvo, barba espesa y crespa, nervudo, peligroso— se sonó la nariz con dos dedos y sacudió lo obtenido en el polvo” (PR, p. 34); “Eran hombres de fiar, pero se les veía sucios, doloridos, fatigados de cabalgar sin que eso acabara nunca. No los desgastaba tanto el combate como la rutina” (PR, p. 33).

Topografía: “*En medio de una montaña maravillosa e grand*” (CMC, v. 128); “La ciudad se alzaba en contraluz contra las murallas, abigarrada de casas blancas y pardas. Erizada de minaretes de mezquitas” (PR, p. 173); “La quinta del difunto marido de Raxida Benhud era una hermosa casa de recreo en la orilla misma del río, rodeada de huertos y árboles frutales que daban un ambiente de verde frescor” (PR, p. 209).

Lógicas:

Enumeración: “*quíerol’ enbiar en don treinta cavallos, / todos con siellas e muy bien enfrenados, / señas espadas de los arçones colgando*” (CMC, vv. 816-818); “En el patio había cenizas de una fogata y restos de un buey, cabeza, patas y algunas vísceras, sacrificado allí para asar su carne” (PR, p. 26); “Quien vaya a Zaragoza

debe tener las cosas claras: no molestar a las mujeres, evitar las mezquitas, pagar sin discutir cuanto compre y ser amable con los hombres, sean moros, judíos o mozárabes” (PR, p. 158).

Gradación: “*e aquel que ge la diesse sopiesse vera palabra, / que perderié los averes e más los ojos de la cara, / e aun demás los cuerpos e las almas*” (CMC, vv. 26-28); “la delgada franja de bruma que se dibujaba a lo lejos, rojiza al principio y luego ámbar, fue convirtiéndose en una línea de colinas pardas. Después, una luz violeta lo iluminó todo” (PR, p. 41); “Notaba gotear sangre desde el codo por la muñeca y la mano derecha, hasta mojarle el guante” (PR, p. 239).

Antítesis: “*Tantos moros yazen muertos que pocos bivos á dexados*” (CMC, v. 785); “Ganen o pierdan, concluyó el jinete, cuando llegemos todo habrá terminado” (PR, p. 13); “Nada igual había visto en su vida, y reflexionó sobre la diferencia entre las refinadas cortes de los reyes musulmanes y la tosquedad de las de los cristianos” (PR, p. 209).

Paradoja: “*¡Albricia, Álbar Fáñez, ca echados somos de tierra*” (CMC, v. 14). “Era Sidi Qambitur y caminaba entre ellos sin mirar a nadie y mirándolos a todos” (PR, p. 180); “Nada se parecía tanto a una derrota, pensó Ruy Díaz, como una victoria” (PR, p. 330).

Símil: “*así s’ parten unos d’otros commo la uña de la carne*” (CMC, v. 375); “Tras lo cual, corrido el rostro, encarnado como la grana” (PR, p. 24); “Yo soy de los más fuertes, y me crecen los problemas como hongos después de la lluvia” (PR, p. 146).

Sentencia: “*quí a buen señor sirve siempre bive en delicio*” (CMC, v. 850); “Hombre prevenido, advertía el viejo dicho, medio combatido” (PR, p. 14); “Huir sólo sirve para morir cansado y sin honra” (PR, p. 75).

Patéticas:

Interrogación: “*¿Quí.n’ los dio éstos, sí vos vala Dios, Minaya?*” (CMC, v. 874); “¿Creéis que los moros continuarán hasta allí?...

¿No será adentrarse mucho?” (PR, p. 31); “¿Cuánto tardaremos en ir allí?” (PR, p. 57).

Interrogación retórica: “*De parte de los moros dos señas ha cabdales / e fizieron dos azes de pendones mezclados, ¿quí los podrié contar?*” (vv. 698-699); “Hay una laguna pequeña allí, ¿no?... O eso tengo entendido”. (PR, p. 31); “¿Perdonar?... Voto a Dios y sus santos. ¿Os atrevéis a utilizar conmigo esa palabra?” (PR, p. 198).

Apóstrofe: “*¡Ya Señor glorioso, Padre que en el cielo estás!*” (CMC, 330); “Dime, Ruy” (PR, p. 36); “—Minaya. —Ordena” (PR, p. 57).

Exclamación: “*¡Grado a Dios del cielo e a todos los sos santos / ya mejoraremos posadas a dueños e a cavallos!*” (CMC, vv. 614-615); “Hijos de mala madre —masculló Ordóñez—. Me cago en el moro Ismael y su madre” (PR, p. 64); “¡Soy Sidi Qambitur y vosotros sois mi gente!... ¡Que en Lérida y Barcelona lloren viudas y huérfanos al oír nuestro nombre!” (PR, p. 326).

Deprecación: “*¡Vuestra virtud me vala, Gloriosa, en mi exida, / e me ayude e me acorra de noch e de día!*” (CMC, vv. 221-222); “Os lo ruego. Seguid vuestro camino y que Dios os guarde” (PR, p. 39); “[...] había gritado de nuevo, sin trabucar ni una sílaba y tras una tremenda blasfemia que involucraba a Dios y a su Santa Madre: —¡No dejéis que me quiten la señal!” (PR, p. 334).

Imprecación: “*¡Feridlos, cavalleros, por amor del Criador!*” (CMC, v. 720); “Si decís verdad, que Dios os lo premie. Y si perjuráis, que os lo demande. Y como al rey don Sancho, también os maten a traición villanos, no caballeros” (PR, p. 23); “*Kalb romí* —lo insultó Mundir alto y claro, con despecho—. Así te abata Dios” (PR, p. 281).

Intencionales:

Hipérbole: “*diol’ tal espadada con el so diestro braço, / cortól’ por la cintura, el medio echó en campo*” (CMC, vv. 750-751); “Todo era un caos de rostros morenos y barbudos bajo turbantes, ojos

oscuros que llameaban, gritos y centelleo de armas, zumbiar de saetazos, relinchos de caballos encabritados y chorros de sangre que salpicaban su espada, su escudo, su cara, sus manos" (PR, PP. 109-110); "Mareado, volvió a dejarse caer. Le pesaba todo. Y al moverse, el cuerpo entero le dolió hasta la punta de los pies. Igual que si lo hubiesen molido a palos" (PR, p. 253).

Ironía: "¡Grado a Christus, que del mundo es señor, / cuando tal ondra me an dada los ifantes de Carrión!" (CMC, vv. 2830-2831); "Nadie gritó Santiago, ni Castilla, ni Aragón, ni nada. No estaban el tiempo ni el momento para voces" PR, p. 251); "Lo suficiente para saber que con sólo reputación no se ganaban batallas. Y que Dios, moro o cristiano, tenía la costumbre de ayudar a los enemigos cuando eran más numerosos que los amigos" (PR, p. 259).

Lítote o Litotes: "Aún era de día, non era puesto el sol" (CMC, v. 416); "Estaban resentidos, sabía Ruy Díaz. No mucho, pero empezaban" (PR, p. 36); "Tienes fama de hacerlo a menudo. Y no siempre en tu beneficio" (PR, p. 143).

Perífrasis: "sin nulla dubda ir a mio Cid buscar ganancia. / Quiérovos dezir del que en buen ora cinxo espada" (CMC, vv. 898-899); "a enloquecidos mastines de presa como Diego Ordóñez era mejor tenerlos a este lado del escudo que al otro" (PR, p. 49); "las palabras que se decían bajo techo y entre tapices no eran las que deberían usarse espada al cinto y con el viento de la guerra en los dientes" (PR, p. 81).

Prosopopeya: "Ya quiebran los albores e vinié la mañana, / ixié el sol, ¡Dios, qué fermoso apuntava!" (CMC, vv. 456-457); "con el caminar incierto, dolorido, de quien pasaba demasiado tiempo en la silla de un caballo" (PR, p. 34); "Chispearon divertidos los ojos verdes" (PR, p. 165).

Además de estas figuras del pensamiento, también son muy variadas las interpretaciones y clasificaciones respecto de los denominados **Tropos**, ajustados a la definición del DRAE: "empleo de una palabra en sentido distinto del que

propiamente le corresponde, pero que tiene con este alguna conexión, correspondencia o semejanza". Y, por consiguiente, se seleccionan los siguientes:

Metáfora: "*Cavaldad, Minaya, vós sodes el mio diestro brazo*" (CMC, p. 147. Se refiere a que es su hombre de confianza); "Te pone de buen año la perspectiva de dar esta noche un lindo Santiago" (PR, p. 46. Alude a llevar a cabo un ataque victorioso); "La mirada de águila de un jefe natural" (PR, p. 91. Lo que indica una mirada de gran alcance y amplia perspectiva de la situación).

Metonimia: "*Mio Cid Ruy Díaz por Burgos entró, / en su compañía sessenta pendones*" (CMC, vv. 15-16); "Con las últimas incorporaciones, casi doscientas lanzas" (PR, p. 121); "El islam se ha hecho llevadero y poco riguroso" (PR, p. 195). Tanto en el caso de los pendones como en el de las lanzas, la relación consiste en aludir al instrumento por la persona que lo usa. En el caso del islam, se trata de una referencia a la religión en lugar de a los seguidores de la misma.

Sinécdoque: "*la cara del cavallo tornó a Santa María*" (CMC, v. 215); "Cuarenta y tres pares de riñones maltrechos iban a agradecerlo" (PR, p. 35); "[...] docenas de ojos lo miraban con respeto" (PR, p. 311). En estos casos, la relación que se establece es la de la parte por el todo.

Símbolo: "*A la exida de Bivar ovieron la corneja diestra / e entrando a Burgos oviéronla siniestra*" (CMC, vv. 11-12); "Un búho agitó las alas en un árbol cercano, fijos sus ojos de plata en Ruy Díaz. Buen agüero, pensó éste" (PR, p. 88); "Muy arriba, un águila solitaria planeaba majestuosa sobre el campo de batalla, volando hacia la derecha" (PR, p. 310).

Abunda la novela en técnicas efectistas en la que se destaca el zumbido de las moscas, como el de las abejas de la Eneida. Se adorna Sidi, personaje central, con cualidades de la *pietas* y la *humanitas* griegas. Se diferencian bien, sin ruptura, las cuatro partes de la novela. Se cuenta una historia originada hace muchos siglos y perfectamente comprensible al adaptarla

con otros ropajes literarios y mirada desde la distancia, sin establecer un juicio moral y con final “inacabado”. Un final abierto que el lector puede cerrar con el conocimiento de la historia, dado que esta novela sidiana se da por concluida: PR ha dicho que no habrá segunda parte de Sidi. La acción de la novela, que al lector se le antoja tan efímera en la lectura, se dilata y apunta hacia atrás en la memoria de Sidi. PR narra con absoluta libertad, desde una distancia de objetividad, pero desde la mente sidiana que envuelve el relato, con ese estilo tan suyo, impactante y atrayente. Con él se olvidan los modelos historiográficos (literarios e históricos) y presenta, a su modo y manera, con originalidad revertiana, a un personaje histórico muy juzgado, a quien el novelista concibe como padre que no juzga y a quien de nuevo resucita a una nueva vida que cada cual amamantará como considere. *Sidi*, obviamente, parte de la tradición literaria de la figura de Rodrigo Díaz, pero llega a deconstruirla para reconstruir un personaje distinto con la arcilla particular de los materiales histórico-literarios revertianos.

La creatividad historicista de *Sidi*

“Así en cuanto al don de la elocuencia, vemos que unos poseen soltura y prontitud, y tanta facilidad de palabra, según la llaman, que siempre están dispuestos; otros, más tardíos, nunca dicen nada sin haberlo elaborado y premeditado”

(Montaigne, *Ensayos*)

“Las películas se mueven deprisa, las palabras se mueven despacio...Se ponen palabras en las páginas para crear imágenes en la mente del lector”

(Auster en *palabras de Auster*)

“Ni siquiera la extrema fatiga lograba rendirlo del todo. Se despertaba en mitad de la noche, entumecido de cuerpo pero con la cabeza clara, llena de imágenes de cosas sucedidas o por suceder, de rostros detestados o queridos”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

Se reitera que el novelista tiene más libertad para relatar que el historiador. La ficción legítima y la historicidad literaria a la novela, de forma rotunda en la novelística de PR. De un novelista se espera calidad literaria y no rigor histórico: que invente, seleccione, altere, alterne, fusione, modifique o resuma hechos históricos y los pueda mezclar con creatividad, imaginación y fiabilidad. Construye PR a su gusto y criterio el personaje literario y la novela historiada. Novela basada en personajes y hechos reales, histórico-literarios, a los que añade otros inventados o recreados, con nombres propios reales creíbles, con perfiles físicos y psicológicos que cobran historicidad y sustentan el conjunto veraz y coherente de lo narrado. El novelista se ajusta en justa medida a lo que algunas fuentes de la época conservaron, pero su objetivo no es

establecer las coincidencias, si acaso, reinterpretarlas, adoptarlas y adaptarlas a su modo y manera, a superarlas y actualizarlas con la subjetividad literaria y el reconocible estilo del autor. A creer en la realidad histórica del relato de frontera que crea literariamente. Y lo consigue, ciertamente.

Ni en las obras literarias medievales, como tampoco en el *Sidi* revertiano, se busca la verdad absoluta, ni siquiera la verdad de lo narrado, porque la libertad del novelista es soberana, si bien las ficciones sidianas se concatenan a los hechos históricos haciéndose tan creíbles como ellos. Lo destacable es la credibilidad, la fiabilidad, el verismo y el realismo del relato, que está, como marca de autor, sobradamente conseguido. La historicidad es, en literatura, un medio o técnica narrativa, no un fin —como para el historiador—, lo que no excluye, al contrario, que se aluda y se confirmen sucesos reales y una información recreada con aroma histórico que se desprende de entre las líneas literarias. Quienes tengan interés pueden documentar las entretelas de la novela, la intrahistoria que se hace comprensible bajo la forma literaria en el fondo de la guerra fronteriza: la idea real de lo que pudo ser Ruy Díaz de Vivar, el personaje legendario narrado en su cotidianidad vital, en sus primeros años de destierro hasta la llegada de los almorávides, tan temidos, y a los que el Cid histórico resistiría en su señorío de Valencia.

Montaner aplica el principio aristotélico a las fuentes cidianas, que son consideradas productos literarios porque cantan o narran los sucesos, no como fueron sino como podrían haber sido. Y los autores medievales combinaban datos documentales con otros de la tradición oral, de sus propios recuerdos o de los de testigos. Algunas de las fuentes narrativas medievales comentadas introducen cartas y otros documentos cidianos (Panizo 2007: 121), supuestos, falsos o verdaderos que reflejan en primera persona el sentir y el pensar de los actores de la Historia. Esa mezcla, recreada a través de la mente y pluma revertianas, se pone en boca de los personajes

sidianos, quienes a su vez crean sus propios y breves discursos dialogados según convenga a la narración y estilo en cada momento. Los autores de las fuentes medievales cidianas no son meros redactores, sino auténticos literatos que ponen su arte al servicio de su personaje: *ad maiorem Roderici gloriam* (Montaner 2001: 60). Consideración que, matizada, puede aplicarse al original cronista revertiano que pone su arte literario al servicio del relato de frontera que narra, pero no para la exaltación glorificada de Rodrigo, sino para resucitarlo con una visión humanizada, antropológica, de una parte muy concreta de su vida. Un nuevo Rodrigo engendrado desde la óptica de un novelista del siglo XXI, buen conocedor de la Historia. Resultado revertiano: se goza y sufre con *Sidi*. En constante tensión narrativa, el desarrollo de la novela provoca sonrisas, conmueve el corazón, enseña historia y literatura y proyecta unos valores que en esta sociedad resultan, demasiadas veces, ajenos. La lealtad, el respeto, el honor, el valor, la profesionalidad, el deber, el esfuerzo, la solidaridad, la tolerancia, la compasión, son valores personales y colectivos encabalgados sobre unos acontecimientos históricos violentos, trágicos, crueles que, parte a parte de la novela, desencadenan causas y efectos literarios y emociones variadas. Valores éticos atemporales, universales, que debieran formar parte de la educación social, de la pedagogía política, del progreso entendido más allá del bienestar del cuerpo, del “ombliquismo” y de la vida material.

Como se verá, la historicidad de *Sidi* se transmite en la guerra, las costumbres, las medidas del tiempo y el espacio, los nombres de las personas, cosas y lugares, el paisaje, la indumentaria, el armamento, etc. En suma, la ambientación y escenografía narrativas precisas para que se pueda catalogar el relato de novela histórica, que simula la visión de una película o su guion previo al rodaje.

Los lenguajes en *Sidi*

“Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras. Y aconteció que cuando salieron de Oriente, hallaron una llanura en la tierra de Sinar y se establecieron allí... Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de la tierra. Y descendió Yahvé para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo Yahvé: He aquí el pueblo es uno, y todos estos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero”

(Génesis, 11, 1-6)

“Alabuakbar, gritaban los moros sacrificados, invocando a su dios...

—Sa-taaixu, sa-taaixu —les decía Minqya—. Viviréis, estad tranquilos, tranquilos... Nuestro jefe os perdona la vida. Aaixin... Viviréis”

(Pérez Reverte, *Sidi*)

Uno de los fundamentos historicistas de *Sidi* es el uso de las lenguas, hablas y voces del pasado empleadas en el siglo XI: latina vulgarizada y sus romances castellano y catalán junto al árabe o romance andalusí tan influyentes en nuestro léxico. El material sidiano, fluido en la mente de PR, lo expresa el escritor a través del lenguaje adecuado al perfil creado para cada personaje. Y utiliza en él arcaísmos y neologismos, arabismos, latinismos o romancismos que validan la historicidad literaria que crea con ellos. El lenguaje y el habla adecuados a cada personaje son el canal de comunicación que hace inteligible la narrativa, la trama argumental y dotan de gran

originalidad el relato. Combina PR un lenguaje instintivo –primitivo, inarticulado, gestual, onomatopéyico y fónico– junto a otro articulado y consciente, concreto e intencionado, creativo en fin, porque desarrolla y mezcla todos sabiamente con juegos irónicos y poéticos, mímicos, adecuándolos a la personalidad del personaje. La definida voz medieval de los personajes permite al novelista distanciarse de sus protagonistas, que hablan directamente en primera persona a través de sus jergas. Clave del estilo historicista de la novela, los personajes conversan “en habla fronteriza hecha de castellano, latín, árabe y lengua de los francos” (p. 276), que se dosifica en los diálogos revertianos. Es un rasgo incontestable de historicidad el uso de los dialectos vigentes en la época. Una estrategia narrativa culta, fecunda y pedagógica. También esencial en el aroma lingüístico medieval, es la función del léxico, el vocabulario arcaizante con que evoca *Sidi* su mundo, el nombre de las cosas a las que corresponden las palabras que comunican con el pasado, con el mundo de Sidi, con los términos en que se expresaban y los objetos con que se relacionaron aquellos hombres de finales del siglo XI en las tierras convergentes de frontera.

Los recursos literarios, el lenguaje narrativo e historicista y el estilo técnico de *Sidi* actualizan y permiten visualizar algunos hechos de armas protagonizados por un grupo de guerreros profesionales de la frontera capitaneados por Sidi. Como ha expuesto Franchisena de Lezama (2020:103) respecto a la narrativa de PR, y aplicable a *Sidi*:

“...el narrador recurre a técnicas y procedimientos que permiten conocer en profundidad a los personajes, aunque evita descripciones largas e intercala diálogos –atentos al registro lingüístico de los personajes– que aceleran el ritmo, dramatizan el texto y son muy elocuentes pues dicen, también, lo que se calla”.

El lenguaje novelado e inconfundiblemente revertiano en la prosa sidiana, es un homenaje a aquél viejo cantar épico y a los romances populares versificados para ser cantados o recitados. La originalidad del autor transforma toda la materia que toca en una activa prosa narrativa y que, en esta novela, emplea, adapta y adopta ciertas fórmulas épico-medievales: por ejemplo, el verbo decir, ver y oír en la novela se transforma en escenas con recuerdos, diálogos, sutiles descripciones y sonidos. También las entradas en primera persona de los personajes de los cantares y romances, las exclamaciones, fórmulas de saludo, descripción del lugar, síntomas anímicos, variaciones en los tiempos verbales (Lozano 1988: 42-48), según se recuerde el pasado para pasar al presente del personaje, se encuentran modificadas por PR para otorgar espontaneidad y viveza al relato. PR las utiliza magistralmente y las acomoda con versatilidad.

Este lenguaje medieval variopinto, de potentes documentos lingüísticos de lenguas maternas (romance castellano, romance andalusí, latín vulgar, catalán antiguo, vocabulario histórico temático) enhebra el relato de vitalidad y verismo y dota a la novela de uno de sus rasgos estilísticos. En *Sidi* afloran ciertas características de la mentalidad medieval, eminentemente teocéntrica, que Ruy Díaz atempera con ironía, y donde fluye lo profano con el íntimo sentimiento religioso y la superstición con la religiosidad. En gran manera también la novela revertiana desprende cierta pedagogía pragmática que aborda la humanidad e inhumanidad de la guerra para que el receptor comprenda la condición atemporal de la especie humana y valore y juzgue en consecuencia. PR aúna la acumulación intelectual que le distingue, los recuerdos de las innúmeras experiencias bélicas de las que fue testigo y el conocimiento histórico-literario medieval, mezclados todos en su coctelera de imaginación racional y razonada. Fruto de ello es el mestizaje cultural que asoma en la novela, en un tiempo histórico donde cristianos, musulmanes y judíos coexistieron,

aun con relativa tolerancia, en el fragmentado espacio hispánico del siglo XI. Cruce de culturas en la frontera que se expresa a través de algunos de sus protagonistas, que usan palabras en árabe andalusí, viejos latines y una jerga mixta, híbrida, bilingüe, básica y puntual para entenderse. Voces efectistas de un lenguaje sonoro que resuenan en algunos diálogos con expresiones alternadas (a modo de jarcha prosificada) en castellano y árabe. Recuérdese que la superioridad cultural islámica penetró en al-Ándalus permitiendo la diglosia o bilingüismo árabe y romance hasta imponerse el primero por razones políticas y demográficas. Lengua árabe dialectal que introdujo en el castellano gran cantidad de arabismos. PR destaca la realidad de ese bilingüismo que el novelista contextualiza y traduce hábilmente en los diálogos para que el lector pueda entender. Un ejemplo representativo de entre los muchos que se contemplan y oyen en el relato:

- “*Yauga? –pregunto al herido– ¿Duele?*
- No contestó el moro, que se limitó a apretar los labios.*
- *Antum morabítin? (...)*
- *Yyeh –afirmó entre dientes–.*
- *Tiqalam ar-romía?... (p. 65)*
- (...)*
- *Assalam aleikun, rais Yaqub.*
- *Aleikum salam, Sidi.*
- *Creo que hablas la lengua de Castilla.*
- *Si” (p. 167)*

Musulmanes y cristianos se comunican entre ellos en sus distintas jergas que se intercalan y oyen en el relato (la andalusí se registra fonéticamente) en los rezos, invocaciones, saludos, recitaciones, jaculatorias y letanías correspondientes a: “La paz sea contigo”, “contigo sea la paz”, “no hay más Dios que Alá” (la *sadaqa* o profesión de fe islámica), “Padre Nuestro”;

“si Dios quiere”; “así sea”, “amén”; “por voluntad de Alá”; “alabado sea”; “Alá es lo más grande...”; o el grito de guerra musulmán “con ayuda de Alá”, contrapuesto al “Santiago” cristiano; el nombre arabizado de Ruy Díaz (el campeador cristiano o el señor que batalla: p. 167) y, también, los insultos a su persona (“Rodrigo el maldito”, “el perro enemigo”, “el perro cristiano”, “el azote de creyentes”: p. 148). Un nivel básico de árabe dialectal que permite entenderse a Sidi con los musulmanes que encuentra en el relato, aunque a veces los gestos sean tan elocuentes que no necesiten palabras. Ruy, como frontero que es, muestra ciertos conocimientos de la lengua árabe y de la religión islámica, o emplea algún catalanismo (*rex de rex*), y especialmente para dirigirse por su nombre al conde de Barcelona: *Remont* por Ramón, que en realidad es el patronímico que remite al nombre de su padre, al linaje de la casa condal.

Sidi está contada alternando lo impersonal de la tercera persona con el presente narrativo en primera persona y, como en los romances y cantares, se combina la narración y el diálogo, a través de los cuales PR elabora textos dialogados combinados con textos escenificados. Se alternan y concentran éstos desenvolviendo el hilo narrativo que enlaza, conecta y suma los fragmentos y las partes de la estructura del relato. El estilo narrativo instala en la mente del lector el desarrollo de los acontecimientos mezclando pasado (recordados por el personaje/s) y presente del protagonista en el relato. Es una forma ágil de colocar, a través de la memoria sidiana, en una situación real al público, que es testigo de lo recordado y contado, aunque aquél no conozca con claridad ni precisión las referencias de sucesos históricos que piensa o habla Ruy Díaz. De ahí la posible indagación historiográfica de los medievalistas de la historia o/y la literatura. Y por ello, este ensayo sidiano. La mente revertiana genera escenas de gran dramatismo expresivo, detalladas como si se estuviera viendo leyendo una película. Y como los juglares y escritores de la

época que memorizaron y relataron (intercalando leyendas y documentos falsos) la vida de Rodrigo Díaz, el novelista, libre de loriga, añade e inventa lo que considera adecuado para dar firmeza y credibilidad a lo narrado. PR acerca al lejano Medioevo hispano a quien lee *Sidi*, pues recoge la tradición oral y escrita, épica e historiográfica, acumulada desde el siglo XI. Y lo hace con un vivo y real fondo paisajístico y toponímico, con la geografía sidiana, con el conocimiento del terreno que holló el Cid, pilar del verismo que rezuma la novela, y con una terminología que en boca de los personajes nos remonta a la diversidad de lenguajes y hablas del siglo XI. Destellos lingüísticos y vocabulario tan ágiles que no necesitan mucha explicación de su significado: bien insertados en la narrativa se comprenden con acierto, aunque en ciertos casos hay que recurrir al diccionario: en anexo se seleccionan lo que dicen las palabras sidianas. Muy ilustrativos de la pátina historicista del relato son los dialectos utilizados por los personajes, que se corresponden con las jergas particulares en un mundo intercultural donde se arabizaba el romance, se catalanizaba el castellano, se vulgarizaba el latín. Este tema, meramente apuntado, se aparca, porque el escritor lo resuelve traducido para la comprensión lectora.

Una novela intensa y breve, impresionista, expresionista e hiperrealista a la vez, de gran verismo por la capacidad de humanizar a cada personaje con tintes irónicos, cómicos, caricaturescos, que extraen sonrisas; perfiles psicológicos que caracterizan e individualizan a Sidi y a sus hombres inmersos en algunas escenas crudas que estremecen el espíritu. Un nuevo modelo narrativo “cinematográfico” de contar la asombrosa vida bélica de un personaje legendario que en *Sidi* se nos hace real, casi familiar, como si ya se le conociera.

La definición de Rico empleada para distinguir las diferentes perspectivas de enfoque entre el *Cantar de Mio Cid* y el *Linaje de Rodrigo Díaz* (CMC 1998: XXXII), puede aplicarse ahora a *Sidi* y a la voz que lo humaniza en la mente

revertiana y que nos guía hacia él: al creador y a sus personajes. Un PR reconvertido ahora en Sidi, en un “juglar de frontera” abanderado por su lenguaje. La ironía dramática, amarga o socarrona, fundamenta la gran cantidad de diálogos (como en el CMC) del relato revertiano, con elementos lingüísticos del romance andalusí, de arabismos, latinismos, catalanismos, que le dan la pátina medieval al relato y gran verosimilitud lingüística con la que se escuchan las hablas de los personajes sidianos: bilingüismo de la época sidiana que es fruto del contacto socio-cultural de las fronteras andalusíes y cristianas. Se adereza la novela con sabroso vocabulario de la guerra, de la indumentaria, de palabras cotidianas medievales, hoy en desuso en España, pero que comprenden el rico e inmenso caudal histórico de una lengua hablada por casi 500 millones de personas en 21 países (VV.AA 2021), y a la que parte de los españoles han renunciado y parecen dispuestos a renunciar con la aquiescencia de algunos gobernantes políticos. Un bagaje histórico-lingüístico y lexicográfico que trufa el relato *Sidi* con los sonidos de la guerra: con el mortal “tunc, tunc” que produce el hierro entrando en la carne del enemigo y que penetra en el oído del lector.

El caballero don Arturo con la brillante pluma de su espada hace magia con las palabras, recupera hablas del pasado y forja una novela histórica moderna que otorga a Ruy Díaz, ya más conocido por Sidi, una seña de identidad acaudillada a la manera revertiana.

III - CONTENIDO TEMÁTICO DE *SIDI*

“Si los ocupamos (los espíritus) en un asunto determinado que los refrene y oblique, se lanzan en desorden, a diestro y siniestro, por el vago campo de las imaginaciones”

(Montaigne, *Ensayos*)

“La guerra era el país de los hombres solos”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

“Ni siquiera es heroísmo, camarada Patricia. La misma persona puede luchar como una fiera y media hora después correr despavorida como una liebre. Los héroes no existen”

(Pérez-Reverte, *Línea de Fuego*)

PR ha repetido muchas veces que admira la lealtad, el valor, la amistad..., cualidades con que adorna a Sidi. Una de las características de la novela es prácticamente la ausencia de referencias cronológicas históricas directas, porque en realidad su esencia es la comprensión de una historia “atemporal” que muestra la guerra como tema universal, el enfrentamiento por el poder, la sociedad confrontada por las complejas relaciones entre los poderes políticos y las guerras resultantes por mantenerlo o agrandarlo con alianzas cambiantes que, en cualquier tiempo y lugar, se someten a volubles conveniencias, como se refleja en *Sidi* en el clima bélico de las fronteras peninsulares de la segunda mitad del siglo XI. El tema envolvente del relato es la explicación de la guerra de fronteras en torno a la madurez de la vida de Sidi, en los años históricamente acotados en su primer destierro, que se inició hacia 1080. La memoria bélica de Ruy Díaz permite integrar los acontecimientos de su pasado histórico y de su presente literario en su tiempo y espacio.

La guerra *sidiana*

*“Aquel infanzón castellano no veía, al mirar en torno,
lo que mismo que los otros. Sus ojos eran la guerra”*

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

“Y para la mayoría su principal ideología es seguir vivos. Ni siquiera el heroísmo es bello. Lo peor de la guerra son los hombres, y lo mejor también los hombres. Y la noche y la guerra, en su breve y engañosa calma, concedan un aliento de vida. Dios ayuda a los malos cuando son más que los buenos. Nada hay más quieto que los muertos”

(Pérez-Reverte, *Línea de fuego*)

La guerra es un fenómeno antropológico, universal: el pasmo de una sociedad obligada a entender y reaccionar ante los conflictos de una determinada cultura o poder. La denominada “nueva historia militar” ha abordado junto a la tradicional descripción de batallas otros muchos elementos que PR aborda literariamente con sello universal. La evolución de las formas de hacer la guerra han variado a lo largo de la historia de la humanidad en función de los componentes ideológicos, políticos, sociales y económicos, entre los que se encuentran los aspectos técnicos y sus derivados: estrategia, logística, entrenamiento, composición del ejército, armas, tácticas y formas de combate, número de combatientes, indumentaria, además de motivaciones ideológicas o consecuencias ético-sociales. PR ha sido testigo de muchas guerras (en África, Europa y América) y es un estudioso de la historia bélica que se contiene en su novelística, como en las últimas de *Sidi* y *Línea de Fuego*, y la recién *El italiano*: una historia de amor, mar y guerra, ambientada en la Segunda Guerra Mundial, en los años 1942 y 1943, que se desarrolla en Gibraltar y la bahía de Algeciras y se basa en hechos reales (Arturo Pérez-Reverte,

ZENDALIBROS.COM, 10 de junio de 2021). La guerra es la protagonista y con idóneos recursos literarios y técnicas narrativas la dota de “presentismo” en este relato literario que personifica Ruy Díaz, a quien PR disecciona, inmerso en ella, desde una perspectiva de antropología cultural.

Una historia bélica de señores de fronteras bien documentada, literaria, revertiana, de bello estilo y musicalidad narrativa que se siente en la guerra “chica” de la cabalgada, en la “guerra guerreada” en la frontera, en la batalla campal que enfrenta a dos bloques de fuerzas en contienda. La guerra, al margen de su tipología, se convierte en sujeto y objeto de la novela, en el tema central del argumento, consustancial al personaje que la lidera y a los personajes que la secundan en su tiempo, medio geográfico, cultural y mental. La guerra medieval peninsular se aureoló, a partir de finales del siglo XI, cuando termina la novela, de las pertinentes connotaciones ideológicas de *yihad* y cruzada. En *Sidi* son los morabíes los activistas de la *yihad*, mientras que la Primera Cruzada, organizada por el papa Gregorio VII en 1095, se anuncia escuetamente: “El papa Gregorio, por ejemplo, anda alentando una expedición militar para devolver Tierra Santa a la cristiandad” (p. 124). Bajo las ideologías respectivas («guerra santa» o «guerra justa») subyacieron otras motivaciones materiales, más humanas, que se imponen y se desprenden de las fuentes: la ambición de poder y los conflictos políticos por el territorio, que se resolvían a golpe de espada. Los mercenarios de la guerra de frontera son un claro ejemplo: hubo combatientes cristianos en ejércitos musulmanes y viceversa, como bien muestra el relato revertiano. En esta biografía coral de hombres duros, bizarros de la guerra de frontera, queda bien clarificada la mezcolanza aludida a través de las hablas particulares, el armamento y la indumentaria de la época, la práctica guerrera como oficio profesional que tenía sus propios recursos y objetivos: la negociación, el botín y el rescate como motivación material,

el asedio y la guerra campal para modificar la frontera. Los actores de la práctica guerrera son el grupo de mercenarios liderados por Sidi en medio de reyes musulmanes y cristianos que entran en conflicto y legitiman sus acciones bélicas. Las acciones bélicas y sus preparativos se desarrollan en unos concretos e intrincados escenarios geopolíticos, testigos de los desastres de una guerra fronteriza a varias bandas, compuestas por aliados de ambas religiones en cada una de ellas, con las derivadas relaciones políticas (guerra abierta, paz, tregua y diplomacia) establecidas en esos remotos intersticios de la frontera del Duero y el Ebro, interpuestos entre los reinos de Castilla, Aragón, condados orientales y taifas.

Una forma profesional de hacer la guerra en que la caballería prevalece sobre la necesaria infantería. Guerra mantenida por reglas y costumbres al uso que se aplicaban en la resolución de los conflictos bélicos. En el relato revertiano se hacen visibles los procedimientos, mecanismos y estrategias de la guerra, los vínculos de solidaridad o enemistad establecidos entre hombres cristianos y musulmanes –juntos pero no revueltos, salvo en el campo de batalla–, los emblemas y distintivos bélicos de cada hueste, las personalidades individuales y colectivas y, de fondo, las peculiaridades físicas, sociales y económicas del mundo de esa frontera “tierra de nadie”, inhóspita y peligrosa, pero con circulación y flujos de personas y bienes. Una azarosa, arriesgada, sorpresiva y vulnerable vida en la frontera que se presiente y a la que se asoman algunos personajes secundarios de “gente corriente” que sufrieron la miseria, la devastación, el miedo y el cautiverio. Esa sociedad invisible y ajena que mantuvo las cicatrices de las contiendas mantenidas por otros.

Como bien se subraya en la novela, hubo mercenarios de las dos religiones, cristianos y musulmanes, dispuestos a servir militarmente a quien le pagase bien. No había escrúpulos de fe para ello, aunque sí identidades de creencias. Cada cual rezaba a su dios, aunque a la hora de la guerra todos eran uno

para enfrentarse al contrario. Soldados mercenarios y creyentes, hombres que vivían de y para la guerra como medio de vida y al tanto de las rivalidades internas y de las alianzas y oposiciones que enfrentaban a reyes musulmanes o a soberanos cristianos. Una vida dura, vocacional, de amor al oficio y a las compensaciones económicas: “Eran hombres de fiar, pero se les veía sucios, fatigados de cabalgar sin que eso acabara nunca. No los desgastaba tanto el combate como la rutina” (p. 28). Profesionales preparados, hechos a las fatigas del duro oficio, al frío y al hambre, al calor y la lluvia, impacientes por luchar, con bravura y tensión en la lucha, hastiados y fatigados tras combatir, disciplinados y aburridos a la espera de combate, acampados sobre un campamento improvisado, acostumbrados a la intemperie y a dormir en “una manta sobre el jergón de paja bajo la tienda de campaña” (p. 128). Siempre concienciados de la posibilidad de morir, se preparan religiosamente antes de entrar en combate (pp. 62 y 101). Hombres a veces nostálgicos del hogar y la familia, siempre hombres duros en soledad: “La guerra era el país de los hombres solos” (p. 131)²⁰. Hombres sabedores de que la guerra de frontera facilitaba la promoción social de villano a caballero, si se demostraba ser buen profesional: el honor y la fama eran la divisa del guerrero y la soldada la supervivencia del mercenario. La hueste sidiana combate al grito de “Santiago” o de “Castilla y Santiago” (p. 315), como en el Cantar: “Los moros llaman –¡Mafómat!– e los cristianos, ¡Santi Yagüe!” (CMC1998: 145). Voz bélica revertiana que añade junto al citado apóstol, luego patrón de España, el reino de Castilla, el reino musulmán de Zaragoza, al que sirve como mercenario (p. 326). Tres nombres conjuntos por los que combate Sidi sin contradicción: su tierra de nacimiento, su identidad religiosa y su señor musulmán, pues no son

²⁰Hasta tiempos muy recientes la guerra fue un mundo exclusivo para hombres: las mujeres medievales quedaron en casa o fueron objeto de botín o satisficieron sexualmente como mercenarias de su cuerpo a los guerreros.

incompatibles la vocación (obligación militar) con la devoción (origen y cultura). Desde la abstracción providencialista y meta-histórica, de la que Sidi duda, se recurre como valedor al apóstol Santiago para dirimir las acciones bélicas. Su credo es su fuerza y táctica militar, y el grito de guerra es un símbolo religioso que usa para animar u orientar a su hueste. Además, el Apóstol, figura del cristianismo hispano, no predicó en la Península, pero eso no impidió que se le inventara en el siglo IX provechosa sepultura a su nombre. Nombre de un largo Camino desde Europa y a Europa, que europeizó la sociedad hispana, es actualmente muy visitado por viajeros, peregrinos y turistas.

Sidi planifica bien sus acciones bélicas, las piensa como si jugara al ajedrez, el juego de las élites musulmanas y cristianas de la época, y del novelista. Aventajado estratega que conoce bien las distintas maneras de hacer la guerra, Ruy la piensa bien antes: prevé y previene diferentes situaciones y usa –según la condición del terreno, el número y tipo de combatientes y armas– la táctica más apropiada. Lo usual en el siglo XI fue la guerra de desgaste, el asalto por sorpresa y la cabalgada la acción ofensiva más frecuente. La cabalgada es una “guerra chica”, a veces como reacción a una previa del enemigo. En ella se utiliza la técnica de seguir el rastro a los cabalgadores para contraatacarlos por sorpresa, tal como se narra en la novela al perseguir Ruy y su gente a un grupo de musulmanes morabíes que había realizado una aceifa en tierras sorianas. Los burgueses del ficticio “Agorbe” se vengarían así de esa feroz entrada contratando al Cid y sus hombres, a quienes les pagarían, como en el CMC, en función del número de cabezas cortadas de moros: “Poned hierros a los agarenos, degollad a los morabíes y cortad las cabezas de todos los muertos... Metedlas en sacos. Las llevaremos a Agorbe...” (p. 113), aunque fue más frecuente que se cortaran orejas o narices. Además, los cabalgadores obtendrían beneficios procedentes de parte del botín requisado (mujeres, esclavos y ganado,

prendas de vestir, monedas, caballos y sillas (p. 63, p. 83). La cabalgada medieval no fue una lucha frontal o batalla campal, pero necesitó de experiencia y tuvo una forma precisa de efectuarla: conocimiento y exploración del terreno, seguimiento del rastro enemigo, emboscada silenciosa por sorpresa, asalto con nocturnidad, sigilo para atacar al adversario desprevenido, por lo que se empleó la táctica de poner trapos (los murcianos herraduras de esparto, Martínez 2009) en los cascos de los caballos para que no hicieran ruido (p. 57) y rapidez en el ataque (Martínez 1986). Pero antes de infiltrarse en tierra enemiga, los sidianos han medido las fuerzas del contrincante musulmán: Ruy ha observado los movimientos y la composición de la fuerza norteafricana (20 jinetes en la vanguardia y, el resto, custodiando el botín (unas 20 mujeres y niños) conseguido en la aceifa castellana. Es tras esa previsión potencial de la fuerza del contrincante que Ruy diseña el ataque dividiendo a su mesnada de 32 hombres en dos grupos comandados por él y por su brazo derecho Minaya, si bien realizan conjuntamente un solo embate. PR diferencia culturalmente entre musulmanes andalusíes y morabíes, ascéticos guerreros entrenados para la yihad fronteriza, similar a la preparación que en un *ribat* o rábita hicieron los almorávides (de donde procede su nombre) fanatizados que llegaron a la Península en 1086, después de finalizar el relato revertiano. Los morabíes revertianos son veloces jinetes bien distinguidos por su indumentaria (aljuba o túnica, turbante y rostro semivelado, que recuerda el atuendo bereber almorávide), el revertiano tatuaje “demoniaco” en el dorso de la mano con la estrella de cinco puntas y cabalgadura sobre estribos cortos, a la jineta, lo que les da gran agilidad y rapidez en el enfrentamiento. La licencia del escritor permite contemplar en su relato a morabíes como “yihadistas” almorávides, detestados por fieros y extraños al mundo andalusí. Crueles y violentos, a aquéllos sí los pasa Sidi sin piedad a cuchillo. Fueron también hombres del *ribat*

(morabíes), vinculados con Alá y la guerra santa, el germen del Imperio almorávide norteafricano, fundado por el emir Abd Allah Ibn Ibrahim hacia mediados del siglo XI, quien impuso una reforma rigurosa del islam malikí que confederó a las tribus bereberes del Sahara occidental bajo la bandera de la *yihad* (Boch Vila 1990: 53 y 62). La incorporación de combatientes bereberes en el ejército de los taifas es herencia del califato omeya, cuando el temible Almanzor hizo su reforma militar hacia finales del siglo X. Además, aunque no fue el caso de los hudíes de Zaragoza, algunos soberanos de taifas fueron de estirpe bereber, como el granadino Abd Allah. Fue a partir de 1086, cuando finaliza la novela, que comenzó la invasión almorávide que, desde el Magreb, unificó de nuevo al-Ándalus. Y a partir de entonces, cuando se produjo un gran contraste cultural, un choque de civilizaciones entre árabes y bereberes: los primeros, con estilo de vida andalusí refinado y relajado con los preceptos religiosos; los segundos, “morabíes” de más reciente arraigo que, como narra la novela, auxiliaron militarmente a las taifas para defenderse de los poderes cristianos o de sus vecinos gobernantes musulmanes de taifas. Tras la desaparición de los primeros reinos de taifas se impuso el austero y rigorista credo almorávide norteafricano y la ruptura de la tolerancia. En el relato se desprende una postura contra el fanatismo de cualquier signo: “Hay hombres cuya lealtad hacia ellos mismos, a lo que son o creen ser, los hace peligrosos” (p. 264).

Frente a la cabalgada, por el contrario, la guerra de conquista supuso la anexión territorial de fortalezas, lo que implicó previamente el asedio o el bloqueo de la población, caso de la conquista pactada de Toledo por Alfonso VI o la de Valencia por el Cid, que se rindió por hambre. Cuando se trató de una batalla campal o en campo abierto, más frecuente en tiempos del Cid que en siglos posteriores –excepción de Las Navas– se empleó la novedosa táctica de la carga de caballería, como bien precisa la novela. En la tercera parte de ésta, titulada

“La batalla”, la superioridad numérica de los enemigos combatientes es contrarrestada con la táctica frontal con que arremete la mesnada dirigida por Ruy, cifrada por PR en 1.500 combatientes, repartidos entre 500 caballeros y 1.000 peones, a los que suma el ejército zaragozano con 700 jinetes y 3.000 peones. Un total que PR ajusta en unos cuatro millares de combatientes (p. 287) componen el ejército sidiano que lucha denodadamente en Almenar frente a la más numerosa tropa enemiga de leridanos y barceloneses, que suman entre cinco y seis mil.

Batalla literaria que se inspira, recuérdese, en los testimonios de las cruentas batallas de Hastings (1066) entre normandos y anglosajones, ilustrada en el tapiz de Bayeux, y en la detallada de Las Navas (1212), donde Alfonso VIII y sus aliados derrotaron a los almohades, descrita por Jiménez de Rada en *De rebus Hispaniae*. El ejército sidiano, formado por miles de hombres (en Las Navas aún más numeroso, el almohade en torno a unos 120.000) constituye un bloque geométrico compacto, distribuido en cuatro cuerpos de caballería pesada con unos 600 hombres cada uno. Cuerpos organizados internamente en filas o líneas, ordenadas sucesivamente para realizar las cuatro cargas (cinco en Las Navas) o choque frontales dispuestos por Sidi. La fila de arqueros en vanguardia abre el combate, mientras la segunda línea con la caballería pesada reactiva el impacto, al que sucede la tercera carga y con la que las alas, a la derecha e izquierda de la sección central, envuelven al enemigo y lo atacan por los flancos. En la retaguardia, se prepara la cuarta carga de la gente del rey zaragozano por si es necesaria su entrada en combate. En la acción frente a frente, la caballería pesada cristiana es decisiva en la batalla (p. 144), donde se combina con el *tornafuye* musulmán: aparentar que se huye para retornar al campo de batalla. Táctica fundamental para la victoria de la milicia mixta zaragozana, la del bando de Sidi. Para ello se entrenan combinando la fuerza conjunta de mercenarios andalusíes y

cristianos, dirigida por el arte militar de Ruy. Esta planificación y estrategia del choque campal, al que favorece un lugar llano, es sentida en el relato revertiano, donde se elimina la acendrada idea de que la guerra fue un enfrentamiento anárquico en el que chocaba, sin orden ni concierto, una masa informe de combatientes (Alvira 2012; García Fitz 2019: 260-262). La caballería pesada cristiana, característica de la época, tuvo efectos sonados en las contiendas por la táctica de la carga y la maniobrabilidad del jinete, aunque supuso gran riesgo mantener su estabilidad sobre el caballo, y se aseguró con silla alta y estribos largos. Si el caballero era derribado la pesada indumentaria le impedía agilidad de movimiento. Los hombres de Sidi se visten como corresponde a la época: con cota de mallas, casco, escudo, lanza larga, espada, estribos largos y arzón alto sobre caballos almohazados. Y se distinguen por las divisas de las banderas que portan y sus colores son la seña de identidad de cada grupo: Sidi individualiza a su hueste con un estandarte con banda roja en diagonal sobre fondo verde, inspirado en los colores de la bandera de Vivar, y por sus caballos “rebautizados” Cenceño (para marcha) y Persevante (para guerra) (pp. 100-101). Nombres apócrifos, si bien el “verdadero” Babieca es comprado por el Sidi revertiano a un musulmán para enfrentarse con él en la batalla de Almenar (p. 209). Ruy domina y quiere a sus caballos, los animales comprenden lo que su dueño requiere y se dejan manejar con nobleza, orgullo y afecto.

Las reglas de la guerra no pueden conculcarse o se aplica la justicia correspondiente. En la guerra revertiana no hay pecado, sino conciencia del honor y el buen hacer del oficio. Conmovedora resulta la dolorosa escena en la que Sidi, ejemplarizante, condena a muerte a su pariente Tuello Luengo porque había matado a un moro del ejército zaragozano que, antes, le había escupido. Misericordioso Sidi, le da un narcótico opiáceo para anestesiarse, primero, el dolor de la amputación de las manos y, después, el de la horca (p. 184). La guerra era y

es cruel y violenta en cualesquiera de sus formas: primitivas y tradicionales, antiguas y modernas (nucleares, biológicas, víricas...).

La novela refleja, en perfecta escenificación literario-histórica, la acción de una batalla en campo abierto: en concreto la de Almenar, fortaleza situada a 20 km al noroeste de Lérida, en la vanguardia de la frontera de la taifa de Zaragoza, que tuvo lugar entre fines del verano y principios del otoño de 1082. Fortaleza leridana que reconquistó el rey aragonés Sancho Ramírez en 1093. Esa histórica batalla se funde con otra también histórica y más tardía: la de Tévar o Pinar de Tévar, donde en 1090 a Berenguer Ramón II “el Fratricida” lo derrotó el Cid. En el CMC no se relatan todas las acciones militares de Rodrigo, sino que se condensan en ese par de batallas mencionadas; algo más extensa es la narrativa bélica de la HR, aunque tampoco, como subrayó su anónimo autor, recoge toda la actividad bélica de Rodrigo. Mientras que en *Sidi*, como el novelista ha revelado, esas dos batallas se “alteran o funden entre sí según las necesidades de la narración”. Una licencia bien resuelta también por fidelidad a la cronología histórica, ya que el relato sidiano finaliza unos años antes de que se produjese la batalla de Tévar. La impresionante descripción de la batalla se recrea en parte, según confesión propia del autor, y de nuevo indicada por su importancia histórica y literaria, en la resolución de la trama, en las batallas de Hasting (1066) y de las Navas de Tolosa (1212). La primera inició la conquista normanda de Inglaterra al ser derrotado Harold II por el duque Guillermo de Aquitania, y la de las Navas representa el paradigma bélico frente a los almohades y está bien documentada en las fuentes (*Crónica latina de los reyes de Castilla* y *De Rebus Hispaniae*) y estudios medievales referidos. Sidi comanda a sus hombres junto a la milicia de la taifa zaragozana y batalla contra la tropa del gobernante leridano, aliada con el ejército del conde de Barcelona. La HR y el CMC presentan la misma visión y actitud

contra los morabíes y los “catalanes”, nombrados *francos* en las fuentes por su dependencia originaria del Imperio carolingio: y así medievalmente son nombrados en la novela.



*Escena de la muerte del rey Harold II en la batalla de Hastings.
Tapiz de Bayeux*

Sidi cuenta con sus hombres y con los de la mesnada de 400 lanzas al servicio del rey de Zaragoza, además del “estímulo o descanso del guerrero” que ofertan las mujerzuelas moras (p. 158). En esta última tesitura, Ruy refrena su virilidad para no mermar su imagen de líder (p. 131) con debilidades sexuales que conculcan su propia ética militar. La conyugal no es esencial: la infidelidad masculina se admite y justifica como pulsión en un mundo de hombres pensado para hombres.



Miniatura de Las Cantigas alfonsíes

La guerra como duro oficio en la frontera cristiano-musulmana del siglo XI es el *leit motiv* de la obra. Con Sidi se vive “la guerra del Ebro” en primera persona, se siente el riesgo, el peligro, se comprende la debilidad o fortaleza del personaje/s y sus antagonistas, la aventura y el oficio de vivir de la guerra de frontera. Un relato coral de “mosqueteros” medievales acaudillados por Sidi. La novela *Sidi*, como el propio PR ha escrito, es “su” Cid, el que al autor le ha interesado. Antes del comienzo de la novela, el autor advierte:

“*Sidi* es un relato de ficción donde, con la libertad del novelista, combino historia, leyenda e imaginación. He simplificado en lo posible la grafía de las expresiones en lengua árabe. Episodios reales como el destierro del Cid y batallas como las de Almenar y Pinar de Tébar se alteran o funden entre

sí según las necesidades de la narración. Eso ocurre también con los personajes históricos y los inventados. Hay muchos Ruy Díaz en la tradición española, y éste es el mío”.

El Sidi de PR es un Ruy desterrado e independiente o al servicio de reyes musulmanes, que vive de la guerra y para la guerra, que tiene una personalidad de liderazgo con valores éticos bien aquilatados por la experiencia y el conocimiento humano. La plasticidad del Sidi revertiano implica que el lector no tenga que poner mucha imaginación, porque PR crea con palabras y sonidos contundentes las imágenes de la guerra sidiana. La adversidad, la guerra une más que la consanguineidad. Sidi y sus hombres son un bloque hermanado, unido por el oficio y la ley no escrita: disciplinados bajo el liderazgo indiscutible de Rodrigo. La plástica narrativa se desenvuelve en escenas con decididos hombres en movimiento y el expresionismo naturalista de los personajes arman una novela cinematográfica: una moderna y particular novela de caballería leída en imágenes. Hay una frase que resume *Sidi*: “Sus ojos eran la guerra” (p. 127).



Óleo de Van Halen (Palacio del Senado, Madrid)

Los daños materiales y, sobre todo, humanos de la guerra fronteriza se evidencian en la más cruel y dura batalla campal entre profesionales, pero también en las razias devastadoras y sorprendentes donde la muerte se cruza. El veraz balance revertiano de lo que es una cabalgada: casi 40 prisioneros andalusíes y degüello a los norteafricanos (p. 113). La desolación en el lugar de la campaña, los campos quemados, el robo, el cautiverio, los abusos, son efectos de la guerra. En un pasaje literario, los morabíes violan y matan a una mujer, y su cuerpo desnudo es amortajado “por dos hombres casados” (p. 28), síntoma de respeto y preservación del cuerpo femenino de la miradas juveniles. La crueldad y la violencia se normalizan como en un ritual: cuerpos crucificados, cabezas cortadas o colgadas que simbolizan el éxito de la cabalgada. Ferocidad atemperada por cierta benevolencia de Sidi con un prisionero musulmán (p. 65). Ruy es justo y aplica la ley de la guerra: si no había rendición, saqueo y muerte a “los varones mayores de doce años... ¿Está claro?” (p. 242). En *Sidi* se oyen los sonidos de la guerra: las onomatopeyas del choque de las armas (tunc), los golpes de las espadas (clanc, clang), el ruido de las hachas (chas), de las saetas (zaaas) y las jabalinas (ziaang) en el fragor de la batalla (p. 110). Y el sonido del cuerno avisando de la retirada del combate. Lo que condensa el eco de esta obra es la profesionalidad excepcional del imponente y barbudo Sidi: “Aquel infanzón castellano no veía, al mirar en torno, lo mismo que veían otros. Sus ojos eran la guerra” (p. 126-127). Y el siempre recurrente sonido del “zumbido de las moscas” que rodea la muerte sidiana (p. 65).

Guerra que ocupa un tiempo de fidelidades cambiantes, de recelos y apoyos interesados en un mundo de luchas intestinas que favoreció finalmente a los poderes cristianos en un siglo políticamente tan complejo y que marcó el inicio de la expansión europea occidental.

Memoria bélica

“A nadie le cuadra menos ponerse a hablar sobre la memoria. En efecto, casi no reconozco raza alguna de ella en mí, y no creo que haya otra en el mundo tan extraordinaria en flaqueza... En efecto, hablo con más brevedad, pues el almacén de la memoria suele estar más provisto de materia que el de la invención... No sin razón se dice que si alguien no siente su memoria lo bastante firme, no debe meterse a mentiroso..., pues ¿qué memoria podría bastarles para recordar tantas formas distintas como han forjado en un mismo asunto?”

(Montaigne, *Ensayos*)

“Se quedaron callados, recordando”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

La memoria sidiana es la de un mundo masculino forjado en contiendas, luchas y guerras de diverso signo que salpican el relato. En la memoria masculina de Ruy apenas si hay recuerdos femeninos, salvo el de sus hijas y esposa. El honor para un profesional de la guerra es más importante que el amor. Y es en la incertidumbre de la guerra donde se obtiene o recupera aquél. Como en el CMC, el Sidi revertiano no tiene certezas sobre el futuro y confía en su hado. De su destierro sale victorioso y con el ímpetu suficiente para hacerse con el Levante, que queda en suspenso en la novela. Los sucesos históricos vividos por Ruy Díaz se rememoran en la memoria bélica sidiana que retrotrae en *flashbacks* sus pensamientos a las vivencias de su pasado: las desavenencias de los hermanos Sancho y Alfonso por el reparto territorial que hizo su padre, Fernando I (p. 33); la lucha entre los hermanos y la personalidad menos significativa del hermano menor, futuro Alfonso VI (p. 61); la venganza por la jura de Santa Gadea tras sufrir la “ira regia” del monarca y la enemistad con

el conde leonés García Ordóñez (p. 54); su años de mocedad y amistad con el primogénito, el heredero Sancho II, y sus primeras experiencias guerreras a su lado (p. 60). La memoria de Sidi está repleta de victorias y se expresa recordando las batallas de Graus en 1063 contra el rey Ramiro I de Aragón, hijo de Sancho III el Mayor de Navarra (p. 60 y 75); la lucha, a modo de singular ordalía, en 1067 contra “un sarraceno en Medinaceli, al cual no solo venció sino que mató” (HR 1999: 105) y su inmediata investidura como caballero y alférez (según la HR 1999: 104) de Sancho II; la campaña emprendida contra el rey al-Muqtadir de Zaragoza en 1066 (p. 60); la de Calahorra en 1067 contra el navarro Jimeno Garcés, “un pamplonés de los mejores, y lo venció” (HR 1999: 105), que se batió en duelo en representación de su señor —el rey navarro Sancho IV— frente a Rodrigo —que luchó en nombre de Sancho II— y cuya victoria le valió el nombre de *Campidoctor* (según el autor del CC 2001: 22-24); las palentinas batallas de Llantada (1068) y Golpejera, cerca de Carrión de los Condes (1072), en las que se enfrentaron los dos hermanos, Sancho y Alfonso; los asedios de Zaragoza, Coímbra y Zamora, donde fue asesinado Sancho II por Bellido Dolfos cuando pretendía arrebatar la ciudad, legendario señorío de su hermana Urraca; el desafío de Diego Ordóñez en el cerco de Zamora en 1072, cuando, según el romance, tras la muerte del monarca acabó con la vida de tres hijos del gobernador de la ciudad, Arias Gonzalo; la batalla de Cabra en 1079 contra los granadinos que, según el CC, hizo a Rodrigo célebre en toda España; las algaras contra los toledanos al servicio de Alfonso VI entre 1074 y 1079, antes del primer destierro del Cid (p. 38). La participación victoriosa en la batalla de Golpejera (1072) —donde derrotaron a los leoneses de Alfonso VI— y de la que ya “Casi diez años mediaban de todo aquello” (p. 129), sitúa el presente de Ruy Díaz en esa parte de la novela entre 1081 y 1082. Memoria indiciaria que permite incardinar cronológicamente los sucesos referidos del pasado y presente sidianos. De todos esos

recuerdos sale triunfador Sidi: apresa, hiere y mata a sus enemigos, que huyen atemorizados ante su valentía.

Ruy apenas si nombra de forma explícita a Alfonso VI, a quien pese a todo sigue sintiendo como su rey, si bien su esposa e hijas lo consideran un soberano vengativo (p. 53), causante de la separación familiar: según el CMC, Jimena y sus hijas quedaron en el monasterio de San Pedro de Cardena cuando el Cid parte al destierro (CMC 1998: 118-121). No obstante, la conciencia de la memoria sidiana establece irremediamente una comparativa fraterna entre ambos hermanos, Alfonso y Sancho, a favor de éste, a quien su corazón de amigo y militar añora. El rey Alfonso también aparece malparado en el CC y la HR, aunque en el relato revertiano la fidelidad al monarca no desfallece, pero conserva la nostalgia de su amado amigo el rey Sancho II, a quien acompañó cuando fue asesinado en el cerco de Zamora (p. 88). Y, por el contrario, el legendario juramento de Alfonso VI en Santa Gadea le asalta con inquietud, porque lo vincula con la venganza de su destierro (p. 54), que no fue la causa, como se explicó. Saborea Sidi en su memoria el humillante rechazo del conde de Barcelona Berenguer Ramón II cuando le ofreció sus servicios mercenarios antes de auxiliar al rey de Zaragoza, Mutamán (p. 138).

Vivos recuerdos históricos que surgen en la memoria novelada alternándose con el presente sidiano para fijar los hechos en el tiempo de la historia y en el de la literatura histórica. Y en el trasfondo memorístico, la heterogénea sociedad de y entre fronteras, en vecindad con cristianos y musulmanes, a veces en paz o con treguas temporales, casi siempre en “guerra de guerrillas” entre fronteras. Grupos humanos organizados para la defensa y asentados en enclaves fortificados a ambos lados de las líneas naturales que recorrían las cuencas del Duero y del Ebro. En medio de unos y de otros, en unas tierras despobladas e inseguras, casi de nadie, se encontraban vigilantes, al acecho y precavidas, vulnerables y temerosas familias de campesinos y burgueses, caballeros y

peones, dispuestos para la guerra por necesidad, vocación u obligación. A cambio de esa inseguridad, la sociedad en la franja cristiana estuvo menos sometida a la feudalidad impuesta por reyes, condes, señores, obispos y abades por las necesidades de repoblación de los inhóspitos espacios entre las fronteras. Aunque sea un trasfondo social menos perceptible en la novela, sí se personifica en Sidi al frontero con ese mayor espíritu de libertad tan característico de las denominadas sociedades de frontera (Martínez 1995). Una vida y un espíritu que se escritura en los fueros y cartas de población, en las tierras, castillos, villas y aldeas que recibieron las gentes fronterizas de sus señores los reyes, condes, obispos y abades. Una sociedad fronteriza cuya realidad se adivina en la novela, refugiada en granjas, aldeas y monasterios, villas y ciudades fortificadas de diferente rango, más o menos próximas o alejadas de las perturbadoras y peligrosas “líneas de fuego”. Tras ellas, reducidos grupos de personas se concentraron en castillos o aldehuelas escasamente pobladas y al amparo de algún muro o elemento natural para refugiarse, separados entre ellos por espacios naturales despoblados en la banda fronteriza. Todo un sistema de poblamiento defensivo cuyas gentes pagaron y sufrieron el coste y el precio de la guerra. Conscientes de que no eran siempre los otros los que morían. La novela da ejemplos de ello en la cabalgada: esclavos, mujeres, cuerpos crucificados.

Ideología guerrera

“La valentía —cuya acción consiste ejercerse solamente contra la resistencia— se detiene cuando ve al enemigo a su merced. Pero la pusilanimidad, para decir que también ella participa de la fiesta, incapaz de asumir el primer papel, toma por su parte el segundo, el de la matanza y la sangre”

(Montaigne, *Ensayos*)

*“Y en ningún tiempo y nación
jamás el pueblo ha sabido
separar lo que han fundido
la fe y la superstición.
Y es tan fácil de explicar,
tan claro de comprender
esto, que no es menester
más que ponerse á pensar”*

(Zorilla, *La leyenda del Cid*)

*“Las moscas, vencedoras de todos los combates,
empezaban a acudir en enjambres”*

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

En el tiempo histórico de *Sidi*, la guerra medieval no se legitima por motivaciones religiosas, pues lo que emergen son verdaderas razones políticas y territoriales, de poder, como se ha analizado. Es más, en el amplio espectro cronológico del avance conquistador entre los siglos XII y XIII, la instrumentalización ideológica, de propaganda belicista, yihad/cruzada como hecho diferencial de confrontación, siguió encerrando motivaciones materiales, de conquista y ampliación de fronteras. La guerra que representa el Cid/Sidi es una guerra de frontera y no, como se ha presentado tradicionalmente, una guerra de conquista territorial, sino de

afán de riqueza y poder, influencias y alianzas, de uniones subordinadas a la jerarquía política feudal. El botín es el objetivo de los profesionales de la guerra, conseguido hábilmente en las acciones bélicas al uno y otro lado de las líneas fronterizas. El Sidi revertiano tiene la ideología del valor y el oficio, pero no es sañudo ni cruel innecesariamente; mantiene sus propios códigos morales en el campo de batalla y los transmite a su mesnada. *Yihad* (guerra santa) y Cruzada (guerra justa) aparecieron casi de forma simultánea: la primera en 1086 con los almorávides y la segunda en 1095 en Clermont Ferrand, con sus respectivos gritos de “Con ayuda de Alá” o “Dios lo quiere”, cuyo rumor se adelanta en *Sidi* (p. 124). La ideología yihadista, restaurada por los almorávides y en la siguiente centuria por los almohades, se contraponen frente al desinterés belicista de los soberanos de taifas, que no guerrear en nombre de la religión sino por intereses políticos y parentales, como bien remarca la novela. Sin embargo, la sacralización de la guerra también permitió a soberanos de taifas, sobre todo a los Banu Hud de Zaragoza, obtener de ella autoridad y legitimidad (Albarrán 2020: 198). Pero el santo espíritu combativo, renacido y enarbolado por los norteafricanos, se impuso e impulsó el combate en campo de batalla contra los cristianos porque estaban en juego los territorios andalusíes; y los reyes de taifas, aliados con los cristianos, fueron vistos por los almorávides como enemigos de Alá por la relajación de los preceptos coránicos.

El simbolismo religioso de la guerra también se recoge en *Sidi* en las invocaciones a los protectores divinos que enjuician y sancionan la victoria o la derrota. O en los objetos litúrgicos que no se reparten tras el botín de la cabalgada sidiana, o en referencia a la cruz de un campanario, “cuando los moros se hacían con algo, era lo primero que tiraban abajo” (p. 14). Aunque en la novela la ideología *yihadista* o de cruzada no aparecen consolidadas como tales por la cronología histórica que articula el tiempo sidiano, ni tampoco porque la

violencia sacralizada lo es tanto para el periodo de taifas, sí se resalta, sin embargo, la idea providencialista de la Historia, coincidente en musulmanes y cristianos. El enfrentamiento o reto previo a la contienda entre un contrincante de cada bando se interpretó como “juicio de Dios” y la lucha campal se consideró providencial, un designio de cada dios que premiaba o castigaba a los mortales cuando concurrían en combate. Este juicio providencial, dirimido entre vencedores y vencidos, es puesto en tela de juicio por Sidi, quien antepone irónicamente la virtud del estratega y la audacia militar más que la mano divina. La idea neogótica de la recuperación de la “España perdida” en Guadalete por los visigodos, de quienes los reyes castellanoleonese se inventaron ser descendientes, puede evocarse en boca del belicoso Diego Ordóñez con los tópicos literarios: “por mis abuelos godos” (p. 49), en “cuatro siglos de guerrear contra los moros” (p. 81); “desde Covadonga”, cuando en 722, por primera vez “unos asnos salvajes” del norte, con Pelayo a la cabeza, derrotaron en una escaramuza a las fuerzas musulmanas. Desde la perspectiva ideológica se consideró en la historiografía tradicional como una lucha maniquea entre el Bien y el Mal: el politeísta (el cristiano y su incomprensible dogma trinitario) y el infiel maligno, musulmán; y a la inversa: “el otro” fue el enemigo en cada espejo. Para la ideología cristiana el enemigo fue el satánico infiel, sarraceno, agareno, moro, musulmán. El contrario, el diferente, representó en la ideología guerrera de las partes en lid el enemigo a exterminar. Ideología que no casa con la realidad histórica, como se contempla en *Sidi*: “Cuando era joven creía que matando moros se honraba a Dios” (p. 61). Y con la caracterizadora ironía sidiana, Ruy Díaz y sus gentes, “caídos del cielo”... “o del paraíso del Profeta”, ponen “providencialmente” su fuerza bélica en manos de Mutamán (p. 138).



Rey medieval y su hueste

En la ideología guerrera, previsible en las costumbres y relaciones políticas de vasallaje feudal, se recurrió al desafío (*riepto*), que responde a la institucionalización de una forma de guerra personal en la mentalidad feudal y en los códigos establecidos para la reparación de la ofensa. La recuperación del honor entre nobles enfrentados y la victoria simbólica de dos bandos contrarios se dirimía guerreando entre un representante de cada ejército, como refleja *Sidi* en un episodio previo a la batalla de Almenar (p. 282). La guerra que hacen los hombres sidianos tiene sus normas y prácticas, y su realidad se impregna mentalmente del hecho religioso y providencialista existente en ambas civilizaciones, como muestra con intensidad el relato revertiano: musulmanes y cristianos hacen

sus oraciones antes de combatir. El ser guerrero no se disocia del religioso, son guerreros creyentes en cualquier bando, más acendrado, si cabe, en el espíritu andalusí.

Las formas de guerrear difieren, pero la verdadera guerra cotidiana se extiende y se entiende, sobre todo, como una lucha a menor escala, una guerra por la guerra, localizada en los intersticios y resquicios de las bandas fronterizas, fluctuantes, imprecisas, visibilizadas por torreones, atalayas y castillos. La guerra era tenida como un peligroso oficio personal del que se obtenían beneficios, o bien como un deber feudal al servicio de un rey, conde o soberano musulmán. Con la experiencia y la madurez sidianas, la guerra es la guerra, sin color ni creencia: es un arte, un oficio, un mester que se ejecuta independientemente. La lucha por lo material (un pedazo de pan o una moneda de plata, el botín: p. 62) se plasma en el pragmatismo político que concretan los hechos militares, abstraídos del ideal espiritual (religioso) o político (“nación”).

El ruido de las armas da paso al triunfo del silencio de cuerpos inertes. Siempre vencedora en la guerra, la muerte galopa en el campo de combate: “*Tantos buenos cavallos sin sus dueños andar*”, recita el Cantar (CMC 1998: 145). El coste de vidas de la guerra lo preconiza el sueño de Ruy antes de la batalla: “se vio en un campo de batalla por el que cabalgaban caballos sin jinete” (p. 295). Un sueño que, pese a la victoria, se hace siempre realidad: “Maltrechos, cubiertos de heridas, chorreando sangre propia y ajena, desorbitados los ojos bajo los yelmos, teniéndose a duras penas en las sillas, galopaban entre caballos sin jinete que saltaban sobre los cuerpos caídos” (318).

Los hombres de *Sidi* y los personajes sidianos

“Cuenta la estoria que envió el Cid por todos su amigos e sus parientes e sus vasallos, e mostróles en cómo le mandava el rey salir de la tierra fasta nueve días. E díxoles: —Amigos, quiero saber de vós cuáles queredes ir comigo”

(Crónica de Castilla)

“Hombres barbudos y cubiertos de hierro...

El viento de la guerra entre los dientes”

(Pérez-Reverte, Sidi)

A PR le interesa novelar solamente la vida militar de Sidi antes de convertirse en señor de Valencia. Contrasta entre las fuentes medievales y la novela Sidi la información detallada que dan las primeras de los enemigos del Cid y no de las personas de su entorno. Al contrario que el novelista, que adecúa la personalidad de Sidi y de algunos de los iniciales 97 hombres que agrupó y le siguieron, una mesnada mayor que la formada por los 60 primeros soldados que acompañan al Cid del Cantar al destierro (CMC 1998: 105). Un grupo selecto de hombres entre quienes destacan algunos, y a quienes el escritor otorga identidad con nombres, procedencia, rasgos fisonómicos y psicológicos. Parte de los personajes revertianos están registrados en el Cantar, como: el conde García Ordóñez, enemigo del Cid a quien rememora en la novela; Alvar Fáñez, “Minaya”, emparentado con Ruy Díaz; el valiente Martín Antolínez; el abanderado Pedro Bermúdez; el conde de Barcelona (don Ramón), derrotado en Tévar y a quien le quita su espada Colada; o los judíos Raquel y Vidas, denominados en el relato Uriel y Eleazor, y el rey moro Avengalón, a quienes PR rebautiza con nueva identidad. Y con Sidi se quedan en la novela para siempre.

Hombres sidianos “sencillos, capaces de matar sin remordimientos y de morir como era debido” (p. 254). La mayoría burgaleses, un par de leoneses y un aragonés (p. 80), todos orgullosos de su oficio. Algunos bien reconocidos con sus nombres históricos; otros, personajes inventados. Todos igualmente reales, bizarros y alumbrados en el magín literario del autor, que completa el cuadro humano con la caracterización de sus principales aliados y enemigos, históricos algunos y otros de ficción veraz. Históricos o no, todos son ficticios, literariamente hablando. Sin embargo, como en el CMC –que se bifurca en algún momento hacia el protagonismo de Alvar Fáñez–, PR resalta la personalidad de este histórico personaje apodado Minaya (mi hermano) y lo convierte en coprotagonista de la novela. Puntualmente, el relato se salpica y vivifica con la resaltable importancia de otros personajes a quienes el escritor dedica momentos estelares al hilo de la narración. Los personajes revertianos aparecen bien caracterizados por algún rasgo fisionómico y psicológico definitorio. Y los hombres recios de *Sidi* aportan detalles realistas que reflejan la vida cotidiana del guerrero y los valores morales, los contrastes psicológicos, la diversidad de sus vidas pasadas y sus presentes para redondear la visión de conjunto de aquel mundo tan lejano que se torna real en la lectura de la novela. Una plástica coral y equilibrada de las acciones que ejecuta cada personaje, ajustadas según rango y función.

La novela se caracteriza por la prodigiosa ironía verbal de Ruy, tan burlona, que se combina, sin que se elimine, con el dramatismo de algunos episodios. El humor revertiano permite suavizar la tragedia de la guerra que encierra la novela. Hombres reales imaginados, hechos de perfiles psicológicos, físicos y morales diferentes, vulnerables todos, pero todos unidos también por la profesionalidad en la contienda, la disciplina de grupo y el respeto a la bien ganada autoridad de Sidi. Sus rasgos, palabras y conductas los visibilizan, tanto que casi pueden verse de frente actuando en la escena que le corresponde y donde

una selecta minoría adquiere protagonismo para reforzar el de Ruy. La agrupación de la mesnada del Cid en el Cantar va incrementado su número —de 60 a 115 caballeros y hasta 300 lanzas— (CMC 1998: 121 y 127), y en el relato se forja en un conjunto de guerreros decididos, nómadas de la guerra que acompañan con naturalidad y confianza a su líder: no emergen impuestos ni impostados y seducen sus individualidades, que se destacan por las acciones que protagonizan. Similitudes de grupo y divergencias personales en un colectivo de hombres que interiorizan y exteriorizan la guerra, que la entienden como un oficio, como acción de la realidad cotidiana de todos ellos, independientemente de sus propias características. Con cualidades y debilidades, instintivos y disciplinados en las reglas de la guerra, jóvenes y maduros, inquietos, creyentes y valientes aun con miedos y frustraciones, con violencia contenida o desatada atávicamente en la lucha, son fieles al liderazgo de Sidi: antihéroes, en fin, todos ellos. La literatura sensorial, real, viva, plásticamente revertiana, se revela en esa limitada sociedad guerrera de hombres sidianos que hieden a sudor, suciedad, estiércol de caballo, cuero ensebado y metal de armas (p. 81).

Tanto los anónimos autores de la HR y del CMC presentan entre los compañeros de Ruy a personajes coetáneos que cobran gran protagonismo en la novela. El compañerismo del grupo es tangible. En él destaca Alvar Fáñez, apodado “Minaya”, que no fue al destierro con el Cid, según el Cantar, pero sí desterrado junto a él en el relato revertiano, donde es relevante su figura de mano derecha, segundo, hombre de máxima confianza, consejero y “hermano” de Sidi. Tampoco otros personajes del CMC acompañaron a Ruy al destierro, si bien a algunos PR sí los integra en el relato formando parte del grupo, aun alterando algo sus nombres: Martín Antolínez, Pedro Bermúdez, Alvar Salvadórez, Alvar Álvarez, Félix Muñoz, Galín Barbués, por el Galín García del Cantar, y Muño García por el Muño Gustioz, “*que so criado fue*” en dicho poema, en referencia a que se trataba de un vasallo

directo que formaba parte del ámbito familiar del Cid (CMC 1998: 145). Y el contrapunto de la mesnada sidiana lo ejerce el “malo” Diego Ordoñez, instintivo y ansioso de violencia, antagonista de la contención y autodominio que personifica Sidi. Personajes fotografiados con el blanco y negro de las palabras que colorean las pinceladas revertianas: entre ellos se comunican como camaradas profesionales y obligan a entender el mundo sidiano que humanizan.

Se ha adjetivado y caracterizado la personalidad de Sidi y ahora se pasa a individualizar el papel que cobra el necesario colectivo de personajes “secundarios” que conforma sus hombres. Una galería de heteróclitos retratos abocetados que personalizan la identidad de grupo que forman los guerreros profesionales. Hombres de guerra que van con Sidi al destierro y son fieles y leales, orgullosos de formar la mesnada sidiana y compartir con él y a muerte la guerra. Le siguen por admiración y para ganarse el pan que ofrece la guerra de frontera. Soldados que forjan un vasallaje militar colectivo y anudan lazos entre ellos y el señor de la guerra, Sidi. Fieles seguidores de la estela militar sidiana, la recluta cuenta algunos parientes, expertos guerreros y otros no tanto, todos aventureros preparados para las lides que ampara la jefatura de Ruy. Hombres hermanados, valientes, confraternizados con derechos y deberes, que aceptan las leyes no escritas de la guerra, estoicos ante la adversidad, sabedores de que “La frontera es así” (p. 42). Y afrontan bizarramente la supervivencia en ese “territorio comanche” que les arroga la fuerza y el impulso de hacer bien su trabajo, obtener una ganancia y la satisfacción del deber cumplido venciendo al contrario junto al aclamado líder.

Destaca la novela que, por encima de la consideración de jefe de la hueste sidiana, se alza el respeto a la superior soberanía de Alfonso VI: el “señor natural” (así mencionado en el CMC) y a quien a Sidi une el vínculo de naturaleza, de “nación”, de nacimiento en el territorio gobernado por el monarca. Vínculo que prevalece sobre el extinto vasallaje

político al que estuvo sometido Ruy antes de su destierro. La expatriación convierte a Sidi en “apátrida” y en consecuencia no está obligado a mantener la fidelidad debida otrora. Es el vasallaje natural de Sidi hacia su rey que no quebranta el destierro. Una lealtad que obliga a sus hombres: “Alfonso VI me ha desterrado, y vosotros habéis elegido venir conmigo. Pero él sigue siendo mi rey, así como el vuestro...” (p. 82). Reconocimiento sidiano de la superioridad de Alfonso VI (p. 326) que se reitera en el relato y que se materializa en el hecho de reservarle el Cid, a pesar de estar desterrado, la quinta parte del botín, como en el Cantar, (CMC 1998: 127, 132-133). El reparto del botín de guerra emula la añeja tradición islámica del “quinto” (*jums*) o entrega de la quinta parte al califa o soberanos musulmanes. En la novela, Sidi, como mercenario de Mutamán, le reserva a éste su quinto, y el gobernante zaragozano acepta que otra parte se la dé al rey castellano (pp. 127 y 149). Costumbre que copiaron los monarcas de Castilla (García de Valdeavellano 1977: 609) y que en la Edad Moderna se trasladó al nuevo mundo americano.

Entre la paciente y disciplinada hueste sidiana hay sobrinos, parientes, convecinos, “gente de criazón vinculada al señorío de Vivar” (p. 22), amigos o simples profesionales de una pasta diferente que se unen para guerrear y obtener ganancia o/y que su nombre sea reconocido: “hombres sencillos y ásperos” (p. 243). Se relacionan a continuación algunos históricos personajes y otros creados por el novelista con nombres de la época:

Alvar (Álvaro) Fáñez o “Minaya”: la presencia de este personaje histórico (Alvar Háñez, muerto hacia 1114, CMC 1998: 102), que no acompañó al Cid al destierro, se registra, sin embargo, en el CMC emparentándolo como sobrino de Rodrigo. En el Cantar como en la novela tiene gran protagonismo, y en ambos actúa como consejero y lugarteniente del Cid/Sidi. Es reconocido en ambas fuentes

literarias con el sobrenombre de “Minaya”, “Minaya lo llamaban”, que significa mi hermano: el “mi” castellano más el *anai* vasco (CMC 1998: 128). Era amigo de la infancia de Ruy, su consejero y mano derecha (“Oid, Minaya, sodes mi diestro brazo”, CMC 1998: p. 149) o “segundo” (p. 16). Después de Sidi, era la máxima autoridad del grupo, y con Diego Ordóñez los únicos que lo tuteaban (p. 49), pues son los dos antiguos compañeros de batallas que conforman dos personajes históricos y antitéticos en el relato. Cicatrices de guerra y marcas de viruela en el rostro, el virus que infectó a la población europea masivamente en el siglo XVIII, pero conocido desde la Antigüedad, marcan los rasgos físicos del personaje (p. 75), que muestra su admiración, cariño y confianza hacia Ruy Díaz y que resume cuando le comenta: “Eres una leyenda” (p. 38). Y con razón, porque Sidi en vida ya había obtenido su reconocimiento en el campo de batalla, es campeonador. Alvar Fáñez es “el capitán ensombrecido por el mito del Campeonador, posible pariente suyo y presentado en el Cantar como un subalterno, como el «diestro brazo» del Cid” (Porrinas 2019: 120). Alvar Fáñez estuvo en 1086 en Valencia como fiel vasallo al servicio de Alfonso VI, protegiendo al soberano de la taifa al-Qadir, fecha en la que en la ficción revertiana acompaña a Ruy, tal como registran la HR y el CMC.

García Ordóñez, señor de Nájera, es uno de los magnates de la corte de Alfonso VI, que tenía malquerencia al Cid. En la batalla de Uclés en 1108, donde murió el único hijo varón de Alfonso VI, destacaron Alvar Fáñez y García Ordóñez, apodado “boca torcida” por Ibn Bassam en el siglo XII. En la novela sólo aparece fugazmente su recuerdo. Alvar Fañer, García Ordóñez y Pedro Ansúrez “formaron una suerte de triada de capitanes principales al servicio de Alfonso, los brazos ejecutores de sus planes hegemónicos” (Porrinas 2021: 121).

Alrededor de Sidi, una colección de personajes históricos y ficticios, todos literariamente revertianos, bien identificados con nombres, apellidos y acciones particulares, humanizan la novela: “Rudos en las formas, extraordinariamente complejos en instintos e intuiciones, eran guerreros y nunca habían pretendido ser otra cosa” (p. 243). La actuación de éstos la distribuye el novelista a lo largo de la trama resaltando con alguna particularidad su contribución a la misma.

Alvar (Álvaro) Salvadórez: personaje histórico, es un pariente de Rodrigo Díaz que aparece en el CMC emparejado con el otro Alvar Álvarez, debido a que tienen el mismo nombre de pila (CMC 1998:129). Es retratado por PR como joven y alto explorador que va siempre junto con el otro Álvaro (Alvar Ansúrez).

Alvar (Álvaro) Ansúrez: burgalés, valiente, de baja estatura, explorador del terreno del campo de batalla: “de esos guerreros tan hechos a la idea de vivir y morir temprano que les resultaba indiferente madrugar” (p. 267).

Diego Ordóñez: personaje histórico-legendario, antiguo vasallo de Sancho II, resucitado por PR. Lo presenta PR vengativo, fuerte, justiciero, suspicaz, cruel, sanguinario y receloso de Sidi, porque cree que Alfonso VI participó en la muerte de su hermano Sancho. Representante de la brutalidad más primitiva, Sidi lo “ata en corto” porque no se fía de su sangre caliente, de su instinto atávico y salvaje, de “mastín de presa”, y lo domeña bajo su liderazgo. Encarna la xenofobia racial y el patriotismo religioso más rancio. Burlón siempre y desconfiado, desdeña al contrario: es el contrapunto de su jefe, el prudente, disciplinado y sobrio Sidi. Experimentado como reconocido militar que fue de Sancho II, recuerda su adornado expediente bélico con memorables triunfos personales, como cuando en el cerco de Zamora aniquiló en desafío a tres de

los cuatro hijos de Arias Gonzalo (p. 51), gobernador de la villa, quien, según la tradición legendaria del *Cantar de Sancho II* (Alvar 1997: 271-273)²¹ y tras el regicidio en 1072, defendió el honor de la población, tras ser retado por Diego Ordóñez. Los hijos de Arias, Pedro, Diego y Fernando, según el antedicho *Cantar* reconstruido, se baten en duelo con Diego Ordóñez, gesta que recoge legendariaemente el *Romancero* (Depping 1844: 168-180). Personaje insensible al sufrimiento, no tiene piedad con el enemigo, máxime si es musulmán, a no ser por la intervención de Sidi (p. 66). Con barba y entrecejo espesos, fiero, bruto, “pura bestia de guerra”, con rasgos sádicos. Siente placer al cortar la cabeza al musulmán leridano que le desafió antes del comienzo de la batalla de Almenar, donde pierde una oreja (p. 323), aunque se compensa, orgulloso, con la veintena de orejas cortadas al enemigo en la batalla de Almenar (p. 341). Expresa su animadversión a los musulimes con desprecios insultantes y parodias: “hijos de la gran puta. De esa Agar, o como se llame” (p. 136), en referencia a la esclava de Abraham, patriarca y profeta admitido por el islam. “Sodomitas sarracenos” (p. 136), en alusión a la permisividad sexual islámica. “Me cago en Tariq y Muza... y en la laguna de la Janda” (p. 156), en referencia a los primeros conquistadores y a la histórica derrota visigoda de Guadalete de 711. Intolerante, arremete con insultos al contrario, fuese éste diferente por etnia, religión o bando político-militar: “puto judío”, “asesinos de Cristo” (p. 193), “francos sodomitas” (266), “sucios moros”, “sodomitas sarracenos” (136), “bujarrones moros” (313).

Diego Téllez: personaje histórico que intervino en la repoblación de Sepúlveda y personaje literario del CMC, torna a la vida en *Sidi*.

²¹ El *Cantar de Sancho II* es un cantar de gesta perdido y reconstruido a partir de su prosificación en la *Crónica Najerense* y en la *Primera Crónica General*.

Félez (Félix) Gormaz: sobrino de Ruy, hijo de su hermana. Originario de Vivar. Primo de Pedro Bermúdez, el sobrino tartajoso de Sidi. Tiene sus “momentos estelares”: presenta junto con Minaya una carta escrita en árabe (con el protocolo inicial de los textos de la época: *bismilá*) a Mutamán, rey de la taifa de Zaragoza. Es el encargado de llevar el cuerno de guerra, que toca para avisar de la retirada del campo de batalla de Almenar, pero muere en ella (p. 319).

Félez (Félix) Muñoz: personaje ficticio del CMC, como sobrino de Rodrigo Díaz recobra vida en el relato revertiano.

Fray Millán: capellán, secretario, cartógrafo de la hueste de Sidi. Nombre alusivo al eremita que dio nombre al monasterio de San Millán de la Cogolla (La Rioja), o también al pico más alto de las tierras de Burgos. El personaje es un docto y joven “fráter”: calvo, pecoso y de pelo rojo, apodado por este rasgo “El Bermejo”. Tiene significativa presencia en el relato: reza, confiesa, escribe y cartografía el mapa de guerra sidiano, e incluso toma la ballesta en la cabalgada (p. 41), cual si fuese un miembro de las todavía no nacidas Órdenes militares. Es posible que el novelista, según se dijo, reclutase a este personaje para convertirlo en uno de los supuestos monjes que escribió la HR. Y sugiere ser el *alter ego* del novelista.

Galín Barbués: no se corresponde con el histórico Galín García, un caballero aragonés de la corte de Pedro I, o reconocido literariamente en el CMC (1998: 128 y 146) como “una aguerrida lanza” y “el bueno de Aragón”. En la novela se describe a Galín Barbués como un valiente joven almogávar de Jaca²², un callado homicida de barba rala, mirada de gavilán (p. 232) y espíritu tranquilo y alegre que canta una copla de su

²² Población oscense y capital del condado de Aragón, devenido en reino en el siglo XI.

tierra aragonesa (p. 131). La frontera redimía de delitos, conmutaba penas. Este valiente personaje no duda en rajar la yugular a un caballo agonizante (253).

Laín Márquez: natural de Arnedo. Admirador de las proezas sidianas, recuerda en la novela la victoria de Ruy cuando, en 1074, venció en desafío a Jimeno Garcés, alférez del reino de Navarra, para ganar la plaza de Calahorra (p. 133).

Lope Diéguez: un mozo alto y fuerte de Vivar.

Martín Antolínez: “burgalés de pro”, “el burgalés contado” (renombrado, reconocido), “fiel vasallo” y viejo compañero de armas del Cid, tiene gran protagonismo en el Cantar (CMC 1998: 108 y 116). Este personaje literario, en la primera parte del poema, abastece de viandas a la mesnada y es el artífice del engaño a los judíos Rachel y Vidas. Y con ese mismo fin, en la novela, acompaña a Ruy a la casa del prestamista judío, porque: ‘Es mi hombre de números’ (p. 196).

Muño García: joven explorador del terreno donde se sitúa la batalla de Almenar. En el Cantar se menciona a Muño Gustioz, “*que so criado fue*”, en referencia a que es un “vasallo de criazón”, criado y educado en la casa del Cid; se trata de un lazo más fuerte que el de “vasallo de soldada”, como diferencia el Cantar con Martín Antolínez, quien recibe una remuneración por su servicio militar, aunque la lealtad era indistinta en cualquier caso (CMC 1998: 109 y 145).

Pedro Bermúdez: Sobrino del Cid en el Cantar, el novelista le otorga los mismos parentesco y función: “*Pero Vermúez, la mi seña tomad, como sodes muy bueno, tenedla edes sin art*” (CMC 1998: 143). PR lo perfila como un joven tartamudo y tímido alférez, y uno de los dos sobrinos que le acompañan

en su hueste. Por ser abanderado adquiere protagonismo (*"Pero Vermúez, que la seña tiene en mano"*, Montaner 1998: 138) en la sidiana batalla de Almenar. Además, como en el Cantar, se resalta su valentía en la lucha (pp. 311 y 319), y en el poema épico adquiere el rango de proeza individual que destaca como algo excepcional (CMC 1998: 144). La emoción bélica anula la tartamudez a este personaje revertiano.

Tello Luengo: es un joven robusto, emparentado con Ruy Díaz y a quien éste se ve obligado a aplicarle la pena de muerte por haberse saltado las reglas de la guerra (p. 184).

Yénego Téllez: nacido en Vivar, delgado, tranquilo y melancólico, fue herido de muerte en la batalla revertiana. Protagoniza una escena conmovedora en la que Ruy le acompaña en el último suspiro (p. 219).

Sidi conoce bien a todos sus hombres: los acaudilla y alienta a guerrear "en la dura soledad de matar o morir", gritándoles sus nombres (p. 48). Es un líder admirado y protector. Junto a los nombres de los personajes del CMC que usa PR, el novelista incluye otros en su hueste novelada: Diego Martínez (de Vivar, primo de "Minaya"), Pedro Garcidíaz (también de Vivar), Nuño Bernáldez (un asturiano tuerto) (p. 113). En total componen un nutrido y heterogéneo (jóvenes, maduros, castellanos, gallegos, asturianos, aragoneses...) grupo de 97 hombres (p. 23)²³ con interesantes personalidades secundarias y sus propias voces y recuerdos que

²³ En el CMC la mesnada inicial recabada por el Cid al salir desterrado de Burgos es de sesenta hombres (*"en su compañía sessaenta pendones"*, CMC 1998: 105), número que se va acrecentando (*"notó trezientas lanças, que todas tienen pendones"*, CMC 1998: 127) hasta seiscientos (*"Bien somos nós seiscientos, algunos ay de más"*, CMC 1998: 142). La cuantificación numérica es un recurso literario que no se ajusta a la realidad (CMC 1998: 140) sino que indica, progresivamente, la importancia de la hueste cidiana, en este caso, o la importancia del ejército musulmán: *"Tres mill moros cabalgan e piensan de andar"* (CMC 1998: 140).

explican corralmente la guerra como oficio y medio de vida. Una vida masculina, asociada a la virilidad y a la aventura militar, a la obtención de beneficios materiales y de fama, honor, reconocimiento, promoción social, redención de delitos... De ellos, en la primera parte de la novela, sobresalen 43 hombres elegidos para la cabalgada en represalia a la aceifa musulmana (p. 43). La sangre y el ardor guerreros fluyen mientras aceptan con cierto fatalismo el destino, porque la muerte se concibe como algo natural, además de previsible porque se enfrentan a ella cotidianamente. La guerra es un oficio honrado y el honor que individualmente se puede ganar en ella envuelve a todo el colectivo: “La honra de la hueste no era sino la suma de las honras de cada cual” (p. 108).

Se mencionan en el relato a otros conocidos o reconocidos personajes históricos, de los que el novelista selecciona algunos para actuar en el argumento sidiano o en la memoria de sus personajes. Abd Allah, soberano de la taifa de Granada; Al-Mutámid, soberano de la de Sevilla; al-Muqtadir y su hijo Mutamán de la de Zaragoza; Mundir, hermano de Mutamán, de la de Lérida; el conde catalán Berenguer Ramón; el rey navarro-aragonés Sancho Ramírez; el recordado amigo Sancho II, “hombre de una pieza” (p. 88), apodado “el Fuerte”, tan diferente a su hermano el rey castellano-leonés Alfonso VI; la indomable infanta doña Urraca que “era más hombre” que sus dos hermanos (Alfonso y García) (p. 88) y otros ya comentados, como la exótica y audaz Raxida, tan opuesta a la recatada, serena y devota esposa Jimena.

Y destacan con fuerza narrativa dos protagonistas, junto o frente Sidi:

Mutamán (Yusuf al Mutamid): culto soberano de Zaragoza, Tudela, Huesca y Calatayud. Solicita la ayuda de Ruy para guerrear contra su hermano Mundir, dueño de las de Lérida, Tortosa y Denia, tras el reparto de la taifa efectuado por su padre. Se le identifica históricamente y en el relato por

el *laqab* o sobrenombre “el que confía en Dios” (p. 269). La práctica del besamanos musulmán es recogida en la novela como muestra de reconocida pleitesía de los súbditos –representados por los jefes militares revertianos– al soberano de Zaragoza (p. 308), y será emulada por los señores feudales cristianos en la Península. En el relato, Mutamán es un atractivo y cuarentón moreno de ojos negros, radiante, soberbio y agudo, como representa el perfil de halcón de su rostro (p. 140). Un personaje de primera fila que se presenta impaciente y rencoroso contra su hermano, con quien mantuvo históricamente el conflicto. Es un prototipo de gobernante musulmán independiente: elegante, sabio, sobrado, orgulloso, imperativo, altivo, obstinado, mordaz y agrio. Criador de palomas mensajeras, afición medieval, y degustador de su carne, tan apreciada. En la batalla de Almenar, el novelista lo muestra pertrechado de su guardia personal de jinetes negros, leyendo el Corán y con su espléndida gumía dispuesta para entrar en combate. Un guiño al relato de la batalla de las Navas en la *Crónica latina de los reyes de Castilla*, donde el califa almohade espera en la retaguardia, rodeado de su guardia de fanáticos guerreros senegaleses que lo protegen atados entre ellos y clavados en el suelo para luchar o morir. Mientras que el califa, con el Corán en una mano y la espada en la otra, arengaba a las tropas, vencidas finalmente. Mutamán se arropa de gallardía y valor militar, aunque no pisa el campo de batalla. Vierte odio hacia su hermano, a quien pretende apresarlo en Almenar para crucificarlo “con un perro a la derecha y un puerco a la izquierda” (p. 308), y que muera impuramente. Y tras el inopinado triunfo en Almenar, le propone a Ruy que apostaste (p. 263) y que extienda el poder de la taifa hacia Levante (p. 351).

Berenguer Remont (Berenguer Ramón II), conde de Barcelona: don “Remont” en alusión a Ramón Berenguer II que registra el CMC, y que, como se ha dicho, era el nombre

de su hermano. Así se recoge en la novela, aludiendo al nombre de pila (que inició la dinastía condal), y sólo avanzado el relato (p. 119) se registra el verdadero y completo nombre del barcelonés, Berenguer Remont. Es, desde la perspectiva histórica, una “errata” onomástica del Cantar, por el parecido de los nombres, y, por tanto, se puede confundir al conde don Ramón con su hermano, el primogénito Ramón Berenguer II. PR lo describe aún joven, pasados los treinta, “bien parecido, barbita rubia rojiza con bigote rizado” (p. 120), ojos azules, cadena de oro al cuello, anillo y rica espada. Arrogante, insultante y supremacista. Vestido con distinción para la guerra, sobre caballo ruano, cota de mallas, botas con espuelas doradas e identificativa gonela de franjas rojas y blancas, colores que aparecen en la heráldica del condado. En la novela, el pelirrojo conde don “Remont” sí es Berenguer Ramón, a quien PR describe con cierto parecido al del hermano gemelo, apodado “Cabeza de Estopa” por el color panocha de su pelo. El relato revertiano lo diferencia por la barba y bigote, de las que carece la fisonomía del hermano, como muestran las imágenes encontradas de ambos, que se reproducen en páginas anteriores. La mente revertiana sabe que Berenguer Ramón asesina cainitamente al primogénito Ramón Berenguer. Vanidoso, soberbio y despectivo, el conde veja en sus encuentros revertianos a Sidi, y éste se venga venciénolo en el campo de batalla y recordándole el desprecio hecho a él y a sus hombres cuando les insultó llamándolos “malcalçats/malcazados” (p. 119). En el Cantar, este insulto —que refiere a personas de baja estofa que usan botas altas o huesas, tan diferente a la elegante vestimenta del conde y su equipo de hombres— se realiza tras la derrota y prisión del conde (CMC 1998: 162). También en el Poema (CMC 1998: 158) se tacha al conde de fanfarrón y *fol·lón* (persona cómoda, de vida fácil y sin muestra de heroísmo) y PR lo caricaturiza así, con comicidad, mientras que la HR lo presenta suplicando humildemente indulgencia a Rodrigo tras su derrota en Tévar

(1090). Sidi anhela la espléndida espada del conde, de rica empuñadura, cruz curva y pomo simulando una bellota (p. 278). En imágenes se reproducen las legendarias espadas Colada y Tizona: la que se describe en el relato es una fusión de las dos. El conde es el personaje despechado y derrotado frente a Sidi a quien, vencido, disconforme y herido en su orgullo supremacista, ataca finalmente para defenderse de la humillación sufrida con una vana admonición: la de que su nombre perecerá en el olvido: –“Oyes lo que te digo, Ruy Díaz?... Dentro de unos años nadie recordará tu triste nombre”...–Probablemente, señor –dijo–. Probablemente” (p. 369). Y con esta frase termina la novela. Un guiño irónico a la celebridad que tuvo el personaje cidiano.

Sancho Ramírez: rey aragonés y navarro. Se retira de la alianza militar con el gobernante musulmán leridano y el conde de Barcelona tras el enfrentamiento por sorpresa que los hombres de Sidi han realizado sobre su campamento en las cercanías de Monzón, donde Ruy Díaz es herido (pp. 252-253). Pragmático, el soberano no comparece en la batalla de Almenar (p. 257).

Mundir: Rey de la taifa de Lérida, hermano de Mutamán. Ambicioso, amenazante, despechado y vanidoso. Con parecido físico a su hermano, ojos oscuros y semblante adusto. Ataviado lujosamente para la batalla sobre imponente caballo blanco, brillan su yelmo dorado y la jacerina labrada con hilos de oro (p. 275).

Incluye, además, el escritor otros personajes secundarios de ficción de corte historicista. En la estela del CMC (1998: 140), la mayor parte de los personajes musulmanes de la novela son inventados, algunos muy necesarios en algunas secuencias narrativas de las acciones de Sidi:

Abu Qumez: renegado asturiano (p. 222) o cristiano converso (muladí) como indica su filiación, descendiente de Gómez.

Ali Farach: bereber, de faz y barba oscuras, proxeneta de Fez instalado en Zaragoza y vendedor del caballo Babiaca a Ruy Díaz (p. 205).

Ali Taxufin: hombre de la milicia zaragozana (p. 224). Reconocido linaje que portaba el primer emir almorávide, Yusuf Ibn Tasufin, el que derrotó en 1086, en Sagrajas, a Alfonso VI. Es un fornido suboficial de la caballería zaragozana que queda tetrapléjico al caer del caballo en la batalla de Almenar (p. 338). Y el novelista presenta un dilema moral a su superior y amigo Yaqub al-Jatib: dejarlo vivir en esas condiciones o practicarle la eutanasia.

Arib ben Ishaq: judío, recaudador de impuestos a la población en nombre del rey de la taifa de Zaragoza. Personaje impopular por su actividad y el préstamo usurario.

Amir Bensamaj: desollado por traición a Mutamán, fue disecado como medida ejemplarizante (p. 142).

Amir Bensur: mercenario procedente de Fez, representa el fanatismo norteafricano. Comandante de la milicia fronteriza que perpetra la razia en Agorbe (p. 105). Reclutado militarmente por el soberano de la taifa de Málaga, es fruto del cruce entre jurista musulmán y esclava cristiana.

Mojamé, Mohamé (Mohamed, Muhammad, nombre del Profeta Mahoma, el más reconocido y divulgado en la onomástica musulmana). Un tal moro prisionero a quien, con humor revertiano, Sidi le restriega tocino en la cara para que muera impuro (p. 69).

Yaqub al-Jatib: *ra'is* o jefe de la milicia zaragozana (p. 166), adornado con una cicatriz de guerra en la cara. Firme creyente, valiente y respetuoso, acaudilla el ejército musulmán compuesto por “lobos de frontera” (p. 243). El novelista deja en suspenso el dilema moral que le plantea la tetraplejia de su amigo y suboficial Alí Taxufín.

Yusuf al-Aftas: alcaide de Monzón. Prudente y pragmático no ofrece resistencia e impide así que la mesnada sidiana asalte el castillo (p. 244). El novelista le otorga una filiación que lo emparenta con el linaje de los soberanos de la taifa de Badajoz: los aftasíes.

En suma, el protagonismo colectivo de gente de armas, de hombres disciplinados “en busca de rango y fortuna” (p. 80). Bien organizada y comandada por un jefe, caudillo o señor de la guerra como Ruy Díaz, a quien se respeta porque se gana el respeto con su comportamiento, y se le admira y obedece a pies juntillas: “Sidi, sidi, gritaban todos” (p. 301) los musulmanes del ejército zaragozano. El espíritu y la sociología de la vida recia de la frontera se destilan en cada página revertiana. Y la muerte, merodeando siempre entre los hombres, adquiere un protagonismo simbólico y real en la actividad fronteriza, donde morir era algo aceptado, cotidiano, digno.

Junto al gran protagonista, Sidi, giran otros personajes que se iluminan con el resplandor revertiano y que resultan necesarios en esta novela de coreografía narrativa. Algunos innominados, como el típico médico judío, el centinela que pide la contraseña de acceso, los esclavos negros de la guardia de Mutamán, la esclava negra de Raxida, las lavanderas musulmanas, el eunuco bañista; otros referenciados con sus nombres y oficios, como los prestamistas burgaleses judíos o el recaudador hebreo zaragozano, entre el gran pelotón guerrero que, sin caras y sin nombres, se sienten en la novela. En la estela histórico-literaria del relato se identifican, como se

ha dicho, figuras que, como Sidi, tampoco se enaltecen ni glorifican, sino que se engendran con trazos de humor revertiano, tan grato para combatir ideologías que fomentan héroes y memorias históricas de distinto cuño y bandera. En la generación de escolares del franquismo personajes como el Cid formaron parte de nuestra memoria educativa y se han revisitado viendo que ni eran tan buenos los buenos ni tan malos los malos. La historia maniquea, propia de otros tiempos, actualmente se vigoriza con la inversión de pasados más inmediatos, y oscurece luces y clarifica sombras, cuando no quita nombres a las calles y a los premios o rompe estatuas. Esta novela, *Sidi*, recupera la dimensión histórico-literaria para “*faẓer justicia*” con personajes que, con sus luces y sombras, fueron protagonistas por derecho en la historia, arrumbados al olvido por una quebradiza cultura democrática prejuiciosa.

Indumentaria sidiana

“...Y en otro sitio cuenta que poseían unos caballos fuertes y rudos, cubiertos de espeso cuero; y ellos estaban armados, de la cabeza a los pies, con gruesas lamas de hierro... Se habría dicho que eran hombres de hierro...”

(Montaigne, *Ensayos*)

“Pero no sólo en la corte de los Beni Hud tuvo resonancia el éxito cidiano: Ben Bassam recuerda la victoria del Campeador sobre el rey aragonés como una de las más importantes en que el desterrado, con sus pocos caballeros, había deshecho grandes ejércitos enemigos”

(Menéndez Pidal, *La España del Cid*)

“Soy el que llaman Sidi Qambitur”

(Pérez Reverte, *Sidi*)

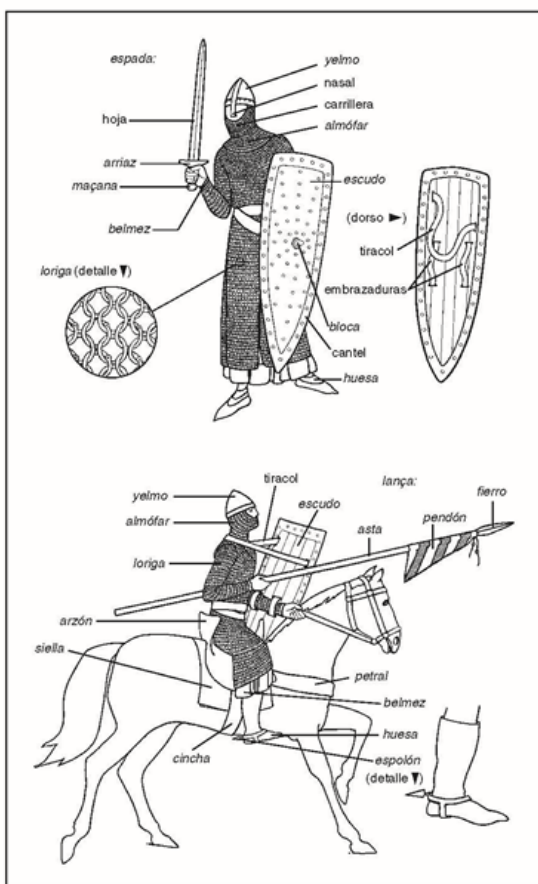
La individualidad de Sidi y de los personajes que lo acompañan en el relato revertiano se reviste de una apariencia de conjunto a través de la indumentaria militar. La novela es un muestrario revelador de la fisonomía contrastada del guerrero cristiano y musulmán. La imagen de los combatientes se muestra con todas las prendas y piezas complementarias al uso de la época. La identidad la otorga el arnés del caballero cristiano, que refleja la riqueza indumentaria y terminológica que da prestancia a los sidianos de “rostros barbudos cubiertos de sudor”, con cotas de malla o loriga, cofia, yelmo, almófar, sillas gallegas de altos arzones y estribos largos que dan estabilidad al jinete cristiano. Escudos y armas (espada, lanza y puñal) se personifican con ellos en el combate, que se visualiza. La loriga es la vestimenta del caballero: en los siglos XI y XII, aunque podía ser de escamas superpuestas, predominó la de

malla entrelazada, con manga larga y faldones hasta la rodilla, ceñida con cinturón, a la que se le va incorporando un almófar o capucha de mallas que complementa el casco, las manoplas protegen las manos y las brafoneras la parte inferior de las piernas, tal como refieren los especialistas. El arnés del caballero cristiano evolucionó en esa época, haciéndose más sólido y completo (Riquer: 1968; Soler del Campo: 1968, 1993). Las fuentes literarias registran detalles de las piezas de la armadura y de las armas utilizadas en el ataque y la defensa. Un conjunto bélico que protegía igualmente al caballo de guerra, equipado con estribos, espuelas, herraduras y arreos, como puede verse en las láminas que se reproducen. Esta imagen compacta de metal contrastaba con la más liviana de los musulmanes, ataviados con lorigas de cuero y turbante, intimidados ante la visión de esos “hombres de acero” empoderados sobre sus caballos. Es recurrente la escena



Compacidad de los bandos en lucha, bien contrastados con sus respectivos atuendos, armas y señeras. Las Cantigas.

descrita en el relato vistiendo a Sidi para la batalla en todo un ritual simbólico. Desayunado frugalmente algo de grasa, proteínas y lácteos mezclados con vino aguado, besada la cruz y con las botas puestas, se le va colocando en el cuerpo el velmeiz, la loriga y la gonela, después las prendas de la cabeza, cofia y almófar; finalmente, las espuelas, espada y yelmo (p. 297). Imponente figura del guerrero Sidi que Ferrer-Dalmau reproduce en la portada de la novela.



Cantar de Mio Cid.
Edición, estudio y notas de A. Montaner, 1998, p. 693

Los andalusíes se distinguieron bien de los cristianos por sus escudos de cuero en forma de corazón (*daraqas*), la aljuba, loriga de cuero y el inconfundible turbante. Mientras que la indumentaria “morabí” o almorávide fue muy diferente a la andalusí: cubría la parte inferior del rostro, al estilo tuareg, que destacaba la fiera intimidante de los ojos. Amir Bensur se describe sobre caballo negro, cota de malla y yelmo envuelto en turbante, mezcla de indumentaria musulmana y cristiana, y dirige a un grupo de fronteros musulmanes “de rostros morenos y barbudos bajo turbantes, ojos oscuros que llameaban” (p. 109). Frente a la pesada caballería cristiana de estribos largos y silla alta, la musulmana es ligera: cabalga “a la jineta”, de forma rápida, porque el jinete se aúpa sobre montura de estribos cortos. Las miniaturas que ilustran los Beatos dan colorista cuenta de los diferentes uniformes militares de cristianos y musulmanes. El elegante Mutamán viste para la ocasión y excepcionalmente traje militar: “yelmo dorado, con turbante blanco, aljuba de cordobán y su rica gumía al cinto. “En vez de espada, desdeñoso, llevaba una simple fusta de plata y cuero trenzado” (p. 258).

Signo inequívoco, el caballo forma parte de la vida y del ser del guerrero. El caballo del Cid, de nombre Babieca según la tradición cidiana, es nombrado sin más en el CC, mientras que en el CMC (1998: 201 y 247) se dice “*Por nombre el caballo Babieca cabalga*” y se adjetiva épicamente su nombre como “*el caballo que bien anda*”. Seguramente fue de procedencia andalusí y pudo ser obtenido como botín o pago de las parias de la taifa de Sevilla, o comprado según el Carmen (Montaner y Escobar 2001: 278), o como trofeo de guerra se desprende del Cantar (1998: pp. 185 y 200-201). En cualquier caso, la novela comparte con la tradición cidiana, incluida la HR, el tópico de caballo veloz y bueno, como fueron, y son, los caballos árabes, pero no resalta el novelista, como sí se hace en la segunda parte del CMC, las cualidades “maravillosas” de Babieca (Boix 2012: 17-18). En *Sidi*, el equino de crin corta

y pelaje tordo, (p. 206), resistente y obediente, de casi cinco años, lo compra Ruy (“Te llamaré Babieca, p. 209) a un bereber musulmán para estrenarlo en la batalla de Almenar en sustitución del sidiano Persevante, que ya había tenido lo suyo. El caballo de guerra es imprescindible en la milicia y a Babieca, PR, lo presenta bien mediado el relato: “un buen caballo de campaña” (p. 206) preparado para la guerra, herrado, con silla, freno y cincha. El caballo ha de estar, y lo está en la novela, a la altura de su dueño: es la carta de presentación del caballero con quien forma una simbiosis a modo de centauro. *Las Partidas* de Alfonso X refieren que un buen caballo ha de proceder de buen linaje o casta, porque su naturaleza debe comportarse como corresponde a su propietario, quien lo maneja con habilidad y dominio para salir victorioso frente al enemigo. La novela homenajea al poeta y escritor sevillano del siglo XIX, Manuel Fernández y González, que popularizó la legendaria y romántica figura del Cid, y cuyos versos canturrea la hueste sidiana (p.93). Un anacronismo muy bien adaptado:

*“Por necesidad batallo,
y una vez puesto en la silla
se va ensanchando Castilla
delante de mi caballo”.*

Puñal, lanza y espada son las armas ofensivas del caballero. A partir del siglo XII, la lanza, arrojadiza y punzante, incrementó su longitud y peso. Arma de choque que aumentaba su efecto con la velocidad del caballo en el combate. La espada (“ronfea” en el CC, 2001: 268), ésa que tan bien y en buena hora ciñó el Cid en el Cantar, es el arma del caballero. La victorias del Cid se simbolizan en el CMC con las espadas Colada (“Y ganó a Colada”, “gánela de buen

señor”: CMC 1998: 161)²⁴, y Tizón (“e ganó a Tizón, que mill marcos de oro val”, CMC 1998: 249)²⁵, auténticos trofeos de guerra. Y así se contempla en la novela respecto de Tizona (“perteneció a un rey moro y ahora a mi familia”, p. 280, dice el conde a Sidi), donde, además, Ruy la utiliza como símbolo de victoria frente a “Remont Verenguel”, pues, capturada en el combate, obra ya en su poder, pero obliga al conde a que le confirme su posesión. Es una forma de mostrar la doble humillación: la derrota campal y la propiedad de la espada en manos sidianas (p. 364). Símbolo de justicia y fortaleza, la espada es la mano alargada de un hombre de armas, de un caballero que honra la memoria de un buen militar. La espada larga y de hoja ancha de doble filo se estrechó a partir del siglo XIII. La del Ruy revertiano, innominada, con empuñadura de cuero y doble filo, mide más de un metro: “tiene cinco palmos de ancha hoja de acero” (p. 237) y la tasa el conde en más de 250 marcos de oro (p. 365). El CMC registra la pareja de espadas cidianas Colada y Tizón, según se ha expuesto, y la que la tradición identifica con la presunta Tizona se conserva en el Museo de Burgos, pero se trata, según análisis realizado en 2007, de una pieza del siglo XIV que lleva inscrita una falsa identidad de finales del siglo XV: “Yo soy Tizona”. Si bien su hoja, que mide 0,78 metros de largo por 0,04 de ancho, conserva un pequeño fragmento de acero de la primera mitad del siglo XI, compatible con minerales existentes en el sur de al-Ándalus en dicha época²⁶.

²⁴ El nombre “Colada” aparece en el verso 1010 en referencia al valioso botín de guerra obtenido por el Cid en la batalla, pero hasta el verso 2421 no se aclara que se trata de una espada y hasta los versos 3194-3195 no se confirma que es la que ha perdido el derrotado conde de Barcelona. En la tercera parte del Cantar hay más menciones a las espadas cidianas: Tizón en manos de su sobrino Pedro Bermúdez y Colada en las de Martín Antolínez (CMC 1998: 161 y 288-289).

²⁵ El nombre de la espada, Tizón, se popularizó como Tizona, y en el CMC es aún más valiosa en precio y en cualidades (CMC 1998: 249).

²⁶ Controvertida espada. Información periodística y en *El Camino del Cid. Un viaje por la Edad Media*, ambos en línea. Además, Mesa Alcalde (2008: 37-61).

Es Tizona la rica y valiosa espada del conde de Barcelona que pasa a manos de Sidi. Tanto Colada como Tizona, las espadas cidianas que son valoradas en el CMC en mil o más marcos de oro²⁷, parecen seres animados, personalizados, extensión del cuerpo y el espíritu de Ruy. La tradición literaria les otorga poderes mágicos y sobrenaturales, relumbran victoriosas en el campo de batalla y maravilla el brillo luminoso que desprenden (Boix Jovaní 2001), pero su valor radica en su alto precio (CC 2001: 280) y en la destreza del caballero. El cuerpo del guerrero que maneja la espada se pertrecha de escudo y divisa identificativos: el del Campeador refiere en el CC a la figura del dragón que representó a los reyes de Inglaterra (CC 2001: 273-274). El gran escudo o pavés, oval y almendrado, característico de la Alta Edad Media y que protegía prácticamente todo el cuerpo del guerrero, fue reduciendo su tamaño y modelando sus formas desde el siglo XI. Las Partidas de Alfonso X regularon “En qué manera se deben vestir los caballeros” (Martínez 1988: 401). El atuendo militar conformó la identidad guerrera de cristianos y musulmanes: pesado, rico y variado en los primeros, livianos en los segundos, con las armas que correspondieron a la caballería (espada y lanza) y la infantería (ballestas, dardo, hacha y honda).

En la novela revertiana el detallado muestrario de prendas, piezas y complementos de vestir, militares y civiles, son fundamentales en la construcción de los personajes y en las virtudes del valor y la fuerza mercenaria. Detalles indumentarios que adquieren gran protagonismo, como cuando, recogiendo la tradición literaria, PR contrasta las refinadas calzas y delicados borceguíes de los afeminados “catalanes” con la rudeza de las botas de cabalgar de Ruy y sus

²⁷ En 1998, la presunta Tizona se tasó en 750 millones de pesetas y en 2007 se vendió por 1.6 millones de euros. Actualmente, declarada BIC (Bien de Interés Cultural), se encuentra expuesta en el Museo de Burgos.

hombres, de quienes el conde rechaza sus servicios militares y los denomina despectivamente *malcalçats*/malcalzados.

Se novela la lujosa indumentaria del soberano de la taifa de Zaragoza, Mutamán: aljuba de seda y turbante de muselina, y afeitado (140), signo éste de refinamiento cortesano y de posible afeminamiento en la mente de un guerrero castellano. La tibieza religiosa que cierta historiografía tradicional achacó a Rodrigo Díaz, se debe a su gusto por lo musulmán. La fascinación por las telas y prendas islámicas fue propia de reyes y nobles, incluida la muy católica reina Isabel, como se ha analizado en algún estudio (Martínez: 2006). Sidi viste así ocasionalmente, luciendo aljuba de seda de Damasco (p. 150) y también en su encuentro con la treintañera y atrevida Raxida. Pero la auténtica indumentaria de su ser es la militar, que pesa más de 18 Kg. (p. 249). Siempre distinguido con su anillo de oro y rubí engarzado, Mutamán muta su vestuario según la actividad: para estar cómodo en palacio, albornoz de lana, babuchas y “capiello” de lino blanco (p. 171); para la guerra, majestuoso, como corresponde, pero pasivamente, sin mancharse de sangre.

Las banderas son la seña identificativa de los bandos que colorean la negrura de la muerte que pasea entre las mesnadas en lid. Insignias visuales en la lanza del abanderado que singularizan el poder político-militar de las milicias en combate. La de de Mutamán (p. 244) es verde (color del profeta Mahoma) y se representa por el león (símbolo de poder supremo, legado de la heráldica omeya, aunque la representación de este felino fue importante también en la cultura bereber), y la espada, símbolo de la justicia y el poder militar. La espada, aunque figura en la divisa del soberano musulmán, en la batalla el todopoderoso Mutamán sólo porta una fusta en la mano derecha y la gumía que lleva al cinto (p. 258). La divisa sidiana es verde con franja diagonal roja, atribuida a la seña de Vivar, cuna de Sidi (p. 139). La “seña” verde atribuida al Cid es de

fecha tardía, de finales del siglo XIII y principios del XIV (García López y Montaner Frutos 2004).

Otros personajes se visten con las ropas correspondientes a su función y categoría. Al fraile Millán, partícipe de la guerra como secretario, cartógrafo y religioso que ayuda en la inminencia de la lid a poner a la tropa a bien con el Divino, lo viste PR adecuadamente con sencillo y áspero hábito de estameña. Tampoco se escapa del armario revertiano la identidad indumentaria de un judío, que podría pasar por musulmán si no fuese por la kipá que porta su cabeza o su ganchuda nariz (p. 194).

La indumentaria, civil o militar, tiene un valor social, funcional, económico, cultural. Signo visible de la apariencia, de la imagen individual y colectiva de un grupo, la manera de vestir diferencia la pertenencia a una determinada cultura, credo, estatus, etnia, condición, edad o actividad: el DNI diferenciador y discriminatorio que establecieron las normativas islámicas y las leyes suntuarias occidentales desde el Medievo.

El paisaje sidiano

*“El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.
El ciego sol, la sed y la fatiga
por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro— el Cid cabalga”*

(M. Machado, *Alma*)

*“Desde lo alto de la loma, haciendo visera con la mano
en el borde del yelmo, el jinete cansado miró a lo lejos.
El sol, vertical a esa hora, parecía hacer ondular el aire
en la distancia, espesándolo hasta darle una consistencia
casi física. La pequeña mancha parda de San Hernán
se distinguía en medio de la llanura calcinada y pajiza,
y de ella se alzaba al cielo una columna de humo”*

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

La materialidad plástica de la novela se refuerza en el paisaje, tan poéticamente descrito: un canto a la naturaleza que acompaña la dureza del oficio en la soledad de los guerreros. Naturaleza virgen que se humaniza con la presencia de Sidi. El territorio de frontera y su paisaje de conquista (Monzón, Tamarite, Escarpe, Almenar) están ligados al espacio figurativo de la narración. El medio geográfico que define el territorio y los límites interiores de cada dominio político no es un mero recurso literario decorativo ni un trampantojo idealizado artificiosamente. La geografía sidiana se hace realidad en las estampas estéticas integradoras del discurso narrativo: sensoriales y estimulantes, reales y poéticas, naturales y frescas, bien perceptibles, donde el lector se mimetiza. El paisaje es un condicionante y protagonista de la trama histórico-literaria: un

sujeto narrativo que habita colectivamente a los personajes. Un paisaje natural y grandioso, salpicado de lugares habitados o des poblados aún reconocibles en las tierras de Castilla, Aragón y Cataluña. Las cuencas altas del Duero, el Henares y el Jalón, las zonas de imperiosa repoblación en las fronteras de la Extremadura duriense y en los alrededores del Ebro, que fueron las más expuestas, amenazadas y peligrosas en la banda fronteriza de “una sociedad entre dos mundos organizada y forjada para la guerra” (p. 81). Exhaustivo sería extraer todas las evocadoras y sutiles descripciones paisajísticas sidianas. Sirva de ejemplo cómo se inicia el relato (p. 13):

“Desde lo alto de la loma, haciendo visera con una mano en el borde del yelmo, el jinete cansado miró a lo lejos. El sol, vertical a esa hora, parecía hacer ondular el aire en la distancia, espesándolo hasta darle una consistencia casi física. La pequeña mancha parda de san Hernán se distinguía en medio de la llanura calcinada y pajiža y de ella se alzaba al cielo una columna de humo”.

Cada parte de la novela transita por unos determinados paisajes nortños: páramos, aldeas y castillos rocosos, espléndidos escenarios de la Zaragoza andalusí, naturaleza mudable entre una despoblada frontera que se encamina hacia el paisaje deshumanizado de la guerra, donde aguarda la muerte, insensible al enemigo, o la supervivencia que la vence: “La luna asomaba detrás de las colinas cuando trece sombras cabalgaban hacia ella” (p. 58). “Ruy Díaz alzó la vista a las estrellas: alfileres fríos clavados en media esfera negra, ajenos a cuanto ocurría en la plana superficie de la tierra” (p. 290). La inmensidad del universo alberga a unos hombres valientes que atraviesan lugares habitados y paisajes naturales (ríos, sierras, arroyos, colinas, oteros, llanos...) y sufren los fenómenos meteorológicos naturales (viento, trueno, relámpago, lluvia, calor, frío, humedad...) que se distinguen

bien en cada una de las partes del relato. Una realidad percibida en entornos paisajísticos variados y articulados en núcleos, territorios y espacios reconocibles por la toponimia y microtoponimia históricas, apenas alguna inventada por la mente del autor, como él ha confesado: Agorbe, Guadamíel, la Sierra del Judío y Corvera. Esta última también existe en las proximidades de Alcira (Castellón), pero parece un guiño revertiano al campo de Cartagena donde se sitúa esta población que ha acogido el aeropuerto de la Región de Murcia que, por ahora, ha quedado sin nombre al ser rechazado por ciertos políticos murcianos el del murciano Juan de la Cierva, inventor del autogiro.

El paisaje natural o humanizado adquiere una fuerte carga emocional para integrar a los personajes en el territorio que de día o de noche van pisando a lo largo de sus acciones y sufren los rigores del clima y la fatiga de la altitud. Con ellos avanzan los pies del lector bajo el cielo raso, al cobijo de un palacio, castillo y tienda de campaña y a la intemperie del campo de batalla. PR destella con precisión poética la geografía física (montes, ríos y parajes, clima, fauna y flora) y la del poblamiento y el hábitat (aldea, monasterio, granja, ciudad, palacio, castillo) por donde se mueve el relato y la hueste sidiana. Movimiento y cambio paisajístico acompañan los diferentes escenarios y escenas narrativas de *Sidi*: solitarios y habitados, imponen su impronta al tiempo y al espacio, a la sucesión de las escenas que componen la trama narrativa: “Atardecía en Tamarite: el sol se estaba poniendo tras los cerros que rodeaban el pueblo” (p. 260). Un paisaje natural sobre el que los diseminados núcleos habitados se comunican por las antiguas calzadas romanas (de la Vía aquitana) y donde aún perduran algunas huellas artísticas del pasado (puente romano y ermita visigoda). Un medio geográfico contrastado que, al compás de la lectura, fluctúa hasta desembocar en el paisaje claustrofóbico de la violencia, de la lucha a muerte entre hombres. De la guerra acometida:

“El aire olía a azufre, tierra húmeda y hierba quemada” (p. 248). Inmerso en cada paisaje, el escritor escenifica el casi permanente diálogo de las piezas narrativas donde disecciona la acción sidiana al ritmo rodado de un presumible guion cinematográfico, que se transforma paisajísticamente para situar las palabras en la realidad geo-literaria que anticipan los hechos o los culminan: “Hacía frío. Un viento del norte agitaba los arbustos invisibles en las sombras y resonaba con suavidad en las oquedades de las peñas. Terminaba el largo día” (p. 349). Los azares climáticos podían dar al traste con una batalla.

El paso de los días, las estaciones y los nombres de los lugares por donde avanza y se adentra Sidi se particularizan con los elementos naturales (ríos, sierras, arroyos, colinas...), también registrados en el Cantar; la vegetación (encinar, robledal, higuera, algarrobo, zarza, carrascal, enebro, pino, jara, aliaga, romero, hinojo, carrasca, chopo, álamo, chaparro); la fauna: lobo (símbolo de despoblación), águila, búho (símbolo de la oscuridad), lagartija, cuervo (símbolo de la muerte), cigarra (símbolo del calor); el tipo de poblamiento, especialmente de la inestable y peligrosa línea fronteriza, con zonas abandonadas donde quedan restos de antiguos castillos romano-visigodos o torres vigías ruinosas. Un sistema defensivo alzado sobre castillos de frontera, con torreón y aljibe, muralla (p. 77), y poblaciones, lugares y parajes cuyos nombres se relacionan en Anexo. El poblamiento en altura de la línea fronteriza eriza el amenazante paisaje de castillos roqueros donde se refugian unos pocos centenares de personas (campesinos, mujeres, ancianos, niños) pendientes de la señal de alarma de centinelas y atalayas (p. 221). Cautiverio y botín (personas, caballos, oro, plata, ropas, objetos de cierto valor) son los objetivos de la cabalgada, además del apresamiento o muerte del enemigo. La poética geográfica de la novela sigue en este sentido los pasos del CMC, igualmente plagado de referencias toponímicas en la primera parte (hasta el verso 1086) que es la que parcialmente inspira la novela, aunque no

son coincidentes con las del relato revertiano, y que los pies del juglar conocen o imaginan. PR elije y ajusta con realismo poético sus propios escenarios y los lugares con la autenticidad de su prosa creativa. Realidades paisajísticas que cobran nuevos significados interpretativos en función de la trama del relato.

En la primera parte de la novela se impone el paisaje norteño castellano que deja atrás Sidi en su destierro: los páramos burgaleses, el pequeño pueblo de Vivar al norte de Burgos que tan bien recuerda. Lugares que se alejan y se transforman en un peligroso, desolador y hostil paisaje en la Extremadura duricense. Hitos del camino narrativo y de sus paisajes vívidos o rememorados, de parada y estancia, son: San Esteban de Gormaz (o Agorbe revertiano); San Pedro de Cardena, donde el Cid deja a su mujer e hijas al cuidado de los frailes; Covarrubias, donde la niña le convence de que no se quede debido a las represalias del rey si daban cobijo a un expatriado. Es un guiño legendario y literario que desde el Cantar se retoma en *Sidi*, si bien desde la perspectiva histórica todavía en los años finales del siglo XI no parece que estuviera prohibido cobijar al desterrado.

La segunda parte se inicia con la entrevista en Agramunt con el conde de Barcelona, donde éste tenía instalada su tienda de campaña (p. 120), y adonde acude Sidi para ofrecerle sus servicios militares, que rechaza. Tras ello, se dirige a Zaragoza, a la bella medina andalusí en la que se desarrolla prácticamente esa parte del relato: “la ciudad se alzaba en contraluz tras las murallas, abigarrada de casas blancas y pardas. Erizada de minaretes de mezquitas” (173). La acción transcurre en interiores fastuosos: en el fortificado palacio de La Aljafería habitado por Mutamán y en la lujosa almunia periurbana de Raxida, donde se produjo el romántico encuentro amoroso sidiano (p. 193). El pacífico paisaje cultural se representa también dentro del escenario doméstico del prestamista judío que recibe a Sidi. El novelista da paso al lector para entrar en una vivienda hebrea que forma parte del paisaje urbano y

del clima de tolerancia, que no igualdad, que se mantuvo en al-Ándalus hasta la época de taifas entre las tres religiones: islámica, cristiana y judía. Algunos detalles de mobiliario ambientan la escena: alfombras, cojines de cuero, bandeja de cobre y el simbólico candelabro de la identidad judía (p. 194), y que, de siete o nueve de brazos, ilumina hasta hoy la Janucá o Fiesta navideña de las Luces en el judaísmo.

En la tercera parte del relato, el paisaje se transforma con “parajes inciertos, fronterizos entre los condados francos, el reino navarro-aragonés y la taifa de Lérida” (p. 130). En Monzón, “el cierzo arrastraba nubarrones oscuros”. En Almenar, “ese feo cielo color panza de burra” (247) presagia la dura escena de la batalla final, que se produce “en una llanura rota por arbustos y pequeños encinares” (p. 303). Desde una colina, Mutamán divisa el combate, aguardando a intervenir si se complica.

Finalmente, la cuarta parte ocupa el paisaje deshumanizado, furioso, feroz y cruel de guerra, estremecedoramente descrito: sangre, heridos, muertos, supervivientes, saqueadores. Un escenario inerte de cadáveres y moscas, duro y conmovedor. “Nada se parecía tanto a una derrota como una victoria” (p. 330), porque los cadáveres no entendían de vencedores ni vencidos, y “Muchos hombres buenos se habían perdido para siempre” (331).

La distancia en el paisaje narrativo sidiano se calcula de forma aproximada, según se usaba en la época, con medidas diferentes de mayor o menor longitud como la que trazaba el recorrido de un tiro de flecha (entre 12 y 90 metros aproximadamente); o la que una persona podía recorrer, a caballo o a pie, en una jornada que se precisaba en leguas y que, dependiendo del tipo de marcha y del terreno, variaba entorno a los 40 km (CMC 1998: 159); o la distancia medida con la longitud del paso de un hombre, calculada en unos 76 cm. Un paisaje natural donde el tiempo nocturno se acostumbraba a calcular de oído, atendiendo a los cantos

de los gallos (desde el oscurecer hasta el amanecer cantaban los primeros, medios y terceros gallos, pp. pp. 57, 78, 92, 129), igual que en el Cantar: *“Passando va la noch, viniendodo la man; a los mediados gallos, piensan de ensellar”* (CMC 1998: 122, hacia las tres de la madrugada). El tiempo diurno se calculaba según el paso del sol, desde el alba hasta su puesta, que en la Edad Media era la jornada de trabajo. También la duración del día se pautaba por las horas litúrgicas que comenzaban los monjes con los maitines antes del amanecer y la soldadesca sidiana una hora después, hacia las seis de la mañana u hora prima religiosa. Canónicamente se medía el movimiento del sol y el paso del tiempo durante el rezo que ocupaban las oraciones, como mi madre hacía para dejar en su punto un huevo cocido con tres padres nuestros. O los quince credos y un padrenuestro con los que religiosamente, pero con sorna, marca Ruy el paciente tiempo de espera a sus hombres (p. 234), o los cinco credos que miden el tiempo que han de trotar los caballos para que se relajen (p. 36) y que otorga verismo al relato. Un tiempo natural embridado por el religioso. Junto a las medidas de esos tiempos se alude a las distancias (medidas en jornadas, p. 91; leguas, p. 96; y tiros de flecha, p. 74) y la longitud de los elementos que forman parte del paisaje, estimados en codos y palmos, según era usual en la época. Un territorio y su paisaje donde habita la memoria del tiempo y de sus cosas.

Leyendas cidianas

*“El hombre, que nada sabe
de lo ántes ni después
de la vida fué ni es,
crée cuanto en mente le cabe”*

(Zorilla, *La leyenda del Cid*)

*“El hombre es un accidente imprevisto y no resiste una
indagación profunda”*

(Conrad, *Victoria*)

*“Desde su caballo, Ruy Díaz había contemplado a la
niña mientras una extraña picaazón le subía del pecho a
la garganta. Le recordaba a sus hijas”*

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

Las leyendas, aunque deformen la historia, forman parte de la Historia, y el historiador y el literato han de tenerlas en cuenta. Y así lo hace PR, que recoge en *Sidi* algunas de las más conocidas leyendas históricas cidianas, como la de la jura de Santa Gadea (pp. 38 y 51), que se transmitió desde el *Romancero*:

*“En Santa Águeda de Burgos,
do juran los hijosdalgo,
le tomaban jura a Alfonso,
por la muerte de su hermano.
Tomábasela el buen Cid,
ese buen Cid castellano”*

Aunque no hubo Jura como tal, ésta y otras gestas legendarias de Ruy Díaz se imponen en la épica del personaje, que entra así en la historia sobrevolando la realidad. El Cid se convierte en un héroe en el imaginario colectivo desde el siglo XII. Muy emotiva para la sensibilidad del público medieval,

y ahora para el lector del siglo XXI, es la leyenda de la niña de Covarrubias (Burgos), otro de los pasajes más conocidos del CMC (1998: 106-107):

*“Una niña de nuef años a ojo se parava:
_ Ya Campeador, en buen ora cinxiestes espada!
El rey lo ha vedado, anoch d’él entró su carta
Con grant recabdo e fuertementre sellada.
Non vos osariemos abrir nin coger por nada;
si non, perderiemos los averes e las casas,
E demás los ojos de las caras”*

Según reflejan los versos del Cantar, los burgueses de Covarrubias (Burgos) tuvieron prohibido ayudar al Cid. En la novela, Sidi y sus hombres, ya iniciado el destierro y exhaustos de cabalgar, llegan a una posada de esa pequeña población en la que pretenden descansar. Nadie les socorre por miedo a las consecuencias. Y una inocente niña de nueve años le conmina a marcharse y le hace comprender que no pueden desobedecer la orden del rey, pues están en riesgo las vidas y haciendas de terceros: “El rey nos matará, señor... Por piedad, señor” (p. 39). Es también en otra estrofa del Cantar cuando los burgueses de Covarrubias lamentan la injusta suerte del Cid, desterrado por Alfonso VI, y exclaman la conocida frase: “¡Dios, qué buen vassallo, si oviesse buen señor!” (CMC 1998: 105). En ambas fuentes, *Cantar de Mio Cid* y *Sidi*, se muestra la humanidad de Rodrigo ante este hecho enternecedor de un corazón de padre que ve en la niña de Covarrubias la imagen de sus hijas. Una leyenda que poetizó Manuel Machado en su poema “Castilla” y pintó Augusto Ferrer Dalmau en el cuadro “La despedida” para ilustrar la portada de *Sidi*.

*“... Hay una niña muy débil y muy blanca,
en el umbral. Es toda ojos azules; y en los ojos, lágrimas...
«Idos. El cielo os colme de venturas...”*

*En nuestro mal, ¡oh Cid!, no ganáis nada»
Calla la niña y llora sin gemido...
Un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guerreros,
y una voz inflexible grita: ¡En marcha!"*

(M. Machado, *Alma*).

Con esa exclamación machadiana prosifica PR el final del encuentro con la dulce y valiente niña de Covarrubias:

*"Pero no dijo una palabra, sino dos. Roncas y secas.
«En marcha»"*

La novela refiere a algunos hechos señalados en la tradición literaria. Es el caso de San Pedro de Cardena (Burgos), lugar donde, supuestamente según el Cantar, el Cid, dejó a Jimena y sus hijas al cuidado de los monjes y también a donde Jimena trasladó su cadáver desde Valencia. Actualmente, en el monasterio hay dos sepulcros del matrimonio, aunque los restos, profanados por las tropas napoleónicas, fueron trasladados a la Catedral de Burgos en 1921. El CMC (1998: 111-115) y la novela registran el engaño de Rodrigo a unos judíos usureros que le prestan dinero para financiar la cabalgada y les deja como aval unas arcas llenas de arena y piedra (p. 95). Un engaño muy del gusto popular, pues contrarrestaba con astucia cristiana la atribuida y secular avaricia hebrea. También el novelista hará de nuevo referencia a la impopular usura judía cuando Sidi presiona al recaudador hebreo de la taifa zaragozana para financiar sin intereses la campaña militar que va a efectuar en nombre del soberano musulmán (p. 196).

Más que leyendas, son las supersticiones animistas de resabios clásicos y paganos mantenidas en las creencias populares las que practica Sidi, como observar el vuelo de las cornejas, así registrado en el CMC y la HR: "*A la exida de Bivar*

ovieron la corneja diestra e entrando a Burgos oviéronla siniestra” (CMC 1998: 104). *“También sabemos que los montes, los cuervos, las cornejas, los balcones, las águilas y casi todas las aves son tus dioses, porque confías más en sus agüeros que en Dios”* (HR 1999: 123). Son síntomas animistas de augurio positivo o negativo, según la dirección diestra o siniestra, respectivamente. Ruy está atento a los movimientos de la fauna que le rodea: “un búho agitó las alas en un árbol cercano, fijos sus ojos de plata en Ruy Díaz, símbolo de buen agüero” (p. 88), “Las cornejas volaron de izquierda a derecha sin cambiar de dirección” (p. 135), “Una lechuza emprendió el vuelo de repente” (p. 233), “...un águila solitaria planeaba majestuosa sobre el campo de batalla, volando hacia la derecha” (p. 310), como aviso o premonición de un suceso y como señal de buen augurio antes de la batalla. La diosa Naturaleza o el potente panteísmo de tradición grecorromana es interpretado sutilmente por Sidi: “Todo paisaje tenía cuatro o cinco significados distintos, pero ellos no veían más que uno. Y eso no les gustaba” (p. 25), en referencia al paisaje real, sombrío y devastador de la cabalgada. También cuando Sidi prepara la cabalgada (p. 57), se refiere a la superstición, hasta hoy mantenida, del número 13, posiblemente arraigada por el cristianismo, cuando Jesús celebró la Última Cena con los doce Apóstoles, y uno de ellos, Judas, lo traicionó.

Y tantos otros temas colaterales

“Me quedan más provisiones que camino”

(Montaigne, *Ensayos*)

“Y supo, una vez más, que solo había estado la mayor parte de su vida, más solo que jamás hombre alguno se hallase en la tierra

Y vio por primera vez un cielo terso y negro donde pálidas estrellas relucían, tan lejanas y misteriosas, tan desconocidas como el corazón de los hombres

«Y sólo de tan frágil materia está hecha la vida: de imposibles recuperaciones, de imposibles regresos y de imposibles comienzos», y sollozó”

(Ana María Matute, *Olvidado rey Gudú*)

“No se puede confiar en alguien que nunca cometió un error”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

El realismo compartido con el CMC, aumenta en el estilo historicista del relato impresionista y expresionista revertiano, que podría calificarse de carta arqueológico-literaria sidiana donde se documentan fuentes histórico-literarias, hechos de armas, lugares geográficos, costumbres, indumentaria, objetos y valores éticos y sociales de la época medieval, asumidos por Sidi. Importante para dotar de historicidad una novela son otros detalles que se destilan en *Sidi* oportunamente en la acción correspondiente y que abren hilo para otros temas colaterales. Las costumbres musulmanas (circuncisión, las abluciones religiosas, los tabúes de animales impuros como el cerdo y el perro, la prohibición del vino, la hospitalidad, etc.) o de la época (lavar con vinagre las heridas, utilizar anestésicos naturales, orar antes de las acciones bélicas, medir el tiempo y la distancia, interpretar la realidad percibida, etc.). En el relato

también se expresa la dura vida del guerrero en la frugal alimentación sidiana: agua portada en cantimploras de calabaza, vino bautizado o aguado, cecina o carne seca, tocino, “pan duro desmigado en leche agria de cabra” y lo que la madre naturaleza ofrece por el camino, que no era mucho (algarrobas, bellotas, higos). Con el hambre de la guerra todo sabría a manjar. El consumo de vino fue habitual como tonificante del cuerpo, y caliente vigorizaba el corazón guerrero (p. 60). El agua es indispensable y su provisión vital para la supervivencia de la hueste. El abastecimiento de la milicia sidiana resulta esencial: recuas de mulas cargadas con trigo, cebada, aceite, sal y forraje para el ganado desfilan tras los soldados.

A destacar el contraste cultural alimentario entre la rica y bendita mesa andalusí (Martínez 2015: 89-95) y la benedictina dieta sidiana. Sabores, aromas y colores desprenden los jarabes de hierbas y pétalos de rosas (p. 141), el pastel de ave con miel, albóndigas, pollo y cordero del menú musulmán que se sirve en el relato. La alimentación islámica responde a unos códigos religiosos que prohíben el consumo de vino (generalizado en al-Ándalus) y del cerdo, considerado un animal impuro. Sin embargo, pese a las propias leyes y costumbres alimentarias, hubo consenso en degustar y compartir viandas, como refleja el menú del convite ofrecido cuatro días después de la victoria en Almenar, que consistió en el simbólico, apreciado y caro cordero, pollo, vino y pan (p. 257).

En la novela como en el *Cantar*, los intercambios dinerarios refieren a monedas islámicas (dinares de oro o dirhams de plata, como el sueldo que Mutamán paga a Sidi y sus hombres, p. 149, o el préstamo judío que Ruy recibe, p. 196) porque la economía monetaria en al-Ándalus estuvo desde el siglo VIII presente en los intercambios, mientras que en el ámbito cristiano peninsular permaneció hasta el siglo XI bajo el predominio de la economía “natural” o de trueque, en la que al menos el trigo y la oveja sustituyeron los valores

monetarios y se utilizaron para calcular el precio de las cosas. Adviértase que los soberanos cristianos no acuñaron piezas de oro durante los siglos XI y XII, salvo los mancusos emitidos por Sancho Ramírez hacia 1085. Por eso, el pago de las parias en monedas de oro y plata fue tan importante para los reyes y condes que las invirtieron en construcciones románicas, compras de tierras y condados o tesorizadas como valor seguro que conservaron los metales nobles.

IV - A LA GRUPO DE *SIDI*: DEL HÉORE NACIONAL AL HOMBRE REVERTIANO

“Bien parece Sancho —respondió la duquesa—, que habéis aprendido a ser cortés en la escuela de la misma cortesía; bien parece, quiero decir, que os habéis criado a los pechos del señor don Quijote, que debe ser de la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, o “cirimonias”, como vos decís. Bien haya tal señor y tal criado, el uno, por norte de la andante caballería, y el otro, por estrella de la escuderial fidelidad”

(Cervantes, *Don Quijote de La Mancha*)

“La ejemplaridad del Cid puede continuar animando nuestra conciencia colectiva”

(Ramón Menéndez Pidal)

“No puede vivir de las armas quien no sabe morir”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

“En él se funden de un modo fascinante la aventura, la historia y la leyenda. Hay muchos Cid en la tradición española, y este es el mío”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

Desde el siglo XIX las teorías acerca de la construcción nacional y las fronteras entre los estados, especialmente en Alemania y Norteamérica, repercutieron en la historiografía. En España, la influencia de la obra de Turner —publicada en 1945 y referida a la frontera en la historia norteamericana— se proyectó sobre los estudios de la frontera con el islam para forjar la singularidad de nuestra historia y la final unidad del territorio con la conquista del reino nazarí de Granada y el reino de Navarra. Una tesis nacionalista españolista que fue irradiada por la historiografía tradicional desde mediados del

siglo XX. El gran historiador y filólogo Ramón Menéndez Pidal (F. García de Cortázar 2016), hombre de su tiempo (1869-1968), perteneció a la pesimista y regeneracionista “Generación del 98”. Y en junio de 2021 el gobierno español eliminaba su nombre (y el de otros como Santiago Ramón y Cajal y Gregorio Marañón) de los Premios Nacionales, en aras del movimiento partidista memorialista que barre calles y premios o elimina placas (la más reciente la de J.M. Pemán en Cádiz) y esculturas de honrosas figuras que avanzaron con su trabajo en el conocimiento científico y cultural de España. Léase al respecto el clarividente artículo de Solano “La calle del fascista” (2021), que se resume así: “España enmudece, huérfana de nombres y huesos. Hasta de Menéndez Pidal renegamos”. Don Ramón participó de esa concepción que procuraba la toma de conciencia colectiva ante una historia común que ahondaba en la conciencia unitaria de España y del *homo hispanicus*. En Castilla situaba los orígenes de ese sentimiento unitario que personalizó Rodrigo Díaz, encarnación del héroe patrio y del alma castellana que tanta vigencia tuvo en la visión historiográfica del personaje durante prácticamente todo el siglo XX. Caracterizado con nobleza de espíritu, cortesía llana, piedad, serenidad, religiosidad, hondura de sentimientos, lealtad monárquica, entereza y constancia ante la adversidad, la mente pidaliana exaltaba la figura del héroe del *Poema de Mio Cid*.

La novela *Sidi* se distancia de ese ideal caballeresco, esencialista y patriótico. Arturo Pérez Reverte plasma los pesares del mundo de frontera personalizado en Ruy Díaz de Vivar, antropónimo de un hombre apodado y conocido como “El Cid”, arabizado “Sidi”. Una personalidad que trascendió su propia historia y se convirtió en legendario antes de morir: su nombre trascendió de “boca en boca”, sus hazañas y avatares bélicos se propalaron y formaron parte de la épica medieval más universal. El novelista narra la épica caballeresca humanizada de un personaje excepcional que tuvo la autoridad natural y moral

necesarias para ser un jefe militar que hizo de la guerra su razón de ser. La manipulación de la figura del Cid se produjo desde su propio tiempo: para unos, paradigma de caballero, héroe castellano, símbolo nacional español, arquetipo del valor, la fuerza, la justicia, el prestigio y la victoria sobre los musulmanes; para otros, antipatriota, enemigo, cruel, perjurio, mercenario. PR presenta a un profesional aventurero de la guerra y lo dota de una personalidad sidiana de la que excluye juicios ideológicos o morales. Ni héroe ni antihéroe, ni mito ni símbolo ideológico, sencillamente el prototipo militar de la frontera, como hubo otros, aunque sin tanta trascendencia porque sus proezas seguramente fueron más limitadas. Reconocer la identidad y trascendencia de este personaje de la épica literaria universal es algo más que justicia poética.

Recobrar a Sidi literariamente en 2019 es un signo de eliminación de prejuicios políticos, de democracia cultural, de darle al César.... El Sidi revertiano se suma a la cadena de tradición literaria comenzada desde el siglo XII. Y para no salir de este siglo y recordando a Bernardo de Chartres, PR lo alza sobre hombros de gigantes (la literatura cidiana) y lo convierte a sí mismo en un gigante sobre cuyos hombros los lectores divisan y comprenden a un guerrero excepcional de su tiempo. PR, cual si fuere cronista y testigo, presenta y acerca la figura sidiana a través de los hechos y gentes de la frontera, entre gobernantes musulmanes y señores cristianos. La visión revertiana muestra la cotidianidad del oficio guerrero en un retrato humano historicista y literario, verosímil, personalizado, cautivador y fascinante. Hace suyos (y de todos) la vida, hechos, recuerdos, sentimientos y emociones de Sidi. Ofrece la novela una historia vívida, pasada por los sentimientos y sensorialidad que destilan los personajes. La narración permite ver, oír, oler, tocar y saborear el fresco humano que se pincela en torno al centro de Sidi, caracterizando, junto a él, la imagen física, psicológica y cultural de las figuras que lo rodean. Las emociones y pensamientos

colectivos o personales son difíciles de captar por el historiador en los documentos escritos y casi ausentes en los restos arqueológicos. Y es el paisaje emocional y anímico de la frontera y de sus hombres, lo que el novelista atrapa en *Sidi* para desgranarlo sin interrupción. Esta perspectiva literaria aleja al personaje del mito y lo hace humano: un caudillo militar con vivencias, gestos, lugares, lenguaje, vestimenta, pensamientos, recuerdos, sensaciones, emociones y comportamientos que exhuman todo un universo emocional pintado con palabras de sabor medieval que vislumbran una forma de vivir, recuperada en sus más de 300 pp. *Sidi* no es un canto épico ni himnico, sino una narración prosificada y creada literariamente por PR, hermeneuta que hace inteligible una parte de la vida de un personaje medieval del siglo XI a los lectores del siglo XXI. Y lo hace contando de forma muy veraz y realista unos años de la vida de Ruy Díaz, acompañado de personajes que desvelan su alma sin necesidad de muchas palabras, porque sus acciones hablan por ellas. Enojo, ira, ironía, vivacidad, enfado, virilidad, ternura, horror, tolerancia, compañerismo, respeto, empatía, sentido del humor, descreimiento, ambición, crueldad, orgullo, socarronería, sospecha, desconfianza, preocupación, religiosidad, incertidumbre, justicia, afecto, amistad, deseo, amor conyugal y filial y, sobre todo, la lealtad al jefe se respira en la lectura y la trasciende. El relato contiene el universo revertiano de un mundo de hombres que hablan, sienten, piensan y sufren: comportamientos y valores rescatados que explican la mentalidad medieval, pero que desde la condición antropológica se pueden aplicar a otras culturas y tiempos pasados y presentes. Un estilo directo, natural, conciso, potente, descriptivo, conmovedor, humorístico, emotivo, ameno y dialogante abre el mundo sidiano con la voz narrativa revertiana inmersa en cada personaje.

Un Sidi que vive guerreando mientras recuerda su vida personal y su curriculum militar entre los entresijos bélicos de

su presente. Un Sidi hombre que vive en la frontera, un mercenario que no mira a quien sirve sino a quien le paga, sea cristiano o musulmán. Curtido en las lides, Ruy se comporta como un jefe capaz, seguido fielmente y admirado por sus hombres, a quienes somete a disciplina; coacciona a veces su instinto, otras deja que les aflore y siempre les impone sus normas y códigos militares. Un Sidi mercenario cumplidor que juega al bando del mejor postor, porque más que acusado ideario religioso tiene prácticas éticas y valores morales. Y codicia el botín porque es su supervivencia. Un Sidi animista que observa la fauna y la naturaleza como oráculo real de sus acciones. Un Sidi tolerante y firme que sostiene a sus personajes y refleja el trasfondo histórico de una realidad medieval hecha a su medida profesional. Sidi no es una lección de historia sino de literatura, porque el literato tiene la ventaja sobre el historiador de mirar la historia como plazca, y ésta es para PR la auxiliar de la literatura. Y a la inversa, el historiador se auxilia de selecta literatura histórica. La libertad narrativa revertiana ha permitido crear una obra original con dardos (o espadas) en cada palabra.

El narrador revertiano es “omnisciente”: se sitúa al margen o por encima de los hechos. No adopta la postura de un testigo, sino que habla a través de los personajes porque está bien informado de todos ellos. La voz revertiana se encuentra en un plano distinto de la de lo narrado. Y adopta tiempos verbales y tonos diferentes: serio, neutro, irónico, especialmente en boca de Sidi. Ensarta el argumento, describe con detalle los hechos en cada escenario (batalla, recepciones, encuentros) y traza un itinerario geo-literario en sucesión diacrónica por donde transita el lector. Como en las fuentes literarias cidianas en *Sidi* se mencionan sucesos o acontecimientos retrospectivos a través de la memoria del personaje que PR deja ahí o arroja al lector para posible indagación. El autor ni hace una biografía ni un completo retrato físico, psicológico y moral de Sidi, sino que lo construye

con elementos “paraverbales”, acciones y palabras dialogadas de gran verosimilitud lingüística que informan de cómo pudo ser el personaje, real y ficticio. Un relato original y atractivo que por su gran fuerza expresiva y estilo vívido bien podría representarse o filmarse. En cualquier caso se considera un ejemplo de recuperación del patrimonio histórico-literario que a todos nos pertenece, o debería.

Sidi puede ser para el medievalista docente una fuente historiográfica literaria, objeto de un estudio en sí misma para añadirlo a la tradición cidiana, a la historia de la literatura histórica vertida sobre el personaje desde el Medievo a la actualidad. Por ahora, la novela revertiana es el último eslabón literario de una cadena que muestra muchas caras de Ruy Díaz. Una cara sidiana bien documentada, con una estructura narrativa ensamblada en cuatro partes divididas por capítulos cortos e intensos. Una buena novela que las ventas y la crítica confirman. *Sidi* es literatura antropológica, plástica y sensorial, escrita para ser vivida a la grupa de las palabras revertianas. Sobre ellas se cabalga con Sidi, se participa en sus batallas, se comprenden sus acciones y sentimientos. La novela incita al estudio y a incorporarla a la docencia universitaria.

Consideraciones al galope de *Sidi*

“No me gusta desmontar cuando voy a caballo, porque es la posición en la que mejor me encuentro, sano como enfermo”

(Montaigne, *Ensayos*)

“Es una novela fordiana, sí. Hay algo de eso, porque lo que me animó a escribirla fue pensar que los americanos hicieron una épica de su western, pero nosotros también tuvimos nuestra frontera, que es la frontera del Duero: al norte, cristianos; al sur, musulmanes, y en medio, una zona intermedia...”

Realmente estoy muy orgulloso de esa novela, porque conté lo que quería... Y «Sidi» y «Línea de fuego» me han dejado por ello una sensación de serenidad, de confirmación de que he sido un buen escritor, de que he cumplido, de que he hecho bien mi trabajo”

(Pérez-Reverte entrevistado por
Jorge Fernández Díaz,
Arturo-Pérez Reverte y la guerra)

“Las mujeres son animales extraños. Y unas más que otras... Después se dio la vuelta muy despacio para sumergirse en la sonrisa de ella y en el paraíso esmeralda que prometían aquellos ojos”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

Si se ha podido llegar hasta aquí, hágase un último esfuerzo para galopar sobre unas consideraciones resumidas que descabalgan del trabajo expuesto. En este ensayo de cabalgada histórico-literaria sobre las páginas sidianas, se ha pretendido encajar las piezas humanas y diseccionar temáticamente la realidad histórica que subyace y emerge en la novela, cuyo fondo se enmarca en las coordenadas de finales del siglo XI sobre dos

mundos hispanos de gentes en conflicto y en contacto, donde las élites de poder cristianas se aliaron y enfrentaron junto a poderosos gobernantes de taifas, antes de que los almorávides arramasen con el territorio andalusí. En medio, la supervivencia de un hombre, Ruy Díaz, que dirige a otros al campo de batalla para vencer o morir. La muerte es la protagonista que campea de forma natural sobre la vida sidiana. Se vive sabiendo que se muere y se acepta con naturalidad y dignidad.

La buena novela como es *Sidi*, es una forma literaria de historiar una realidad pasada de forma más atractiva que la narrativa de entresijos académicos, eruditos, historiográficos e interpretativos varios. Más que novela histórica es “antropología literaria” novelada. Una coalescencia entre la realidad y la invención, la historia y la ficción literarias. El novelista historiador o el historiador novelista se identifican, ambos investigan desde hechos y personajes históricos y construyen un relato, una narración, una crónica que contiene una historia que es, o parece, real y verdadera, que pasó o pudo pasar. El historiador y el novelista argumentan desde la información documentada y reconstruyen, a su manera interpretativa y subjetiva, una realidad pasada que revivifican con mimbres propios. Pero mientras que el novelista que historia no está obligado a enseñar al público sus fuentes (ese palimpsesto intelectual heurístico y hermenéutico)²⁸, el historiador académico tiene que mostrarlas, lo que desvía el contenido del relato en mor a veces del continente, de un aparato erudito y crítico para reforzar el estudio o la investigación. La gran diferencia formal entre historiador y el novelista es el estilo: al primero se le exige sólo corrección en la prosa, más impersonal y aséptica, mientras que al

²⁸ Esta aleación de historiador y novelista está bien demostrada en PR. Y además, por ejemplo, en *Hombres Buenos*, alterna simultáneamente el relato literario con el proceso de construcción histórico del mismo. En otras obras, como por ejemplo, la reciente *Línea de fuego* el escritor aporta una gran relación bibliográfica de la Guerra Civil española.

novelista se le valora el lenguaje narrativo. Y además, no está obligado a mostrar sus fuentes de inspiración. Y de fondo, al historiador se le exigen hipótesis o tesis fundamentadas en fuentes, una imaginación racional y contenida para suplir la carencia informativa, mientras que la libertad del novelista es total: recrea y puede hacer ficción como convenga sin ser cuestionado, salvo por las ventas.

La leyenda o la ficción forman parte de la Historia. El lector puede aceptarla o rechazarla, pero están unidas a la historia de la Historia, al cómo desde ella se ha ido transmitiendo hasta la actualidad. Sidi es la humanización de la leyenda, la deconstrucción del mito cidiano y puede ser considerada también un medio de interesarse por la historia a través de la literatura. Por ella se accede al siglo XI y a la trascendencia del personaje en medio de la transformación del mapa político peninsular de esa centuria. Existió, como trasluce *Sidi*, un contacto cultural inevitable, afortunadamente, unos préstamos y mestizajes que han enriquecido nuestro pasado y presente. El Sidi revertiano desprende una ética de tolerancia. Una novela que es un relato de frontera que ofrenda un canto al pasado histórico y literario español, a la diversidad de etnias y culturas, a la profesionalidad del oficio, a la libertad individual en tiempos inciertos y difíciles en España.

La novela entremezcla seductores recursos literarios —veracidad argumental, datos topográficos, recreación medioambiental, ritmo narrativo, equilibrio interno— con medios de expresión tan realistas como el lenguaje de la época, tan bello y arrumbado, combinado con un estilo moderno, sidiano, que le aporta un “iva” cultural. Que la novela apenas da fechas, frente a los historiadores que abruman con las mismas. Porque, en fin, *Sidi* es una historia de vida y muerte, una frontera vital que singulariza Ruy Díaz en un mundo hispánico, más contrastado, fronterizo e intercultural que el de la coetánea historia europea occidental. Indagar en ese tiempo y en ese mundo es lo que hace PR para construir con los

materiales precedentes una original transformación literaria en la que Sidi vuelve a nacer. Forja así un postrero y nuevo eslabón literario para quienes prosigan la cadena de transmisión cultural del personaje.

Sidi no es una biografía novelada del afamado Rodrigo Díaz, sino una narración plástica de las emociones colectivas e individuales, de las conductas y sentimientos, de las virtudes (fama, independencia, honestidad, lealtad, compañerismo) y defectos (astucia, codicia, ambición, violencia, crueldad) de la condición humana en cualquier tiempo y lugar. Con verosimilitud traslada PR al lector a la mentalidad y la vida de un personaje vivificado y fiable. Porque al final, realidad o ficción, o ambas cosas, lo que cuenta es que estén bien narradas, independientemente del debate acerca de los límites de la ficción, que en esta obra son limitados por veristas, ajustados parcialmente a la materia cidiana transformada con pertinentes y obligadas licencias del escritor y con su cuño literario absolutamente original. La novela es la convergencia entre la historia y la fantasía, la investigación y la divulgación, el “recreacionismo” de una nueva Edad Media que lega un rico patrimonio cultural que nos pertenece: y sobre el que se asienta el literario, donde ya ocupa su lugar *Sidi*. En esta novela histórica hay un punto de encuentro razonable y favorable entre la historia y la literatura, entre la realidad y la ficción, entre la prosa histórica y la literaria. Sidi, un hombre real armado a la manera revertiana, tan viva y creíble. Un relato donde no todo vale, ni siquiera en la ficción, porque su narrativa es ajustada, creíble, documentada, posible, fiable. Una magnífica divulgación literaria de Sidi/Cid, en la que se goza del mundo sidiano-revertiano. En cierta manera lo que PR hace es una labor didáctica, de educación cultural accesible a la sociedad actual; y estética, tan diferente a la historia oficial académica, tan necesaria aunque aprovechada sólo por una minoría universitaria. Ése ha sido el objetivo de este ensayo: unir la historia y la novela, frágilmente enlazadas en el marco

académico, cuando no divorciadas en la constreñida aula docente. Su pretendida función ha sido despertar o reforzar el interés sobre ese pasado medieval que aún nos pertenece y que *Sidi* ayuda a conocer y divulgar. La curiosidad por saber, la aventura del conocimiento, el *Sapere Aude* kantiano. Así se justifica el atrevimiento de este ensayo.

En él se ha establecido un paralelismo comparativo entre la realidad histórica del personaje tratado por historiadores y la realidad histórico-literaria que representa el novelista PR en *Sidi*. Y en esta conjunción se han mostrado las bambalinas de aquel remoto tiempo a caballo en mundos en contacto tan diferentes, complejos y contrastados. Con identidades ahormadas sobre lenguas derivadas del latín y del árabe y religiones monoteístas aparentemente tan distintas, no necesariamente enfrentadas. Y de las que se desprende un tiempo de coexistencia, de mestizaje cultural, del respeto sidiano a las costumbres del “otro”, se compartan o no: “Allí donde fueres haz lo que vieres”. Se ha mostrado en la novela no un conflicto religioso, sino la guerra por el poder que aglutina extraños compañeros, según intereses. El Sidi revertiano se ajusta a la realidad histórica y, por tanto, no es una espada de la cristiandad, sino un hombre de guerra al servicio de un poder, el que le pague bien su profesionalidad guerrera. Con el Sidi revertiano se ha cabalgado para descabalar al mito, sobre la grupa literaria sidiana-revertiana se han aupado estas páginas, por motivación personal e interés académico.

Sidi revela un mundo de hombres duros, unidos por el oficio de la guerra. Un Sidi humano y humanizado en un mundo creado y recreado por el autor con sus propios códigos y comportamientos, con ricos detalles que muestran el contraste de dos civilizaciones convergentes en España. La novela revertiana, enraizada en la tradición oral y escrita medieval, se concibe con originalidad y estilo directo, cómico y trágico, mezclado en la innovadora mentalidad y cualificada

narrativa revertianas. Planificada sobre lecturas especializadas, el escritor, como suele, deja indicios y pistas para acercar al lector a un personaje histórico. PR penetra en el alma de Sidi, de otro nuevo Ruy Díaz que entierra al glorioso Rodrigo del paradigma español franquista, héroe que luchaba por la unidad política y religiosa de la patria. Muestra un Sidi sufrido, independiente, carismático y libre en su espíritu, aun cuando sujeto a los usos sociales de su época. PR resucita un muerto histórico y le otorga una nueva vida, una nueva identidad aleada con valor, coraje, sorna, renuncia y vulnerabilidad, cercano a la tradición literaria, distinto al de otras tantas creaciones elaboradas desde el periodo medieval. PR modula su perfil psicológico y lo dota con una nueva identidad. Hay algo de la personalidad de Sidi que recuerda a la de su autor, habida cuenta de su pasado de reportero y de sus vivencias adquiridas en conflictos bélicos ¿Sería pues Sidi una especie de alter ego revertiano? El escritor conoce bien a Ruy y le ha dado vida. Ha conocido su mundo, sus hombres, las personas con quienes se relacionó, el paisaje que holló, las lenguas que oyó, las ropas que vistió, la valentía que lo caracterizó, las emociones que sintió, los recuerdos que tuvo, su ambicioso proyecto territorial. Y lo engendra como un profesional de la guerra en la frontera, desmontando en él la idea de Reconquista, acuñada en el siglo XIX. Esa ideología argumental de la más tradicional Historia Medieval de España, ya superada: la del ininterrumpido enfrentamiento religioso entre cristianos y musulmanes durante ochos siglos del Medievo. Del Cid de la reconquista cristiana y héroe nacional al Sidi profesional, paradigma de la identidad de los hombres de frontera.

En *Sidi* se reivindica la historia y la literatura de las que se nutre la novela. La historia académica, la árida investigación, el oficio de los historiadores que ponen la materia histórica al servicio de la divulgación social de la historia y de la novela histórica. Recíproca y simultáneamente, cuando este género espolea el trabajo académico, como se ha producido con el

relato revertiano, la coyunda historia y literatura resulta inevitable. Ambas se benefician, aun admitiendo que la buena novela histórica alcanza unas cotas de lectores inimaginable para los historiadores. Pero igualmente debe admitirse que los literatos de la historia necesitan de los historiadores para documentar sus novelas. *Sidi* es una metonimia que representa el todo mediante una parte, que crea una original síntesis literaria de los fundamentos de un magma de larga tradición en España. La deconstrucción-reconstrucción literaria de uno de los personajes más universales de la Historia de España deja un final abierto, predecible para quien tenga previo conocimiento histórico o esté interesado en conocer más de las andanzas y mudanzas de ese hombre de armas y de armas tomar. ¡Viva el hombre! ¡Muera el mito! Es un final excelente, ni optimista ni pesimista, sino a cuenta del público. Concebido para que el lector prosiga y llegue por cuenta propia, si lo desea, a conocer los avatares del Ruy Díaz, Rodrigo Díaz, El Cid Campeador, Sidi, que no fueron pocos. Ese deseo también ha formado someramente parte de este trabajo.

La novela *Sidi* está fechada en Buenos Aires en abril de 2019, una ciudad querida del escritor.

“Un sable que ha servido en el desierto.

Un grave rostro militar y muerto”

(Borges, *Buenos Aires*, 1899)

Lo que *Sidi* aporta, y de eso se trata, es una nueva forma de mirar, sin enjuiciar, a un personaje histórico-literario que merece la pena conocer a través del relato visual y emocional de la frontera que regala PR para uso cultural de un público no especializado y que accede a la historia medieval a través de la novela. Según dice el escritor en uno de sus “tuiteos”: “Termino con la Edad Media, al menos para una buena temporada”. Cuando se escribe intensamente acerca de un personaje o tema el autor acaba por saturarse, necesita abrir la

ventana de la mente empachada. El escritor se reinicia, la mente sufre amnesia y borrón y cuenta nueva. Algo así está sucediendo con este ensayo. Se explica: El Cid entró en la vida de quien ahora escribe hace demasiados años y en distintos tiempos. En 2019 lo ha vuelto a hacer a través de *Sidi*. Gracias a esta novela se ha leído en imágenes parte de cómo pudo ser la vida militar de Ruy Díaz, un gozo del que ha derivado este ensayo “particular”, que ya satura. Ruy, Rodrigo, Sidi, “mi” señor, se ha colado en tres etapas diferentes de mi vida: en la juventud, la madurez y el tránsito hacia la vejez. Respectivamente, estas etapas se corresponden con la película *El Cid*, de A. Mann; el regalo de la 1ª ed. *La España del Cid* de don Ramón Menéndez Pidal y el encuentro revertiano de *Sidi*.

.....

Hace unos días, en la duermevela del despertar, escuché un bisbiseo y, semiinconsciente, pregunté:

– ¿Quién anda ahí?

– No se asuste, señora–, musitó una voz apenas audible y grave.

– Shiiiiissss, shiiiiissss... Soy yo: ¡Sidi, Ruy, Rodrigo!–

– ¡Qué susto!–, me dije. Es una ensoñación.

– No, señora, no del todo. Perdón la intromisión, pero usted me ha invocado largo tiempo–, habló la cara vetusta, atractiva y barbuda.

– Señora, he decidido aparecer porque confío en vos. Y quiero pedirle la merced, si tiene ocasión, de que le haga saber a don Arturo que ha sido un caballero de palabra. En su crónica no ha hecho uso de mi vida privada. Ítem, ha contado lo de Raxida porque estaba en un momento de añoranza. Olvidado queda.

– Así lo haré, Señor, o mandaré que se lo hagan saber. Complacida con el encargo –respondí perpleja antes de entornar los ojos.

— *Sayyida*, señora... paro mientes sobre mí. Otrosí, dígale vuestra merced al conde don Arturo de Cartagena que nos, el sobredicho caballero Ruy Díaz, le damos las gracias por tan noble y gran servicio. Y como dicen ustedes por allá: por haber puesto mi nombre, Sidi, de nuevo en el candelabro.

Y con una suave sonrisa dijo como para sí: —Vuelva a sus sueños, *sayyida*.

Preparando el desayuno recordé la escena vívida. No sé si vendrá Rodrigo, El Cid, Ruy o Sidi una próxima vez, pero... ahora ya es hora de pasar página y empezar a olvidarlo.

.....

“Sólo es importante el final de las cosas”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

.....

*“Vete yéndote ya, rápida Iris,
y al soberano Posidón anuncia
en su totalidad este mensaje
y no seas de embustes mensajera:
mándale que al punto abandonando
la batalla y la guerra, se encamine
adonde están las tribus de los dioses
o bien a lo hondo del divino mar”.*

(Homero, *La Iliada*)

ANEXOS

ANEXOS TROTEROS DE *SIDI*

“Que se vea, en lo que tomo prestado, si he sabido elegir con qué dar valor o auxiliar propiamente a la invención, que procede siempre de mí”

(Montaigne, *Ensayos*)

“Los libros le cuentan sus puntos de vista de vista, y él responde con los suyos. Expresan sus pensamientos y le inspiran otros. No molestan cuando él guarda silencio; solo hablan cuando él les pregunta”

(Zweig, Montaigne)

*“No se puede confiar en alguien que nunca cometió un error”.
“Muchos hombres buenos se habrían perdido para siempre”*

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

Fuentes y bibliografía seleccionadas

AGUILAR OSUNA, Juan José (2011): “«La historia se funde con la ficción, el hecho se confunde con la fábula»: Historia y postmodernidad”, en *Representaciones de la postmodernidad: una perspectiva interdisciplinar*, Junta de Andalucía, pp. 226-275.

ALBARRÁN, Javier (2020): *Ejércitos benditos. Yibad y memoria en Al-Ándalus (siglos X-XIII)*, Universidad de Granada.

ALMAGRO JIMÉNEZ, Manuel (ed.) (2011): *Representaciones de la postmodernidad: una perspectiva interdisciplinar*, Junta de Andalucía.

ALVAR, Carlos y Manuel (1997): *Épica medieval española*, Madrid, Cátedra.

ALVIRA CABRER, Martín (2012): *Las Navas de Tolosa, 2012: idea, liturgia y memoria de la batalla*, Madrid, Sílex.

ARMISTEAD, Samuel G. “Ballad Hunting in Zamora”, en Brian Powell y Geoffrey West (eds.), *Al que en buen hora nació: Essays on the Spanish Epic and Ballad in Honour of Colin Smith*, Liverpool, Liverpool University Press-Modern Humanities Research Association (Hispanic Studies TRAC), 1996, pp. 13-26.

AURELL, Jaume (2008): *Tendencias recientes del medievalismo español*, Universidad de Navarra.

BARCELÓ, Carmen (2021): “Lápida de la esposa de un *wasir* y *qa'id* de Rueda de Jalón (1105)”, *Boletín del Archivo Epigráfico de la Universidad Complutense*, 7, pp. 5-19.

BARRIO BARRIO, José Antonio (2005): “La Edad Media en el cine del siglo XX”, *Medievalismo*, 15, pp. 241-268.

BOCH VILÁ, Jacinto (1956): *Los almorávides*, Zaragoza (Ed. facsímil. Estudio preliminar por Emilio Molina López), Universidad de Granada, 1990.

BOIX JOVANÍ, Alfonso (2001): “Colada y Tizón: ¿espadas mágicas? Incluyendo los aceros cidianos en una tradición literaria”, *La Corónica*, 29, 2, pp. 201-212.

- (2007) “Rodrigo Díaz, de señor de la guerra a señor de Valencia”, *Olivar* (Ejemplar dedicado a: 1207-2007: ocho siglos de tradición épica. Estudios en torno al "Poema de Mio Cid"), 10, pp. 185-192.
- (2012a) *El Cantar de Mio Cid: adscripción genérica y estructura tripartita*, Vigo, Academia del Hispanismo.
- (2012b) “Aspectos maravillosos en el Cantar de Mio Cid”, *Boletín de Literatura oral*, pp. 9-23.
- (2015) “Transmisión, pervivencia y evolución del mito cidiano en el *heavy metal*”, en *Estudios de literatura medieval en la Península Ibérica*, San Millán de la Cogolla: Cilengua, pp.303-315.
- (2017) “De cómo el Cid se ganó el respeto de don Remont”, *Medievalia*, 49, pp. 21-61.

Cantar de Mio Cid (1998). Edición, prólogo y notas de Alberto Montaner. Estudio preliminar Francisco Rico. Barcelona, Crítica (1ª ed. 1993).

Carmen Campidoctoris o Poema Latino del Campeador (2001). Estudio preliminar, edición, traducción y comentario Alberto Montaner y Ángel Escobar, Madrid, España Nuevo Milenio.

CALVO CAPILLA, Susana (2011): “El arte de los reinos de taifas: tradición y ruptura”, en *Anales de Historia del Arte*, volumen extraordinario (2), pp. 69-92.

CATLOS, Brian A. (2019): *Reinos de fe. Una nueva historia de la España musulmana*, Prólogo de Eduardo Manzano, Barcelona, Pasado&Presente.

CHALMETA GENDRÓN, Pedro (1967-1968): “«Kitab fi adab al-hisba» (Libro del buen gobierno del zoco) de al-Saqati”, en *Al-Andalus*, 32 (números 1 y 2) y 33 (números 1 y 2).

CID, Esteban (2001): “Tres consideraciones sobre el Cantar de Mio Cid”, *Cuaderno de la Serie Docencia. Literatura épica*, 2, Universidad de Buenos Aires, 27 pp. (*on line*).

CORRAL, José Luis (2007): *El Cid*, Barcelona, Edhasa.

DEPPING, Georges Bernard (1844): *Romancero ó Colección de antiguos romances populares de los españoles*, Nueva edición con las notas de don Antonio Alcalá-Galiano, t. I, Leipsique: F.A. Brockhaus, 1844.

Dos españoles en la historia: el Cid y Ramón Menéndez Pidal (2019), exposición organizada por la Biblioteca Nacional y la Fundación Ramón Menéndez Pidal.

DOSSE, François (1988): *La historia en migajas. De “Annales” a la “nueva historia”*, Valencia, Ed. Alfons el Magnànim.

ESLAVA GALÁN, Juan (2016): *Historia de España contada para escépticos*. Nueva edición ampliada y actualizada, Barcelona, Ed. Planeta.

FERNÁNDEZ DÍAZ, Jorge (2021): *Arturo Pérez-Reverte y la guerra*, Entrevista al escritor y amigo.

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ ESCALONA, Guillermo (2008-2010): “La cantilación de la épica medieval”, *Estudios Gregorianos*, Año III, núm. 6, pp. 105-175.

FIERRO, Maribel y GARCÍA SANJUÁN, Alejandro (Eds.): *Hispania, Al-Ándalus y España. Identidades y nacionalismo en la historia peninsular*, Marcial Pons.

FLETCHER, Richard (1989): *El Cid*, Madrid, Ed. Nerea.

FRANCHISEMA DE LEZAMA, Gloria C. (2020): *De la realidad emplazada a la realidad esperanzada: La piel del tambor de Arturo Pérez-Reverte*, Universidad de Murcia, Editum-Cátedra Arturo Pérez Reverte.

FUNES, Leonardo (2007): “Los estudios cidianos en el octavo centenario de la Copia de Per Abbat”, *Medievalismo*, 17, pp. 313-335.

GÁRATE CÓRDOBA, José María (1955): “La posible santidad del Cid”, *Boletín de la Institución Fernán González*, 3er trimestre, año 34, n. 132, pp. 754-760.

GARCÍA DE CORTÁZAR (2016), Fernando: “Menéndez Pidal y los españoles en la Historia”, en *ABC Cultural. Domingos con Historia*.

GARCÍA DE VALDEAVELLANO (1977), Luis: *Curso de Historia de las Instituciones españolas*”, Madrid, Biblioteca de la Revista de Occidente (1ª ed. 1968).

GARCÍA FITZ, Francisco (2019): *La guerra contra el islam peninsular*, Madrid, Ed. Síntesis.

GARCÍA LÓPEZ, María Cruz y MONTANER FRUTOS, Alberto (2004): “El estandarte Cidiano de Vivar (Burgos)” *Emblemata: Revista aragonesa de emblemática*, nº 10, pp. 501-532.

GARCÍA MARSILLA, Juan Vicente y ORTIZ VILLETA, Áurea (2017): *Del castillo al plató. 50 miradas de cine sobre la Edad Media*, Barcelona, Ed. OUC.

Historia Latina de Rodrigo Díaz de Vivar (1999). Edición bilingüe, traducción y estudios de José María Ruiz Asensio e Irene Ruiz Albi. Estudio preliminar de Gonzalo Martínez Díez, Burgos, Ayuntamiento-Caja Burgos.

IBN AL- KARDABUS (2008, 3ª ed.): *Historia de Al-Ándalus*. Estudio, traducción y notas de Felipe Maíllo Salgado, Madrid, Akal, Biblioteca de bolsillo.

IBN HAZM (1983): *El collar de la paloma*. Traducción de Emilio García Gómez (1ª ed. 1971), Madrid, Alianza Ed.

LACARRA, Mª Eugenia (1980): *El Poema de Mio Cid: realidad histórica e ideología*, Madrid, Eds. José Porrúa Turanzas.

LADERO QUESADA, Miguel Ángel (coord.) (2001): “Conquistar y defender. Los recursos militares en la Edad Media Hispánica”, nº extraordinario de la *Revista de Historia Militar*, año XLV, pp. 17-60.

- (2014, 2ª ed.): *La formación medieval de España*, Madrid, Alianza editorial.

LARA, Emilio (2021): “Ficción histórica y emociones”, *XL Semanal*, 16 de enero.

LOZANO, Modesta (1988): “Noticia del Romancero”, en *Romancero*, Círculo de Lectores Barcelona, pp. 25-48.

MANZANO MORENO, Eduardo (2010): *Historia de España. Épocas medievales* (Josep Fontana y Ramón Villares, dirs.), vol. 2, Barcelona, Crítica/Marcial Pons.

MARTIN, Georges (2010): “El primer testimonio cristiano sobre la toma de Valencia”, *s-Spania* (10 dic. 2010, en línea)

MARTÍNEZ, María (1986): “La cabalgada: un medio de vida en la frontera murciano-granadina”, *Miscelánea Medieval Murciana*, XIII, pp. 51-62.

- (1988): *La industria del vestido en Murcia (ss. XIII-XV)*, Murcia, Academia Alfonso X el Sabio-Cámara de Comercio, Industria y Navegación, 1988.
- (1995): "Organización y evolución de una sociedad de frontera: el reino de Murcia (s.s. XIII-XV)", *Medievalismo*, 5, pp. 31-88.
- (2006): “La creación de una moda propia en el reinado de los Reyes Católicos”, en *Aragón en la Edad Media*, XIX (2006), pp. 343-380.
- (2009): “Vivir en la frontera murciano-granadina en los tiempos bajomedievales”, *Congreso de Estudios Medievales. Cristianos y musulmanes en la Península Ibérica: la guerra, la frontera, la convivencia*, León, Fundación Sánchez Albornoz, pp. 611-631.
- (2015): *La Murcia andalusí (711-1243). Vida cotidiana*, Helsinki, Academia Scientarum Fennica.

MARTÍNEZ RICO, Eduardo (2019): *Cid Campeador*, Imagica Ediciones.

MARTOS QUESADA, Juan (2009): “Los reinos de taifas en el siglo XI”, en *Al-Ándalus*, Madrid, Ed. Itsmo, pp. 147-272.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1929): *La España del Cid*, 2 tomos, Madrid, Ed. Plutarco.

- (1ª ed. 1908-1911; ed. revisada de 1944-1946): *Cantar de Mio Cid: Texto, gramática y vocabulario*, Madrid, Espasa-Calpe, 3 vols.

MESA-ALCALDE, José Antonio de (2008): “Genealogía de la Tizona”, en *Trastámara*, 1 (enero-junio), pp. 37-61.

MÍNGUEZ, José María (2000): *Alfonso VI*, Hondarribia, Ed. Nerea.

MONSALVO ANTÓN, José María (2020): *Edad Media y medievalismo*, Madrid, Ed. Síntesis.

MONTANER FRUTOS, Alberto (1995): “De nuevo sobre los versos iniciales perdidos del Cantar de mio cid”, en *Medioevo y literatura: actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (coord. por Juan Salvador Paredes Núñez), vol. 3, pp. 341-360.

- (1998): *El Cid en Aragón*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón.
- (2000): “La batalla de Tévar”. *El Cid, poema e historia: actas del Congreso Internacional: (12-16 de julio, 1999)* (coord. por César Hernández Alonso), 2000, pp. 353-382.
- (2005): “El epitafio épico del Cid”. *Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (A Coruña, 18-22 de septiembre de 2001) coordinado por Mercedes Pampín Barral y Carmen Parrilla García, vol. 3, pp. 193-203
- (2007a): “Un canto de frontera: (geopolítica y geopoética del «Cantar de Mio Cid»”, *Ínsula: revista de letras y ciencias humanas*, nº731, 2007, pp. 8-11.
- (2007b): “*Tal es la su auçe*. el héroe afortunado del Cantar de Mio Cid”, *Olivar*, 10, pp. 89-10.
- (2011a): “La construcción biográfica de la Historia Roderici: datos, fuentes, actitudes”, *Edad Media. Revista de Historia*, 12, pp. 159-191.
- (2011b): “La Historia Roderici y el archivo cidiano: cuestiones filológicas, diplomáticas, jurídicas e historiográfica”, *e-Legal History Review*, nº. 12.
- El *Cantar de Mio Cid* en versión íntegra y modernizada por Alberto Montaner puede descargarse en www.caminodelcid.org

MONTANER FRUTOS, Alberto (coord.) (s.f.): *El Cid literario, legendario y mítico. Un viaje por la Edad Media*, Burgos (www.caminodelcid.org)

MONTANER FRUTOS, Alberto y BOIX JOVANÍ, Alfonso (2006): *Guerra en Sarq Al'andalus. Las batallas cidianas de Morella (1084) y Cuarte (1094)*, Zaragoza, Ed. Instituto de Estudios Islámicos y Oriente Próximo.

MORADIELLOS, Enrique (2013): *El oficio de historiador. Estudiar, enseñar, investigar*, Madrid, Akal.

MORRÁS RUIZ-FALCÓ (coord.) (2018): *El Cid cabalga: Base de datos en línea de las leyendas del Camino. Espacios en la Edad Media y el Renacimiento*.

PANIZO SANTOS, Juan Ignacio (2007): *Documentos del Cid en el Archivo Histórico Nacional*, Madrid, Millennium Liber.

PAVÓN MALDONADO, Basilio (1994): “El Arte” en *Historia de España Ramón Menéndez Pidal. Los reinos de taifas*, VIII/1, Madrid, Espasa-Calpe, pp. 651-716.

PEÑA PÉREZ, Francisco Javier (2010): “La sombra del Cid y de otros mitos medievales en el pensamiento franquista”, en *Norba: Revista de Historia*, 23, pp. 155-177.

PÉREZ-REVERTE, Arturo: “Patente de corso”, en *XL Semanal* (desde 1987). En 2017, *XL Semanal* y el portal literario Zenda, impulsado por el escritor, formaron una gran alianza digital divulgativa de textos de autores hispanoamericanos.

- (2012) *El tango de la Guardia Vieja*, Madrid, Alfaguara.
- (2015) *Hombres buenos*, Madrid, Alfaguara.
- (2019a): *Una Historia de España*, Madrid, Alfaguara (1ª ed. marzo de 2019).
- (2019b): *Sidi*, Madrid, Alfaguara (1ª ed. septiembre).
- (2020): *Línea de Fuego*, Madrid, Alfaguara.
- (2021): *El italiano*, Madrid, Alfaguara.

PETERSON, David (2021): «The Castilian Origins of the Epithet Mio Cid», *Bulletin of Hispanic Studies*, 98, 3, pp. 213-229.

PORRINAS, David (2019): *El Cid. Historia y mito de un señor de la guerra*, Madrid, Desperta Ferro Ed.

RICO, Francisco (1988): *Romancero*, Barcelona, Círculo de Lectores.

RIQUER, Martín de (2011; 1ª ed. 1968): *L'arnes del cavaller*, Barcelona, RBA La Magrana.

RIZO, Susana (2021): “Entrevista a Pérez Reverte”, *Zenda*, 25 de abril de 2021.

RODRÍGUEZ GARCÍA, José Manuel (2008): “Cabezas cortadas en Castilla y León, 1100-1350”, en *El Cuerpo Derrotado: Cómo trataban musulmanes y cristianos a los enemigos vencidos*, Madrid, CSIC, pp. 349-395.

RUIZ DOMÉNEC, José Enrique (2006): *El reto del historiador*, Barcelona, Ed. Península.

- (2007): *Mi Cid*, Barcelona, Ed. Península.

SAGUAR, Amaranta: “Presencia del Cid en el Heavy Metal en relación al auge y al declive de algunos de sus subgéneros”, en *Storyca*, accesible en http://parnaseo.uv.es/AulaMedieval/aM_es/StorycaWeb.

SOLANO, Mª José (2021): “La calle del fascista, *ABC Cultural*, 19 de junio de 2021

- (2021): “Entrevista a Javier Cercas”, *Zenda*, julio 2021.

SOLER DEL CAMPO Antonio (1993): *La evolución del armamento medieval en el reino castellano-leonés y Al-Ándalus (ss. XII- XIV)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1993.

SOLO, Carlos del (2017): *El Cid Campeador. Simplemente Rodrigo*, Almería, Ed. Letrame.

VALDEÓN BARUQUE, Julio (1988): *En defensa de la historia*, Salamanca, Ámbito.

VIGUERA MOLINS, M^a Jesús (coord., 1994): “Los reinos de Taifas. Al-Ándalus en el siglo XI”, en *Historia de España Menéndez Pidal* (dirigida por José M. Jover), vol. VIII-1, Madrid, Espasa-Calpe.

- “El Cid en las fuentes árabes”, *Actas del Congreso internacional, El Cid, Poema e Historia (12-16 julio 1999)*, (César Hernández Alonso, coord.), Ayuntamiento de Burgos, 2000, pp. 55-92.
- “Los Banu Qasi novelados”, *Vivir de tal suerte. Homenaje a Juan Antonio Sousto* (M. Meoauk y Cristina de la Puente, eds.), Córdoba-Madrid, CSIC, 2014, pp. 411-422.

VV. AA (2012): *El Cid Campeador. Microcantar del Mío Cid*, Salamanca, Ed. Eye Servicios de Producción

VV.AA (2021): *Lo uno y lo diverso. La riqueza del idioma español*, Madrid, Instituto Cervantes.

Webgrafía

<https://dbe.rah.es/>

<https://www.rae.es/>

www.caminodelcid.org

www.canalpatrimonio.com/

www.cervantesvirtual.com

La cueva del cíclope. Tuiteos sobre literatura en el bar de Lola (libro electrónico, 2021).

PÉREZ-REVERTE, Arturo: “Zenda Semanal: “50 tuiteos sobre literatura”, en *Twitter*, 19 de marzo de 2021.

ZENDALIBROS.COM

Lo que dicen las palabras *sidianas*²⁹

Aceifa: Incursión militar que los sarracenos solían hacer en verano en los territorios cristianos.

Acicate: Espuela para picar al caballo provista de una punta aguda con un tope para que no penetre demasiado.

Adalid: Caudillo, hombre que guía gente de guerra.

“*Adán*”: Llamada a la oración musulmana.

“*Afraq*”: Tienda de campaña.

Agareno: Musulmán.

Ahembrado: Afeminado.

Alazán: Color rojizo de un caballo.

Albornoz: Especie de capa cerrada con capucha, muy utilizada por los musulmanes.

Alcance: Seguimiento, persecución.

Alcorán: Corán. Libro en que se contienen las revelaciones de Dios a Mahoma y que es fundamento de la religión musulmana.

Alfanje: Especie de sable corto y corvo, con filo solamente por un lado, y por los dos en la punta.

Alfaquí: Entre los musulmanes, doctor o sabio de la ley.

Alféizar: Vuelta o derrame que hace la pared en el corte de una puerta o ventana, tanto por la parte de adentro como por la de afuera, dejando al descubierto el grueso del muro.

Alférez: Oficial que llevaba la bandera en la infantería, y el estandarte en la caballería.

Algalia: Sustancia untuosa, blanca, que luego pardea, de olor fuerte y sabor acre que se extrae de la bolsa que cerca del ano tiene el gato de algalia y se emplea en perfumería.

Algara: Correría a caballo en tierra enemiga.

Algarabía: Lengua árabe. Ruido de habla atropellada e ininteligible y de sonido confuso.

²⁹ PR incluye en la novela un rico vocabulario medieval, de procedencia latina y árabe, cuyo significado no siempre se conoce. Se ha seleccionado el más representativo, definido en el DRAE o en algún caso en el de María Moliner, o adaptado por la autora. Cuando los musulmanes se expresan en árabe o en árabe dialectal andalusí no es difícil entenderlos por la habilidad narrativa de PR, que traduce amablemente. Para el árabe o sus derivados puede recurrirse al diccionario de Federico Corriente: *Diccionario de arabismos y voces afines en iberorromance*, Madrid, Gredos, 1999.

Alheña: Polvo amarillo o rojo a que se reducen las hojas de la flor de la alheña secadas, utilizado en el mundo islámico como tinte, especialmente para el pelo, o la decoración de manos y otras zonas del cuerpo.

Aljaba: Carcaj. Caja para flechas que se colgaba del hombro.

Aljibe: Cisterna (depósito subterráneo de agua). Pozo.

Aljuba: Vestidura morisca usada también por los cristianos, consistente en un cuerpo ceñido en la cintura, abotonado, con mangas y con falda que solía llegar hasta las rodillas.

Almena: Cada uno de los prismas que coronan los muros de las antiguas fortalezas para resguardarse en ellas los defensores.

Almizcle: Sustancia grasa, untuosa y de olor intenso que algunos mamíferos segregan en glándulas situadas en el prepucio, en el perineo o cerca del ano, y, por extensión, la que segregan ciertas aves en la glándula situada debajo de la cola. Por su untuosidad y aroma, es la base de ciertos preparados cosméticos y de perfumería.

Almocadén: En la milicia antigua, caudillo o capitán de tropa de a pie.

Almófar: Pieza de la armadura antigua, especie de cofia o de capucha de malla, sobre la cual se ponía el capacete.

Almogávar: En la milicia antigua, soldado de una tropa escogida, especialmente catalana y aragonesa, y muy diestra en la guerra, que se empleaba en hacer entradas y correrías en las tierras de los enemigos. La primera mención de almogávares cristianos es de principios del siglo XII y se refiere a soldados de fortuna aragoneses.

Almohazar: Estregar o fregar a las caballerías con la almohaza para limpiarlas.

Almuédano: Musulmán que desde el alminar convoca en voz alta al pueblo para que acuda a la oración.

Ajorca: Especie de argolla de oro, plata u otro metal, usada para adornar las muñecas, brazos o tobillos.

“Amín”: Alamin. Recaudador de impuestos al servicio del poder público.

Añafil: Trompeta recta morisca de unos 80 cm de longitud, que se usó también en Castilla.

Arabesco: Adorno compuesto de tracerías, follajes, cintas y roleos, y que se emplea más comúnmente en frisos, zócalos y cenefas.

Arcano: Misterio, cosa oculta y muy difícil de conocer.

Arrancada: Partida o salida violenta de una persona o de un animal.

Arroba: Peso equivalente a 11,502 kg.

Arzón: Parte delantera o trasera que une los dos brazos longitudinales del fuste de una silla de montar

Atajador: En la milicia, explorador.

Atabal: Timbal. Especie de tambor.

Atalaya: Torre hecha comúnmente en lugar alto, para registrar desde ella el campo o el mar y dar aviso de lo que se descubre.

Babera: Pieza de la armadura antigua que cubría y protegía boca, barbilla y mandíbulas.

Babucha: Calzado ligero y sin talón, usado principalmente en países orientales y del norte de África.

Bacalito: Pequeña tienda musulmana.

Ballesta: Arma portátil que dispara flechas y proyectiles impulsados por la combinación de un muelle en forma de arco y una cuerda.

Barbacana: Obra avanzada y aislada en forma de muro para defender entradas de castillos o fortalezas. Saetera.

Barbuquejo: Correa con que se sujeta el casco atándola por debajo de la barbilla.

Barda: Arnés o armadura de vaqueta o hierro con que se guarnecía el cuerpo de los caballos para su protección en la guerra y en los torneos. Borrén de la silla.

Bastimento: Provisión para sustento de una ciudad, de un ejército.

Batidor: Explorador que descubre y reconoce el campo o el camino para ver si está libre de enemigos.

Belfo: Cada uno de los dos labios del caballo y de otros animales.

Bellaco: Malo, pícaro, ruin. Astuto, sagaz.

“Belmez” (Velmez): Prenda que se colocaba debajo de la cota de mallas.

Perpunte o jubón exterior acolchado para protegerse cuando se carecía de cota de mallas.

Borceguí: Calzado que llegaba hasta más arriba del tobillo, abierto por delante y que se ajustaba por medio de correas o cordones.

Brial: Faldón de tela que llevaban los hombres de armas desde la cintura hasta encima de las rodillas.

Brocado: Tela de seda entretejida con oro o plata, de modo que el metal forme en la cara superior flores o dibujos briscados.

“Bruña”: Cota de malla.

Bujarrón: Sodomita.

Cabalgada: Correría de guerra que se hacía a caballo.

Cabalgadura: Bestia de carga.

Calzada: Camino pavimentado que unía poblaciones desde época romana.

Calzas: Prenda de vestir que, según los tiempos, cubría, ciñéndolos, el muslo y la pierna, o bien, en forma holgada, sólo el muslo o la mayor parte de él.

Camisola: Camisa fina y holgada.

Camisote: Cota de mallas con mangas que llegaban hasta las manos.

Candil: Utensilio para alumbrar, dotado de un recipiente de aceite y una varilla con gancho para colgarlo.

Capellina: Pieza de la armadura antigua que cubría la parte superior de la cabeza.
“Capiello”: Capillo. Nombre que se ha aplicado a distintas prendas para cubrir la cabeza.

Caracolear: Dicho de un caballo, hacer caracoles o vueltas del jinete.

Carga: Embestida o ataque resuelto al enemigo.

Carromato: Carro grande de dos ruedas, con dos varas para enganchar una caballería o más en reata, y que suele tener bolsas de cuerda para recibir la carga y un toldo de lienzo y cañas.

Cendal: Tela de seda o lino muy delgada y transparente.

Centinela: Vigilancia, servicio ordenado y dispuesto.

“Címbal”: Címbalo: Instrumento musical muy parecido o casi idéntico a los platillos, que usaban los griegos y romanos en algunas de sus ceremonias religiosas. Campana pequeña.

Cincha: Cincha de brida, que consta de tres fajas de cáñamo y que se asegura a la silla con contrafuertes y hebillas.

Chusma: Gente grosera o vulgar.

Codo: Medida lineal, que se tomó de la distancia que media desde el codo a la extremidad de la mano. Aproximadamente entre 40 y 60 cm.

Cofia: Birrete almohadillado, a veces con armadura de hierro, que se llevaba debajo del yelmo.

Contera: Pieza que se pone en el extremo opuesto al puño de objetos como una lanza, una espada, etc.

Cordobán: Piel curtida de macho cabrío o de cabra. Cuero así llamado por su fabricación en la ciudad de Córdoba en época islámica.

Correría: Incursión en un territorio de gente armada que se dedicaba a la destrucción y el saqueo.

Cortadura: Parapeto de tierra o ladrillo con cañoneras y merlones que impide al enemigo alojarse en la brecha.

Costanera: costado o lado.

Cota: Arma defensiva del cuerpo usada antiguamente, que en un principio era de cuero y guarnecida de cabezas de clavos o anillos de hierro, y más tarde, de mallas de hierro entrelazadas.

Cruz: En la espada, la parte superior compuesta por dos brazos transversales a la hoja para proteger la mano.

Cuerpo: En el ejército, gran unidad integrada por dos o más divisiones, así como por unidades homogéneas y servicios auxiliares.

Daga: Arma blanca, de hoja corta y con guarnición para cubrir el puño, y gavilanes para los quites, que solía tener dos cortes y a veces uno, tres o cuatro filos.

“Dalil”: Adalid.

“Daraqā”: “Escudo de cuero en forma de corazón que los moros llamaban daraqas” (Pérez-Reverte, *Sidi*: 105).

Desafío: Rivalidad, competencia.

Desmochada: Que se ha caído o derruido la parte superior; en la novela, de una torre.

Diantre: Diablo.

Dinar: Moneda árabe de oro, cuyo peso era de poco más de cuatro gramos

Dírham: Moneda de plata usada por los árabes en la Edad Media.

Dracma: Medida de peso utilizada en farmacia, equivalente a la octava parte de una onza, es decir, tres escrúpulos o 3594 mg.

Emboscada: Ocultación de una o varias personas para atacar por sorpresa a otra u otras.

Embozo: Parte de la capa, banda u otra cosa con que se cubre el rostro.

Escabel: Asiento pequeño hecho de tablas, sin respaldo.

Escaramuza: Género de pelea entre los jinetes o soldados de a caballo, que van picando de rodeo, acometiendo a veces y otras huyendo con gran ligereza.

Escaramuzar: Dicho de un jinete, revolver el caballo a un lado y otro como en la escaramuza.

Escarcela: Especie de bolsa que pendía de la cintura. Parte de la armadura antigua que caía desde la cintura y cubría el muslo.

Escuadrón: Porción de tropa formada en filas según las reglas de la táctica militar.

Escucha: Centinela que se adelanta de noche a la intermediación de los enemigos para observar sus movimientos.

Esparteña: Especie de alpargata de cuerda de esparto.

Espolonada: Arremetida impetuosa de gente a caballo.

Estameña: Tejido de lana, sencillo y ordinario, que tiene la urdimbre y la trama de estambre.

Eunuco: Hombre poco viril, afeminado.

Fajina: Haz de ramas delgadas muy apretadas que usaban los ingenieros militares especialmente para revestimientos.

Faldón: Pieza grande de cuero que va unida a las armaduras de la silla para evitar el roce de la pierna del jinete con los flancos del caballo.

Flanco: Lado de una fuerza militar, o zona lateral e inmediata a ella.

Franco: Nombre dado a las gentes de los condados pirenaicos orientales. Actualmente catalán.

Fray: Fraile. Alude a los miembros de las órdenes militares (siglo XII) o mendicantes (s. XIII). El autor refiere a fraile en vez de a monje como un

recurso literario de significado más amplio, según él mismo ha explicado “tuiteando”.

Freno: Instrumento de hierro que se compone de bocado, camas y barbada, y sirve para sujetar y gobernar las caballerías.

Fusta: Vara flexible o látigo largo y delgado que por el extremo superior tiene una trencilla de correa, que se usa para estimular a los caballos.

Galopada: Carrera al galope.

Galope: Marcha rápida de una caballería, más veloz que el trote, que consiste en avanzar saltando y manteniendo en algún momento las cuatro patas en el aire.

Gambeson: Gambaj. Jubón acolchado que se ponía debajo de la coraza o armadura y llegaba a media pierna.

Gamuza: Tejido o paño de lana, de tacto y aspecto semejantes a los de la piel de la gamuza o antílope (similar a la cabra, pero de mayor tamaño).

Gonela: Saya corta o túnica de seda sin mangas que los caballeros vestían encima de la cota de mallas.

Grupas: Ancas de una caballería. Volver grupas: volver atrás.

Gumía: Arma blanca, como una daga un poco encorvada, que usan los moros.

Hachote: Vela corta y gruesa

“Hammán”: Baño de vapor árabe, vinculado al mundo islámico.

Harén: Entre los musulmanes, conjunto de todas las mujeres que viven bajo la dependencia de un jefe de familia.

Haz: Tropa ordenada o formada en unidades.

Heraldo: Mensajero. Rey de armas.

Hondero: Soldado que usaba honda en la guerra

Huesas: (*ossas*) botas de cuero altas, de montar.

Hueste: Ejército en campaña. Seguidores de una persona o causa.

Hurí: Cada una de las mujeres bellísimas creadas, según los musulmanes, para compañeras de los bienaventurados en el paraíso.

Infel: Referido a los musulmanes porque no creen en el dios cristiano.

Jacerina: Cota de malla.

Jabalina: Arma, a manera de pica o venablo.

Jamuga: Silla de tijera, con patas curvas y correones para apoyar espalda y brazos, que se coloca sobre el aparejo de las caballerías para montar cómodamente a mujeriegas.

Jineta: Arte de montar a caballo que consiste en llevar los estribos cortos y las piernas dobladas, pero en posición vertical desde la rodilla. Propia de los bereberes musulmanes.

Jofaina: Vasija en forma de taza, de gran diámetro y poca profundidad, que sirve principalmente para lavarse la cara y las manos.

Jornada: Camino que se anda regularmente en un día de viaje.

Juglar: En la Edad Media, persona que iba de unos lugares a otros y recitaba, cantaba o bailaba o hacía juegos ante el pueblo o ante los nobles y los reyes.

Lance: Desafío entre dos para un duelo. Encuentro, riña.

Lanzada: Golpe o herida que se hace con la lanza.

Legua: Medida itineraria, variable según los países o regiones, definida por el camino que regularmente se anda en una hora, y que en el antiguo sistema español equivale a 5572,7 m.

Loriga: Armadura para proteger el cuerpo, hecha de láminas metálicas pequeñas e imbricadas. Armadura del caballo para la guerra.

Lugarteniente: Persona que tiene autoridad y poder para hacer las veces de otro en un cargo o empleo.

Orión: Constelación que se ve antes del amanecer desde agosto a mediados del mes de noviembre.

Mahometano: Musulmán.

Mantelete: Adorno del escudo de armas, que representa el pedazo de tela o de malla que, bajando desde lo alto del casco, protegía el cuello y parte de la espalda del caballero.

Manto: Prenda para cubrir el cuerpo, similar a capa.

Marco: Peso de media libra, o 230 g, que se usaba para el oro y la plata. El del oro se dividía en 50 castellanos, y el de la plata en 8 onzas.

Mayoral: Capataz de un cuadrilla.

Maza: Arma antigua de palo guarnecido de hierro, o toda de hierro, con la cabeza gruesa.

Merodeador: Dicho de un soldado, apartarse del cuerpo en que marcha, a ver qué puede coger o robar en los caseríos y en el campo. En la novela, el que despoja a los muertos.

Mesar: Arrancar el cabello o la barba con las manos, o tirar con fuerza de ellos.

Mesnada: Compañía de gente de armas que antiguamente servía bajo el mando del rey o de un ricohombre o caballero principal.

Mesnadero: Hombre que servía en la mesnada.

Mezquita: Templo musulmán.

Miliar: Dicho de una columna o de una piedra que antiguamente indicaba la distancia de mil pasos.

Minarete: Alminar. Torre de las mezquitas, por lo común elevada y poco gruesa, desde cuya altura convoca el almuédano a los musulmanes en las horas de oración.

Mojarra (moharra): Punta de la lanza, que comprende la cuchilla y el cubo con que se asegura en el asta. Cuchillo.

“Morabi” (Morabito): del ár. clás. murābiṭ, miembro de una rābida o especie de monasterio fortificado, situado en lugares fronterizos, donde los musulmanes

practican la oración y la guerra santa. Musulmán que profesa cierto estado religioso parecido en su forma exterior al de los anacoretas o ermitaños cristianos, equivalente a “monje guerrero”. Tradicionalmente se aplicó a los almorávides (*al-murabitun* u hombres del *ribat*).

Moro: Dicho de una persona, musulmán que habitó en España desde el siglo VIII hasta el XV. Natural del África septentrional.

Mozárabe: Población hispánica que, consentida por el derecho islámico como tributaria, vivió en la Al-Ándalus hasta fines del siglo XI conservando su religión cristiana y su organización eclesiástica y judicial. Lengua romance, heredera del latín vulgar visigótico, con elementos del árabe, que hablaban cristianos y musulmanes en la España islámica.

Muselina: Tela de algodón, seda, lana, etc., fina y poco tupida.

“Nezrani” (*nasrani*): Nazareno. Nombre con que se designa a los cristianos en el mundo islámico.

Ollar: Cada uno de los dos orificios de la nariz de las caballerías.

Onza: Cada una de las 16 partes en que se divide la libra, equivalente a 28,75g.

Otero: Cerro aislado que domina un llano.

Palenque: Valla de madera o estacada que se hace para la defensa de un puesto, para cerrar el terreno en que se ha de hacer una fiesta pública o un combate, o para otros fines. Poste liso y fuerte clavado en tierra, que sirve para atar animales.

Palmo: Medida de longitud equivalente a 21 cm., aproximadamente la distancia entre el extremo del pulgar y el meñique con la mano abierta.

Parias: Tributo que pagaba un príncipe a otro en reconocimiento de superioridad.

Paso: Distancia recorrida en cada movimiento al andar.

Pelliza: Prenda de abrigo hecha o forrada de pieles finas.

Pendón: Insignia militar, que era una bandera o estandarte pequeño, y se usaba en la milicia para distinguir los regimientos, batallones y demás cuerpos del Ejército que iban a la guerra.

Peón: Soldado de infantería.

Pergamino: Piel de la res, limpia del vellón o del pelo, raída, adobada y estirada, que sirve para escribir en ella, para forrar libros o para otros usos.

Pléyades (Las): constelación estelar.

Prima: Hora litúrgica que corresponde a una hora después del amanecer.

Quinta: Finca y casa de recreo. Carmen, almunia.

Quinto: Derecho que se pagaba al rey por las presas, tesoros y otras cosas semejantes, que siempre era la quinta parte de lo hallado, descubierto o aprehendido.

“*Rais*”: Caudillo, jefe. En algunos países árabes, jefe del Estado.

“*Raqaat*” (“*Rakat*”): Jaculatorias musulmanas que se rezan en las cinco oraciones diarias que se establecen según los movimientos del sol: al alba, mediodía, tarde, puesta de sol y noche.

“*Rayah*”: Señal, bandera, pendón o divisa heráldica.

Rebato: Acometimiento repentino que se hace al enemigo.

Rebencazo: Latigazo.

Rediós: Denota enfado, cólera, sorpresa, etc.

Renegado: Dicho de una persona, que ha abandonado voluntariamente su religión o sus creencias.

Retén: Tropa que en más o menos número se pone sobre las armas, cuando las circunstancias lo requieren, para reforzar, especialmente de noche, uno o más puestos militares.

Rienda: Cada una de la correa, cinta o cuerda que, unidas por uno de sus extremos a las camas del freno, lleva asidas quien gobierna la caballería.

Romía: Romana, gentilicio equivalente a cristiana.

Ruana: Tejido de lana. Manta raída.

Ruano: Dicho de una caballería, de pelo mezclado de blanco, gris o bayo.

Saeta: Flecha. Arma arrojadiza.

Saetera: Aspillera para disparar saetas.

Salvadera: Vaso, por lo común cerrado y con agujeros en la parte superior, en que se tenía la arenilla para enjugar lo escrito recientemente.

Sarraceno: Mahometano.

Sayo: Prenda de vestir holgada y sin botones que cubría el cuerpo hasta la rodilla.

Silla: Aparejo para montar a caballo.

Sirga: Maroma que sirve para tirar las redes, para llevar las embarcaciones desde tierra, principalmente en la navegación fluvial, y para otros usos.

Camino de sirga.

“*Sotalfárez*”: “*Subalfárez*”.

Sueldo: Moneda de Castilla que valía doce dineros de a cuatro meajas.

Sueldo bueno o sueldo burgalés.

Talega (o Talego): Saco o bolsa anchos y cortos, de lienzo basto u otra tela, que sirven para llevar o guardar las cosas.

“*Tebib*”: Sanador, médico.

Ten: Tacto o moderación en la manera de tratar a alguien o de llevar algún asunto.

Tirador: Persona que tira con cierta destreza y habilidad, en la novela ballesta y arco.

Tordo: Dicho de una caballería, que tiene el pelo mezclado de negro y blanco, como el plumaje del pájaro tordo.

“Tornafuye”: Táctica bereber y musulmana que consiste en retirarse del combate para atraer al enemigo a una trampa.

Trebejo: Instrumento o utensilio que se utiliza para realizar alguna actividad.

Trote: Modo de caminar acelerado, natural a todas las caballerías, que consiste en avanzar saltando, con apoyo alterno en cada bípedo diagonal, es decir, en cada conjunto de mano y pie contrapuestos.

Turbante: Tocado que consiste en una tira larga de tela que se enrolla a la cabeza. Almaizar.

Vaina: Funda de espada.

Verraco: Persona desaseada. Persona despreciable por su mala conducta.

Vitela: Piel de vaca o ternera, adobada y muy pulida, en particular la que sirve para pintar o escribir en ella.

Vivac: Campamento, especialmente militar, instalado de manera provisional para pasar la noche al raso.

Vivaquear: Pasar la noche en acampada al aire libre.

Yantar: Comer.

Yelmo: Pieza de la armadura antigua que resguardaba la cabeza y el rostro, y se componía de morrión, visera y babera.

Yihad: Guerra santa de los musulmanes.

Zalá: Oración de los musulmanes.

Las identidades *sidianas*

Al-Mansur: Almanzor, primer ministro y caudillo del califa cordobés Hisam II.

Abdalá: Abd Allah, rey de la taifa de Granada.

Agar: mujer bíblica, esclava de Abraham.

Alfonso VI: rey de León.

Ali Farach: bereber de Fez, vendedor del caballo Babieca.

Ali Taxufín: guerrero zaragozano.

Benhud: dinastía de la taifa de Zaragoza.

Amir Bensamaj: musulmán zaragozano, traidor a su soberano.

Amir Bensur: mercenario procedente de Fez.

Almutamid: rey de la taifa de Sevilla.

Alvar Ansúrez: burgalés, hombre de Ruy Díaz.

Alvar Fáñez: “Minaya”; lugarteniente de Ruy Díaz.

Alvar Salvadórez: hombre de Ruy Díaz.

Arias, los: linaje zamorano.

Arias Gonzalo: del linaje del gobernador de Zamora.

Bellido Dolfos (Adolfo): asesino traidor de Sancho II.

Berenguer Remont: Berenguer Ramón II, conde de Barcelona.

Diego Laínez: padre de Ruy Díaz.

Diego Martínez: de Vivar, primo de Alvar Fáñez “Minaya”.

Diego Ordóñez: hombre de Ruy Díaz.

El Bermejo: apodo del fraile Millán que acompaña la hueste sidiana.

Eleazar: judío burgalés, prestamista.

Elvira: nombre de la madre de Raxida antes de su conversión al islam.

Fátima: hija del profeta Mahoma.

Fernando I, rey de León.

Félez Gormaz: sobrino de Ruy Díaz, hijo de su hermana.

Félez Muñoz: hombre de Ruy Díaz.

Fray Millán: capellán, secretario y cartógrafo de la milicia sidiana.

Galín Barbués: joven explorador aragonés y hombre de Sidi. Nombre inventado por PR, de tradición aragonesa medieval.

García: rey de Galicia, hermano de Sancho II y Alfonso VI.

García Ordóñez: conde leonés que difamó a Rodrigo, acusándole de haber aceptado regalos del rey al-Mutamid de Sevilla.

Gregorio: papa Gregorio VII.

Ismael: según el Corán, hijo primogénito del patriarca Abraham.

Itimad: tía viuda de Mutamán.

Jimena: esposa de Rodrigo Díaz.

Jimeno Garcés: alférez navarro.

Julio César: militar romano del siglo I a.C.
 Laín Márquez: hombre de Ruy Díaz.
 Lope Diéguez: hombre de Ruy Díaz.
 Lozano, conde: padre de Jimena, esposa de Ruy Díaz.
 “Ludriq”: Rodrigo.
 Mahomé: Prisionero. Coloquialmente, nombre del profeta Mahoma.
 Malika, madre de Raxida, muladí (conversa del cristianismo al islam).
 Martín Antolínez: burgalés, hombre de Ruy Díaz.
 Millán: fraile de San Hernán. Capellán de la hueste sidiana.
 Minaya: apodo de Alvar Fáñez. Lugarteniente de Ruy Díaz.
 Martín: fraile.
 Moqtadir: soberano de la taifa de Zaragoza, padre de Mutamán y Mundir.
 Mundir: soberano de la taifa de Lérida, hermano de Mutamán.
 Muño García: joven explorador de la hueste sidiana.
 Muza: gobernador musulmán del Norte de África, conquistador del reino visigodo.
 Mutamán: soberano de la taifa de Zaragoza.
 Noé: personaje bíblico.
 Nuño Bernáldez: asturiano, tuerto, hombre de Sidi.
 Pedro: fraile.
 Pedro Bermúdez: sobrino de Ruy Díaz y primo de Félez Gormaz.
 Pedro Garcidíaz: de Vivar, hombre de Sidi.
 Pelayo: caudillo astur que se enfrentó en Covadonga en 722 a los musulmanes.
 Poncio Pilatos: gobernador de Judea, responsable de la crucifixión de Jesús.
 Ruy Díaz: Rodrigo Díaz.
 Sancho Ramírez: rey de Aragón y Navarra.
 Sancho, infante. Sancho II, rey de Castilla.
 Tariq: musulmán conquistador del reino visigodo.
 Tello Luengo: hombre de Sidi.
 Urraca: hermana de Sancho II y Alfonso VI y señora de Zamora.
 Uriel: judío burgalés, prestamista.
 Utmán Alkadir: militar aguerrido que se enfrentó con Ruy Díaz en Medinaceli, cuando éste debutaba en la milicia junto al infante don Sancho.
 Relacionado por su “apellido” con el taifa de Toledo (al Qadir).
 Walida al-Mustaqfi: Wallada, poetisa cordobesa omeya.
 Yaqub al-Jatib: *ra'is* zaragozano.
 Yaqub el Tortosí: filósofo de la corte de Zaragoza.
 Yenego Téllez, hombre de Sidi.
 Yusuf al-Aftas: alcaide de Monzón
 Witiza: rey visigodo

Los nombres de lugar en *Sidi*

Agorbe: (topónimo revertiano)
Agramunt (Lérida)
Al-Andalus: nombre dado al territorio hispano bajo dominio musulmán
Albarracín (Teruel), taifa de
Almenar (Lérida), castillo de
Alpuente (Valencia), taifa de
Ampurdán (Gerona)
Arabia, Península de; cuna del islam.
Aragón, reino de
Arlanzón, río
Balaguer (Lérida)
Barbastro (Huesca)
Besalú (Gerona), condado de
Bizancio, Imperio de
Brihuega (Guadalajara)
Burgos
Cabra (Córdoba), batalla de
Calahorra (La Rioja)
Calatayud (Zaragoza)
Carcasona (sur de Francia), condado de
Carrión (de los condes, Palencia)
Castilla, reino de
Cea, río
Cerdaña (Cataluña), condado de
Cinca, río
Coímbra (Portugal)
Corvera (topónimo revertiano)
Covarrubias (Burgos)
Daroca (Zaragoza)
Denia (Alicante), taifa de
Duero, río
Escarpe (Lérida)
Fez (Marruecos)
Galicia
Garcinavas, aldea de
Granada, taifa de
Graus (Huesca), batalla de

Guadamiel (topónimo revertiano)
 Guara, sierra de (Huesca)
 “Ispaniya”: topónimo referido a la España romana y visigoda.
 Jaca (Huesca)
 Jerusalén (Israel)
 La Janda, Laguna de (Cádiz): Lugar donde los musulmanes derrotaron en 711 al rey visigodo don Rodrigo.
 La Jarilla: (topónimo revertiano)
 La Meca (Arabia), ciudad santa del islam.
 León, reino de
 Lérida, taifa de
 Llantada (Palencia), batalla de
 Golpejera (Palencia), batalla de
 Magazalguad (Los Monegros, Huesca)
 Miravet (Tarragona)
 Medinaceli (Soria)
 Montsec, sierra (Lérida y Huesca)
 Monzón (Huesca)
 Morella (Castellón)
 Navarra, reino de
 Noguera, río
 Piedra Alta (Huesca)
 Rif (región del Norte de África)
 Rosellón (sur de Francia), condado de
 San Hernán (aldea y monasterio revertianos)
 San Pedro de Cardena (Burgos) monasterio
 Santa Gadea (Burgos)
 Santa María, torre (topónimo revertiano)
 Sevilla, taifa de
 Sierra del Judío (topónimo revertiano)
 Tamarite (Lérida)
 Toledo, taifa de
 Torregoda, castillo de (topónimo revertiano)
 Tortosa (Tarragona)
 Tosal, montes del; en la confluencia de Aragón, Cataluña y Valencia.
 Valencia, taifa de
 Vivar (Burgos), cuna de Rodrigo Díaz.
 Zamora
 Zaragoza

Al tuntún en internet: un careo aleatorio de críticas de *Sidi* y la concepción revertiana

“Por eso, aquellos que escriben biografías me proporcionan el alimento idóneo, pues valoran más los motivos que los acontecimientos, les interesa más lo que sale del interior que lo que sucede fuera”

(Zweig, Montaigne)

“Leía en el terreno el inminente combate como si lo hiciese en un libro”

(Pérez-Reverte, *Sidi*)

“Al lector común, no a los que debemos mirar más lejos por oficio, le debe de parecer Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) un escritor en extremo disperso. Alguien que salta de las guerras napoleónicas en *El húsar*, anuncio de un narrador privilegiado, al Siglo de Oro con las andanzas de un espadachín; que lo mismo recrea los narcocorridos mexicanos que el viaje de unos académicos ilustrados españoles a Francia para traer la Enciclopedia; que da vida tanto a un grafitero como a un espía franquista. El presumible desconcierto se le acrecentará ahora al ver que se sumerge en la alta Edad Media en un libro cuyo título, *Sidi*, remite, sin necesidad de mayores aclaraciones, a un personaje emblemático de la historia nacional.

Tal impresión a primera vista es errónea y Pérez-Reverte resulta ese autor por completo coherente y hasta unitario que el profesor de Edimburgo Alexis Grohmann ha mostrado en un iluminador libro reciente, *Las reglas del juego*. Podría decirse que toda la obra del escritor conforma una narrativa de valores —los hay en los libros aludidos con intensidad y hasta vehemencia— incorporados sin impertinentes moralizaciones ni didactismos al vértigo de sucesos y anécdotas de una prosa de acción y aventuras.

También *Sidi* es una novela de valores. Ahora con un reto preliminar para el autor: el personaje histórico-legendario carga en su mochila el nada leve peso del símbolo. A veces de mito patriótico y nacional. Nadie recuerda, por suerte, el engendro teatral que el jesuita Ramón Cué perpetró en los años cuarenta, Y el Imperio volvía, en el que El Cid le hacía solemne entrega a Franco de la Tizona. Por otra parte, el estudioso Cesáreo Bandera sostuvo una hipótesis que identifica la imagen

mayestática del héroe medieval con Cristo. Varias interpretaciones más convierten al infanzón de Vivar en un icono múltiple.

La plenitud del arte de narrar a partir de un léxico actual coloreado con voces antiguas asegura un magnífico relato, del todo revertiano.

La primera precaución de Pérez-Reverte ha sido despejar a su Sidi de toda la parafernalia alegórica que lo rodea, pero sin desnudarlo por completo porque entonces el Cid habría quedado reducido a un cualquiera, y ni fue ni puede venderse como un guerrero corriente. Se nos muestra en un terreno específico, el de la privacidad, el caballero que sufre la injusticia real y, en compañía de sus deudos, afronta una vida de penurias. Inteligente, perspicaz y bravo, tiene primero que solventar el presente. Permite el engaño a unos judíos avariciosos (no se anda Pérez-Reverte con minucias eruditas que habrían anestesiado la historia: ni siquiera menciona por su nombre a Raquel e Vidas). Pelea con ejemplar denuedo. Y resulta humano al verse tentado por la hermana del rey moro de Zaragoza, seducción que no figura en el famoso Cantar.

Pérez-Reverte aplica al Cid un tratamiento desmitificador del que sale, sin embargo, la imagen rotunda de un héroe de frontera, un mercenario, aureolado de virtudes sobresalientes. No traza todo su recorrido histórico, solo unos pocos meses posteriores a su expulsión de Castilla. Tiempo suficiente para que el personaje revele sus cualidades. Para que veamos en él la mezcla de pundonor y abnegación. De bonhomía. También de brutalidad. Traza el autor límites justos para que convivan lo excepcional y lo cotidiano, el ser arcano e inaccesible y el próximo a los suyos por compartir con ellos penalidades y riesgos.

Así va delineando Pérez-Reverte la estampa del héroe que desemboca, al fin, en su propósito literario habitual: proponer un tipo asociado a un valor, como ya he dicho. Dignidad, esfuerzo, rectitud, sentido práctico, principios firmes serían las notas principales que definen a su personaje. Un modelo del pasado, aunque, como ocurre en la buena novela histórica, con efectividad y proyección actuales. No quisiera frivolar esta imagen cidiana, pero podría aplicarse a este Cid novelesco un concepto de nuestros días: en Sidi tenemos a un emprendedor competente.

Nunca cae, sin embargo, Pérez-Reverte en el modelo abstracto. Como el resto de sus novelas, *Sidi* muestra una concreción absoluta. Con tal rasgo se impregna a la amplia galería de personajes, a cristianos, moros, amigos y enemigos. No son seres imaginarios planos, responden

a un prurito de caracterización, psicológica y externa, que los individualiza suficientemente. El marco histórico posee una plasticidad máxima por la intuitiva selección de los materiales históricos y costumbristas más oportunos para recrear una época terrible. La plenitud del arte de narrar a partir de un léxico actual coloreado con voces antiguas asegura un magnífico relato, del todo revertiano, placentero y nada inocente: el autor apuesta por un modelo moral y de comportamiento. Sidi”.

(“Un relato de frontera”, Santos Sanz Villanueva: *El Cultural*, 24 septiembre, 2019 <https://elcultural.com/sidi-un-relato-de-frontera>)

“El arte del mando era tratar con la naturaleza humana, y él había dedicado su vida a aprenderlo. Colgó la espada del arzón, palmeó el cuello cálido del animal y echó un vistazo alrededor: sonidos metálicos, resollar de monturas, conversaciones en voz baja. Aquellos hombres olían a estiércol de caballo, cuero, aceite de armas, sudor y humo de leña.

«Rudos en las formas, extraordinariamente complejos en instintos e intuiciones, eran guerreros y nunca habían pretendido ser otra cosa. Resignados ante el azar, fatalistas sobre la vida y la muerte, obedecían de modo natural sin que la imaginación les jugara malas pasadas. Rostros curtidos de viento, frío y sol, arrugas en torno a los ojos incluso entre los más jóvenes, manos encallecidas de empuñar armas y pelear. Jinetes que se persignaban antes de entrar en combate y vendían su vida o muerte por ganarse el pan. Profesionales de la frontera, sabían luchar con crueldad y morir con sencillez.

«No eran malos hombres, concluyó. Ni tampoco ajenos a la compasión. Sólo gente dura en un mundo duro. »

«En él se funden de un modo fascinante la aventura, la historia y la leyenda. Hay muchos Cid en la tradición española, y éste es el mío. » Arturo Pérez-Reverte (<https://quelibroleo.com/sidi-un-relato-de-frontera>)

“Argumento: El Cid persigue a un grupo de moros malos que atacan a los colonos de la frontera.

Comentario: Esta es la típica novela de la que puede decirse que es solo para muy incondicionales del autor, a quienes seguramente les parecerá buenísima, en la línea de las anteriores, con unos personajes estilo Falcó/Alatriste, muy hombres, muy duros y sin ideales. Para los que no son fans queda una obra de trama casi inexistente y con unos personajes apenas esbozados (bien es verdad que en una novela de

aventuras tampoco hace falta un análisis psicológico estilo Proust), que toma como partida el Cantar del Mío Cid y algún trabajo sobre el tema de Menéndez Pidal ("El Cid Campeador": casualmente tengo ese libro en casa), aunque el propio autor declara que no le interesa tanto la historia real en torno al personaje como su leyenda. Eso viene muy bien para no meterse en demasiadas honduras de documentación y demás, limitadas casi por completo a nombres de ropas y utensilios de la época y alguna nota sobre la religión islámica.

La prosa es seca y sencilla, para todos los públicos, pese a la irrupción de esas palabras de época de significados fácilmente deducibles. Los diálogos quieren ser ingeniosos pero a fuerza de repetir los mismos recursos quedan bastante raros (e incluso en exceso modernos), con esa forma desdeñosa de responder del Cid (no olvidemos que los personajes de PR hablan casi todos igual).

No me ha parecido una novela nada elaborada, ni en cuanto a prosa ni en cuanto a estructura. Baste decir que un 28% del libro, casi un tercio, consiste en el Cid y sus camaradas persiguiendo a unos moros saqueadores, en un tono como de western e incidiendo en la dureza de los personajes y en su carácter de mercenarios (también hay escenas gore y violentas). Luego, otra parte es el Cid de charla con el rey de Zaragoza, que le pone por las nubes de tan bueno que es. La tercera parte es una larguísima (y para mí, aburrida) batalla. Así que trama, lo que se dice trama... Es más, diría que casi el primer tercio podría suprimirse sin que esto afectara en nada a la comprensión de los hechos posteriores.

La única mujer que aparece en la historia, tiene un rol de interés "romántico" (por llamarlo de algún modo), y sobra totalmente. Para poner eso vale más no ponerlo, ya que después de su "interacción" con el Cid de esta moza nunca más se supo. No digo que sea obligado que haya mujeres en las novelas, pero casi es preferible que no haya ninguna a que esté metida "a calzador" y para esos "menesteres" y, sobre todo, sin ser necesaria para la historia. Encima el pillín de Pérez Reverte, para salvar el "buen nombre" de su héroe (siempre con Jimena y sus hijas en el pensamiento) no nos muestra la "interacción", sino que hace una elipsis...

La mentada mujer no es la única que parece estar "enamorada" del Cid. Casi todos los personajes, incluidos los moros, muestran por él una admiración exagerada y le recuerdan cada poco lo magnífico, grande y legendario que es. El Cid también se cuida de darle jabón a los moros lucíéndose con sus conocimientos de la cultura y religión islámica, llegando incluso a rezar con ellos a su usanza. No sé yo... Entiendo que la intención del autor es mostrar que el diálogo y la comprensión de las

culturas son positivos pero parece que esta comprensión solo es de un lado hacia el otro en la mayor parte de los casos, o eso me ha parecido...

Una de las cosas que menos me ha gustado es la forma que tiene el autor de meter los *flashbacks* (casi todos referidos a episodios que se cuentan en el Cantar u otros romances sobre el Cid). Están el Cid y un amigo hablando y de pronto va uno y dice ¿te acuerdas cuando hicimos esto o lo otro? Vale que se haga una vez, pero es que se repite el recurso un montón de veces y queda muy poco profesional, como si no supiera otra manera de introducir esa información.

En resumen, una novela un tanto anodina, aburrida, sin trama, flojilla, solo para incondicionales de Pérez Reverte y del Cid. Me esperaba algo más imaginativo, pero incluso el Cantar del Mío Cid es más entretenido (y con más participación de mujeres). Lo peor es que apunta a continuación... A ver si en las siguientes ya nos mete a los Infantes de Carrión y se anima la cosa..."

(<https://reginairae.blogspot.com/2019/10/sidi-de-arturo-perezerverte.html>)

“Rodrigo Díaz de Vivar, El Cid, ha tenido que abandonar Burgos en compañía de sus huestes. Junto con sus huestes se halla en la frontera, entre reinos cristianos y musulmanes. Son mercenarios y ofrecen sus servicios, primero a Ramón Berenguer, conde de Barcelona, más tarde al rey musulmán de Zaragoza. En cada contienda, agrandará su leyenda y dará nombre a la misma: Sidi.

Uno de los personajes más populares tanto de la Historia como de la Literatura española es El Cid. Todos, o casi todos, hemos leído en el colegio "El Cantar de Mío Cid" donde se ensalza su figura. Pero quien busque a este Cid en la nueva novela de Arturo Pérez-Reverte se equivoca, ya que a quien van a encontrar es a Sidi. Él es el protagonista de su última novela. Tras llevar al lector a los años 30 con Falcó, regresa a la novela más histórica a la que no duda añadir cierta influencia de las películas del Oeste (tal como ha reconocido el mismo autor en muchas entrevistas.)

En esta novela, Arturo Pérez-Reverte recrea los seis primeros meses de destierro de Sidi. Desde que sale de Burgos hasta que llega a Zaragoza, donde se ofrecerá como mercenario al rey musulmán de la ciudad. No es el Cid que encontramos en el "Cantar", en la novela no está idealizado en ningún momento. Es un Cid más real, más humano y menos héroe, como en el Cantar de Gesta. Es un personaje más creíble. Pérez-Reverte muestra al Cid mercenario, para quien la batalla es casi

como el aire que respira. Un hombre con una personalidad cautivadora. Es un personaje que impone. Todo un líder a quien sus huestes demuestran lealtad. Una virtud que es la esencia de la novela. La lealtad es el mensaje que transmite el autor. Está no solo en las huestes hacia Sidi, también de este hacia el rey de Castilla. Todos conocemos la historia y la razón de su destierro, pero pese a ello mantiene lealtad a Alfonso. Antepone el honor a la injusticia que se ha cometido con él.

Este Sidi, o Cid, me ha gustado. Pérez-Reverte hace algo que era muy necesario: reinterpretar la figura de Rodrigo Díaz de Vivar, de mostrarlo como debió ser, más hombre, menos héroe. Es un personaje con claros y oscuros, puede ser benévolo, pero también cruel y justo. Algo que se entiende, pues están en un terreno y época donde la realidad es dura, no algo envuelto en una nube de color. Me gusta como planta cara al conde de Barcelona, a Ramón Berenguer, como se mantiene leal al rey de Zaragoza, aunque éste sea musulmán. Sidi es un hombre leal. Sin duda alguna es un personaje cien por cien reverteriano: aventurero, leal, comprometido, fiel. En algunos momentos recuerda a Alatríste pero es lógico, porque ambos son hombres que no se conforman y luchan por sus ideas (aparte de que, los dos, son soldados). Mientras estás leyendo “Sidi” no puedes evitar hacer comparaciones con este y otros personajes de sus novelas.

La novela está dividida en cuatro partes. No hay tregua en ella. La parte que transcurre en la ciudad de Zaragoza, es la más liviana en el sentido de que no corre tanto la sangre y no están en el campo de batalla. Sidi y sus huestes están en la corte, donde van a recibir atenciones que no acaban de entender porque ellos tienen otra cultura. Las huestes cristianas consideraban a los musulmanes afeminados solo por el hecho de que se bañaban e iban bien vestidos. El contraste cultural es muy interesante.

“Sidi” es una novela de acción, más de aventuras que histórica propiamente dicha, rápida de leer, donde la sangre y la violencia están muy presentes. Algo normal, estamos en el siglo XI, en una tierra de nadie, en plena Reconquista. Todos conocemos la historia de El Cid, así que el final llama la atención. Tal como ha reconocido Arturo Pérez-Reverte en las entrevistas que le han hecho, no va a haber una segunda parte. “Sidi” no se convertirá en un “Alatríste”. Así que, el lector se queda con ganas de más porque, encima, acaba en el momento más emocionante, al menos para mí, por ser de la tierra: la conquista de Valencia. Así que, aunque la novela me ha gustado, me ha desilusionado un poco esta confesión de Arturo Pérez-Reverte, ya que tenía mucha

curiosidad en ver cómo trataba él la conquista de Valencia por las tropas de El Cid, si lo montaba muerto sobre Babieca y, al verlo, los musulmanes huían y dejaban la ciudad a su merced.

Es un final que sabe a poco. Tajante. Que hace que la novela te parezca más corta. Deja con la sensación de que falta algo, que no puede concluir así. Un final que todos conocemos pero que deseamos leer y conocer de la mano del autor.

Arturo Pérez-Reverte es un autor que tiene un gran número de lectores, todas sus novelas se convierten en best sellers y permanecen mucho tiempo en las listas de libros más vendidos. Para este grupo de lectores, "Sidi" tiene el éxito garantizado, ya que les ofrece una historia netamente "Pérez-Reverte". Para quienes no sean fieles lectores, puede sorprenderles. Es una historia entretenida, llena de acción y que no te deja ni un segundo para respirar.

(Ysabel M. Frases de esta opinión pueden utilizarse libremente en otros medios para promoción del libro, siempre que no se varíe y se mencionen al autor de la misma y al medio:

<https://www.anikaentrelibros.com/sidi>”).

Otras críticas breves de *Sidi*:

“Pérez-Reverte ha dado en Sidi una obra maestra” (José María Pozuelo Yvancos, ABC Cultural)

“Uno de esos libros que te secuestran durante el tiempo que tardas en leerlos y que cuando los terminas, te dejan conmocionado hasta que las emociones que te provocaron se van disipando y te permiten regresar a tu vida rutinaria y anodina. [...] No es solo una eficaz novela histórica sino simplemente una excelente novela, sin más apellidos” (Juan Eslava Galán, ABC)

“Un magnífico relato, del todo revertiano, placentero y nada inocente” (Santos Sanz Villanueva, El Cultural de El Mundo).

“Un libro apasionante que, además de un viaje por la historia de España, es todo un manual de liderazgo” (Carlos Manuel Sánchez, XL Semanal).

“Si quieren una muy buena novela sobre el siglo XI y una pequeña hueste, lean Sidi, que eso es lo importante. Hagánme caso...” (Daniel Fernández, La Vanguardia).

“Su Cid no es el matamoros hecho estatua de la hagiografía histórica, sino un personaje que casi podría confundirse con el Ethan Edwards de John Ford” (David Gistau, El Mundo).

“En un tiempo en que pocos jóvenes, o ninguno, habrán leído el Cantar de Mio Cid, esta novela puede recuperar su interés por el personaje. Y por la Historia de este país” (Pedro Vicario, El Correo Español)

“Pérez-Reverte nos narra, talentosa y emocionalmente, ese inicial momento de destierro cidiano en clave de épica de western, sin pastiches ni mimetismo, sin hacer perder el entorno medieval del relato” (Eduardo Torres-Dulce).

“Su estilo elegante se combina con un gran manejo de la lengua española. Pérez-Reverte es un maestro” (La Stampa)

“Arturo Pérez-Reverte sabe como retener al lector a cada vuelta de página” (The New York Times Book Review)

“Arturo Pérez-Reverte consigue mantener sin aliento al lector”
(Corriere della Sera)

“Pérez-Reverte tiene un talento endiablado y un sólido oficio”
(Avant-Critique)

Nota: Para gustos los colores y las opiniones personales... todas respetables, pero no todas siempre compartidas, si bien todas justificadas por la subjetividad del lector que, como el cliente, siempre tiene razón. Y así se podrían extraer tantas otras muchas de la cueva internauta hasta... Pero que cada cual elija. Y sin duda, la voz más autorizada es la del propio autor de *Sidi*, quien adelantó el retrato de Ruy Díaz, antes de novelarlo, en “**Un héroe del siglo XI**” (*Una Historia de España*: pp. 40-42):

“Me propongo hablarles ahora del Cid Campeador, en monográfico, porque el personaje es para darle de comer aparte. De él se ha usado y abusado a la bora de hablar de moros, cristianos, Reconquista y tal; y en tiempos de la historiografía franquista fue uno de los elementos simbólicos más sobados por la Peña Educativa en plan virtudes de la raza ibérica, convirtiéndolo en un patriota reunificador de la España medieval y dispersa, muy en la línea de los tebeos del Capitán Trueno y el Guerrero del Antifaz; hasta el punto de que en mis libros escolares del curso 58-59 figuraban todavía unos versos que cito de memoria: “La hidra roja se muere/de bayonetas cercada/y el Cid, con camisa azul/por el cielo azul cabalga”. Para que se hagan idea. Pero la realidad chachi estuvo lejos de eso. Rodrigo Díaz de Vivar, que así se llamaba el fulano, era un vástago de la nobleza media burgalesa que se crió junto al infante don Sancho, hijo de Fernando I de Castilla y León. Está probado que era astuto, valiente, diestro en la guerra y peligroso que te rilas, hasta el extremo de que en su juventud venció en dos épicos combates singulares: uno contra un campeón navarro y otro contra un moro de Medinaceli, y a los dos dio matarile sin despeinarse. En compañía del infante don Sancho participó en la guerra del rey moro de Zaragoza contra el rey cristiano de Aragón —la bueste castellana ayudaba al moro, ojo al dato—; y cuando Fernando I, supongo que bastante chocho en su lecho de muerte, hizo la estupidez de partir el reino entre sus hijos, Rodrigo Díaz participó como alférez abanderado del nuevo rey Sancho II en la guerra civil de éste contra sus hermanos. A Sancho le reventó las asaduras, a traición, un sicario de su hermana Urraca; y otro hermano, Alfonso, acabó haciéndose con el cotarro como Alfonso VI. A este, según la leyenda que no está históricamente probada, Rodrigo Díaz le habría hecho pasar un mal rato al hacerle jurar en público que no tuvo nada que ver en el desparrame de Sancho. Juró el rey de mala gana; pero, siempre según la leyenda, no le perdonó a Rodrigo el mal trago, y a poco lo mandó al destierro. La realidad, sin

embargo, fue más prosaica. Y más típicamente española. Por una parte, Rodrigo había dado el pelotazo del siglo al casarse con doña Jimena Díaz, hija y hermana de condes asturianos, que además de guapa estaba podrida de dinero. Por otra parte, era joven, apuesto, valiente y tenía prestigio. Y encima, chulo, con lo que no dejaban de salirle enemigos, más entre los propios cristianos que entre la mahometana morisma. La envidia hispana, ya saben. Nuestra deliciosa naturaleza. Sí que la nobleza próxima al rey, los pelotas y otros chupavergas, empezaron a hacerle la cama a Rodrigo aprovechando diversos incidentes bélicos en los que le acusaban de ir a su rollo y servir a sus propios intereses. Al final, Alfonso VI lo desterró; y el Cid (para entonces los moros ya lo llamaban Sidi, que significa señor) se fue a buscarse la vida con una hueste de guerreros fieles, imagínense la catadura de la peña, en plan mercenario. Como para ponerse delante. No llegó a entenderse con los condes de Barcelona, pero sí con el rey moro de Zaragoza, para el que estuvo currando muchos años con éxito, hasta el punto de que derrotó en su nombre al rey moro de Lérida y a los aliados de éste, que eran los catalanes y aragoneses. Incluso se dio el gusto de apresar al conde de Barcelona, Berenguer Ramón II, tras darle una amplia mano de hostias en la batalla de Pinar de Tévar. Así estuvo la tira de años, luchando contra moros y contra cristianos en guerras sucias donde todos andaban revueltos, acrecentando su fama y ganando pasta con botines, saqueos y demás: pero, siempre, como buen y leal vasallo que era, respetando a su señor natural, el rey Alfonso VI. Y al cabo, cuando la invasión almorávide acogotó a Alfonso VI en Sagrías, haciéndole comerse una derrota como el sombrero de un picador, el rey se tragó el orgullo y le dijo al Cid: «Oye, Sidi, chaval, échame una mano, que la cosa está chunga». Y éste, que en lo tocante a su rey era un pedazo de pan, campeó por Levante (de paso saqueó La Rioja cristiana, ajustando cuentas con su viejo enemigo el conde García Ordóñez), conquistó Valencia y la defendió a sangre y fuego. Y al fin, en torno a cumplir cincuenta tacos, cinco días antes de la toma de Jerusalén por los cruzados, temido y respetado por moros y cristianos, murió en Valencia de muerte natural el más formidable guerrero que conoció España. Al que van como un guante otros versos que, éstos sí, me gustan porque explican muchas cosas terribles y admirables de nuestra historia: “Por necesidad batallo/ y una vez puesto en la silla/ se va ensanchando Castilla/ delante de mi caballo”³⁰”.

³⁰ Estos versos finales son de Manuel Fernández y González (Sevilla, 1821-Madrid, 1888) (RAE. Diccionario biográfico electrónico: <https://dbe.rae.es>).

Entrevista a Arturo Pérez-Reverte

(Javier Flores 20 de septiembre de 2019 Actualizado a 28 de febrero de 2020, 12:27. Historia National Geographic)

“Aprovechamos el lanzamiento de su último libro, Sidi, protagonizado por El Cid Campeador, para hablar con uno de los autores más importantes de la literatura contemporánea. Y no se muerde la lengua a la hora de hablar de la incultura, de España, de la Reconquista e incluso del franquismo del que comenta: "toda la historia durante el franquismo se contamina de patriotismo barato para justificarse en una ideología de la que carece". Sus pensamientos, muchas veces polémicos, no dejan indiferente a nadie...

Centro de Madrid. Hotel Palace. Primer piso. Habitación 136. Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) espera de pie en el centro de la estancia. Ya lleva unas cuantas entrevistas a sus espaldas y me disculpo por ser una más entre tantos medios que se han interesado por su último libro. “Es mi trabajo”, recalca. Sidi es el título de la novela y se trata de la visión personal del autor de uno de los personajes históricos más famosos de la historia de España, el Cid Campeador.

Nos sentamos, cruzamos un par de frases banales para romper el hielo y me preocupo porque las grabadoras (una clásica y el teléfono móvil) estén colocadas correctamente para registrar todo lo que me diga. También él se preocupa porque la grabación sea correcta. Es consciente de que en muchas ocasiones se malinterpretan y descontextualizan sus declaraciones, por lo que prefiere guardarse las espaldas y que no se tergiverse su pensamiento.

Con todas las armas de periodista dispuestas, comienza la charla. Sus grandes ojos clavados en los míos, esperando que dispare primero. Empieza la historia.

Historia National Geographic: Más de 200 folios en letra Rockwell tamaño 11 que se traducen en más de 350 páginas de su último libro, de Sidi. ¿Cuánto ha tardado en escribirlo?

Arturo Pérez-Reverte: *En escribirlo físicamente año y medio. En gestarlo, toda una vida. Novelas como esta son el resultado de una vida. El primer contacto con ella ocurrió cuando tenía ocho años, en la biblioteca de mi abuelo, que era muy grande y tenía muchos libros ilustrados. Me gustaban mucho, los miraba. Y este libro tenía unas ilustraciones magníficas de Pellícer y unos versos que a veces recitábamos allí en casa. Después ya en el colegio descubrí al Cid escolar, que era un poco diferente. Era*

un Cid contaminado por el franquismo, imperial, espada de la cristiandad, martillo de musulmanes, precursor de las Cruzadas habidas y por haber ... Pero claro, como yo era un niño razonablemente culto (no por mí, sino por la familia), pues ese Cid fue contrarrestado por la información doméstica y las conversaciones familiares. Después conocí muchos otros Cid. El mayor especialista en el mundo sobre el Cid es Alberto Montaner (buen amigo mío)... Y ahí estaba gestándose, porque yo nunca pretendí escribir sobre el Cid. Y hace cosa de año y medio estaba viendo en la tele la trilogía de John Ford y dije... 'bueno nosotros también teníamos nuestra frontera, nuestro Lejano Oeste, con pioneros, con apaches...' todo eso lo tuvimos nosotros.

HNG: Claro, porque usted compara un poco el Lejano Oeste de hace unos 200 años con nuestra época medieval en España. ¿Qué similitudes hay entre ambas zonas y momentos históricos?

Arturo Pérez-Reverte: *Una frontera. Una zona vacía alrededor del Duero. Una zona fronteriza que, como tal, estaba sometida a incursiones de unos y otros. Una zona muy despoblada, pues la gente tenía miedo a vivir allí. Y allí iban a parar los desgraciados, los que no tenían nada. Llegaban allí, cogían un trozo de tierra, los frailes montaban su pequeño monasterio... Y también había aventureros que se buscaban la vida, que robaban, que saqueaban, que asaltaban a la gente. Y evidentemente también había incursiones tanto moras como cristianas... En definitiva una zona fronteriza amplia, peligrosa, apasionante, llena de gente peligrosa. Y en ese sentido sí se parece un poco al Lejano Oeste. Y decidí abordarlo [en la novela] de esa manera.*

HNG: Se percibe en sus palabras un cierto aire de respeto, de fascinación por el Cid. Sin embargo ha tardado más de veinte libros en hablar de este personaje...

Arturo Pérez-Reverte: *Siento fascinación por muchos personajes, no solamente por el Cid. Siento fascinación por el Empecinado, por Hernán Cortés, por Pizarro, por los españoles que dieron la primera vuelta al mundo... Pero no todo se convierte en novela.*

Es un mundo de fascinaciones, de intereses, de aficiones, de lecturas, de conocimientos, de experiencia... Y un día, por azares, toma forma de novela. Pero el Cid no es mi única fascinación, tengo muchas. Como te decía, de niño crecí con una biblioteca, tuve ese privilegio. Después estudié latín y griego. La historia de Roma, la historia de Grecia... Además soy de Cartagena, una ciudad mediterránea, navego desde niño... ¡cada vez que buceaba sacaba un ánfora romana para regalársela a mis amigos! Mi hija es arqueóloga subacuática... Quiero decir, toda mi vida está vinculada a eso. Y claro, el Cid es uno de los muchos elementos que esa memoria cultural occidental mediterránea y europea me ha influido. Pero no es la única ni mucho menos.

HNG: De hecho usted ha escrito sobre personajes y momentos históricos completamente distintos. ¿Cómo es el trabajo de documentación para sus novelas?

Arturo Pérez-Reverte: *(Antes de nada, tutéame, así estoy más cómodo). Verás, se trata de la parte más feliz de escribir una novela. Lo bueno de una novela es que te obliga a leer. Imagina que mañana hiciera una novela sobre la guerra Zulú, pues me pasaría un año leyendo sobre la guerra zulú, el rey zulú, Zulandia... Tantos libros de documentación directa como libros que te ayudan a crear tu historia. Te dan un tono, te crean un estado de ánimo favorable para escribir sobre ello. Durante un año eres un especialista en eso. Ahora mismo soy un especialista en el Cid que pasados unos meses se me habrá olvidado, pero en este momento soy un especialista. Y ser un especialista en algo durante un periodo de tu vida es maravilloso, es muy divertido. Pero, además, hay otro factor complementario, y es que yo soy un lector que accidentalmente escribe. Yo soy un novelista accidental. Soy un marino que por casualidad fue reportero, un lector que accidentalmente escribe novelas. Podría perfectamente no escribir más, pero lo que no puedo es no leer más. Necesito leer. Me gusta mucho leer. Viajo con libros, voy a todos lados con libros... Cuando era reportero era igual, iba a la guerra y llevaba la mochila llena de libros.*

"El trabajo de documentación es la parte más feliz de escribir una novela"

Conservo la inocencia del lector, la fascinación ante un libro que me gusta. El día que deje de ser lector estaré muerto como novelista. Creo que el novelista que deja de ser lector, aquel que pierde la inocencia lectora y se dedica a repetir mecanismos profesionales y no queda nada de pasión en él, se muere; y además se le nota. Existen muchos novelistas que están muertos. Yo mientras siga siendo lector creo que seguiré vivo. Esto hace que escribir una novela sea un acto de felicidad.

HNG: Sin embargo, en el caso del Cid, la documentación es un poco más complicada. ¿Qué parte es verdad y cuál es leyenda? La historia no es tan clara como la de otros personajes...

Arturo Pérez-Reverte: *En el Cid hay un 20-25% de verdad y un 75-80% que es leyenda. Yo personalmente he manejado las fuentes tanto cristianas como musulmanas. Es muy divertido, porque lees el relato del enemigo y hablan de El Cid como 'ese infame Ludriq, ese saqueador infame de dios, perro o hijo de puta, hijo de un perro...' Leer las dos versiones es muy interesante. No quise hacer un libro de historia en absoluto. De hecho falseo la realidad cuando me conviene como novelista que soy. Pero lo que sí he tomado han sido elementos tanto de la leyenda como de la historia real y los he fundido.*

HNG: Claro usted ha comentado en alguna otra entrevista 'hay muchos Cid en la tradición española y este es el mío'. ¿Qué quiere decir

exactamente? ¿Esto significa que es tu interpretación del Cid, o que te gustaría que hubiera sido así?

Arturo Pérez-Reverte: *No tengo ningún interés en que sea de una u otra forma, aunque tengo tanto derecho como cualquiera a inventarse El Cid. Porque El Cid es medio inventado por todos, hasta Menéndez Pidal se inventó un Cid. Ya hay muchos Cid escritos y yo no tenía ningún interés en volver sobre lo mismo. Pero pronto vi una manera distinta de contarlos: no contar la leyenda, sino contar cómo alguien llega a eso. Como ese Infanzón desterrado, caído en desgracia, expulsado de su tierra, seguido por 40 animales guerreros de su época, consigue en un año primero sobrevivir y luego llegar a convertirse en leyenda. Qué mecanismo de liderazgo genera ese personaje. Pensé, voy a escribir un libro de autoayuda, un libro sobre liderazgo...*

"En el Cid hay un 20-25% de verdad y un 75-80% que es leyenda. Para mi novela he tomado elementos tanto de la leyenda como de la historia real y los he fundido"

HNG: Una especie de coaching de la Edad Media...

Arturo Pérez-Reverte: *Un libro que le valga a un ejecutivo... como me han dicho otras veces: 'eso le vale a un ejecutivo de Iberdrola'. Y es verdad. Trata de cómo manejar los mecanismos de los hombres. Y yo tengo, digamos, una triple ventaja, pues una novela se hace con documentación, imaginación (talento narrativo) y con experiencia propia. Y mi biografía tiene una parte que me es muy útil para esto: pasé mucho tiempo en fronteras. No he conocido al Cid pero sí a Cides, a mercenarios, asesinos, torturadores... Lo he visto actuar y eso me da un plus de conocimiento de la realidad: sé cómo huele la guerra, la sangre, como zumban las moscas, como son las tripas de un destripado, como se hincha al sol un cadáver... Sé lo que es el sudor, el miedo, el polvo en la noche al raso, la incertidumbre ante el amanecer. Y todo eso, que es mi capital personal, me lo llevo a la novela. A la hora de crear ese personaje le aportó algo de lo que carecen otros novelistas o historiadores.*

"Una novela se hace con documentación, imaginación (talento narrativo) y con experiencia propia. Y yo sé cómo huele la guerra, la sangre, como son las tripas de un destripado..."

HNG: Pero ¿tiene algo que ver una batalla medieval con lo que has vivido en las batallas actuales?

Arturo Pérez-Reverte: *Técnicamente nada, humanamente todo. La batalla medieval es clanc clanc, clanc clanc, clanc, clanc. En Eritrea he estado en combates con bayoneta ... Se disparaba, sí, pero al final se mataba con bayoneta. Y al final el ser humano es el mismo allí o aquí. Si le cambiase al Cid el casco y la espada por un kalashnikov o al revés, el mecanismo es el mismo.*

¿Por qué mata la gente? Realmente se nos vende por razones de tradición histórica, que el ser humano mata por ideas, por banderas, por la patria... ¡y eso es mentira! He visto matar y morir a mucha gente y te aseguro que no he visto nunca matar a

nadie, ni morir a nadie por la patria o por la bandera. He visto morir por cosas muy concretas: por hambre, por necesidad, por odio, por defender a la familia, porque el compañero va y no querer dejarlo solo, por solidaridad...

HNG: Pero es verdad que se puede alentar ese odio ... En ocasiones cuando en la revista hablamos de que El Cid era un mercenario convertido en leyenda, aparecen hordas de gente que nos comentan que estamos insultando a un patriota español.

Arturo Pérez-Reverte: *Allá ellos. Eso de que El Cid era un patriota español es mentira. Primero porque España no existía como tal. Era otra España, era un lugar...*

HNG: Entonces geográficamente sí que existía, pero históricamente...

Arturo Pérez-Reverte: *Históricamente también. Ya los romanos ya decían Hispania y la hispánica árabe y la cartaginesa... Pero es que ese concepto de patria española no existía. Ni con los Visigodos existió ese concepto, ni con la provincia de Roma. El Cid era un tipo que, en un territorio turbulento, sangriento e incierto se buscaba la vida. Primero con su rey [Alfonso VI], como debe ser, pero luego se va con el catalán [Berenguer II] y éste lo rechaza, algo de lo que después se arrepentirá, porque más tarde lo derrotó y capturó dos veces. Y como no lo quiere, se va con un rey moro [al-Muqtadir] que sí lo quiere. ¡Era un mercenario! Yo he conocido mercenarios. De hecho muchos de ellos son todavía amigos míos. Tú eres un mercenario. Yo lo soy y lo he sido en la televisión. Otra cosa es que compartas o no el ideal de tu jefe. Eso sí, hay mercenarios infames y mercenarios muy honorables. Y te digo una cosa, en una mala situación, en momentos críticos, y eso digo por experiencia, prefiero tener al lado un mercenario bien pagado eficaz, profesional y consecuente con su trabajo y consigo mismo que un voluntario entusiasta. ¿Por qué? Porque al voluntario le mueve el ideal; y el ideal, a veces muy a menudo, la realidad lo destruye. Pero el mercenario dice: No, yo estoy aquí porque me pagan. Intentaré estar vivo cuando termine mi trabajo, largarme y cobrar.*

"El Cid era un tipo que, en un territorio turbulento, sangriento e incierto se buscaba la vida. ¡El Cid era un mercenario!"

HNG: Es una visión muy capitalista, muy poco romántica ¿no?

Arturo Pérez-Reverte: *Es que la realidad es muy poco romántica. El romanticismo de la guerra y de las ideas lo crea gente que nunca ha estado allí. Lo hacen los que diseñan banderas, monumentos e himnos nacionales. Los que arreglan a las masas pero nunca van, ni mandan a sus hijos.*

HNG: Porque, evidentemente, no existía en El Cid la idea de Reconquista...

Arturo Pérez-Reverte: *¿Cómo va a existir? Es un concepto muy posterior. Cuando por la dinámica de la guerra de la época y de la conquista (que no la*

Reconquista), cuando los reinos cristianos empiezan a ensancharse y a establecerse, necesitan entonces un apoyo intelectual. Pero al principio están intentando sobrevivir. Hay un verso de Manuel Fernández y González que dice: “por necesidad batallo y una vez puesto en la silla, se va ensanchando Castilla delante de mi caballo”. Y eso es exactamente lo que fue.

“El romanticismo de la guerra y de las ideas lo crea gente que nunca ha estado allí. Los que diseñan banderas, monumentos e himnos nacionales. Los que arengan a las masas pero nunca van, ni mandan a sus hijos”

HNG: Sin embargo, desde hace muchos años se nos vende la historia de la Reconquista. ¿Hemos sido engañados? Incluso parece que el franquismo y la derecha se han adueñado de ciertos personajes históricos.

Arturo Pérez-Reverte: *Cuando el franquismo necesita una ideología de la que carece, porque el franquismo no es un fascismo, es un oportunismo que es muy distinto. Utiliza el fascismo como herramienta, pero el franquismo no es fascista; es franquista, es personalista. Es una dictadura militar infame sin ideología. Y necesita ideología. Se apropia de la de la Falange, del Carlismo... juega con todo eso. En ese juego digamos de legitimación ideológica de algo que no la tiene, recurre a todo. Entonces una cosa que les interesa mucho es el concepto Cruzada: Reconquista y liberación. “España es roja, hemos liberado a España de los rojos”. ¿Qué ocurre? Que miran atrás buscando símbolos: Don Pelayo y el Cid. Entonces lo que hacen es que a Don Pelayo, que es un bandolero astur y al Cid, que es un mercenario, los convierte en precursores de Franco. Ellos ya anuncian la cruzada que un día liberará España. Son hermanos de cruzada de los libertadores del movimiento nacional. Entonces el franquismo lo que hace es apropiarse de todo. Toda la historia durante el franquismo se contamina de patriotismo barato para justificarse en una ideología de la que carece.*

Cuando el franquismo cae, llega la democracia y la izquierda (y me refiero a aquellos que no son franquistas, todo el espectro democrático) en vez de limpiar esos símbolos contaminados, en vez de decir vamos a quitarle la mierda al Cid, a Don Pelayo, vamos a recuperar la historia que es tan buena o tan mala como la de cualquier otro país, lo que hacen es que, por complejos, arrinconarla. ‘No vamos a hablar de esto’. Les molesta. La pereza histórica de los estúpidos españoles modernos hace que la caspa y la basura que el franquismo ha echado sobre los símbolos épicos, sobre la historia española (que todos los países la tienen la suya! Juana de Arco en Francia, los ingleses...) En España se tira a la basura en vez de limpiarla. Entonces se vuelve incómoda, molesta. Entonces la derecha se aprovecha. No es que la derecha se haya apropiado de los símbolos. No es que Abascal o Aznar se queden con ellos, es que la izquierda se los ha regalado por la cara, ¡gratis! Es un daño muy grave porque claro, ahora cualquier referencia a eso suena a ‘esto es facha, esto es facha’. Pero el

daño fue, insisto, del franquismo y de los idiotas que, por complejos, no han sido capaces de cambiarlo.

HNG: En cualquier caso hoy tenemos acceso ilimitado a la información, ya no hace falta tener una biblioteca cerca para documentarte, informarte...

Arturo Pérez-Reverte: *Sé por dónde vas... ¡Para! ¡Para! Eso es una utopía. ¡Pareces Bambi!*

Nunca hemos tenido tanta capacidad de información como ahora y nunca hemos sido tan analfabetos como ahora. Que un campesino analfabeto del año 36 le pegue fuego a la iglesia con el cura dentro, es horrible pero es comprensible. Porque ese tío no tiene una formación cultural, una educación que le permita... (insisto, ¡No estoy justificando!), porque lo han estado manipulando. Es horroroso pero es comprensible porque era una época de incultura, de ignorancia, de falta de educación en los colegios... Pero que en este momento haya un analfabeto fanático que se lo trague, es intolerable. Porque ahora sí hay mecanismos para evitarlo: una educación obligatoria, acceso a Internet, hay televisión, hay periódicos... El que ahora es analfabeto no es porque no pueda ser otra cosa.

"Nunca hemos tenido tanta capacidad de información como ahora y nunca hemos sido tan analfabetos como ahora"

HNG: Sin embargo el programa más visto es Sálvame...

Arturo Pérez-Reverte: *Por eso te digo. No porque reyes, ministros corruptos o curas fanáticos... lo hayan hecho analfabeto. Es que él quiere ser analfabeto.*

HNG: Entonces ¡la sociedad española quiere ser analfabeta!

Arturo Pérez-Reverte: *¡Quiere serlo! Ahora no existe ninguna justificación para no serlo. Ya no hay excusas como las que podían tener nuestros abuelos.*

En este teléfono está todo. El mundo está aquí. 3.000 años de conocimiento, de memoria, están aquí [cogiendo el teléfono entre las manos]. Haces así y tienes acceso a todo: a Platón, a Sócrates a Velázquez, a las Cruzadas, el viaje a la Luna, la tecnología... ¡todo! Entonces que uses eso para mandar Whatsapps con emojis o para ver Sálvame cuando estás sentado. ¡Pues que te den por el culo, que te den por el culo!

HNG: ¿Estamos autodestruyendonos?

Arturo Pérez-Reverte: *¡Abórrate dramatismos! Te estoy definiendo una situación. Lo que va a ocurrir no me importa, no voy a estar aquí para verlo. No voy a darte ningún tipo de juicio moral. Estoy describiendo una realidad tal y como es.*

Atribuirle los pecados a Franco es... Mira, cuando era joven, y he escrito sobre eso, pensaba, 'que buen vasallo si hubiese buen señor'. Creía que España era un país noble en manos de curas fanáticos, de ministros corruptos y de reyes imbéciles. Lo he

creído bonradamente y lo he defendido. Pero con el tiempo me he dado cuenta de que somos tan viles como ellos. Porque cuando ahora ves el espectáculo que hemos tenido en las Cortes... ¡Esa gente somos nosotros! No son marcianos que han venido aquí en una nave espacial. Los hemos votado. Somos nosotros mismos, somos culpables.

Entonces eso de que el español es un buen vasallo que nunca tuvo un buen señor es mentira. A lo mejor es que el español nunca ha merecido tener buenos señores.

¡Ojo! me encanta España. ¡Es un país estupendo! Se vive bien, la gente es estupenda... y me encanta. Yo podría vivir fuera, donde quisiera. Pero eso no me impide ver la realidad.

HNG: Quizás la literatura también tiene un punto culturizante. Y que precisamente escribas un libro sobre un personaje como el Cid... ¿Es un objetivo de tus libros culturizar a la sociedad?

Arturo Pérez-Reverte: *Yo cuento historias y cobro por ello. Vivo de esto: mi trabajo es contar historias. Yo no tengo ningún objetivo moral. Podría contar historias de violadores igual, sin ningún remordimiento y sin ningún complejo. No hay un principio moral en mis novelas. Cuento cosas que me apetece contar, pero no pretendo que el mundo sea mejor después de leer un libro mío.*

HNG: Muchas veces te han tachado de machista, misógino...

Arturo Pérez-Reverte: *¿Has leído alguna novela mía?*

HNG: Por supuesto. Toda la serie de Falcó, Alatríste, La tabla de Flandes, La carta esférica...

Arturo Pérez-Reverte: *¿Y has visto mis personajes femeninos?*

HNG: Claro, y muchos de ellos son muy potentes... ¿Qué personajes femeninos vamos a encontrar en Sidi?

Arturo Pérez-Reverte: *Es una época, un mundo de hombres. Sería ridículo que apareciese una mujer saltando murallas o al frente de la mesnada. Eso es una estupidez. La mujer entonces estaba en el palacio, en la retaguardia. En Sidi aparece una mujer muy revertiana, Raxida, la hermana del rey de Zaragoza con la que hay un episodio interesante a mitad del libro.*

Pero lo que dices de machismo es porque no me han leído. Confunden dos cosas. Todo viene por el lenguaje. Yo soy un escritor profesional y necesito que mi herramienta que es el lenguaje sea diáfana, clara, limpia y perfecta. Yo no puedo escribir sometido a las reglas ortográficas y gramaticales que quieren imponer unas analfabetas que no saben de qué están hablando y que quieren politizar la lengua. Y como no me pliego a ello, en defensa propia, las mandé a hacer puñetas. No al feminismo, no a la mujer, sino a los que quieren perturbar la lengua castellana con la que me gano la vida. Es mera defensa propia. Entonces claro, si Reverte ataca el 'todes' y 'todas' es un machista; y todo lo que hace es machista: es una reducción estúpida. Y cualquiera que me lee sabe perfectamente dónde está la mujer en mi trabajo y en mi vida.

HNG: ¿A los amantes de la historia les gustará Sidi? ¿A los historiadores y especialistas les gustará la visión del Cid?

Arturo Pérez-Reverte: *Quizá. No lo sé. Pero sí hay algo que me parece interesante para responder a la pregunta. Hay lugares donde el historiador no puede llegar, precisamente porque la historia tiene un rigor científico y el historiador no puede permitirse ciertos lujos. Para eso están los novelistas.*

Una buena novela histórica Sinué el egipcio de Mika Waltari, las novelas de Galdós, Walter Scott... Las novelas lo que hacen es llegar al alma. El historiador cuenta el hecho y el novelista llega al alma. El novelista al ser más popular y penetrar más en las conciencias de los lectores abre puertas que permiten que después, el lector, se vuelva hacia el historiador para completar lo que ha descubierto en la novela. Yo descubrí la historia de Francia porque me leí Los tres mosqueteros y ahora soy un experto doméstico porque empecé leyendo una novela.

"Los novelistas abren puertas que permiten que después, el lector, se vuelva hacia el historiador para completar lo que ha descubierto en la novela"

HNG: La novela planta la semilla del interés.

Arturo Pérez-Reverte: *Eso es. Pero a los historiadores eso no les gusta. Piensan que eso es intrusismo. No todos, pero sí los acomplejados que piensan: 'este tío me está comiendo el terreno y además, vende más que yo'. Y eso les molesta muchísimo. Pero en realidad deberían estar agradecidos porque los novelistas históricos les están dando a los historiadores una clientela que ellos, a menudo, son incapaces de reclutar por sus propios medios.*

HNG: ¿Cómo definirías al Cid? En la sociedad actual, ¿existen Cides?

Arturo Pérez-Reverte: *Sí existen, pero no es tiempo para Cides. La vida occidental moderna no necesita de este tipo de personajes. Sobre el Cid diría que es un superviviente de frontera. Así lo he abordado yo. No sé si el Cid en realidad era así, pero así lo he imaginado yo. Es cruel, eficaz, es guerrero, es valiente, sabe manejar a la gente, tiene inteligencia, es astuto, es un hombre que tiene todos los elementos necesarios para sobrevivir y triunfar.*

HNG: Por último, ¿alguna nueva novela en mente?

Arturo Pérez-Reverte: *Siempre hay una novela...*

HNG: ¿Histórica también?

Arturo Pérez-Reverte: *No*".

El objetivo de este ensayo es aunar la Historia y la Literatura para comprender la evolución de un personaje, Rodrigo Díaz, el Cid o *Sidi*, el Señor, cuya valía militar fue reconocida por cristianos y musulmanes. La comparativa establecida entre la historia y la novela, a través de la personalidad histórico-literaria recreada por Pérez-Reverte, puede ser útil a cierta parte del batallón de lectores interesados por la novela histórica para adentrarse en los entresijos de la vida de este personaje y comprender las características de las tierras de frontera en el complejo siglo XI de unas “España” divididas y enfrentadas por las luchas de poder. Una figura legendaria marcada por la guerra mercenaria, admirada y denostada, que, desde su muerte en 1099, ha sido resucitada y manipulada con distintos sudarios. Un legado y patrimonio cultural de la Edad Media que nos pertenece para conocerlo y difundirlo.

